

LOS SUPERVIVIENTES

A dramatic scene of a man in a wheelchair on a beach looking at a crashed airplane. The man is seen from behind, sitting in a black wheelchair on a sandy beach. He is looking towards a large, rusted, and heavily damaged airplane fuselage that has crashed on the beach. The airplane is tilted, with its nose pointing towards the water. The background features a rocky coastline, a turbulent sea with waves crashing against the rocks, and a cloudy sky. The overall atmosphere is one of survival and desolation.

Adrián Henríquez

Los Supervivientes

Adrián Henríquez

LOS SUPERVIVIENTES
Sobre la presente edición:

Primera Edición, 2019

©Autor: Adrián Henríquez

© Diseño de Portada y Maquetación: Liena Beatriz Cabrera Ortega

© Edición: Bessy Brito y Liany Vento

ISBN –9781687796394

Sello: Independently published

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier formato o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Lea

“La muerte de un hombre es una tragedia. La muerte de millones es una estadística”.

Iósif Stalin

ÍNDICE

- [Capítulo 1: Noche sin sonidos](#)
- [Capítulo 2: Punto Uno](#)
- [Capítulo 3: La bomba del zar](#)
- [Capítulo 4: Columnas de fuego](#)
- [Capítulo 5: Cuatro minutos...](#)
- [Capítulo 6: PEM](#)
- [Capítulo 7: Topo Uno](#)
- [Capítulo 8: Puesto de Mando](#)
- [Capítulo 9: Cuando el barco se hunde...](#)
- [Capítulo 10: Operación Arca](#)
- [Capítulo 11: Pandemónium](#)
- [Capítulo 12: El primer amor nunca se olvida](#)
- [Capítulo 13: Metamorfosis](#)
- [Capítulo 14: Destrucción Mutua Asegurada](#)
- [Capítulo 15: Siempre alerta](#)
- [Capítulo 16: La Tercera Guerra Mundial](#)
- [Capítulo 17: La Temba](#)
- [Capítulo 18: La Alianza mortal](#)
- [Capítulo 19: Entre amigos no hay secretos](#)
- [Capítulo 20: Los que mandan](#)
- [Capítulo 21: Millaverde](#)
- [Capítulo 22: Reclutamiento](#)
- [Capítulo 23: Amigos a prueba de fuego](#)
- [Capítulo 24: La Píldora Azul](#)
- [Capítulo 25: Una relación abierta](#)
- [Capítulo 26: Las primeras sospechas](#)
- [Capítulo 27: Importante comunicado](#)
- [Capítulo 28: El imperio de Alejandro Montenegro](#)
- [Capítulo 29: Los pilares del imperio](#)
- [Capítulo 30: Sin miedo a embarrarse](#)
- [Capítulo 31: Al César lo que es del César, y a La Familia...](#)
- [Capítulo 32: El hombre que necesitamos](#)
- [Capítulo 33: Vino, pan y juegos](#)
- [Capítulo 34: El nuevo Sheriff](#)
- [Capítulo 35: Los dos Alfas](#)
- [Un mes después](#)
- [Capítulo 36: Una vía de escape](#)
- [Capítulo 37: Más fiestas... y rumores](#)

[Capítulo 38: Susurros en la noche](#)
[Capítulo 39: Aislamiento total](#)
[Capítulo 40: Los Cazadores](#)
[Capítulo 41: El escape](#)
[Capítulo 42: ¿Y si tuviera razón?](#)
[Capítulo 43: El mejor cazador](#)
[Capítulo 44: El Muro](#)
[Capítulo 45: Nada es lo que parece](#)
[Capítulo 46: Los visitantes](#)
[Capítulo 47: Las reglas del juego](#)
[Capítulo 48: Los Elegidos](#)
[Capítulo 49: La Escuela y su graduación](#)
[Capítulo 50: Cicatrices en el alma](#)
[Dos meses después](#)
[Capítulo 51: El Plan](#)
[Capítulo 52: Cambios inesperados](#)
[Capítulo 53: Selección](#)
[Capítulo 54: Instintos](#)
[Capítulo 55: Protegiendo a sus crías](#)
[Capítulo 56: En territorio enemigo](#)
[Capítulo 57: Cuando escoges tu destino](#)
[Capítulo 58: Cuando el enemigo es el miedo](#)
[Capítulo 59: Cada disparo cuenta](#)
[Capítulo 60: Vida o Muerte](#)
[Capítulo 61: Rumbo desconocido](#)
[Capítulo 62: Peligro inminente](#)
[Capítulo 63: Supervivientes](#)
[Capítulo 64: Extinción](#)
[Capítulo 65: Sin más opciones](#)
[Capítulo 66: Actos sin consecuencias](#)
[Capítulo 67: Actos de guerra](#)
[Capítulo 68: Siempre se puede empeorar más](#)
[Capítulo 69: Amigo](#)
[Capítulo 70: Piezas sobre un tablero en movimiento](#)
[Capítulo 71: ¿Qué serías capaz de hacer?](#)
[Capítulo 72: Sacrificios de madre](#)
[Capítulo 73: Las Avispas Negras](#)
[Capítulo 74: Reencuentros](#)
[Capítulo 75: Aliados y enemigos](#)
[Cinco semanas después](#)
[Capítulo 76: Cacería de brujas](#)
[Capítulo 77: Los hijos primero](#)
[Capítulo 78: Acción y reacción](#)

[Capítulo 79: Anillos de seguridad](#)

[Capítulo 80: Claymore y Katana](#)

[Capítulo 81: Por fin solos](#)

[Capítulo 82: Siete minutos](#)

[Cuatro días después](#)

[Capítulo 83: El precio de la libertad](#)

Capítulo 1

Noche sin sonidos

(Orangeville, Florida)

Max Miller abrió los ojos presintiendo que algo no iba bien. ¡Qué cojones! Algo terrible iba a pasar en los próximos minutos, o segundos. Sus sentidos—tensados como cuerdas de piano debido a las tantas horas de entrenamiento como miembro élite de los Marine Force Recon—, le alertaron que tanta oscuridad y silencio no era más que el preludio de un ataque inminente.

De haber estado en Afganistán automáticamente habría sujetado su HK416 contra su pecho y lanzado la voz de alarma, pero estaba en los Estados Unidos “a salvo”, en su habitación y con su esposa dormida a su lado.

Bueno, «dormida a su lado» no era el término que Max hubiera escogido. Emma Miller, con su enorme panza de seis meses de embarazo, dormía más bien encima de él que a su lado. Un brazo sobre su pecho, una pierna en su abdomen y la presión de la barriga contra sus costillas, al punto que Max sintió las pataditas del bebé.

—Cariño, estas sudando. —En la oscuridad Miller observó el rostro de su esposa perlado por las gotas de sudor.

—Ya, shh, cállate... déjame dormir —gruñó Emma.

Miller le dio un beso en la frente y le apartó los cabellos que se le habían pegado al rostro. «¡Qué calor está haciendo! El aire debió de apagarse».

Como si estuviera desactivando una mina, se desprendió del abrazo de Emma. Con suma delicadeza movió su almohada y se la puso bajo el brazo —era un vano intento de engañar el nuevo hábito de su esposa—, pero por lo menos esta vez le funcionó. Apretó el botón de su reloj esperando que la pantalla fosforescente le indicara la hora, pero este ni parpadeó.

«No lo puedo creer, ¿se le acabó la pila?»

Hacía dos años que Emma, por su regalo de cumpleaños, le había regalado un Casio G-Shock Edición Limitada. El reloj debió costarle una pequeña fortuna. Max lo estimó en unos \$700 dólares, eso para quedarse corto. Como fuera, su esposa nunca le dijo el precio real. A fin de cuentas, Emma se lo podía permitir. Era enfermera —jefa de sala— en un hospital privado, con lo cual ganaba casi el doble de su salario como Marine. Aunque

nunca lo admitió, Miller sabía que el costo valió la pena, ya que usó el reloj en operaciones de submarinismo a más de cien metros de profundidad. No solo eso. En cada misión que efectuó en el Golfo Pérsico, estando bajo fuego enemigo, había mirado la hora como si su esposa estuviera cerca para alentarlo. Era como una especie de talismán... Es que no se lo quitaba ni para bañarse.

«¡¿Y te vienes a joder hoy?! Es que no me lo puedo creer».

Al final terminó por levantarse de la cama. El calor en la habitación ya era insoportable; el termómetro de mercurio debía de estar marcando por lo menos 90 Fahrenheit.

«Nos vamos a quemar vivos aquí adentro».

Se acercó a la mesa de noche y tomó su celular. Tocó dos veces la pantalla táctil y nada pasó. Apretó el botón de encendido... una, dos, tres veces, nada; el celular tampoco se encendió. ¡Qué extraño! Miró el cargador, pero este estaba conectado a la pared. Entonces ¿por qué no te enciendes, maldito cacharro? Ok, algo no anda bien. Miller se percató del silencio absoluto de la casa —lo cual quizás era la respuesta de por qué se despertó con esa extraña sensación de peligro—. Por lo visto ningún equipo electrónico estaba funcionando. Ese silencio... absoluto, total, un silencio sobrenatural. Inconscientemente debió de activar sus sentidos. Abrió la primera gaveta y sacó su linterna... Tampoco encendió.

«¡¿Qué mierda está pasando aquí?!».

Miller abrió el compartimento secreto de la gaveta a prueba de niños y sacó su Glock. Salió de la habitación con la pistola apuntando hacia el piso. Si Emma se despertaba y lo descubría caminando por la casa con una pistola se iba a ganar una pelea pero de las buenas de verdad. Rita y Rain, sus dos hijas de cinco y cuatro años estaban durmiendo como dos perezosas en la habitación del frente. De solo pensar que una de las chicas se despertara —algo muy improbable—, pero suponiendo que pasara, y Emma lo sorprendía caminando por la casa pistola en mano... «A la mierda con Emma, se casó con un Marine. Sabía que las armas venían en el paquete cuando firmó».

Max Miller sacudió su cabeza mientras que una risa cruzó por su rostro. Jamás se atrevería hablarle de esa manera a su esposa. Mejor contradecirla solo en sus pensamientos.

Un resplandor proveniente de la sala llamó su atención.

Big Mama ya estaba en la cocina preparando uno de sus cocimientos.

Posiblemente una mezcla de té verde con tilo o manzanilla. Miller observó sorprendido a su abuela—cómo la anciana se despertó antes que él era uno de esos misterios insuperables para su mente analítica; su abuela debió ser en otra vida una especie de jefa chamán—. El punto es que lo miró, le sonrió y siguió preparando sus infusiones místicas, con las cuales, según ella, se espantaban a los malos espíritus, la mala suerte, las enfermedades... la lista era infinita.

La sala, repleta de velas encendidas, parecía un gigantesco altar de una iglesia católica. Había suficientes como para iluminar cada rincón de la casa. La anciana instaló sobre la meseta de la cocina uno de los bidones de gas que Miller usaba para hacer las parrilladas. Junto con el bidón también trajo del garaje la pequeña hornilla.

—Toma, para que se te calmen los nervios —Big Mama le extendió un vaso humeante repleto de té; luego abrió una de las ventanas para que circulara algo de aire— y guárdate esa pistola en la espalda, que si Emma se despierta se me acaba la reserva de té.

Miller tomó obediente el vaso, se dio unos sorbos y guardó la pistola.

—¿Cuánto tiempo hace que te despertaste?

—Media hora, sabes que duermo poco.

—Me tenías que haber despertado.

—¿Para qué? Es mejor esperar a la mañana para ver qué está pasando.

Miller notó cierto temblor en la voz de su abuela.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, nunca había visto algo parecido, pero..., no sé, es extraño, nada está funcionando.

—¿Cómo que nada está funcionando?

Por lo visto Big Mama ya había hecho su inventario. Max se acercó al teléfono de la cocina y se lo llevó al oído. «No tiene señal. ¿Pero qué mierda es esta?».

Poco a poco comenzó a comprender a lo que se refería su abuela. La casa se quedó sin electricidad, eso tenía explicación: una descarga eléctrica que hubiera quemado los transformadores, la caída de un tendido eléctrico... opciones sobran. Pero que ni su linterna ni su celular, o el teléfono fijo de la casa estuviera funcionando era demasiada casualidad.

—¿Estás escuchando? —la anciana apuntó con el dedo hacia el bosque.

—Sí, eso fue lo que me despertó. Todo está en silencio.

—Exacto. Demasiado silencio nunca es natural —Miller asintió; como siempre, su abuela tenía la razón.

La casa de los Millers era un rancho de sesenta hectáreas rodeado de pantanos y zonas de caza. El abuelo de Max lo compró en los años ochenta a precio regalado, precisamente por lo apartado que se encontraba de la ciudad de Orangeville. Con el pasar de los años se construyeron algunas casas en la zona, pero aun así, el vecino más cercano quedaba a unos cuarenta minutos en auto. Orangeville a una hora. Por eso Emma solía ir de compras con Big Mama una vez al mes... y, por cierto, recordó Miller, ese fin de semana tocaba la compra, o sea, me toca a mí por no estar de servicio.

Tras la muerte de su abuelo, la propiedad fue puesta a su nombre por su abuela, quien le aseguró que era mejor arreglar esos trámites antes de que a ella le ocurriera algo. De todas maneras Max llevaba viviendo con sus abuelos desde que su madre alcohólica huyó de la casa para nunca regresar; a su padre ni lo conoció.

Miller se acercó más a la ventana y aguzó el oído.

«Nada de nada. Silencio absoluto. Ok, esto ya es demasiado extraño».

Algo está mal, muy mal. Por mucha lógica que intentara aplicarle a lo que estaba sucediendo, en el fondo sabía que «algo» terrible iba a pasar de un momento a otro. Lo peor de todo era ese presentimiento de saberlo pero no poder identificarlo.

¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Por qué esa extraña sensación continuó creciendo en su mente y no podía apartarla, como si alguien los estuviera acechando desde la oscuridad?

El rancho, que solo por el terreno estaba valorado en más de dos millones de dólares, quedaba exactamente a treinta millas de la costa, por lo que los sonidos de la noche siempre eran agradables. Aullidos de coyotes, el rugir de algún pequeño puma, la cacofonía de ranas y grillos, el ulular constante de los búhos y aves nocturnas que salían de cacería eran parte del entorno y encanto del lugar. Pero esa noche los sonidos quedaron atrapados como dentro de una enorme burbuja que poco a poco a Miller le fue dando la sensación que estar sumergido bajo el agua.

A solo cuatrocientos metros de la casa tenía un pequeño muelle que contaba con dos raíles de línea y un moderno sistema de poleas para sacar al Blue Star, un yate de treinta y cinco metros que era la reliquia familiar.

Aquella maravilla naval tenía dos baños, dos habitaciones, cocina y sala de estudio. Por desgracia el yate llevaba ocho meses anclado por varias averías en el motor, entre otras cosas. También necesitaba cambiarle la propela.

—El muelle está...

—...sí, no se escucha nada.

—Big Mama, esto no es normal —la anciana asintió, con un gesto le indicó que la siguiera al cobertizo—. Coge una de las velas.

Miller abrió la puerta y le permitió a su abuela salir mientras alumbraba el camino con una de las velas aromáticas que la anciana encendió por toda la casa. Big Mama le señaló con la mano hacia la oscuridad.

—No se escuchan ni los grillos.

Desde el cobertizo —gracias al resplandor de la luna sobre las plácidas aguas— se podía ver el muelle, el cual daba al lago Greenlake. Este conectaba directamente con el océano Atlántico. Recorriendo un intrincado laberinto de puentes e islotes, en solo dos horas se podía llegar a la costa, donde la familia Miller solía pasarse los fines de semana anclados cerca de los cayos de la Florida.

Por eso era que algo no encajaba —¡por Dios! ellos se conocían toda la zona mejor incluso que las propias autoridades—, la vida nocturna alrededor del río generaba por las noches una cacofonía imposible de ignorar. Miles de grillos, ranas y aves recorrían las orillas en busca de presas fáciles. Pero una vez más, tras aguzar por varios minutos sus oídos, Miller comenzó a comprender que algo grave estaba pasando.

Es como si un huracán se estuviera acercando a la costa... no, algo mucho más fuerte. ¿Un tsunami?

—Max, ¿escuchaste eso?

—Sí, allí, tras los árboles.

—Viene hacia nosotros... y es grande.

—¿Será algún jabalí?

La anciana olfateó el aire como si fuera una perra de presa. Miller solo pudo asentir. Big Mama, quien era considerada una de las mejores cazadoras del estado, a sus setenta y dos años aún continuaba cazando patos todos los inviernos, cuando estos comenzaban a emigrar hacia el sur. Con su experiencia en la fauna, y su aguzado oído a pesar de los años, Miller no se atrevería a contradecirla. Aunque el silencio que rodeaba la casa ayudó a detectar los sonidos... Sí, algo grande se aproximaba.

Dieron varios pasos más a lo largo del cobertizo hasta detenerse

junto al columpio. Con el resplandor de la luna era suficiente para permitirles verse los rostros —pero sin una vela—. Si se internaban en el bosque quedarían rodeados de una oscuridad absoluta.

De repente algo se movió entre las sombras.

—¿Ustedes dos qué están haciendo?

—¡Mierda, Emma, me vas a matar del corazón!

Emma llegó y lo abrazó por la cintura. Solo llevaba puesto una fina bata de seda y unas sandalias de espuma. Con una sonrisa en los labios decidió martirizar un poco a su esposo, se lo tenía merecido por despertarla.

—Tú no eres un Marine de las Fuerzas Especiales que...

—¡Silencio! —ordenó Big Mama—, algo se acerca por el bosque.

Para asombro de los tres, en un claro que había a menos de diez metros de la casa, salió del bosque un venado.

—¡Es que me voy arrancar el cuero de mis cojones! —gruñó Miller ante el espectáculo que estaba viendo.

Debido a los miles de cazadores que había en la Florida, conseguir un venado que tuviera una cornamenta con más de cuatro puntas era toda una proeza; seis puntas ni imaginárselo. Por eso Miller y sus amigos alquilaban todos los años una cabaña en Carolina del Sur solo para poder cazar venados de ocho puntas.

—Big Mama, dime que estoy viendo una visión.

Para asombro de los tres, el venado... “el enorme venado”, pues se trataba de un macho de catorce puntas, se acercó tanto a la casa que instintivamente Miller se puso frente a las dos mujeres. Por unos instantes se miraron a los ojos. Lo que Miller vio no le gustó. El venado estaba muerto de miedo, pero no hacia él. Lanzando un potente resoplido dio tres saltos y desapareció en el bosque.

Sin poderlo comprender, todos fueron embargados por una extraña sensación de soledad y tristeza. Ver al venado huir, no de ellos, sino de un peligro desconocido, los obligó a mirarse a las caras en busca de un apoyo, de un contacto humano que les hiciera comprender que no lo soñaron.

Big Mama salió del cobertizo y fue directo hacia el desfiladero. Emma y Miller la siguieron sin decir una palabra. Al llegar al barranco miraron hacia Orangeville. La vista que tenían desde el rancho, a unos cuatrocientos metros por encima de la ciudad, les permitía verla desde más de veinte millas de distancia.

—¿Dónde está Orangeville? —la voz de Emma se quebró al

comprender que la ciudad estaba completamente a oscuras.
Entonces sucedió...

Capítulo 2

Punto Uno

(Casa secreta del presidente de Cuba)

Punto Uno era el término usado por los Servicios de Inteligencia Cubanos para referirse a una de las zonas residenciales mejor protegidas de la isla. Nada que ver con Punto Cero, la antigua morada de Fidel Castro —esa, sin dudas, fue durante años el área de mayor seguridad militar de Cuba.

Copiando el mismo sistema aplicado a la protección de Fidel, Punto Uno —con más de 20 hectáreas protegidas por gigantescas paredes de cemento y mallas coronadas con rollos de alambres de púas—, era un área compuesta por la casa presidencial, algunas mansiones de generales y los edificios donde se albergaban los equipos de protección y respuesta rápida.

Toda la responsabilidad de proteger al presidente y a varios generales recaía en los hombres que formaban los sofisticados sistemas de «anillos de seguridad» que rodeaban Punto Uno.

Los *anillos* desplegados por aire, mar y tierra podían en ocasiones superar hasta los 6000 mil hombres desplegados en función de proteger a las figuras más importantes del gobierno cubano. El selecto grupo del Servicio de Seguridad Personal que conformaban esos anillos eran la crema y nata de las Fuerzas Armadas, miembros de las Avispas Negras y analistas —casi prodigios— del Ministerio del Interior. Estos últimos eran los encargados de la logística del gigantesco aparato de seguridad.

Tanto la CIA, el Mossad, el MI6 e incluso hasta la propia KGB —quienes supuestamente eran los mejores aliados de los cubanos— habían estudiado a fondo los Servicios de Seguridad Personal que rodearon en su momento a Fidel Castro y luego a sus predecesores. El resultado fue catastrófico. Los anillos de seguridad eran impenetrables. La única manera de poder acercarse sería mediante un despliegue de fuerzas. En pocas palabras, un ataque directo que sin dudas generaría una carnicería para ambos bandos y, ni aun así, se garantizaba poder eliminar al objetivo.

Por eso, cuando la puerta se abrió a las dos de la madrugada y una docena de guardaespaldas irrumpieron en la habitación, Mario Duran —actual presidente de Cuba— comprendió que algo terrible iba a pasar.

—¡Qué... ¿qué está pasando?! —preguntó Mario a uno de sus

guardias, pero este lo ignoró.

El guardaespaldas lo haló por un brazo sin muchas contemplaciones sentándolo en la cama. Un segundo guardia le puso unas zapatillas especiales de peguetas y un tercero —sin aún responderle— lo levantó de la cama y le puso una bata de dormir.

—¿Qué mierdas está pasando aquí?! —se atrevió por fin a gritar, aunque siguió los movimientos coreografiados miles de veces por sus agentes.

—Señor presidente —por fin su Jefe de Seguridad se dignó hablarle, no sin antes pasarle por encima de la cabeza un pesado chaleco antibalas—, esto es una evacuación de emergencia, ¿no es un ejercicio de práctica!

Mario miró por encima de su hombro y vio cómo su esposa —¡la primera dama, por todos los santos!— era tratada de la misma manera, o mucho peor, ya que ni se dignaron a consolarla por las lágrimas de puro terror que le cubrieron el rostro. Aquello era una indignación sin precedentes.

—¿Qué cojones está pasando? Ahora mismo me dan una explicación o...

—Señor presidente, ¡cállese la boca y déjenos hacer nuestro trabajo! —el grito de su Jefe de Seguridad lo dejó paralizado de miedo e impotencia.

«Nadie le habla así al presidente, a menos que...», no quiso ni concluir sus pensamientos.

Mario Duran sabía perfectamente que él no era más que un presidente títere—puesto al frente del país por «La Familia»— con un simple objetivo: ser la cara en las giras internacionales, dar los discursos a la nación para anunciar las buenas y malas noticias, atender las redes sociales y, sobre todo, presentarse en los lugares para dar apoyo en las catástrofes que afectaran la isla.

La Familia —un reducido grupo compuesto por las esposas, hijos, nietos, primos y yernos de los Castro y algunos generales de la vieja generación— eran quienes realmente estaban al frente del país. Con un puño de hierro político controlaban al ejército al igual que más del noventa por ciento de la economía de la isla y, por supuesto, al presidente de turno; en este caso a él.

—Mario... ¿qué pasa? —exigió saber Carmen, la primera dama. Su pregunta fue dirigida a su esposo, aunque su intención era que alguno de los agentes se dignara a responderle—. No pienso...

—¡Carmen, déjalos hacer su trabajo!

Al igual que él, la primera dama fue cubierta con una bata de dormir y

un pesado chaleco antibalas que le llegó hasta las rodillas.

«Esto no tiene ninguna lógica, no tendrían que actuar de esta manera».

Mientras eran arrastrados prácticamente por los pasillos de la mansión —con escoltas delante y detrás, todos con sus armas desenfundadas—, el sentido de aquella locura no logró encontrárselo.

Si la intención de La Familia era eliminarlo, él simplemente no podía hacer nada al respecto. El poder del temido clan era ilimitado, opciones le sobraban. Desde envenenarlo hasta mandarlo directamente a un pelotón de fusilamiento para dejar claro que nadie estaba por encima de ellos. A fin de cuentas, si se lo hicieron en el pasado a famosos generales que controlaban recursos e incluso suficientes hombres como para declarar una guerra, ¿por qué no se lo harían a él?

Parte de sus miedos y dudas se aclararon de manera instantánea en el momento en que las puertas se abrieron para salir de la mansión. Mario comprendió que sus miedos hacia La Familia fueron enfocados erróneamente ¡Oh sí, el peligro existía! Solo que era peor de lo que pudo haberse imaginado.

Capítulo 3

La bomba del zar

Fue una carrera contra reloj... o más bien contra la Unión Soviética.

Tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, la rápida expansión de los comunistas sobre Europa agilizó el proyecto Manhattan. A diferencia de Alemania, el nuevo imperio comunista conquistó más tierras, cuadruplicó los campos de concentraciones (llamados Gulags) y triplicó las muertes que llegaron a causar los nazis, y todo bajo una excelente campaña mediática sobre las virtudes del nuevo sistema comunista.

La Guerra Fría se declaró.

Una vez lanzadas el *Little Boy* y *Fat Man* (nombres de las bombas atómicas usadas sobre Hiroshima y Nagasaki), el mensaje de los americanos quedó claro: la Unión Soviética tendría el ejército más grande del mundo, pero los americanos contaban con la potencia de fuego para desaparecerlos en segundos.

La guerra tecnológica comenzó y los rusos decidieron no quedarse de brazos cruzados. El objetivo fue simple: superar el arsenal nuclear de los americanos en cantidad y potencia.

En la mañana del 30 de octubre de 1961, la URSS llevó a cabo sobre la zona de pruebas militares del archipiélago de Nueva Zembla, en el océano Glacial Ártico, la detonación de la bomba nuclear más potente del mundo. La RDS-220, o simplemente La Bomba del Zar.

Fue lanzada desde el bombardero ruso Tupolev Tu-95, el cual fue modificado con la intención de que la onda de choque térmica posterior no lo afectase demasiado. El piloto, el mayor Andréi Durnóvtsev soltó la bomba a las 11:30 desde una altitud de 10.500 metros. Explotaría tres minutos después al alcanzar una altitud de 4.000 metros.

La monstruosa bomba tenía 8 metros de largo, un diámetro de casi 2,6 metros y pesaba más de 27 toneladas. Su potencia era desconocida incluso para sus creadores.

La monumental columna de fuego surgió de la nada. El destello luminoso que generó se pudo ver a más de 620 millas del lugar de origen. A continuación vino el hongo atómico, el cual alcanzó más de 40 millas de altura

—siete veces el tamaño del Monte Everest—, lo que significó que la nube estaba por encima de la estratosfera y bien dentro de la mesosfera cuando alcanzó su punto máximo. El casquete de la nube de hongo tenía una expansión de 59 millas, con una base de más de 25 millas de ancho.

Cualquier ser humano que se hubiera encontrado a más de 62 millas de la zona cero, podría haber recibido quemaduras de tercer grado. Los científicos que dirigieron el experimento pudieron observar cómo se generó una onda de choque en el aire que afectó el asentamiento de Dikson a 430 millas de la zona cero. Los cristales de las ventanas estallaron a una distancia de más de 560 millas... no solo eso, la magnitud de la explosión llegó a afectar incluso ventanales en Finlandia y Noruega.

La Bomba del Zar fue 3800 veces más potente que las usadas en Hiroshima y Nagasaki, convirtiéndose en la mayor explosión provocada por seres humanos en la historia. Las ondas sísmicas generadas fueron medidas alrededor de todo el planeta no una, sino tres veces.

En esta ocasión el mensaje lanzado por la Unión Soviética fue diferente; tenían la fuerza destructiva para desaparecer en un instante una ciudad tan poblada como Los Ángeles, Nueva York o Chicago, junto con varias ciudades más a su alrededor. La respuesta no se hizo esperar.

Inmediatamente se llevó a cabo una reunión entre los Estados Unidos y la URSS, creando así el temido acuerdo que el mundo conocería como el MAD (Destrucción Mutua Asegurada). El primero en lanzar una bomba nuclear aseguraba la destrucción total de las dos naciones.

Lo que Estados Unidos nunca reveló fue si tras La Bomba del Zar, ellos desarrollaron algo más grande y destructivo.

Capítulo 4

Columnas de fuego

(Orangeville, Florida)

—¿Qué mierda es esta? —fue lo único que salió de su boca. Emma, por su parte, lanzó un grito que terminó ahogándolo en su garganta cuando se llevó las manos a la cara.

—¡Dios mío, no, por favor! —susurró Big Mama al sentir la ola de calor aumentar alrededor de ellos.

Miraron hacia todos lados al ser rodeados por una cacofonía infernal que obligó a Emma a taparse los oídos. A su alrededor el tiempo pareció detenerse —aunque la verdadera sensación que Miller experimentó fue la de estar atrapado dentro de una película en cámara lenta; en donde las escenas se iban desarrollando a una velocidad imposible de retener con la vista, pero para ellos, todo iba lento... demasiado lento—, primero fueron los aullidos, graznidos, gritos aterradores que atravesaron la noche seguido por una ola de estática.

El bello de su nuca se le erizó como las púas de un puerco espín y, su cabello, de igual manera, lo pudo escuchar crepitar con las microscópicas descargas eléctricas.

—¡Max, Max... ¿qué está pasando?! —le gritó Emma, exigiéndole una respuesta que él no podía darse ni a sí mismo.

Los gritos de Emma quedaron opacados cuando el cielo se cubrió con una gigantesca nube de aves que salieron de sus guaridas lanzando unos espantosos chillidos. Entre tanta oscuridad, miles de pájaros impactaron unos contra otros, cayendo alrededor de ellos —por suerte estaban bajo un árbol, por lo que escuchaban los choques de las aves, como caían aplastadas ante sus pies, por suerte las ramas evitaron que les cayeran sobre sus cabezas—, las que lograron permanecer en el aire, expandieron sus alas y se alejaron en un vuelo frenético hacia el sur. El espantoso aletear de millones de aves hizo que los tres se acercaran hombro contra hombro, instintivamente se dieron las manos y continuaron viendo la aterradora escena que comenzó a desarrollarse ante ellos: desde el valle se pudo escuchar claramente los bramidos de todo tipo de animales que huían de un peligro inminente.

La oscuridad que hasta entonces reinó a sus alrededores, se aclaró de repente con unos colosales destellos en el cielo—fue como si a Dios le

hubieran regalado una cámara fotográfica con flash y estuviera jugando a tomar las mejores instantáneas de la tierra—, unos sonidos espeluznantes de metales retorcidos en caída libre emergieron de entre las nubes, obligándolos a mirar hacia arriba... hacia la lluvia de meteoritos que pasó surcando el cielo para terminar estrellándose en el fondo del valle dejando gigantescos surcos de fuego.

—¡Oh, por Dios! ¡Oh, por Dios! No puede ser... no puede ser. Esto no está pasando.

—¿Eso son...?

—... aviones. —Finalizó Miller la sentencia—. Aviones que han perdido el control.

Uno; ¿quizás?, dos; demasiada casualidad; pero tres, cuatro, seis...

¡doce aviones...! que el cielo se cubriera de todo tipo de aeronaves desplomándose como una lluvia de estrellas fugaces, seguidos por gigantescas estelas de fuego era mucho más que un simple ataque terrorista. El valle tardó solo segundos en cubrirse de un manto de fuego, humo, explosiones y el sonido desgarrador que provocaban los gigantescos Boeings cuando se desplomaban en picada sin control alguno.

Si Miller creyó que en algún momento la pesadilla iba a tener un final, por los gritos de su esposa comprendió que apenas comenzaba.

—Max, mira...

Big Mama le sujetó el brazo girándolo hacia un lado, en el horizonte se elevó una fina columna de fuego... apenas pasaron unos segundos y la columna comenzó a expandirse. En su punta una forma horrorosa e inconfundible comenzó a transformarse.

«¡Un hongo atómico! ».

Miller no necesitó dar ninguna explicación, tanto su esposa como su abuela sabían perfectamente lo que estaban mirando.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! No... —si hasta el momento Emma no había dejado de llorar incontrolable, las nuevas olas de emociones que sacudieron su cuerpo obligaron a Miller a sostenerla para que no cayera al piso.

Pasó menos de un minuto; ¡menos de un maldito minuto! Ante sus ojos observó horrorizado como alguien abrió la caja de Pandora y todos los demonios fueran liberados en forma de bombas nucleares. De derecha a izquierda comenzaron a surgir columnas de fuego coronadas con hongos atómicos.

«Dos... tres, cuatro... seis...»

Miller prefirió dejar de contar. ¿Para qué? ¿Acaso un número puede definir el miedo? En una escala del uno al diez; después de un ataque nuclear —si su familia; por casualidad, suerte, destino o intervención divina, sobrevive al impacto—, sin recursos ni medios de comunicación, ¿cuánto tiempo crees que puedan sobrevivir? Argumente su respuesta.

No pudo definir la distancia de las explosiones, pero de solo pensar que se estuvieran acercando —que de repente, en una fracción de segundo podían ser pulverizados—, hizo que su cuerpo se estremeciera de miedo... al punto que los dientes le castañetearon.

Miller no era un ciudadano común, formaba parte de ese 0.01 por ciento de los soldados élites que formaban las tropas especiales de un país. Soldados que sabían reconocer y catalogar un ataque de pánico.

El conocía perfectamente el significado del miedo —esa sensación que no lo dejaba respirar y que a fuerza de ejercicios mentales y físicos lo obligaban a dar un siguiente paso—, venían en muchos paquetes: el miedo a la espera de a recibir un disparo de un francotirador; el de pisar una mina, ahogarse por un error en el traje de buzo, que el paracaídas no se abriera... la lista era infinita. Pero un ataque de pánico, de impotencia, de saberse incapaz de proteger a sus seres queridos era algo completamente nuevo para él.

Cerró un ojo y midió la distancia con el dedo pulgar, podía tapar cada columna con un dedo, lo que significó que de momento estaban seguros... aunque Emma no lo vio así.

—¡Las niñas!

Emma comprendió que de un momento a otro un destello de luz podía desaparecerlos, convertirlos en cenizas... no, de solo imaginarse que ese momento llegara y ella no estuviera cerca de sus hijas...

Les dio la espalda y salió corriendo hacia el interior de la casa, pero apenas dio tres pasos y las fuerzas le fallaron precipitándola contra el piso. Miller por fin reaccionó; saltó hacia su esposa agarrándola antes de que cayera, la cargó como si fuera una de sus hijas y le besó la frente, la cara, las mejillas, sus lágrimas se mezclaron —hasta ese momento no se había percatado que él también había estado llorando—, terminó apretándola contra su pecho, así la llevó al interior de la casa.

Emma estalló en un ataque histérico de llanto que no pudo controlarlo y Miller tampoco intentó decirle que todo estaría bien; no valía la pena

mentirle. Él mismo no sabía si en un instante desaparecerían. A su lado Big Mama fue la única —aparentemente— capaz de controlar su ataque de pánico, la anciana no soltó un solo gemido, aunque su rostro quedó surcado por las lágrimas.

Max acostó a Emma en el centro de la cama y luego acomodó a sus dos hijas junto a ella. Las niñas se habían despertado, y no lloraron, pero en la oscuridad Miller vio sus ojos, el miedo... el pánico las tenía en shock. La madre las abrazó fuertemente contra su pecho, como si pudiera protegerlas con sus brazos de un ataque nuclear. Miller las besó en la frente a cada una y luego regresó a la sala, donde Big Mama lo estaba esperando.

Capítulo 5

Cuatro minutos...

(Casa secreta del presidente de Cuba)

Frente a la casa estaba su Mercedes-Benz junto a otros dos autos que no supo identificar, tenían forma de Jeeps o algo por el estilo, pero lo que le llamó la atención fueron las enormes ametralladoras instaladas en el techo y una especie de lanzacohetes en el capó. Alrededor de los autos había un despliegue de hombres armados con AK-47 modificadas y una serie de rifles que tampoco supo nombrar, los anillos de seguridad fueron activados y a donde quiera que mirara, Mario Duran solo veía agentes armados y listos para disparar.

Como “presidente” que era, se dio cuenta que la situación lo superaba en todos los sentidos.

«¡Esto no es un simulacro!», y no lo era, bastaba mirarle el rostro a sus guardaespaldas para ver la mezcla de miedo, tensión y determinación. Aquellos hombres estaban listos para entrar en acción.

—¡Despliegue! ¡Despliegue! —gritó su Jefe de Seguridad. Sus gritos fueron acompañados por gestos de su mano derecha, los cuales pusieron en movimiento a varios grupos de agentes.

Alrededor de Mario y su esposa se formó un círculo humano que los fue escoltando el corto tramo que había de la puerta de la mansión hasta la puerta del Mercedes. Una vez dentro, cuatro agentes —dos a cada lado, cubrieron con sus cuerpos las cuatro puertas—, se pararon encima los patines que había a los lados del auto y se agarraron de las anillas especiales instaladas en el techo.

Mario fue lanzado hacia atrás por la fuerza de la inercia cuando el chofer pisó el acelerador. Las gomas especiales a prueba de balas se fijaron a la carretera creando una tracción instantánea. Los cuatrocientos metros que los separaban del helipuerto fueron recorridos en fracciones de segundo.

Incluso dentro del auto, Mario pudo sentir las vibraciones creadas por las poderosas aspas del helicóptero. Por eso, cuando abrieron las puertas y lo sacaron a toda velocidad, no se sorprendió que lo condujeran hacia el Mi-17 presidencial que ya estaba listo para despegar.

En cuanto subió y le aseguraron los cinturones, el helicóptero despegó a toda velocidad con doce pasajeros, el presidente, la primera dama y

diez guardaespaldas. El tiempo exacto desde que el Jefe de Seguridad recibió la alarma y comenzó la extracción del presidente fue de cuatro minutos. Por unos instantes, sentado frente a él, Mario vio como el líder de sus guardaespaldas se relajaba un poco.

—¿Qué ha sido todo esto? ¿Hacia dónde vamos? — le preguntó Mario al agente. Este, aún con gotas de sudor corriéndole por el rostro, lo miró e intentó escoger sus palabras.

—Señor presidente, el peligro no ha pasado... —el guardaespaldas miró por la ventanilla como si esperara ver cruzar de un momento a otro un misil que los desaparecería en un instante—. Nos estamos dirigiendo hacia el
Topo Uno.

Mario Duran sintió su cuerpo estremecerse cuando una ola de miedo recorrió toda su piel haciendo que los bellos de la nuca se le erizaran como si fuera un puerco espín.

El Topo Uno era el tercer búnker secreto antinuclear más importante de la isla.

Capítulo 6

PEM

(Orangeville, Florida)

A Big Mama no le dejaron de temblarlas manos cuando se llevó la taza de té a los labios —aunque a diferencia de Miller—, un soldado entrenado para casi cualquier tipo de situaciones, la anciana lo primero que hizo fue comenzar a catalogar las preguntas correctas para hacérselas a su nieto. Por su parte Miller simplemente continuó en shock, negando una realidad que le parecía imposible de asimilar.

Ya habían pasado varias horas... y aún seguían vivos. ¿Tenía aquello alguna lógica?

—¿Crees que nos vayan a bombardear?

Sí, era una pregunta estúpida, pero por algo tenía que empezar. Miller la miró como si no entendiera de qué demonios estaba hablando, en su mirada solo reconoció el miedo, el shock que genera la impotencia de no saberse capaz de asimilar la situación.

—Ya han pasado varias horas, Miller, ¡eh, mírame! Si nos van a desintegrar no puedes hacer nada para evitarlo, ok. —No hubo respuesta—. Por ahora seguimos vivos, así que necesito que unas toda tu mierda y tomes unas cuantas decisiones.

Big Mama no le gritó, pero sus palabras fueron lo suficientemente fuertes como para sacar del estado hipnótico en el que se había refugiado la mente de su nieto.

—¿Hay algún refugio antinuclear en la zona? —la respuesta era no, ella jamás escuchó de alguno, y llevaba varias generaciones viviendo en esa zona. Pero quizás Max, bajo algún tipo de juramento, quizás conociera la ubicación de alguna base militar secreta.

—No... ninguno.

Sus palabras sonaron distantes, pero por lo menos habló, ya eso era algo, ahora necesitaba mantenerlo así.

—¿Quién nos están atacando?

«La lista es larga...», dedujo Miller, pero prefirió encogerse de hombros a modo de respuesta. De momento solo estaba seguro de dos cosas: una, fue un ataque a gran escala perfectamente coordinado. Dos, el contraataque de su país desaparecería de la faz de la tierra a la nación o

naciones que se le ocurrió semejante locura.

—¿Por qué no hay electricidad?

La pregunta obligó a Max a ponerse en movimiento, comprendiendo que no podía perder un segundo más lamentándose o esperando un ataque que quizás nunca llegaría. Necesitaba prepararse, su esposa, su abuela, sus dos hijas y un bebé que estaba por nacer lo necesitaban. Fue directo al llavero que había colgado tras el refrigerador, tomó todas las llaves de los autos, luego le indicó a Big Mama que lo siguiera al garaje. Ambos tomaron una vela para alumbrar el camino.

El garaje era inmenso y fue equipado sistemáticamente con todo tipo de herramientas, ya que el hobby preferido de Miller —durante años— fue la mecánica. Por eso nunca reparó en precios en cuanto a gastos para su taller. Tenía capacidad para cuatro autos, aunque solo lo ocupaban tres: el Honda de Emma —su nueva camioneta—; una enorme Ford F-250 y, por supuesto, un viejo pero clásico Cadillac del 58, una reliquia del pasado que mantenía en perfecto estado de conservación. El Cadillac perteneció a su abuelo y era uno de los mejores recuerdos que conservaba del anciano que lo crió. Por eso constantemente rechazaba ofertas de coleccionistas que en ocasiones estaban dispuestos a pagarle más de \$60,000 dólares.

El “garaje-taller”, no solo contaba con su inmensa colección de herramientas, también tenía instalado un Jack industrial con capacidad para levantar más de 5500 libras.

—¿Qué vas hacer? —quiso saber Big Mama.

—De momento aclarar unas cuantas dudas.

Lo primero que hizo al entrar al garaje fue probar el Honda Accord de Emma. Pulsó varias veces el control remoto, pero el auto no encendió. Big Mama lo miró sorprendida sin comprender que estaba pasando. Miller se acercó y abrió la puerta del Honda usando la llave. Se sentó, pisó el freno e introdujo la llave e intentó mover el interruptor. No pasó nada... lo intentó dos veces más.

«Nada de nada..., es como si la batería se hubiera muerto».

Pero no era la batería, y aunque aún no quería admitirlo, las sospechas comenzaron a acumularse. Salió del Honda y se dirigió hacia la Ford; repitió la misma operación con el mismo resultado.

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!»

Miller golpeó tres veces el asiento del pasajero. Hacía menos de un

año que había comprado la Ford. Aún debía más de la mitad del dinero, tendría que hacer pagos extras de...

«¿Qué imbecilidades estás pensando?»

Posiblemente más de la mitad del país desapareció bajo una nube de hongos atómicos, y él, ¡pues preocupado por los pagos de su nueva camioneta! Sí, sin dudas la nueva realidad lo afectó al punto de aún no comprender la magnitud de lo que estaba en juego.

—¿Vas a probar el Cadillac?

La voz de Big Mama volvió a traerlo de regreso.

—Yo... sí, claro... creo...

No terminó la frase, simplemente se sentó en el auto, en aquella reliquia histórica, que no tenía un sistema de control remoto, ni de alarmas, ni chips, ni computadoras de arranque, ni sensores con luces para anunciar la falta de aire en los neumáticos... no, el Cadillac era totalmente mecánico y, por ello, encendió a la primera. El potente ruido del motor estremeció las paredes del garaje.

—¿Qué demonios significa esto? —Big Mama no solía lanzar maldiciones, pero por esta vez se lo permitió. El auto más antiguo de la casa era el único que funcionaba.

Miller le sonrió a su abuela —ya sabía cuál era la triste respuesta—, la cual era extremadamente sencilla y aterradora. Lo intentó, realmente lo intentó; pero no pudo contener los sollozos. Por suerte su abuela lo dejó llorar por unos minutos, luego le pasó cariñosamente la mano por el cabello, como solía hacerle cuando era un chiquillo y lloraba porque su madre lo abandonó.

«Cálmate, respira... eso, respira, así, vamos a salir de esta mierda».

—El Cadillac es el único auto que funciona porque es completamente mecánico. Una chispa estalla haciendo que los pistones se muevan, no hay ninguna computadora ni sensores de por medio que regulen la velocidad o el motor de arranque. Es extremadamente simple.

—No te entiendo ¿Por qué el Cadillac sí arrancó, pero ningún otro auto o equipo eléctrico en la casa funciona? Y ni se te ocurra darme una de tus explicaciones técnicas... palabras simples y bonitas.

«Una explicación sencilla... ¡imposible!»

—¿Recuerdas los “relámpagos” que vimos en el cielo antes de que se cayeran los aviones y estallaran las bombas? —su abuela asintió al recordar los estallidos de luz que parecían ser lanzados desde el espacio—. Quien nos haya atacado hizo estallar primero varias bombas nucleares a varias millas de

altura, estas generaron un PEM.

Big Mama levantó un dedo para detenerlo en ese mismo instante.

—¡Max Miller, por Dios, ¿qué mierda es un PEM?!

¿Cómo le iba a explicar algo a su abuela de lo que él apenas entendía la teoría?

—PEM significa Pulso Electromagnético. Una serie de explosiones PEM son la causa de que no tengamos electricidad en la casa, y que por ello solo funcione el viejo Cadillac.

Miller se llevó las manos al rostro para intentar organizar sus ideas. Explicarle a Big Mama qué era una explosión PEM sería más difícil de lo que se imaginó. Necesitaba palabras sencillas y claras. Pero antes de hablar, sintió varias gotas de sudor frío corrieron por su espalda mientras que por primera vez en su vida experimentó la sensación de un miedo extremo.

Por lo visto, ahora que lo pensaba con más calma, sobrevivir a las explosiones nucleares iba a ser la parte más fácil. Lo siguiente, después de que atacaron al país no solo con bombas nucleares, sino también con pulsos electromagnéticos sería una lucha por la supervivencia.

Sin saber cómo, comenzó a respirar más rápido de lo que sus pulmones podía procesar tanta entrada de oxígeno, el resultado fue que al instante apenas podía respirar; ¿estaba teniendo un ataque de pánico, otro? ¿Estaba hiperventilando? Su abuela le tomó la mano y lo obligó a calmarse con palabras alentadoras.

Miller comprendió la causa de su repentino ataque... a veces saber demasiado —sobre todo cuando de situaciones catastróficas se trata—, es peor de lo que muchos creen. Sobre todo si eres tú quien está en el medio, justo dentro en un bote, ves el mar retirarse en cuestión de segundos, y la orilla queda a varias millas... ¡lo comprendes! Se trata de un tsunami, sabes lo que viene a continuación, también comprendes que si en ese momento estas con tu familia en ese bote, no les dará tiempo llegar a la orilla, pero ellos no lo saben y continúan jugando, pescando, riéndose, solo tú sabes lo que se aproxima.

Poco a poco comenzó a calmarse, y a recordar las conferencias que varios científicos del Pentágono dieron a su Unidad sobre un ataque nuclear acompañado por explosiones PEM, sus características y ramificaciones eran aterradoras, pero en ese momento, como siempre sucede cuando se habla de un apocalipsis, sus compañeros y él lo tomaron a juego, eso nunca les pasaría.

En julio de 1962 se realizó una prueba nuclear estadounidense a 250

millas de la superficie, en el espacio. El experimento se llevó a cabo en el centro del océano Pacífico, se le llamó «The Starfish Prime Test», y demostró a los científicos que la magnitud y los efectos de una explosión nuclear de gran altitud eran mucho más grandes de lo que se había calculado previamente. The Starfish Prime Test produjo daños en Hawái a más de 800 millas de distancia desde el punto de detonación, destruyendo alrededor de 300 farolas, así como daños en compañías telefónicas y eléctricas. Los daños que provocó el pulso electromagnético generado por la explosión fueron reparados rápidamente debido a la modesta infraestructura electrónica de Hawái en 1962.

Ese mismo año la Unión Soviética también realizó una serie de experimentos llamados «Proyecto K», en el cual detonaron tres bombas PEM en el espacio de Kazajstán. Las pruebas se realizaron sobre una gran población (y también en un lugar donde el campo magnético terrestre fuera mayor), los daños causados por el PEM a menos altitud, resultaron mayores que los alcanzados por los estadounidenses. El pulso geomagnético provocó una corriente eléctrica que se transformó en un sobre-voltaje en una larga línea eléctrica subterránea causando un incendio en la central de energía en la ciudad de Karagandá.

En el 2008 la Comisión PEM estadounidense (formada por los mejores científicos y tecnólogos del país), redactaron un informe para el Pentágono llamado “Informe de Infraestructuras Nacionales Críticas”.

En el informe aparecían datos sobre las diferentes armas nucleares con las que se podría atacar y causar daños irreparables a la infraestructura de los Estados Unidos. Se dejó claro que científicos militares rusos, norcoreanos y chinos ya habían diseñado bombas capaces de generar pulsos electromagnéticos a escalas inimaginables. Estas bombas fueron llamadas Súper-PEM. De acuerdo al informe, una Súper-PEM podría destruir incluso los sistemas electrónicos militares y civiles mejores protegidos de los Estados Unidos.

El mensaje fue claro, de realizarse un ataque con una Súper-PEM sobre los Estados Unidos —sería un caos total—, pues el país no contaba con una estructura elaborada para defenderse... estarían completamente desprotegidos.

«La pregunta es ¿cómo se lo explico a Big Mama?»

La anciana continuó mirándolo en espera de una respuesta, por lo que Miller decidió hablarle claro, no había punto en disimularle la verdad. Los

Estados Unidos, tal y como lo conocían había desaparecido para siempre. En las próximas horas, días o meses, todo se resumiría en una guerra por la supervivencia. Eventualmente el ejército se organizaría... eso si quedaba algún ejército. Lo cual planteaba una serie de preguntas: ¿qué tan grande fue el ataque? Si ellos fueron capaces de ver varias explosiones nucleares, Miller imaginó que eso solo fue la punta de la lanza; el resto, las grandes ciudades donde se organizaba la infraestructura del ejército y el gobierno, debió de recibir los primeros impactos.

—Big Mama, una explosión PEM está diseñada para destruir toda la infraestructura de una ciudad, o todo un país, dependiendo del radio de alcance.

La anciana se encogió de hombros, aquello no le quedó muy claro.

—O sea, ¿no habrá muertos?

«Allá vamos».

—Sí, más que donde cayeron las bombas nucleares.

—No lo entiendo.

—El pulso electromagnético que generaron las explosiones no le causara daños a los humanos ni a los animales, el daño real nos lo causaremos nosotros mismos.

Las palabras de su nieto seguían sin aclararle sus dudas, y Miller lo comprendió por la expresión de sus ojos.

—Vamos a ver; ¿es o no es una bomba?

—Ok, míralo de esta manera, si metieras un celular dentro de un microondas y le dieras tres minutos; ¿qué le pasaría?

—Se achicharraría.

—Exacto, eso es lo mismo que una explosión PEM, solo que imagínate un microondas gigante donde puedas meter toda una ciudad.

—¿Autos, celulares, radios...?

—Todo, Big Mama, todo lo que tenga un sensor o circuitos modernos se freiría con los pulsos electromagnéticos, ya viste que hasta los aviones fueron afectados.

Por fin Big Mama comenzó a hacerse una imagen de la magnitud del desastre —miró a Miller y comprendió entonces el ataque de pánico que experimentó su nieto—. La anciana abrió la puerta del pasajero y se sentó junto a él. Permaneció callada, asintiendo en silencio pero sin dejar escapar ni un simple suspiro. Miller la conocía demasiado bien, sabía que su abuela asimilaría la situación y luego, sin malgastar expresiones o preguntas sin

sentido, escogería cuidadosamente sus siguientes palabras.

—Con daños a las instalaciones del país, ¿a qué te refieres?

Sí, como siempre, su abuela escogió cuidadosamente sus primeras preguntas.

—Big Mama, las explosiones PEM, acompañadas de bombas nucleares..., en pocas palabras, va a generar un colapso total de las infraestructuras nacionales e internacionales. —Miller cerró los ojos para organizar la lista—. Para que tengas una imagen, estamos hablando de un paro total de todos los sistemas de transporte. O sea, los tres medios más importantes para mantener una nación en funcionamiento han desaparecido. ¿Me entiendes?

La anciana simplemente asintió.

—Ya viste lo que le sucedió a los aviones, lo mismo pasó con los automóviles y barcos. Una Súper-PEM podría fácilmente haber dañado hasta los satélites en el espacio... de hecho, estoy seguro de que lo hicieron.

Se hizo un largo e incomodo silencio en el cual ambos analizaron las ramificaciones de lo que vendría a continuación.

—Pero sin los satélites...

—... la capacidad del gobierno será nula. No podrán organizarse, los servicios de respuesta de emergencia unificada se fueron a la mierda. ¡Por Dios, todo se fue a la mierda! Incluso mantener el orden civil quedará fuera del alcance de la Guardia Nacional. —Big Mama asintió, pero no le hizo ninguna otra pregunta, sabía que Miller aún no había acabado—. Los sistemas de purificación de agua, el control de las represas, el suministro de agua potable de las grandes ciudades y las gasolineras han quedado fuera de servicio también.

—¡Oh, Dios! Será una guerra civil por un pomo de agua.

«Mucho peor».

Ahora—cuando por fin la realidad golpeó fuertemente la conciencia de Big Mama— comprendió a qué Miller se refería con que habría más muertes causadas por los propios ciudadanos que por las bombas nucleares.

A Miller le dejaron de temblar las manos. Hablar con su abuela lo hizo volver a recuperar el control de sí mismo, sobre todo la parte analítica y militar que por unos instantes quedó suprimida en lo más profundo de su mente.

—Sin medios para organizarse por parte del gobierno y, lo peor de todo, con la red de comunicaciones fuera de servicio: celulares, radios,

televisión... toda esa mierda tecnológica quedó frita por los pulsos electromagnéticos. Big Mama, estamos hablando de una guerra de sálvese quien pueda.

«Solo los más fuertes sobrevivirán».

Durante varios minutos volvieron a permanecer callados. Cada uno —a su manera— asimilando la nueva realidad, el nuevo mundo en el que tendrían que vivir. Miller sabía que necesitaba comenzar a hacer algo, pero no pudo moverse. Por mucho que lo intentó su cuerpo siguió paralizado, incapaz de tomar una sola decisión.

—¿Qué crees que esté pasando en estos momentos en Greenville?

«Lo de siempre, la ley natural se impone: solo los más fuertes sobrevivirán». Miller prefirió decirlo de otra manera, lo cual no significó que sonara más hermoso.

—Está sucediendo lo que siempre pasa ante cualquier catástrofe, solo que el porcentaje ahora se multiplicará por mil. —A Miller no le fue difícil hacerse una imagen de lo que estaría sucediendo, pero prefirió (una vez más) no ser tan gráfico a la hora de contarla, aunque estaba seguro de que su abuela ya tenía sus propias ideas—. ¡Caos total...! Todo el tráfico detenido, personas en medio de la oscuridad intentando llegar a sus casas... asalto a las tiendas... violaciones... asesinatos... algunos buscarán cosas útiles para sobrevivir, otros preferirán robar joyerías y equipos electrónicos. La policía se mantendrá en sus estaciones; con suerte, el resto de la noche, pero en la mañana, sin recibir ningún tipo de órdenes, poco a poco comenzarán a abandonar sus puestos para reunirse con sus propias familias.

La anciana se llevó las manos al rostro, como si estuviera haciendo una plegaria por todas aquellas almas; la de los vivos, los que no murieron en las explosiones y que ahora se iban a enfrentar a una muerte peor, donde, impotentes, verían a sus seres queridos asesinados, violados, descuartizados...

—Sin celulares ni radios para establecer alguna unidad de apoyo, simplemente se impondrá la ley del más fuerte. Las siguientes palabras Miller las conocía demasiado bien, era algo que le enseñaron desde el primer día de entrenamiento: solo se necesitan menos de cuarenta y ocho horas sin electricidad o medios de comunicación para desbaratar toda la infraestructura del país.

Tras decir eso, se sintió como *Alicia en el país de las maravillas*, cayendo dentro de un pozo de paredes lisas a las cuales trataba de sujetarse

sin éxito alguno.

—Muy bien... muy bien... entonces tenemos que tomar varias decisiones. Miller, ¡mírame y préstame toda tu atención! Ahora te necesito más que nunca, te necesitamos —la voz de su abuela hizo que volviera a mirarla de manera diferente, estaba ante la líder que necesitaba. Después de todo, él solo era un soldado entrenado para seguir órdenes—. Lo primero es prepararnos para un eventual ataque. ¿Correcto?

Miller asintió.

—Busca todas tus armas, yo buscaré las mías. ¿Qué es lo siguiente?

Miller no le respondió.

—Cariño, estamos en guerra. No quiero a mi nieto, quiero al soldado que tiene dentro para que nos proteja. —Su abuela le puso la mano en el hombro, mientras que con la otra le acarició el rostro—. ¡¿Qué tenemos que hacer?!

«¡Enfócate! Fuiste entrenado para esto».

—Lo primero... sí, lo primero: crear un Comando Central, o Centro de Operaciones Estratégico, un COE. Vamos a transformar la habitación de caza. —Miller tragó en seco, mentalmente le dio las gracias a su abuela por sacudirlo y despertarlo de una vez. Gracias a ella sus instintos militares comenzaron a resurgir—. Lleva todo lo que tengas que pueda causarle daño a una persona a más de cinco metros.

Ambos salieron del Cadillac. Big Mama llegó junto a él y le dio en beso en la frente. Luego tomó su vela y se marchó hacia su habitación.

Capítulo 7

Topo Uno

(Búnker secreto antinuclear)

«Topo Cero, Topo Uno y Topo Dos», o simplemente «Los Topos»; se trataba de los nombres escogidos para referirse a los tres sofisticados búnkers con tecnología de punta que eran considerados uno de los secretos militares mejores resguardados por el Servicio de Inteligencia Cubano y las Fuerzas Armadas.

Diseñados durante la década de los 60 durante la famosa crisis de los misiles, con el apoyo tecnológico y militar de la Unión Soviética, Fidel Castro mandó a construir tres búnkers antinucleares que servirían como bases de operaciones ante cualquier ataque imperialista.

Al pasar los años los silos se fueron expandiendo y modernizando, convirtiéndose en centros neurológicos militares preparados para enfrentarse a cualquier crisis.

La Familia, siempre preparada para todo tipo de eventualidades, creó una serie de planes de fuga en caso de que el pueblo cubano se revelara y tomara las calles —pasó en Egipto, en Irak y en Libia—. Sin dudas se podía repetir en Cuba. En caso de que una situación similar surgiera, La Familia preparó una pequeña flota de aviones que se mantenía lista las veinticuatro horas del día y que solo tenían una simple función, sacarlos inmediatamente de la isla.

Al igual que la familia de Saddam Husein, o la de Gadafi, los miembros del clan Castro contaban con varios cientos de millones de dólares esparcidos por cuentas en Suiza, Italia, Panamá y Gran Caimán. Con varias mansiones en Venezuela, Chile, Argentina, Bolivia y en una docena de ciudades de Europa. Restablecerse no iba a representar ningún problema..., otra cosa muy diferente sería si la isla era invadida de repente y no les daba tiempo escapar. Para ello elaboraron la Operación Topos, desde donde podrían dirigir una guerra, o ganar el tiempo suficiente para negociar la entrega del país de manera que no fueran llevados a juicio.

Los Topos, las maravillas arquitectónicas militares más complejas e importantes de Cuba, no podían competir contra Mount Weather —el súper búnker americano, llamado también; «Centro de Operaciones de

Emergencia»—, el cual fue diseñado para la continuidad del gobierno en caso de que el país sufriera catástrofes naturales, atentados o un posible ataque nuclear. Su única función era la de proteger al presidente y las figuras más importantes del gobierno, su tecnología y resistencia eran inexpugnables. Aun así, Los Topos no tenían mucho que envidiarle.

Los tres búnkers, ubicados en diferentes puntos estratégicos de la isla, fueron diseñados para permanecer ocultos bajo montañas a más de 800 metros bajo tierra. Con una capacidad para mil personas, cada búnker fue equipado con tecnología rusa de última generación, además de que contaban con varias redes de cables subterráneos que les permitían de manera segura la comunicación entre los tres Topos.

Una de las principales defensas con que contaban los búnkers era la de tener encima —literalmente— una montaña, y como extras, paredes reforzadas de cemento, granito y titanio. Semejante coraza hacía de los Topos pequeñas ciudades capacitadas para resistir varios ataques nucleares y todo tipo de pulsos electromagnéticos.

Cuando Mario entró en el búnker, no pudo evitar mirar por encima de su hombro. Lo que vio no le gustó...

«¡Oh, madre mía! ¿Qué demonios está pasando?», intentó tragar saliva, pero la boca la tenía demasiado reseca. La puerta de entrada comenzó a descender lentamente como una gigantesca guillotina, y aunque quiso aclarar sus pensamientos, no pudo evitar que una imagen cruzara por su mente; se imaginó el enorme telón de un escenario teatral que estuviera dejando atrapados en su interior a los actores antes de poder comenzar la puesta en escena.

La puerta, que de por sí pesaba unas cuantas toneladas, era la prueba evidente de que una guerra estaba a punto de comenzar.

«¿O quizás ya comenzó y yo aún no me he enterado?».

A medida que sus guardaespaldas lo fueron guiando por los pasillos, Mario comenzó a prestarle atención a todos los detalles de lo que sucedía a su alrededor. Los rostros de las personas pocas veces mienten ante las catástrofes... y lo que vio fue miedo. No, hizo una corrección a su línea de pensamientos: pánico era la palabra adecuada; los técnicos, guardaespaldas y soldados del búnker irradiaban pánico a través de sus miradas.

Mario Duran no se convirtió en el presidente de Cuba solo por haber sido escogido por un grupo de personas que movían los hilos del poder. Él,

aunque siempre aparentara hacer lo que La Familia le dijera, por encima de todo era un sobreviviente. Y mirar aquellas expresiones lo hicieron comprender que sus sospechas, por terribles que fueran, comenzaban a hacerse realidad.

Capítulo 8

Puesto de Mando

(Orangeville, Florida)

Bien, si todo se resumía a tomar decisiones, y llevarlas a cabo mediante una premeditada planificación, en eso él era un experto.

Miller fue directo hacia la habitación de caza, una pequeña sección de la casa que mantenían cerrada con llave y en donde guardaba todo su arsenal. Como precaución extra, sus armas —tanto las militares como las de caza— las mantenía encerradas dentro de una Military Shelter House, o MSH, como solían llamarla en el ejército. Se trataba de una especie de caja fuerte de tres metros de largo por dos de ancho con un sistema de seguridad con números de rodillo.

«Reúne toda tu mierda y aprende a compartimentarla en tu puto cerebro», se dijo a sí mismo, un mantra que cada comando sabía de memoria.

Por segunda vez se equivocó al poner los números, ¡no te lo permito!, se repitió una y otra vez. Errores como esos no se los iba a permitir. Sí, que fueran los nervios o la mierda que fuera, el punto fue que sus manos comenzaron a sudarle tanto que tuvo que limpiárselas en el pantalón; la tensión comenzó a desbordársele por todos los poros. ¡Tienes que enfocarte!, su familia lo necesitaba ahora más que nunca. Por fin, al tercer intento, la rueda cayó en los números correctos.

—¡Ábrete, Sésamo!

Max Miller no era cualquier soldado del ejército americano, ¡oh, no!, era un Marine Force Recon (FORECON), una de las fuerzas élites de reconocimiento más importantes del Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos.

Su entrenamiento y tácticas de combate eran las mismas que usaban los Navy SEALs, Delta Force o Green Beret. Su diferencia radicaba en que su especialidad era introducirse tras las líneas enemigas y llevara cabo operaciones especiales no convencionales; estudiando posiciones, localizando puntos estratégicos para variados ataques aéreos o terrestres y reportar esa información.

Aunque estaban capacitados para realizar un ataque demoleedor sobre sus adversarios, ya fuera como punta de lanza o de apoyo a una retirada, por lo

general no participaban en misiones de eliminación de objetivos como sus primos hermanos; los SEALs y el resto de la pandilla —escuadrones de la muerte especializados en meterle un plomo en la frente al enemigo mientras dormía—, de ser descubiertos, perseguir a un Marine Recon durante la noche sería un error fatal.

La habitación de caza —ahora convertida en Puesto de Mando—, tenía tres cabezas de venado disecadas en las paredes junto a un coyote, varias ardillas y al menos una docena de patos —los patos fueron regalo de un taxidermista amigo de su abuela—. Miller siempre codició atrapar un zorro para sumarlo a la colección, pero Emma le juró que si se aparecía en la casa con un zorrillo le pegaría candela a las cabezas de venados; ¡y claro que le creyó, era Emma!

En el centro de la habitación había una enorme mesa donde solía preparar sus accesorios cuando iba a salir de caza; sobre ella, en cuanto abrió la MSH, puso cargadores y una veintena de cajas de municiones, por lo menos más de tres mil balas de diferentes calibres. Los miembros de tropas especiales de la marina tenían acceso ilimitado a casi todo tipo de munición. Era un requisito practicar todas las semanas, de no estar en la base militar debían ir a los polígonos que estuvieran cerca de sus casas. El caso de Miller era diferente, ya que contaba con su propio campo de tiro a dos millas del rancho, en el cual hacía prácticas todos los fines de semanas; no menos de ochocientos disparos.

—Aquí están mis muchachos —anunció Big Mama—, la colección completa.

Sobre la mesa la anciana depositó tres escopetas: una Browning Superposed edición limitada doble cañón, un Remington 870 con sistema de corredera y un Mossberg 500 con culata recortada. La anciana traía puesta su cartuchera con la pistola de su difunto esposo, una Desert Eagle calibre 50, una bazuca en miniatura.

Miller tomó la Browning entre sus manos, usaba cartuchos del calibre 12, a corta distancia cualquier disparo que recibieras de aquella monstruosidad sería letal. Pero recargarla le iba a tomar demasiado tiempo.

—De tener que usarlas, usa la Browning como último recurso.

La anciana asintió. En tácticas de armas jamás contradeciría a su nieto.

—¿Cuál me toca a mí?

Miller y Big Mama miraron hacia la puerta. Emma, con la cara hinchada de tanto llorar, los ojos venosos y secos por la falta de lágrimas, los miró a los dos. Su expresión era decidida, había venido a recibir las órdenes —no de su esposo—, sino del militar que iba a proteger a sus hijas, a ella y a Big Mama.

Miller conocía demasiado bien a Emma como para reconocer el cambio producido en ella, el shock inicial fue sepultado en su alma —sin dudas el miedo a desaparecer de un momento a otro seguía palpitando entre los tres, pero eso era algo que no podían controlar—, enfocarse en sobrevivir era otra cosa.

Sin estar muy convencido de su lógica, miró a las dos mujeres y les dijo lo que ambas querían escuchar.

—Estratégicamente no tiene sentido bombardearnos. Si no lo hicieron en el ataque inicial ya no lo harán, es simple lógica militar. —Ambas mujeres lo miraron intrigadas—. Necesitan sobrevivientes... para que se maten entre ellos.

Una vez que le puso palabras a sus miedos comprendió que estaba en lo cierto y, al igual que él, ellas también lo comprendieron.

—En estos momentos debe de haber comenzado una guerra de recursos. —Anunció Emma, sorprendiendo a la anciana, quien la miró con cierto orgullo, ella también era una guerrera—. Los sobrevivientes lucharán entre sí por cosas tan simples como una lata de carne de gato. Y precisamente eso es exactamente lo que quieren que hagamos, y la población lo hará, ¡oh, sí que lo van a hacer! Seguirán el plan elaborado por nuestros enemigos.

Miller no la interrumpió, ya que Emma sabía tanto del tema como él. Cuando su esposa se graduó como enfermera registrada, mientras se preparaba para convertirse en BSN, estuvo dos años trabajando en un hospital militar; allí fue donde se conocieron.

Al igual que todo el personal médico vinculado con el ejército, Emma recibió incontables seminarios y conferencias preparándola para diferentes escenarios en los cuales el país era atacado por terroristas, una invasión, o una variedad infinita de catástrofes...pero la más temida —ya que para ella no tenían realmente una infraestructura que pudiera soportar semejante ataque— era la de una serie de explosiones PEM.

—Reconocer la situación y adaptarnos es lo único que nos puede ayudar a sobrevivir. —Miller miró fijamente a su esposa y a su abuela, su expresión dejó claras las reglas para ambas. A partir de ese momento sus

palabras eran órdenes en cuanto a términos militares se refiriera. Entró en la MSH y regresó con una cartuchera, dentro traía una Micro Ruger 9 milímetros con dos cargadores, se la puso en las manos a su esposa—. Esta pistola significa la vida de todos nosotros, sobre todo de las niñas y el bebé. ¿Te quedó claro?

Emma asintió sin poner un pero.

—No quiero que te la quites ni para ir al baño.

Su esposa volvió a sentir.

La besó en la frente y le sostuvo el rostro entre sus manos. Emma lo comprendió, él sabía perfectamente que ella odiaba las armas, pero mientras su esposo la ayudaba a instalarse la cartuchera bajo el brazo supo reconocer que el mundo había cambiado para siempre, ahora todo se resumía a la ley del más fuerte... o el que tuviera un arma.

—Necesitamos hacer un inventario de todos los recursos que tenemos: medicina, comida, armas, artículos higiénicos... la lista es grande.

—Con esas palabras Emma les dejó claro que estaba dispuesta a proteger a su familia al costo que fuera necesario.

—Lo primero será preparar una lista de los alimentos que tenemos por fechas de vencimiento. —Big Mama le tomó una mano y acarició la enorme panza de Emma, esta pudo sentir las pataditas del bebé—. Ve haciendo esa lista, yo voy a chequear el jardín, el combustible que nos queda y a pensar en dónde instalar una cocina de leña para preparar las carnes que tenemos en las neveras antes de que se echen a perder.

Ambas lo miraron y Miller comprendió que le tocaba su turno.

—Las carnes hay que cocinarlas de noche para que el humo no atraiga a nadie —Emma y Big Mama se sorprendieron al comprender que Max ya visualizaba como un enemigo a cualquiera que se acercara al rancho; ninguna lo contradijo—. El recurso más importante es el agua, por eso no tenemos problemas, hay un riachuelo que baja de la montaña a una milla de aquí — Miller sabía que el agua de las tuberías estaba a punto de acabarse, si es que ya no lo había hecho—. Voy a instalar una serie de mangueras que funcionen por gravedad y presión.

Volvió a entrar en la MSH y sacó dos cargadores y una MP5 a la cual le instaló un silenciador.

—Pero antes que todo, lo primero es establecer un perímetro de seguridad alrededor del rancho.

Big Mama le acarició el rostro y su esposa le dio un beso.

—Saldremos de esta —le murmuró al oído.

En cuanto las dos mujeres abandonaron la habitación, Miller miró hacia el interior de la MSH. Por primera vez desde que empezara aquella pesadilla se permitió dejar escapar una leve sonrisa.

Encofrada en una base de cemento de medio metro de profundidad, y fijada a cabillas de acero de media pulgada, la Military Shelter House — MSH, el acrónimo usado por el ejército de los Estados Unidos—, era un arsenal de guerra previsto para situaciones extremas. Gracias a los contactos de un coronel que estuvo al frente de la unidad de Miller, este pudo conseguir un contrato con descuento para que los ingenieros del ejército le instalaran una MSH dentro de su casa.

Con paredes de acero reforzado y columnas de titanio, tanques de oxígeno instalados en el piso, un botón de pánico con un dispositivo de posicionamiento global, y varios compartimientos para guardar comida y suministros médicos, la MSH contaba con más accesorios de los que le había contado a su familia.

La función principal de la MSH era protegerlos de una serie de catástrofes —incluido un tornado EF5—, aunque también podía usarse como Habitación de Pánico... o para guardar todo un arsenal militar, como era el caso.

Max Miller tenía colgada en las paredes de la MSH parte del equipo que usaba su Unidad en las operaciones especiales. Chalecos antibalas, equipos de visión nocturna, uniformes tácticos, una docena de granadas de humo y varias de fragmentación, tres rifles automáticos —de uso exclusivo para miembros del ejército— y ocho pistolas con todos sus accesorios.

Ni Big Mama, y mucho menos Emma, tenían idea de todo su arsenal. Las reglas de la casa eran que nadie podía abrir la MSH a menos que se tratara de una emergencia de vida o muerte.

Miller entró al interior de su pequeño búnker y cogió dos cargadores extras para su Glock, los instaló en su cinturón, se giró para salir pero entonces algo le llamó la atención. Se acercó a los estantes y tomó en sus manos uno de los cascos tácticos que tenía instalado unas NVG. Se instaló el casco y presionó el botón.

—¿¡Pero cómo cojones...!?

A través de las Gafas de Visión Nocturna, el fondo de la MSH cobró

vida, toda la oscuridad a su alrededor desapareció para darle paso a una visión fosforescente de cada rincón.

«¡Las paredes!».

Miró a su alrededor comprendiendo lo que había pasado. El equipo de visión nocturna sobrevivió gracias a las paredes. Recordó las conferencias que dieron los científicos del Pentágono —a las cuales por desgracia prestó muy poca atención—, estos explicaron cómo paredes de plomo, titanio o acero reforzado podrían parar las ondas lanzadas por una explosión PEM.

—¡Eres el rey de los imbéciles! ¡Mierda, tenía que haber guardado aquí los radios!

Ya de nada le valía lamentarse. Tenía encima del refrigerador un juego de walkie talkie con un ancho de banda de varias millas cuadradas, los cuales ahora solo servían para chatarra junto con el resto de los equipos eléctricos de la casa. Pero las NVG eran algo totalmente diferentes y mucho más valiosas como equipo de supervivencia. Eran un regalo de la suerte que en un futuro podrían significar la vida o la muerte de su familia.

Miller revisó las baterías, tenía ocho baterías cargadas.

«Al fin un golpe de suerte».

Capítulo 9

Cuando el barco se hunde...

(Búnker secreto antinuclear)

Su equipo de escoltas, incluido su jefe de Seguridad, se detuvieron para entregarlo a un nuevo grupo de guardaespaldas.

—Bienvenido al Topo Uno, presidente, soy el capitán Armando Guiñan, seré su nuevo Jefe de Seguridad. Por favor, sígame. —Sin darle un segundo para responder, con un gesto autoritario le ordenó que lo siguiera.

Mario no tuvo otra opción que asentir, miró hacia los lados y vio que cuatro agentes, todos armados con rifles automáticos con aspecto futurista —no la clásica AK-47, el omnipresente fusil de las Fuerzas Armadas—, le indicaron que los siguiera.

—Hacia dónde... —no necesitó terminar la pregunta. El capitán Guiñan lo llevó directamente hacia un ascensor. Una vez dentro pulsó el piso Uno. Al instante sintió cómo la presión y rapidez del descenso le subía del estómago a la garganta y su cerebro mandó una señal de alarma a todos sus sentidos; «¿a cuántos metros de profundidad estaremos?», tras pensárselo mejor llegó a la sabia conclusión de que lo mejor sería ignorarlo.

Una vez fuera del ascensor lo trasladaron inmediatamente hacia una puerta de acero reforzado que solo se habría mediante un reconocimiento facial, de retina, y un código numérico. Mario jamás había visto tanta seguridad en ninguna unidad militar que hubiera visitado anteriormente.

Una vez que las pesadas hojas metálicas se abrieron hacia los lados, su nuevo guardaespaldas le indicó que lo siguiera.

—Bienvenido al Comando Central de Operaciones —le dijo mientras le señaló la gigantesca sala repleta de paneles electrónicos, enormes pantallas LCD y un pequeño ejército de laboriosos analistas que se lanzaban gritos y corrían de un lado hacia otro dando o recogiendo información.

Mario no se sorprendió de que con semejante caos nadie hubiera notado su llegada, o eso creyó por unos segundos.

—¡Caramba! Al fin llegas —la voz de Braulio Cruz, el Ministro de las Fuerzas Armadas, lo hizo ponerse más tenso de lo que estaba—. La reunión va a empezar, sígueme.

Como siempre, para no romper la rutina, las palabras que salieron de la boca de Braulio eran órdenes y, de igual manera que las veces anteriores,

Mario Duran se tragó su orgullo y siguió obedientemente al anciano hacia la sala de reuniones.

Braulio Cruz, general y Ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), era el segundo hombre más poderoso de la isla. Por delante de él solo estaba La Familia, la cual creaba una balanza del poder perfecta, ya que si Braulio decidía tomar el control absoluto del país mediante la fuerza, La Familia lo podría destruir económicamente, lo cual no le convenía a nadie. Después de todo Braulio, quien se casó con una de las nietas del mismísimo Raúl Castro formaba parte del clan.

A pesar de tener setenta y ocho años, siguiendo el ejemplo de todos los generales y comandantes anteriores a su generación, Braulio no se retiraría a menos que le diera un infarto o su salud llegara a un extremo que le fuera imposible ejercer sus funciones.

Sin su uniforme, su escolta y sus grados de general, vestido de paisano, Braulio lucía como lo que era, un anciano débil y arrugado por los años. Pero si se le miraba directamente a los ojos —como Mario había hecho en varias ocasiones—, se podía ver el brillo en sus pupilas, el resplandor de una megalomanía que ensombrecería a cualquiera que intentara llevarle la contraria. Braulio Cruz era el típico dictador que no dudaría un instante en aniquilar a toda una nación simplemente por hacer prevalecer sus puntos de vista.

—Entra —le ordenó.

En cuanto la puerta se cerró a su espalda, dejando atrás el pequeño ejército de analistas, Mario reconoció al instante a todos los rostros que rodeaban la enorme mesa de reuniones. Sin esperar a que se sentara, Braulio carraspeó varias veces y anunció lo que ya todos debían imaginarse:

—Hace menos de una hora que activamos la Operación Arca.

Al principio las expresiones que afloraron en el rostro de todos los presentes fueron de incredulidad y sorpresa. La magnitud de los acontecimientos —cualesquiera que estos fueran—, apenas comenzaban a calar en la consciencia de todos.

Pasados unos segundos los rostros volvieron a sufrir una transformación, esta vez dando paso al miedo y al pánico.

«¿Esto realmente está pasando?!», se preguntó a sí mismo.

Mario tuvo la extraña sensación de haberse colado dentro de la

pesadilla de otra persona, todo a su alrededor no era real, de un momento a otro se despertaría regresando a su propio cuerpo... ¡pero no sucedió!

La voz del general Braulio —estresada ante todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor— lo hizo despertarse una vez más en esta nueva realidad.

—El primer reporte del traslado acaba de llegar —volvió a anunciar Braulio—, en media hora, según lo previsto, la primera fase estará concluida.

Mario siguió en shock, negó levemente con la cabeza sin poder creer que todo aquello estaba ocurriendo, pero antes se aseguró de que su gesto fuera mínimo, lo menos que necesitaba ahora era atraer la atención de toda la jauría política que lo rodeaba.

Después de todo, uno de los tantos apodosos que le puso el pueblo desde los primeros días de su mandato fue el de «Presidente a dedo», lo cual mirándolo desde cualquier punto de vista era la pura realidad.

Él nunca pretendió engañarse a sí mismo, lo supo desde los primeros días en que fue escogido por La Familia como «presidente decorativo», pero la pregunta que siempre surgió en su mente y justificó todos sus actos fue: «¿Quién no quería saborear las mieles del poder?».

Mario recordó en ese momento, bajo la tensión que se respiraba en el ambiente, los primeros días en que fue nombrado presidente. Lo primero fue someterse a una serie de reuniones que nunca tenían fin. El propósito fue enseñarle todos los planes y operaciones con que contaba el gobierno de tener que enfrentarse a cualquier tipo de “eventos inesperados”.

«Eventos inesperados», repitió el término varias veces mientras miró detenidamente a cada uno de los presentes, prácticamente todos eran miembros del clan familiar. La realidad era simple, La Familia contaba con planes de contingencia para todo tipo de situaciones... o “eventos inesperados”.

Como experto económico y analista, con un sentido de organización nato, desde el comienzo de las reuniones prestó atención a los planes de recuperación y reabastecimiento ante catástrofes meteorológicas que afectarían la isla. Por eso, cuando le explicaron con cuánta facilidad el propio gobierno se adueñaba de las donaciones extranjeras enviadas al pueblo —para repartírselas, guardarlas como reserva militar, o simplemente volver a enviárselas a otros países para luego usarlas como campañas publicitarias—, no le quedó otro remedio que asentir..., después de todo, él también recibiría su parte.

A lo que sí no le encontró ningún sentido fue a varias de las

operaciones creadas con el simple propósito de proteger a La Familia. Cuando le explicaron en lo que consistía la Operación Arca, a duras penas pudo contener la risa... ahora, sentado en aquella mesa, rodeado de rostros asustados y miradas perdidas, lamentó no haber prestado más atención.

Capítulo 10

Operación Arca

(Búnker secreto antinuclear)

Tres cosas nunca dejaron de asombrar a Mario con respecto al nombre escogido para referirse a la misión más importante del país en caso de un ataque. Sin dudas la primera era el nombre: «Operación Arca», más cliché no podía ser. La segunda: «el Arca». En los textos bíblicos se refería a la misión que Dios encargó a Noé. Nada menos que construir la famosa embarcación que trasportaría a las criaturas escogidas, las cuales, por encima de las demás, tenían el derecho divino a sobrevivir el diluvio universal.

¡Y ahí está la hipocresía!

Escoger semejante nombre para una misión de esa magnitud, sobre todo porque el gobierno que controlaba la isla durante décadas encarceló, torturó y asesinó a todo tipo de religiosos. Al punto —como fue el caso de los Testigos de Jehová—, que no les quedó otra opción que emigrar en masas.

Ahora, tragándose su orgullo y mirándolo todo desde otra perspectiva, tuvo que reconocer que el nombre era genial.

«El Arca, una embarcación creada para que sobrevivan solo los elegidos... ¿y el resto? ¡Pues que se jodan!».

Operación Arca era precisamente eso, un plan a gran escala para poner fuera de peligro a los miembros de La Familia. Estos serían repartidos entre el Topo Cero y el Topo Dos. El búnker central —Topo Uno—, era el encargado de mantener a las figuras políticas y sus puestos de mando de modo que el control sobre la población no se perdiera.

Mario miró a todo lo largo de la mesa intentando hacer contacto visual con alguno de los presentes. Pero cuando sus miradas chocaron solo vio miedo y ansiedad, nadie, ni el mismísimo Dimitri Kovalenko —el Jefe de Estación de la KGB en Cuba—, se atrevió a tomar la palabra. Kovalenko solo tenía ojos para su laptop, tecleaba frenéticamente y tomaba notas.

«El ruso está sudando frío», rumoreó para sí mismo, las noticias que debe estar recibiendo lo tienen en un estado de nervios que no se preocupa en disimular. En Dimitri, un hombre que le corría hielo por las venas, verlo de esa manera solo le demostró la magnitud de todo lo que estaba sucediendo.

Esperó unos minutos más, lo cual solo sirvió para aumentar la tensión

que ya de por sí sola se palpaba en la habitación.

—¿Alguien me puede explicar qué demonios está pasando? —no le quedó otro remedio que romper el silencio.

Para su sorpresa, la reacción de los presentes lo hizo recordar una explosión en las compuertas de una gigantesca represa. En un instante la sala se llenó de gritos, exclamaciones, murmullos e incluso algunos gemidos. Todos querían exponer sus puntos de vista y a la vez demostrar que eran ellos y no los demás, quienes tenían la razón.

Cuando la puerta se abrió y un analista entró sin pedir permiso y corrió directamente hacia el general Braulio —Mario no dejó de percatarse de que fueron directamente hacia el general y no a él, lo cual le puso los pelos de puntas—, aquellos analistas sabían perfectamente quien controlaba el búnker.

Mientras el analista le dio su breve reporte en el oído del general, todos los presentes se quedaron como congelados en el tiempo —sus gestos y expresiones perdieron su intensidad— solo sus ojos siguieron los movimientos del recién llegado. De repente el general escondió su rostro entre sus manos para dejar escapar un largo suspiro. Cuando habló, su voz se escuchó cansada, lejana... y vieja.

—Cuéntales... —fue lo único que dijo.

El analista se pasó la lengua por los labios en un vano intento de humedecerse la garganta. Al final, tras meditarlo por unos segundos comprendió que no había manera de escoger las palabras adecuadas para dar aquella información. Decidió soltarlo todo de una vez:

—Estados Unidos acaba de ser atacado... primero con explosiones electromagnéticas que destruyeron toda la infraestructura del país —Mario recordó esa frase de «se podía haber escuchado un alfiler caer», jamás la podría haber usado en un mejor momento—; luego bombardearon todo el país con bombas atómicas.

Nadie se atrevió a hablar, algunos de los presentes simplemente miraron a Mario en espera de que este, como la vez anterior, preguntara algo más.

—¿Cómo dices?! —fue lo único que pudo articular.

—Acaba de comenzar... ¡Ha comenzado la Tercera Guerra Mundial!

Capítulo 11

Pandemónium

(Búnker secreto antinuclear)

En el poema épico de John Milton, este nombró a la capital de los infiernos como Pandemónium. Según el poema, Pandemónium era un lugar aterrador en donde se reunía toda la corte de los demonios para preparar sus planes. Desde allí enviaban plagas, guerras, enfermedades y todo tipo de calamidades que se les ocurrieran contra la raza humana.

Dos horas después de recibir las noticias que cambiaron por completo su mundo, mientras caminaba por los pasillos que lo conducían directo a la sala de reuniones —o el Comando Central, como le repitió varias veces su nuevo Jefe de Seguridad—, Mario Duran no pudo evitar sentir la sensación de que estaba caminado por la corte de los demonios. Cada pasillo, ascensor o escalera que tomaba, lo conducían directamente hasta el mismísimo centro de Pandemónium.

Cuando las puertas repletas de sensores se corrieron hacia los lados, y entró al Comando Central, ya un pequeño ejército de analistas tenía preparado un informe sobre los acontecimientos ocurridos fuera del búnker. Mario miró entre los escogidos rostros que tenían acceso a la sala de reuniones y localizó al instante a Gregorio —con sus gigantescas gafas de carey, el anciano se parecía a un viejo búho desplumado y sarnoso, ¡pero muy peligroso! Un ave de rapiña capaz de abrir sus alas y despedazar con sus afiladas garras a cualquiera de los presentes, incluyéndolo a él.

El anciano tomó un puntero láser y señaló hacia un mapa digital que surgió en una de las pantallas. Mario comprendió en ese instante que la reunión para hablar del fin del mundo había comenzado.

El general Gregorio Beltrán, Jefe del Departamento de Seguridad del Estado —la famosa G-2, que tanto la población temía—, sin dudas era el hombre que movía los hilos de los servicios de inteligencia y contrainteligencia tanto fuera como dentro del país.

Beltrán, al igual que el general Braulio, era un dinosaurio sobreviviente de la Guerra Fría. A sus 82 años se mantenía en excelentes

condiciones físicas. Diariamente hacía al menos dos horas de ejercicios, combinando estiramientos, levantamiento de pesas, y varios ejercicios cardiovasculares. Su obsesión con su aspecto físico era tal que a pesar de estar cubierto de canas, le gustaba mantener un corte de cabello perfecto e incluso usaba una colita de chivo en la barbilla.

Entre sus tantas excentricidades —como la de acostarse con las nuevas bailarinas del Tropicana, una lista que iba en aumento todos los años—, estaba la de haber convertido un camión militar en una estación de gimnasio móvil. Así, cuando se trasladaba a las provincias con todo su sequito, su gimnasio siempre lo acompañaba.

Había tanta diferencia entre ambas clases sociales —los militares multimillonarios y los civiles— que en ocasiones Mario no podía evitar reírse. Un país donde millones de cubanos diariamente pasaban horas y horas en puntos de recogidas, esperando un transporte que simplemente los llevara del punto A al punto B, Beltrán había transformado un camión en gimnasio.

—Es un evento sin precedentes lo que estamos viviendo —anunció Beltrán, con una voz —que a pesar de los años—, continuaba afilada como los dientes de una sierra eléctrica. Aunque no fue aquella voz que tan bien conocía lo que horrorizó a Mario, sino las imágenes que aparecieron en una de las enormes pantallas—. Estados Unidos acaba de recibir un ataque a todo lo largo y ancho del país... es... ¡es indescriptible! No tenemos ni la tecnología ni los recursos para medir la magnitud, solo estamos recopilando retazos de información que nos llega por diferentes vías.

El silencio que prosiguió al breve discurso del general no pudo ser más aterrador. Miradas y gestos se intercambiaron en un diálogo sin palabras entre todos los presentes. Mario intentó buscarle una lógica a lo que Beltrán estaba diciendo, debía de tratarse de algún tipo de error..., pero entonces apareció en la pantalla una imagen satelital.

—¡Dios mío! —exclamó alguien. Mario ni se preocupó en mirar hacia los lados, aunque lo intentara, sus ojos no podían apartarse de la pantalla.

El gráfico mostraba una secuencia de fotos satelitales sobre el imperio militar más poderoso de todos los tiempos. Este, a su vez, se iba cubriendo de explosiones nucleares seguidas de gigantescas nubes radiactivas.

—Perdimos desde hace varias horas la conexión con todas las agencias de Europa, pero antes de que todo se fuera a la mierda, ¡digamos las

cosas claras!, ellos lograron confirmarme más de veinte explosiones nucleares. Sí, calma, sé que tienen preguntas, yo también pensé que debía de tratarse de un error, pero otras fuentes me confirmaron que es posible que haya sido el doble o el triple. Aclaro, esto no fue un evento casual. Estamos hablando de veinte explosiones (o el doble), como todo parece indicar. ¡Veinte impactos directos sobre la superficie! —La pausa hizo que algunos de los presentes volvieran a mirar a Beltrán, otros, como Mario, no podían apartar la mirada de la pantalla—. La primera ola del ataque se generó con varias bombas que estallaron en el aire, lanzando pulsos electromagnéticos que deben de haber achicharrado cualquier cosa con cables y circuitos. Como era de esperar, la infraestructura militar y social se vino abajo en pocos minutos.

El general señaló con su puntero láser las zonas —que según las últimas imágenes enviadas por los rusos— no fueron afectadas. Se veían claramente las finas líneas costeras que no significaban militarmente ningún peligro para otras naciones.

—El país fue reducido a cenizas, a escombros... —iba a escoger más palabras, pero decidió que no lo necesitaba, el mensaje quedó claro—: las pocas partes que sobrevivieron, sin electricidad ni medios de comunicación, pues deben de haber regresado a la era del hierro.

Cada frase del general Beltrán no hizo otra cosa que generar un sentimiento colectivo entre todos los presentes que aún no conocían el resto de los detalles. Sus miradas se cruzaron coincidiendo en un mismo punto: Estados Unidos, el país con el ejército más poderoso de todos los tiempos no se iba a quedar de brazos cruzados.

—¿Quién comenzó el ataque? —fue la primera pregunta que se le escapó a Mario. No es que ya importara realmente, pero su mente de organizador necesitaba encontrar el origen del conflicto.

Cada uno de los presentes se giró simultáneamente —como si hubieran coreografiado ese movimiento—, para mirar a Dimitri Kovalenko. El ruso, sintiendo el peso de tantos ojos sobre él, no le quedó otra opción que levantar su mirada de su laptop.

—No estoy seguro... los datos que me enviaron... la conexión se ha perdido... yo, ¡lo siento!

—Coronel Kovalenko —le interrumpió Mario—, solo respóndanos una pregunta: ¿a los americanos les dio tiempo contraatacar?

—Sí —fue su respuesta, una única palabra cargada de una fuerza letal que le hizo comprender a todos que apenas comenzaban las malas noticias.

«Entonces, si existe un Dios, ¡que se apiade de la humanidad!»,
murmuró Mario

***.

Capítulo 12

El primer amor nunca se olvida

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Sandra abrió los ojos, se giró hacia un lado y buscó por el piso y el borde de la cama su ropa interior. Un segundo le bastó para desistir, encontrar al menos su sujetador iba a ser una Odisea... ¡oh, verdad, lo dejó en el primer piso de la casa!

Al mirar las paredes de la enorme habitación —esa habitación que conocía hasta con los ojos cerrados—, no dejó de asombrarse, su extraña decoración era algo que nunca logró cautivarla. Las paredes estaban repletas de libros, trofeos y medallas. No había ni un solo espacio que estuviera desocupado, libreros y libreros se conectaban entre sí —más de seis y todos llegaban hasta el techo—, en uno de los estantes leyó el primer título que le llamó la atención por su portada: *Tácticas y Estrategias de Julio César*.

«¡Qué aburrido, por Dios!», Sandra negó y contuvo la risa al leer los siguientes títulos, todas obras históricas de batallas campales, navales, aéreas... menos de la Guerra de las Galaxias, había para escoger.

Junto a la mesa de noche vio otro enorme libraco. Estiró la mano, levantó el pesado libro y leyó el título: *Aníbal, el enemigo de Roma*.

«¡Ah, pero dame un descanso! No tiene ni las *Cincuenta sombras de Grey*, o algo que tenga menos matazones y un poquito..., solo un poquito más de romance».

Unas manos que conocía perfectamente le acariciaron las nalgas, sus dedos recorrieron la curva de sus caderas para terminar apretando con delicadeza —pero posesivamente— sus senos, al final, aquel gesto posesivo culminó con un beso en el cuello.

Sandra sonrió mientras dejó que sus manos continuaran acariciándola. Ella lo conocía demasiado bien, incluso mejor que él mismo. Alejandro estaba dormido, pero inconscientemente solía acariciarla de esa manera, lo cual siempre le daba risa. Pero entonces se giró para quedar boca arriba y fue cuando un ataque de celos la inundó... ¿le hará lo mismo a las otras?

Prefirió eliminar de su mente esos pensamientos, se volvió a girar para quedar frente a él, frente a ese rostro que tanto le gustaba y que tan cruel podía llegar a ser. Sí, Alejandro era muchas cosas; su mejor amigo, su mejor amante... sin dudas el compañero perfecto para establecer un negocio, un jefe

ideal que siempre era atento y cariñoso con todos sus trabajadores. Solo tenía dos defectos: cuando te lo ganabas de enemigo era un monstruo. Cruel, despiadado, no le temblaba la mano a la hora de desaparecer “literalmente” a la competencia. Por esas características es que se convirtió en el hombre de negocios con fama de «por delante y de frente, lo que quieras, pero si me apuñalas por la espalda asegúrate de matarme y rematarme, porque si sobrevivo...»

Su segundo defecto —bueno, ese era de acuerdo a quién lo mirara— era el de ser un incontrolable mujeriego.

«No, no, no, estás mal, mujeriego no es la palabra correcta que se le pueda aplicar —para su pesar, Sandra reconoció que debía modificar el término—, es la puta reencarnación de Casanova con el dinero del rey Salomón».

Alejandro dormía ajeno al escrutinio que estaba recibiendo. Sandra continuó devorándolo con la vista, sintiendo algunas cosquillas en su zona pélvica al recordar las cosas que aquella boca le hizo la noche anterior. Por donde quiera que su vista pasara solo veía en él capas y capas de músculos. Todo el cuerpo de Alejandro era una coraza de cables tensados con forma de venas que recorrían sus poderosos brazos. Sus pectorales y trapecios —de tantas horas en el gimnasio— se deformaron tomando una forma grotesca y sexy a la vez. El ancho de sus hombros y su enorme caja torácica se debían a las miles de horas que empleó levantando pesas y que dieron como resultado las medallas de oro, plata, bronce, y otros eventos de competición mundial que lo convirtieron en una leyenda del deporte.

Alejandro era doble campeón Paralímpico en la modalidad de levantamiento de pesas —o Powerlifting—, donde sujetado por los muslos a un banco especial, era capaz de levantar más de 200 kg solo para comenzar a calentar.

Las medallas y trofeos que colgaban de las paredes hicieron que Sandra mirara hacia la silla de ruedas. Alejandro tenía colecciones de sillas de ruedas, pero aquella, sin espaldar ni reposabrazos, con un cinturón de seguridad para sujetarlo de la cintura, era sin dudas su preferida. Sandra volvió a recorrer con su mirada todo el cuerpo fibroso hasta donde debieron haber estado sus piernas. Dos muñones se formaban justo por encima de las rodillas.

Solo unas pulgadas más...

Si el accidente donde perdió ambas piernas hubiera sido un poco más

abajo, si los médicos le hubieran salvado las rodillas, si... si... si..., demasiados si... si al menos tuviera las rodillas, entonces le habrían podido poner prótesis, pero el daño era irreparable, imposible de conectárselas, según los especialistas que lo atendieron; al no poder crear balance ni para dar un simple paso, les era imposible estabilizarle las prótesis.

El recuerdo del accidente hizo que Sandra viajara a sus tiempos de secundaria. Noveno grado... ¡todo era perfecto! Catorce años recién cumplidos. Desde esa época ya Alejandro era el chico popular de la escuela. El #1 en el escalafón, el mejor deportista; baloncesto, fútbol, atletismo, la pelota, en lo que fuera. Si un equipo lo seleccionaba sabían que tenían la victoria garantizada.

Y, por supuesto, era el sol de la fiesta, el animador, en el baile siempre era el líder de la rueda de casino y, lo más importante —Sandra no pudo contener la risa que afloró a sus labios ante el recuerdo que hizo que sus mejillas se pusieran rojas—, era su novio. Ella era la novia del chico más popular del pueblo, al hombre que le entregó su virginidad y sus primeras lágrimas de amor y odio adolescente.

«¡Qué días!», se tapó los ojos con la mano ante los recuerdos que desfilaron. Hacían el amor en cada rincón que se encontraban. En el río — ¡prácticamente delante de todo el mundo!—, en las aulas, en las escaleras de los edificios, siempre pendientes de que no abrieran la puerta de un apartamento y ¡pum!, los atraparán copulando como perros en los escalones... ¡madre mía, si es que lo hicimos hasta en el refugio militar que había bajo la escuela!

La risa desapareció de su rostro al recordar el accidente; después de eso todo cambió.

Capítulo 13

Metamorfosis

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Una fina película de lágrimas cubrió sus ojos al recordar los trágicos eventos que estremecieron al pueblo de Tres Cruces. Fue a finales de diciembre; el municipio estaba de carnavales. «Quizás eso fue lo que le salvó la vida», recordó Sandra al mirarle los muñones de las piernas.

El padre de Alejandro iba manejando con su madre al lado y él detrás... y el conductor del tractor —sin luces y borracho—, al punto de dormirse por completo en el volante, simplemente movió el timón, puso el pie en el acelerador y estrelló la mole de hierro con carreta y todo contra el Lada.

Tanto el conductor del tractor como el padre de Alejandro murieron al instante, pero la madre sobrevivió.

Solo en una ocasión —y bajo el efecto del alcohol— Alejandro le contó lo sucedido esa noche, las imágenes que le describió le provocaron pesadillas durante meses. Sobre todo el efecto de sonido que le hizo con los dientes para describirle como el metal retorcido le trituró las piernas, lo cual no impidió que saliera del auto arrastrándose con los codos. No tenía tiempo que perder, aún su madre gemía semiinconsciente y solo de él dependía que la ayuda llegara.

Sandra recordó que una semana después de ocurrido el accidente, ella se armó de valor y visitó el lugar junto con otro grupo de morbosos y curiosos. Aún se podían recoger los trozos de cristales y pedazos de metal esparcidos por todos lados, pero fue el rastro de sangre dejado por Alejandro lo que hizo que varias personas la sujetaran para que no se desmayara.

«Más de trescientos metros..., solo, en la noche, sin piernas... medio desangrado... ¡se arrastró más de trescientos metros!», con su propio cinto y la correa de la cartera de su madre, se hizo un torniquete en cada pierna. Los médicos jamás pudieron comprender como no perdió el conocimiento por la falta de sangre, la explicación científica fue que la adrenalina que su potente corazón bombeó al resto de su cuerpo le dio una especie de fuerza sobrenatural, algo muy común en eventos traumáticos.

Al menos eso fue lo que dijeron los médicos, pero Sandra sabía la verdad. Alejandro no iba a dejar que su madre se muriera sin recibir ayuda, así hubiera tenido que arrastrarse con los dientes.

El accidente ocurrió a la salida del pueblo, y de no haber sido por un grupo de jóvenes que cansados de tanta parranda regresaban a sus casas en medio de gritos, aplausos y risas —y se lo encontraron en el medio de la calle—, Alejandro hubiera muerto desangrado.

Para cuando la ambulancia Especial llegó desde Santa Clara, ya su madre había muerto... y la metamorfosis comenzó.

Los siguientes meses que siguieron al accidente fueron una cadena de sucesos que cambiaron para siempre el estado físico y mental de Alejandro. Para comenzar, le amputaron ambas piernas en una serie de operaciones de emergencia. De la noche a la mañana todo su mundo simplemente desapareció. Sin padres ni abuelos, tuvo que irse a vivir con su tía Tata —algo bueno entre tantas calamidades—, la tía lo adoraba como si fuera el hijo que nunca tuvo.

Del muchacho más popular del pueblo pasó a convertirse en un referente de «¡qué lástima!», y «el pobre». De verlo pasar en su nueva silla de ruedas los comentarios de los vecinos en cuanto doblaba la esquina eran los mismos:

—¡Gracias a Dios que por lo menos se salvó!

—¡Con todo un futuro por delante!

Incluso Sandra sintió lástima por él, y por ella... odiaba como todos comenzaron a mirarla cuando los veían juntos. Los amigos de los grupos más populares poco a poco los fueron ignorando. La verdad es que sí —eso no lo iba a negar—, sí continuaron invitándolos a las fiestas, al río, a las tertulias nocturnas donde tocaban guitarra y cantaban canciones de la nueva trova, pero en cuanto llegaba, la magia desaparecía. Era como si Alejandro tuviera un agujero negro en el pecho que le drenara la energía a todos, los ensombrecía.

De alguna manera Alejandro lo comprendió y decidió romper con ella. Se separaron amistosamente, él le dijo que necesitaba un tiempo, que aquello no funcionaba, le puso una serie de pretextos estúpidos que Sandra no rechazó, al contrario, se sintió aliviada... y esa fue su cruz.

«Era joven, inexperta, era una estúpida llena de prejuicios adolescentes... y lo abandoné... esa es tu cruz Sandra, y vas a tener que cargar con ella por ser tan imbécil»; ahora, mientras le acariciaba el cabello, tuvo que reconocer que abandonarlo en aquel entonces fue el error más grande de su vida.

Pasaron los meses y el municipio de Tres Cruces poco a poco superó

también el trauma del accidente. El apoyo que Alejandro recibió por parte de sus amigos de aula, de sus profesores, de sus vecinos, de todo el municipio hizo que el adolescente que era se convirtiera en un hombre con propósitos y metas.

Para él, lo primero fue reconocer que tenía problemas: aceptarlos, identificarlos y, sobre todo eso; superarlos a medida que iban apareciendo. Algo tan sencillo como las escaleras de su escuela —la cual originalmente no fue diseñada para minusválidos—, y que tenía su aula en el segundo piso, representó una serie de problemas desde el primer día de clases. Al principio sus compañeros de aula peleaban por subirlo entre tres y cuatro a la vez, pero fue el padre de Sandra —el famoso Anselmo, el albañil más reconocido y respetado del pueblo—, quien pagó orgullosamente de su propio bolsillo los cuatro sacos de cemento, gravilla y mano de obra —esta última ninguno de los trabajadores se atrevió a cobrarla—, para construir la rampa por donde pudieran deslizar la silla de ruedas.

Primer problema superado... pero aún le quedaban muchos, y Alejandro tuvo que seleccionarlos de uno a la vez.

Comprendió que nunca más volvería a jugar pelota, a bailar en una rueda de casino o mucho menos meter un gol. Esto no significaba que no pudiera destacar en otros deportes. El ajedrez se convirtió en uno de sus juegos preferidos. En el pueblo se organizaban todos los fines de semanas partidas y eventos provinciales —pero no eran tan famosos ni llamaban tanto la atención— hasta que llegó Alejandro. En pocos meses se convirtió en uno de los mejores jugadores de la provincia de Villa Clara, y antes de acabar el año, de la nación.

Constantemente los muchachos del pueblo lo iban a buscar para que fuera al parque a enfrentarse en simultáneas de ajedrez que le organizaban —estos chicos, a espaldas de los competidores, que a veces eran hasta diez, organizaban apuestas... y el dinero comenzó a fluir—. Alejandro ganaba o perdía, de acuerdo a las ganancias. El orgullo de perder pasó a un segundo plano, lo importante era generar ingresos, esa se convirtió en una de sus nuevas pasiones: los negocios.

A los dieciséis años, una edad en que el aspecto físico comienza a jugar un papel fundamental entre los jóvenes, sobre todo al querer tener un cuerpo fibroso para llamar la atención de las chicas, Alejandro, al igual que el resto de sus amigos de aula, comenzó a visitar el único gimnasio del pueblo.

El «Gym», como todos lo llamaban; era un lugar estratégico en el día

a día de los adolescentes. Los varones sin camisa, sudados —el aire acondicionado no existía en el gimnasio—, levantaban sus pesas y corrían derrochando testosterona hacia la puerta del Gym, donde siempre había un grupo de chicas que a su vez secretaban por sus poros el doble de feromonas.

Alejandro no tardó en convertirse en el centro de aquel nuevo grupo.

Al tener que usar constantemente sus brazos para mover su silla de ruedas, los músculos comenzaron a desarrollársele a un ritmo de atleta profesional —como no tenía que lidiar con el peso de sus piernas— sus bíceps tenían una fuerza sobrenatural. Podía hacer en la barra fija cuarenta levantamientos de su propio peso —y con peso extra— solo para calentar. El resultado fue una coraza de músculos por todo su cuerpo que le permitió levantar más de 270 lb en la banco de pesas.

Su fama no tardó en llegarle al director provincial del INDER, quien le hizo una visita personal para reclutarlo como competidor en los juegos provinciales para discapacitados.

Ganar las provinciales y luego las nacionales fue cosa de meses; con solo dieciocho años ya estaba compitiendo en el extranjero, lo cual le trajo una fama que a duras penas podía controlar o su silla soportar.

Su mandíbula cuadrada, dentadura perfecta, ojos claros y una risa retorcida hacia un lado, un tanto provocativa y burlona a la vez, acompañado de un cuerpo fibroso y atlético, hicieron que las jóvenes del pueblo lo compararan inmediatamente con una especie de William Levy.

«Y entonces tuvo que ponerle soportes y gomas nuevas a la maldita silla de ruedas», Sandra cerró el puño y hubiera querido darle una cachetada. Los rumores en el pueblo comenzaron a correr. Todos decían que Alejandro tenía una «lista de conquistas», que todas las noches se llevaba a una chica diferente a la cama. Que se acostó con la China —la hija del barbero—, con la Rusa —la sobrina del carnicero—, con Tatiana la gemela... y con su hermana, y con las dos a la vez, y por desgracia, Sandra tuvo que reconocer que por una ocasión los rumores en el pueblo eran verdad, ya que ella también se encontraba en la lista.

Ella mejor que nadie lo sabía, lo intentó no una, ni dos, ni tres veces... no, fueron meses y años, le pidió, le lloró, le suplicó que volvieran a formalizar su relación, pero Alejandro le puso las cartas bien claras sobre la mesa desde el principio.

—Sexo... hacer el amor, como quieras llamarlo, solo tienes que venir

y aquí estoy, no me voy a ningún lado. Sabes bien que te quiero. —Y con su sonrisa retorcida le sacaba la lengua y le señalaba la cama—. Pero nada más, amigos con beneficios, si quieres, es tu decisión, pero nada más.

Y sí quiso.

Y por eso estaba allí.

Lo odiaba y lo quería, qué mezcla tan extraña.

Alejandro se giró en la cama, le acarició las tetas, le besó un hombro, abrió un poco los ojos, le sonrió y al instante volvió a quedarse dormido.

«Treinta y cuatro años y no cambias cariño», Sandra le besó la frente y le dio una suave cachetada, luego le acarició el rostro. Lo amaba. ¡Por Dios y todos los santos, sí, estaba enamorada de él! Sabía perfectamente que él también la quería. De alguna manera aquel adolescente que perdió sus piernas también perdió algo más... algo que le daba miedo admitir. Era una especie de complejo, necesitaba demostrarle al mundo que era el mejor en todo lo que se propusiera, pero sobre todo, que no dependía de nadie.

Sandra también comprendió la otra cara de Alejandro, esa que nunca le diría la verdad. Ella lo abandonó una vez, cuando más él la necesitaba, y por ello nunca la perdonó.

Con el tiempo Alejandro demostró ser mucho más que un campeón olímpico, un excelente jugador de ajedrez, el mejor amigo y amante. ¡Oh, sí! Se convirtió en mucho más que eso... sin dudas en uno de los hombres más ricos y poderosos del país y, sobre todo, en el amor de su vida.

Sandra escuchó pasos en la escalera, suaves, como disimulando cada pisada para no alertarlos. Cerró los ojos y se hizo la dormida.

Capítulo 14

Destrucción Mutua Asegurada

(Búnker secreto antinuclear)

A diferencia de lo que muchas naciones creían, el poderío militar de los Estados Unidos no radicaba en su arsenal nuclear, sino en su súper flota de portaaviones.

Solo 11 países en todo el mundo contaban con estas titánicas naves. Japón tenía 3 portaaviones, Australia 2, España, Francia, Tailandia y Rusia solo contaban con uno... Estados Unidos tenía 19 y dos más en desarrollo. Diez de ellos eran considerados súper portaaviones de la clase Nimitz; estos eran los más grandes, rápidos y mejores capacitados tecnológicamente.

Con más de cinco mil tripulantes, dos reactores nucleares que le daban la fuerza para desplazar 97 mil toneladas, y el poder de carga para transportar hasta 90 aviones de combate —los cuales podían despegar cada tres segundos y aterrizar cada once, creando así un tráfico aéreo que ni el aeropuerto más grande del mundo podría superar—, estas titánicas embarcaciones eran fabricadas a un costo imposible de pagar por la mayoría de los países.

La producción de un súper portaaviones de la clase Nimitz superaba los \$13 mil millones de dólares —lo cual, para lo que eran capaces de hacer, a Dimitri Kovalenko le parecía bien poco.

Poder desplazar una gigantesca base militar aérea —con tropas y equipos de asalto incluidos—, en menos de veinticuatro horas y situarla a unas cuantas millas de cualquier país, sin lugar a dudas convertía al tío Sam en la nación con la mayor rapidez y fuerza de ataque del mundo.

—Primero quiero aclarar que esta información me ha ido llegando por...

El general Braulio le dio un puñetazo a la mesa captando la atención de todos.

—Di lo que tengas que decir sin tantos rodeos, ¡no tenemos tiempo para toda esa mierda de espías y secretos! —el general hizo un gesto que puso a Dimitri en la mira de todos.

Dimitri Kovalenko sintió el peso de todas las miradas y lo que esto conllevaba. Tenía todos los huevos en una sola canasta, así que más le convenía sujetarla con fuerza. Mientras tuviera algo que decir, los cubanos lo

necesitarían...

—Las cifras exactas no pudieron confirmármelas —comenzó a explicar Dimitri, quien frente a su laptop continuó descodificando mensajes encriptados, enviados desde el mismísimo búnker presidencial de Rusia—, todo parece indicar que más del noventa por ciento de la flota americana, incluyendo sus portaaviones, fueron destruidos en un ataque simultáneo por parte de Corea del Norte, Siria, Rusia y China.

—¿De qué cojones estás hablando? —Gritó el general Braulio—. ¿Acaso se volvieron locos?

Desde ese instante Kovalenko comprendió que su vida dependía de la información que poco a poco les fuera suministrando a los cubanos. No podía excederse, porque nunca —literalmente—, su cabeza había estado en juego como en esta ocasión.

«¡Ah, tienes que mantenerte en este bote! Estás nadando con la mierda hasta la garganta, y créeme, no vas a querer sumergirte», rumió para sus adentros al comprender que su laptop dejó de bajar archivos encriptados. Había llegado el momento de revelarles lo que estaba pasando si quería continuar siéndoles útil.

«Ahora o nunca», ya no llegarían más archivos. Kovalenko lo comprendió al instante, los americanos en su contraataque siguieron el mismo patrón que los rusos, pulverizaron todos los satélites de estos; desde ese día la comunicación satelital había pasado a la historia.

Reunidos en la sala de reuniones del Comando Central, Dimitri tomó el control de la situación. Lo primero que hizo fue crear un link entre su laptop y la pantalla que tenía a su espalda. Los archivos encriptados fueron descodificados y abiertos.

Todos los reunidos —sin excepción de nadie—, pusieron los codos sobre la mesa para sostenerse la cabeza, o cubrirse el rostro con las manos ante lo que estaban viendo, incluso hubo quien no pudo contener las lágrimas.

—Estas son las últimas imágenes de la superficie de los Estados Unidos, tomadas por los satélites rusos y algunos drones... —una breve pausa hizo que comprendiera lo que iba a anunciar. A fin de cuentas, de eso se trataba, de seguir buscando las vías para continuar siéndoles útil a los cubanos —, antes de que los derribaran a todos.

Un breve murmullo se expandió por entre los reunidos, pero todos se callaron al instante cuando las nuevas imágenes surgieron en la pantalla.

Las fotos solo mostraban una especie de desierto radiactivo. Kovalenko, al igual que todos los demás, observó fascinado y con un nivel de morbo incomprensible el daño causado por las bombas. Cada uno de ellos se miró de una manera diferente al comprender que desde ese día pasaron a ser sobrevivientes de una guerra nuclear.

«Sarmat... —el nombre vibró en su mente—, esos malditos locos del Kremlin usaron el Sarmat».

El Sarmat —o el Satán-2 como lo designó la OTAN—, era lo último en tecnología militar rusa. Se trataba de un misil balístico intercontinental de más de doscientas toneladas con capacidad para transportar hasta 15 ojivas nucleares.

Cada una de sus ojivas tenía unos 40 megatones, lo que en pocas palabras significaba que eran dos mil veces más potentes que las lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki.

—Ay..., nosotros... Cuba, ¿la radioactividad llegaría hasta Cuba? — el presidente Mario no supo encontrar las palabras adecuadas, pero su pregunta era la más lógica de las que siguieron.

—No —le aseguró Dimitri tras mirar las zonas de impacto—, estamos demasiado lejos.

Todos escucharon cómo Gregorio carraspeaba su garganta para volver a tomar el hilo de la reunión.

—Quién... el ataque... ¿Quiénes fueron los imbéciles que comenzaron el maldito ataque? —por segunda vez se volvió a repetir la pregunta en la sala, en esta ocasión fue por parte del general Gregorio—. ¿Quién cojones lanzó...?

Dimitri no dejó que el general terminara su frase —quien hubiera comenzado el ataque ya no importaba—, eso se los había explicado varias veces, pero aquellos ancianos decrepitos estaban asustados y necesitaban ponerle orden a todo, iniciando desde el principio la cadena de sucesos. Pulsó varias teclas y en la pantalla aparecieron imágenes de Rusia.

El coronel Dimitri Kovalenko —un hombre famoso por sus ojos de pescado, indiferentes, calculadores, con su rostro carente de emociones ante cualquier noticia, por trágica que esta fuera—, sorprendió a todos los presentes al dejar que se le escapara un sollozo. Una sola lágrima corrió por su mejilla sin preocuparse por esconderla.

De lo que una vez fue su madre Patria, ahora solo se podían ver pequeñas parcelas grises e inhabitables. Si el ataque atómico lanzado contra

los Estados Unidos destruyó más del noventa por ciento del país, el contraataque de estos transformó a Rusia en una especie de paisaje lunar.

Capítulo 15

Siempre alerta

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Trató de subir la escalera tan sigilosamente como pudo... o al menos lo intentó, pero había demasiadas cosas que jugaron en su contra. La primera, los escalones de madera. La segunda, sus más de 280 libras, lo cual, por ley de gravedad, hicieron que el piso se estremeciera.

Al llegar a la puerta de la habitación de Alejandro, tuvo que respirar profundo para contener la sonrisa diabólica que se dibujó en su rostro, y que sus labios pintados de rojo Sephora aumentaron las proporciones. Hasta el mismísimo Jack Nicholson cuando interpretó al Joker quedaría opacado por la magnitud de aquella sonrisa.

Millaverde tenía una manera muy singular de despertar a su mejor amigo y “jefe”. Al entrar en la habitación lo primero que le llamó la atención fueran las piernas tonificadas que salían por debajo de una sábana.

«Definitivamente de Alejandro no son», sí, su humor era más negro que su piel.

Se preguntó quién sería la chica de turno. Las sábanas apenas cubrían a la joven, así que se acercó un poco, la cascada de pelo azabache, su piel trigueña y aquellas famosas nalgas eran inconfundibles... ¡vaya, la buenísima de Sandra! ¡Quién si no! De ser otra se habría ido la noche anterior. Pero no Sandra, ella era la reina del carnaval, la única que podía entrar y quedarse la noche, o el fin de semana...

«Esta puta tiene a los mejores tipos del pueblo babeándose por sus tetas, ¡pero no!, a la muy perra le gusta lo imposible, que retorcidas son las princesas. Es que tenía que ser trigueña y con unas nalgas... ¡Qué perra envidia te tengo!», bueno, tampoco había que torturarla, en su defensa Millaverde reconoció que sí tenía buen gusto. Alejandro estaba bueno..., no, ¡está buenísimo, para decir las cosas claras!

Millaverde se agachó y cogió una de las sandalias de Sandra. Caminó alrededor de la cama, se acomodó junto a Alejandro y le metió un chancletazo en la cara. El estallido resonó en la habitación como un latigazo... por suerte la suela era de goma.

—¡¿Pero qué cojones?! —rugió Alejandro mientras daba un salto en la cama, cerró los puños y se cubrió el rostro como un boxeador desorientado

que espera una lluvia de golpes desde todas las esquinas del cuadrilátero.

No estuvo nada mal la reacción, por lo menos así lo vio Millaverde: rápida, una defensa bastante amplia, se cubrió el rostro, el cuello, las costillas... bueno, mal del todo no está, efectiva, ¡mmm, no para él! Debió haberse cubierto primero el cuello. Sí, ese es su punto débil, el cuello.

Los brazos de Millaverde, gruesos, musculosos y resbaladizos, se abrieron paso por el cuerpo de Alejandro como si fueran anacondas en busca de una presa; en este caso su cuello. Le agarró una mano mientras que con la otra se la fue enroscando alrededor de la nuca. Alejandro luchó —o lo intentó—; se movió tan rápido como pudo para crear una posición de estabilidad, hizo una palanca, intentó evitar el cierre de la llave de estrangulación... pero nada le resultó. Al final terminó dentro de una técnica de inmovilización de la cual le fue imposible escapar, tragar, respirar. Millaverde hizo un poco de presión con sus bíceps y Alejandro sintió como los ojos se le iban a salir de las orbitas.

—Lo primero es controlar la respiración. —Le susurró en el oído, de paso le dio un beso tras la oreja—. Suave, respira... suavcito, puede que veas unos destellos de luces, eso es normal... esa es la falta de oxígeno al cerebro y significa que te puedes quedar inconsciente.

—¡Me... cago... en tu... madre... maricón...!

—Shh, no pierdas tiempo... trata de respirar... —Alejandro dejó de luchar, lo obedeció al instante. Se enfocó en tomar pequeñas boconadas de aire para no perder la conciencia—, ahora tienes que girar el cuello. Sí, así, en sentido contrario a mi hombro, no... para el otro lado, sí, la quijada por debajo del codo, no tanto porque si hago presión te la puedo desmontar.

Alejandro hizo lo que le indicó.

—Recuerda que todo a tu alrededor es un arma, las sábanas, el reloj de pulsera... todo es un arma, pero la mejor defensa siempre será usar el cuerpo de tu agresor.

Alejandro pensó en contradecirlo, dadas sus circunstancias, ¿cómo cojones iba a usar el cuerpo de su agresor, un mastodonte de más de doscientas libras experto en artes marciales y que coleccionaba cinturones negros como hobbies?, pero a última hora prefirió mantenerse callado.

—Mi mano controla tu cuello, la otra, tu brazo, pero mis piernas están expuestas por esta posición. —Con un gesto le señaló su único punto débil—. Tienes que crear reflejos de posición y adaptación del enemigo. Si destruyes la base, los pilares, los soportes, entonces el castillo, el puente o la

pirámide siempre se derrumban.

Alejandro asintió con el dedo pulgar, porque el cuello apenas lo podía mover.

—La base lo es todo —volvió a insistirle Millaverde.

Alejandro repitió la frase más importante del Judo, la cual Millaverde prácticamente se la había escrito en las paredes de su cráneo: «si te empujan, tira. Si te tiran, empuja». Debido a que Alejandro no tenía piernas, usar las reglas básicas del Judo le era imposible. Por eso Millaverde le enseñó un sistema de técnicas avanzadas de Kaju-Ryu —un arte marcial creado por el Clan Bravo Kai que se enfocaba en adaptarse a todo tipo de situaciones, modificarlas y usarlas a su favor—, lo primero era reconocer los puntos de presión del cuerpo, buscar las articulaciones y las partes blandas; ojos, labios, orejas, nariz, dedos, clavícula, codos, rodillas, testículos...

Sin pensárselo dos veces le lanzó un puñetazo hacia la pelvis de Millaverde, pero este esquivó el golpe con suma facilidad, le dio un beso en la mejilla y lo soltó como si nada. Se fue hacia el otro lado de la habitación en busca de una caja de chocolates que vio escondida tras unos libros.

Alejandro lo miró con chispas en los ojos mientras intentaba recuperar la respiración. Sin dudas su mejor amigo y guardaespaldas a veces parecía ser su peor enemigo.

—¡Maricón de mierda... —se pasó la mano por el cuello—, casi me estrangulas! Cuando te pedí que me enseñaras algún tipo de defensa personal yo creo que no fui muy claro. ¡Cojones, no es para graduarme de monje de Shaolin y mucho menos para competir en la UFC!

Millaverde se encogió de hombros y abrió la caja de bombones, un regalo para Sandra de parte de Alejandro, tomó uno... dos, mejor tres, se los metió en la boca y luego se chupó los dedos.

—¡Qué ricura, por Dios! Con razón mi abuela me decía que un buen par de tetas halan más que una carreta —tomó un cuarto bombón y antes de metérselo en la boca, con el gesto más afeminado que le fue posible recrear, señaló todas las paredes de la habitación—. Casanova de Tres Cruces; ¡habla claro papito!, querías que te entrenara, pues lo estoy haciendo: tienes que estar preparado para todo tipo de situaciones.

—Ya... claro, ¿y si el que me ataca es un paquidermo como tú?

—Sabes perfectamente lo que tienes que hacer —Millaverde apuntó con sus dedos a los ojos, al cuello, las orejas... la lista iba en aumento pero Alejandro lo detuvo.

—¿Y si el mastodonte sabe defenderse como tú?

—Más sencillo todavía, solo tienes dos opciones; una, que yo esté a tu lado, la otra es tener listo el testamento.

Alejandro le sonrió y le sacó el dedo del medio, luego se estiró, abrió la gaveta que tenía junto a la cama y depositó sobre la mesita de noche una navaja táctica de resorte automático. Volvió a sonreírle, junto a la navaja puso su pistola, una Berreta 70.

—Esa pistola dispara balitas de calibre 22 —Millaverde le sacó la lengua y con un gesto teatral señaló su gigantesco cuerpo—, necesitarías dos cargadores para tumbar a una preciosidad como yo.

—No si le meto una bala en un ojo.

—Ay, mi príncipe, lamento ser yo quien te lo diga, pero tú no tienes tanta puntería. Además, no te sirvió de mucho hace un rato.

Alejandro negó con la cabeza y dio por terminada la discusión, aunque tomó notas mentales, Millaverde tenía razón en todo lo que le dijo.

La montaña humana empujó con el pie la silla de ruedas hasta el borde de la cama. La rutina siempre era la misma y él la conocía de memoria. Primero haría algunos ejercicios en el baño, luego una ducha fría, y después saldrían a atender los negocios. Alejandro se inclinó sobre Sandra, le acomodó unos mechones rebeldes de pelo tras la oreja, la besó con ternura en el cuello y de un salto cayó sobre la silla de ruedas.

—Si tanto te gusta esa puta ¿por qué no acabas de hacerte novio de ella, o prefieres que siga encabezando tu lista de amantes?

Alejandro tardó unos segundos en responderle, la sonrisa que siempre surcaba su rostro —burlona y provocativa, que por desgracia para muchas era su perdición— desapareció al instante.

—Es complicado.

No dijo nada más, impulsó la silla hacia el baño y cerró la puerta. Unos minutos después se escuchó la ducha.

Capítulo 16

La Tercera Guerra Mundial

(Búnker secreto antinuclear)

Kovalenko meditó durante varios segundos sobre la delicada situación en la que se encontraba. Sobrevivir —teniendo en cuenta que el fin justificaba todos los medios—, iba a convertirse en su primera y única prioridad. Ante todo tenía que asegurarse de que no lo sacaran de aquella sala, donde la cúpula del poder controlaba la situación, los hilos del destino de toda una nación y quizás de los últimos sobrevivientes del planeta. Para ello debía continuar pasándoles información, gota a gota, no lo suficiente para saciar su sed de información pero tampoco saciárselas del todo.

Mientras continuaran pidiéndole sus consejos y teniéndolos en cuenta, todo iría bien.

—En la primera ola de ataques destruyeron los satélites. Esa se convirtió en la principal prioridad.

—O sea, le telefonía satelital ya... —Dimitri levantó un dedo obligando al joven analista acallarse.

Kovalenko no tenía tiempo para aclarar preguntas estúpidas como las de aquel analista —que por extraño que le pareciera, no conocía su nombre (y él conocía todos los nombres)— aunque tuvo cuidado de no darle una respuesta brusca; que fuera un analista, y que estuviera dentro de aquella habitación solo significaba de era miembro de La Familia.

—Es mucho más complicado. Simplemente ya no existe la tecnología que nos permita rastrear quién fue el primero que inició el ataque. —Eso era cierto, lo que no les comentó fue sobre toda la información que a su padre le dio tiempo enviarle antes de perder la conexión—. Los últimos datos que recibí no me permiten darle un orden cronológico a los eventos.

—Entonces, ¿sabes o no sabes qué cojones está pasando? —exigió saber el general Braulio.

Cada uno de los presentes volvió a enfocarse en Kovalenko, en espera de una respuesta milagrosa, pero su expresión de jugador profesional de póker los dejó desconcertados —aunque su rostro no lo demostrara, por dentro tenía un gigantesco volcán que bullía con ganas de arrojar lava hacia todos lados—, claro que tenía mucha más información, pero de momento prefirió seguir dilatando el juego. Lo importante era ganar unos minutos más,

conservar la información tanto como pudiera.

—Como les dije anteriormente, los últimos informes que recibimos desde Europa fueron... ¡catastróficos! —Fue el gran maestro de los Servicios de Inteligencia cubanos, el general Beltrán, quien acudió en su auxilio.

Durante unos segundos sus miradas se cruzaron, se estudiaron y llegaron a la misma conclusión; ambos eran lobos solitarios que vivían del peligroso negocio del espionaje internacional. Aunque Gregorio Beltrán le llevaba unos treinta años —toda una vida de experiencia sobreviviendo a las peligrosas purgas dentro del Partido Comunista de Cuba—, supo reconocer en él a un aliado. Por tanto, al igual que los lobos solitarios que de vez en cuando se unen a una manada para cazar una presa, devorarlas juntos y después cada uno sigue su propio camino, Gregorio prefirió tener a Dimitri como aliado... de momento.

—Ante la falta de información y la magnitud de los acontecimientos ordené un asalto a todas las embajadas de la isla...

—¿¡Que hiciste qué!?! —el presidente Mario no se pudo contener, sin dudas pensando en las ramificaciones de los actos cometidos por el general y cómo los tendría que justificar ante los otros países; entonces una sombra cubrió su rostro al comprender que las dos superpotencias mundiales ya no existían.

«Ahora es un grave error táctico expresar abiertamente tu opinión, querido presidente, a menos que quieras perder de una vez la cabeza», reflexionó Dimitri. A estas alturas, en el nuevo juego político de sobrevivencia, por su propio bien era momento de que se quitara la máscara y aceptara lo que era, un títere de La Familia, quienes le podían cortar los hilos en el momento que quisieran.

—Fui yo quien dio la orden del despliegue y toma de las embajadas —sentenció Braulio, la única persona en aquella habitación a quien no se le podía contradecir. Mario esquivó su mirada de reproche y ante la vista de todos se transformó en una especie de avestruz que quería meter su cabeza..., y su cuerpo en un enorme agujero—. Ya tenemos en nuestro poder toda la información que recibieron las embajadas antes de que la comunicación desapareciera.

Beltrán volvió a retomar la palabra, en esta ocasión se dirigió con su puntero láser hacia un imponente mapa de Latinoamérica que colgaba de la pared. Tomó un marcador rojo y comenzó a crear enormes círculos encima de varios países.

—México también recibió varios impactos nucleares, pero fue Colombia quien cogió el mayor ataque de todos.

«Era de suponer», Kovalenko no necesitó ser un genio para saber que quienes iniciaron el ataque ante todo planearon desestabilizar a los aliados de los americanos y, por supuesto, en América del Sur Colombia era el número uno, con nada menos que siete importantes bases militares americanas ubicadas estratégicamente en las fronteras con Ecuador, Brasil y Venezuela.

Gregorio miró a Kovalenko y por unos segundos destiló resentimiento por su mirada, no específicamente hacia él, sino hacia los líderes que representaba... o representó en su momento. Luego hizo un enorme círculo alrededor de varios sitios en Venezuela.

—Venezuela tampoco escapó. El país recibió varios misiles nucleares lanzados sobre sus reservas de petróleo —esta vez Beltrán no se preocupó en disimular sus miradas, todo lo contrario, girándose hacia Dimitri le reprochó—: todo parece indicar que fueron misiles intercontinentales rusos.

En cuanto la pregunta surgió él supo la respuesta. Como siempre Dimitri no reveló ninguna emoción en su rostro, pero su prodigiosa mente de analista táctico pudo visualizar las estrategias maquiavélicas del Kremlin. De igual manera, sin tener que mirarlo, supo que Beltrán había llegado a la misma conclusión.

Era evidente, en cuanto Rusia atacó las reservas de petróleo de los Estados Unidos —y estos a su vez contraatacaron de igual manera—, el siguiente paso sería sacar del juego mortal a Venezuela, país del cual los americanos podrían abastecerse.

—Rusia no atacó a los Estados Unidos —sus palabras una vez más captaron la atención de todos. Había llegado el momento de revelarles el resto de la información antes de que les llegara por otras vías—, al menos no inicialmente.

—¿Y entonces, quién lanzó el primer ataque? —murmuró alguien.

Por respuesta Dimitri pulsó varias teclas mostrando en la pantalla una nueva serie de fotos satelitales. Las imágenes mostraban a diferentes países europeos arrasados por las bombas atómicas.

Antes de que los murmullos comenzaran, mostró una última fotografía de lo que una vez fue Corea del Norte.

—La familia presidencial se ocultó en sus búnkers y desde allí comenzaron los ataques. De alguna manera Corea del Norte logró burlar alguno de los escudos antimisiles norteamericanos... iniciando así la primera

ola de ataques.

—Eso es una locura, ¿qué estaban pensando esos imbéciles? —el general Braulio apuntó con su dedo acusador a Dimitri, como si este fuera el culpable de algún delito. Un crimen que no estaba seguro de cómo presentarlo.

—Estaban pensado en la Alianza que se formó a continuación. —le respondió Dimitri sin creer del todo lo que el archivo que acababa de abrir le estaba mostrando.

Capítulo 17

La Temba

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

«Sí, es una relación demasiada complicada», pensó Millaverde al mirar hacia la cama. Nadie mejor que él conocía la enorme lista de amantes de Alejandro, pero lo de Sandra era diferente. Alejandro era un excelente actor, hacerse el tipo duro, indiferente, aparentar en ocasiones que no sentía nada por ella y dejarle claro que estaba dispuesto a mantener una relación abierta no se le daba del todo mal, pero la verdad, tanto Sandra como él la sabían.

¡Alejandro estaba enamorado de ella como un perro! Y a él sí que nadie podía venir a contarle otro cuento. No, no, no... ¡que no lo reconociera era otra cosa! A fin de cuentas; el tipo duro de la silla de ruedas, el magnate de los negocios, el contrabandista temido y respetado por sus enemigos no era más que un personaje que este se había creado. Aunque sí que lo representaba bien..., bueno, quizás demasiado bien.

Su amigo estaba lleno de miedos y complejos, sobre todo a lo que más le temía era abrirse de una vez, a reconocer que quería comenzar una relación con ella, y esta, como la vez anterior no lo... «¿Qué mierdas estás pensando? Sandra lo quiere demasiado para abandonarlo de nuevo. No, ese error ella no lo vuelve a cometer», que pensándolo bien, la vez anterior fue un amor de adolescentes, llenos de complejos y prejuicios, pero los dos son tan estúpidos que no crecen.

«Sí, la verdad es que con estos dos Shakespeare hubiera sacado segunda, tercera y cuarta parte de *Romeo y Julieta*. ¡Qué pareja más trágica!».

Millaverde recogió la sandalia del piso, volvió a caminar alrededor de la cama hasta quedar frente a Sandra. Suavemente fue descorriendo la sábana, hasta dejar al descubierto las curvas de la mujer más hermosa que hubiera visto —y en la cama de Alejandro había visto a muchas—, pero con Sandra; ¡ahí sí se rompió el molde! No en vano le decían La Temba.

El término «temba» hasta donde Millaverde sabía solo se usaba en Cuba. Y la definición era bien simple; mujer o hombre, entre treinta a cincuenta años que conservaban un cuerpazo de revista, en el caso de las mujeres, unas nalgas duras, tetas firmes y cintura de guitarra, resumen: la envidia de cualquier adolescente. Por desgracia y fortuna para Sandra, esta

despertaba... y levantaba, un poquito más que simples celos y envidias.

La Temba era profesora de inglés en una primaria —y de vez en cuando daba clases cuando se ausentaba algún profesor en la Secundaria o la escuela de Economía—, el resultado era el siguiente; por culpa de sus shorts, licras o mini faldas —a las cuales había que agregarle las blusas ajustadas y sin sujetador, ¡porque la muy perra tenía las tetas paradas y se podía dar ese gusto!— pues más de uno de sus alumnos bajó de peso haciendo horas extras en el baño... y no solo sus alumnos.

A Sandra le molestaba que la apodaran La Temba —solo tenía treinta y cuatro años—, es que aún no había ni salido embarazada, esa era su defensa, ahora, que los hombres babearan al verla pasar y, se la comieran a miradas y chiflidos... ¡bueno, a qué mujer cubana no le gustaba eso!

Completamente desnuda y, con las nalgas apuntando al techo, le brindó a Millaverde una oportunidad que no podía desperdiciar. Apretó la sandalia, se mordió con picardía la lengua, apuntó hacia la nalga derecha y levantó el brazo...

—¡Pájara loca! —Murmuró Sandra, quien a duras penas podía contener la risa—. Me tocas una nalga y te juró que vas a soltar más plumas que una gallina alborotada.

Con un gesto digno de ser interpretado en una tragedia de Esquilo, Millaverde dejó caer la sandalia y acto seguido se llevó la palma de la mano a la boca. Sus gestos excesivamente afeminados y exagerados le arrancaron una carcajada a Sandra.

—¿¡De qué hablas con esa lengua viperina, víbora ponzoñosa!? ¡Cómo vas a creer eso de esta delicada sirena!

Sandra se sentó en la cama para poder desternillarse mejor de la risa, se recogió el pelo hacia atrás y abrió los brazos. Millaverde se le lanzó encima y se abrazaron y besaron como las dos viejas “amigas” que eran.

—¡Maricón, me comiste los bombones!

—Que no, niña, glotona... los quieres todos para ti, solo fue la mitad de uno. No me mires así, ¡te lo juro! Tú sabes que yo no puedo comer mucha azúcar, no te rías... mírame cariño; ¡yo sí que no puedo perder esta figura!

Sandra levantó una ceja sin creerle una sola palabra.

Capítulo 18

La Alianza mortal

(Búnker secreto antinuclear)

No era la primera vez que el gobierno sirio masacraba a su propio pueblo, pero desde el ataque químico a la ciudad de Duma —donde los medios de prensa internacionales grabaron a niños asfixiándose mientras sus madres daban gritos de impotencia y los padres le lavaban los rostros en un intento desesperado por limpiarles las vías respiratorias—, el mundo observó con horror lo que eran capaces de hacer los militares con tal de permanecer en el poder.

Fue entonces cuando el gobierno de los Estados Unidos decidió cruzar la famosa “línea roja”. El ataque fue rápido y directo. Una lluvia de misiles Tomahawk cayó sobre las factorías donde se desarrollaron las armas químicas. Era un ejemplo y mensaje directo para Rusia, Irán, Irak, Corea del Norte, Venezuela y el resto de la pandilla.

Mario recordó las reuniones de emergencia en las que participó después del bombardeo, ya que incluso Cuba aparecía en la lista de objetivos. El mensaje para la isla fue claro, podían moler a palos y torturar a todos los activistas políticos que se lanzaran a la calle, pero si era una ciudad la que se revelaba y, decidían atacarla, entonces los gringos sí que tomarían cartas en el asunto.

«Fueron los coreanos, ¡malditos hijos de puta!», Mario maldijo a todos aquellos idiotas que soñaban con derrotar al gigante capitalista, por lo visto lo habían logrado, aunque ¿el costo realmente valió la pena?

—La última información que recibí es demasiado inconclusa — anunció Dimitri. Nadie en aquella sala era estúpido, conocían perfectamente los lazos políticos que Kovalenko controlaba. Dicha “información recibida”, debió de ser mandada por el padre de Dimitri, el general Andrey Kovalenko, uno de los hombres más poderosos del país—. Todo parece indicar que se efectuó un ataque en conjunto entre los aliados rusos más importantes contra la flota norteamericana, su país y los aliados de estos.

«Pues por lo visto el contraataque de los gringos no lo planearon tan bien», en las imágenes era evidente que el gigante capitalista fue arrasado, pero en su caída eliminó a todos sus enemigos.

Mario creyó que ya no podría asimilar más noticias terribles...

¡error! Estas apenas comenzaban.

—Los aliados de Rusia en el medio Oriente atacaron en conjunto a Israel.

—¡Por todos los santos! —exclamó el mismísimo Ministro de las Fuerzas Armadas.

Mario se contuvo de opinar algo, simplemente miró de reojo al general Gregorio, desde su asiento pudo jurar que escuchó los engranajes del cerebro del anciano ponerse en movimiento recordando el año; junio de 1967, la famosa guerra de los Seis Días.

Ese año se creó una coalición como nunca antes vista en la historia; Siria, Irak, Jordania y Egipto movilizaron todos sus ejércitos para atacar simultáneamente a Israel. El contraataque del pequeño país judío no se hizo esperar, no solo eso, sino la rapidez con que lo efectuaron. A Egipto le destruyeron en el primer día de iniciado el conflicto más de 200 aviones de guerra —prácticamente les barrieron sus fuerzas aéreas—, luego siguieron para las estaciones de radares, 23 de estas fueron voladas por los aires —creando así la supremacía total del espacio aéreo por parte de Israel—, 10 importantes bases militares también fueron destruidas; ¡todo eso en un solo día!

Mario jamás pudo olvidar esas cifras, ya que la guerra de los Seis Días fue estudiada miles de veces por los Servicios Secretos Cubanos. El resultado era que Israel, al igual que los Estados Unidos podía ser destruido, pero la pregunta que los generales cubanos siempre se hacían era la misma: «Y cuando contraataquen ¿qué quedará en pie?».

—Fue un ataque sorpresa y en conjunto —anunció el ruso, a pesar de que el rostro de este nunca revelaba nada. Por sus pausas Mario comprendió que el resto de las noticias no serían buenas. «¿Y cómo cojones lo van a ser?», Israel, el pequeño país que contaba —para muchos— con el mejor Servicio Secreto de espionaje y contraespionaje del mundo, no se iba a quedar de brazos cruzados—. El ataque se produjo desde todos los flancos. Paquistán, Egipto, Siria, Irán, Irak... todos los aliados rusos se unieron a la vez. El país quedó devastado en pocos minutos.

«Israel, el único aliado de los yanquis en esa región de fanáticos religiosos», Mario simplemente no podía creer lo que escuchó. Pero una vez más, las pocas horas que llevaba dentro del búnker le demostraron que nunca más volvería a ver el mundo de la misma manera.

Con Israel desaparecido, los rusos tendrían las puertas abiertas... o

al menos eso creyeron. Mario (a diferencia del resto de los presentes) conocía perfectamente la manera de pensar de los israelitas —mientras lo creyeran estúpido, un presidente a dedo, títere de La Familia, no habría problemas—, por eso siempre se cuidó de dar sus análisis con respecto a tácticas y estrategias militares. Cuando escuchó las siguientes palabras de Kovalenko, no se sorprendió en absoluto.

—Por lo visto Israel tenía un plan de contingencia para una eventualidad como esta.

«“¡Eventualidad!” —repitió mentalmente Mario varias veces. El término escogido por el temido Ojos de Pescado, realmente le hizo comprender que estaba rodeado de locos; ¡enfermos mentales que hablan de un ataque en conjunto para desaparecer del mapa a un país!—. Una ¡eventualidad?! No, no lo creo... ¡eso fue un genocidio en masa!».

Por unos instantes Kovalenko lo miró como si pudiera leerle la mente, e incluso Mario sintió una extraña sensación transmitida por la mirada de este; «compasión». ¡No, debió de confundirse, el ruso no padecía de eso!

—La mayor parte de la población fue aniquilada, aunque algunos civiles y parte del gobierno lograron refugiarse en varios búnkers, desde allí procedieron al contraataque.

«¡Por todos los Santos! ¿Qué hizo Israel?», las armas más potentes dentro del ejército israelita era su arsenal nuclear, el cual, según la propia KGB, rondaba entre 60 a 200 ojivas nucleares.

—Pues... fue...

Dimitri no encontró las palabras adecuadas.

—Nadie pudo prever semejante contraataque —anunció el general Gregorio para sorpresa de todos. Por lo visto ya este había mantenido un intercambio de información con el ruso; lo cual era muy interesante, ya que por la expresión de Braulio, fue evidente que se molestó por no haberlo consultado antes. ¡Ya estaban creándose las alianzas dentro del Topo Uno!

Ver al famoso maestro de la Servicios de Inteligencia tan afectado..., incluso, con lo que pareció ser una máscara de miedo en su rostro, hizo que Mario se replanteara sus análisis sobre la magnitud del contraataque israelí. Si el gran maestro del espionaje internacional cubano —un hombre que lo había visto todo—, parecía tan afectado, qué quedaría para el resto de los presentes.

—Israel no atacó a las poblaciones civiles... que de sobrevivir miembros de su gobierno fue lo que se esperaba. Tampoco a las bases militares de sus enemigos, no, fueron mucho más allá de lo que se previó —

Kovalenko pulsó varias teclas de su laptop, no miró a nadie en específico, pero se aclaró la garganta varias veces antes de anunciar la catastrófica noticia que leyó en su pantalla—. Bombardeó con misiles atómicos los campos petrolíferos de Arabia Saudita, Los Emiratos Árabes, Irak, Irán, Kuwait... Siria, la lista continúa.

Dimitri se detuvo, no tenía nada más que decir, era momento de que todos los presentes calaran en su psiquis la magnitud de lo que acababa de informales.

—A su manera implementaron su propia política de Destrucción Mutua Asegurada al arrasar con las reservas de petróleo de todos sus enemigos —murmuró el general Braulio, quien de repente pareció haber envejecido diez años más ante el peso de las responsabilidades que le iban cayendo sobre sus hombros.

Sin una reserva de petróleo la población mundial pasaría en solo unos meses de siete mil millones a apenas unos quinientos. Si a esta ecuación se le sumaban miles de millones de muertos causados por las explosiones nucleares... ¿no se necesitaba ser un genio!

—¡Estamos...!

—... al borde de la extinción humana. —Finalizó Kovalenko.

Hubo un largo silencio en la sala, que duró varios minutos sin que nadie encontrara las palabras para romper el silencio. Una vez más, fue Mario quien decidió romper el hielo.

—¿Por qué Cuba no fue atacada?

—No representábamos ningún peligro para las naciones que se enfrentaron. —Le respondió el Ministro de Defensa. Cuando todas las miradas se posaron en él, agregó—: lo cual significa que en estos momentos Cuba es una especie de Tierra Prometida.

Capítulo 19

Entre amigos no hay secretos

(Municipio de Tres Cruces, Cuba)

Sandra admiró el “espectáculo” que tenía delante.

Millaverde —Daniel Paz, como realmente se llamaba—, era literalmente las piernas, el mejor amigo y el guardaespaldas de Alejandro. Con sus más de 280 libras de puro músculo se había convertido en una leyenda del municipio de Tres Cruces.

—¡Serás perra! ¡Es que no, no lo puedo creer, ese color de labios! — Sandra exclamó sin dar crédito a lo que estaba viendo—. ¿No me digas que es un creyón de Sephora?

—Ay, sí, no me percaté. Lo siento bebé, ¡la que puede, puede! Y las que no, pues que miren y sufran. —Millaverde se pasó la lengua por los labios para demostrarle el fijador que tenía el creyón, luego le lanzó un beso—. Mira, sufre, y sí, mortifícate.

La piel oscura de Millaverde hacía contraste con el kimono rojo que llevaba puesto. Sandra, a diferencia de quien conociera por primera vez al rinoceronte con piernas que era su amigo, dejó de sorprenderse con sus «últimos gritos de la moda», y por lo visto esa mañana el grito lo lanzó desde un acantilado para hacerle bastante eco.

El kimono de seda china, comprado en Francia —era uno de esos regalos excéntricos y caros de Alejandro para su amigo del alma—, le llegaba hasta los tobillos, pero se abría por los lados, de manera que debajo se puso unos pantalones de seda que le permitían una movilidad asombrosa al caminar. Sin dudas la idea del diseño era que cuando no estuviera caminando pareciera que solo traía puesto una ajustada bata de dormir.

Sandra no pudo evitar recordar la clase de historia griega que en una ocasión Alejandro le dio, todo con el propósito de enseñarle el significado de una palabra androginia.

Según la mitología griega, los seres andróginos eran aquellos capaces de llevar ambos sexos a la vez, una mezcla entre mujer y hombre pero que no definía muy bien a uno ni a otro. Millaverde era uno de esos mágicos y bellos seres. Con sus uñas pintadas de rojo, los labios, la sombra que se puso encima de los parpados y, por supuesto, para rematar un pañuelo rojo y amarillo en la cabeza —con varios nudos en la cima al estilo jamaicano—, era todo un show

humano listo para subir a una carroza de carnavales.

El Hulk de ébano se sentó a su lado, la miró con esos ojos de miel que le recordaron al hermano mayor que no tenía, se acomodó el pañuelo y carraspeó varias veces, sin dudas preparando su sermón. Sandra se le adelantó antes que dijera una sola palabra:

—No me vengas con tus reprimendas baratas... sí, me gusta, no, no estoy muerta en la calle con él. Tampoco es que la tenga tan grande.

Millaverde se llevó una mano a la boca y puso los ojos que pondría una monja al entrar a su convento y descubrir al resto de sus hermanas montando una orgía con el cura.

—Un momento, primero que todo; lo del tamaño depende de tu punto de comparación —esta vez fue Sandra quien aparentó escandalizarse. Millaverde bajó el tono de voz como si fuera a contarle uno de esos chismes a los que era adicto—: yo también lo he visto desnudo, por si no lo sabías. Y creo que lo que le falta de piernas se lo pusieron en la otra parte.

Para hacer más gráfica su explicación cerró el puño, extendió su enorme brazo y se lo sujetó por el codo. Sandra lo miró, levantó una ceja y le hizo una mueca como si no fuera para tanto.

—¡Qué capacidad tienes! ¡Cómo te envidio, perra!

Sandra no aguantó esta vez la carcajada..., desde el baño se escuchó la ducha cerrarse.

—¿Por qué te sigues torturando? —el chiste y el tono alegre desapareció de la voz de su amigo, haciéndola comprender la ridícula situación en la que se metía cada vez que pasaba una noche con Alejandro.

—Tú no lo entiendes —Millaverde hizo un gesto como diciéndole; «¡a mí qué me vas a contar!»—. Me gusta, ok... no me mires así; ¿qué quieres que haga?

«A ti no te puedo mentir», pensó Sandra al mirarlo directamente a los ojos. Le podría mentir a todos, pero no a Millaverde. Él la conocía demasiado bien, al punto de saber cuándo se estaba mintiendo a sí misma.

—Y tú le gustas a él, y eso que no lo entiendo; ¿por qué los dos son tan imbéciles?

—Por si no te habías dado cuenta; es él, no yo, quien se la pasa de puta en puta.

—Cariño, el que quiera tienda que la atienda... porque tú tampoco eres una santa, ¿o crees que no sabe lo de Fabio, el repartidor, o tu última conquista, el profesor nuevo de física?

Sandra sintió cómo las mejillas se le ponían rojas y calientes de tanta ira que comenzó a acumular; iba a decirle unas cuantas cosas en su defensa, al final se lo pensó mejor. Esa pelea sería para otro día, mejor cambiar el tema.

—¿En qué andan ustedes tan temprano?

La táctica no surtió mucho efecto, pero al igual que ella, Millaverde se la dejó pasar.

—Hoy es día de pagos.

Sandra supo que era mejor no preguntar, aun así no pudo evitar tomarle la mano, o más bien la gigantesca garra de oso pardo con uñas pintadas.

—Cuídamelo, que en esas reuniones, no sé, siempre me molesta que solo te lleve a ti, ahí se reúne gente..., ya sabes, un poco conflictiva.

—Tranquila, princesa. Hoy solo es una reunión de amigos, y la verdad es que Alejandro solo me lleva a mí para que los cuide a ellos de él — Millaverde le dio un pellizco cariñoso en el hombro, pero esto no calmó a Sandra—, no me pongas esa cara..., ya, ok, mientras esté a mi lado nadie te va a tocar a tu príncipe azul, estará en buenas manos.

«¡Y que lo digas!», tuvo que admitir Sandra, nadie mejor que él podría protegerlo.

Capítulo 20

Los que mandan

(Búnker secreto antinuclear)

«La Tierra Prometida...», tiene sentido, tuvo que reconocer Mario.

Afuera de la sala de reuniones el grupo de analistas continuó recibiendo información de las últimas embajadas cubanas en Latinoamérica que aún no habían sido asaltadas. Constantemente entraban, daban un rápido reporte y volvían a salir en busca de información. Todo era un caos tanto en la sala de reuniones como en el resto del mundo, o al menos en el resto de los países que aún eran habitables. Con cada nueva noticia solo aumentaba la tensión y el presentimiento de que de un momento a otro ellos también serían bombardeados.

Ese momento no llegó, pero las malas noticias sí.

En cuanto el dinero perdió su valor, los gobiernos se desmoronaron en cuestión de horas, creando guerras civiles entre facciones de diferentes ejércitos, capos y señores de la guerra tomaron el control de pueblos, barrios y ciudades. Unos le declaraban la guerra a otros, el derrumbe de las grandes potencias —convertidas estas en desiertos radiactivos—creó un vacío de poder por el cual todos luchaban. Las fracciones de gobiernos que tenían control sobre alguna parte del ejército bombardearon ciudades enteras para aniquilar a la oposición; de igual manera respondieron las bases militares (los generales que las controlaban), tomaron el control y se auto nombraron presidentes de las regiones que pudieron controlar.

Los pocos grupos de sobrevivientes —ya que no podían llamarse ni países—, resumieron todo a una búsqueda, o conquista, de suministros para conservar el poder. Armas, petróleo y medicinas, esas eran las tres prioridades. Por su parte los sobrevivientes sin recursos, a quienes no les quedó ninguna vía para poder luchar, buscarían un lugar seguro. En los próximos días o meses Cuba tendría que prepararse para un éxodo masivo de refugiados.

Mario se imaginó la respuesta desde el principio, aun así tuvo que preguntar, ya que necesitó aclarar la pequeña laguna que se fue transformando en un lago dentro de su mente: ¿qué cojones piensan hacer?

—Al pueblo... o sea, a la población... ¿se les ha informado algo de esto?

—Con su permiso, señor presidente —hasta el momento no había hablado, pero su vocecilla chillona hizo que Mario tuviera que girarse para quedar frente a la *Arpia* (así llamaban a sus espaldas a Mirella Valdez), una de las cinco personas con más poder dentro de aquella habitación, ya que al igual que el Ministro de las Fuerzas Armadas, ella también estaba allí representando los intereses de La Familia; o sea, sus palabras eran órdenes. El único que las podría contradecir era el general Braulio, quien al pertenecer también al poderoso clan, era evidente que estaría a su lado brindándole su apoyo—. Todo acceso a Internet, u otros medios de comunicación fueron bloqueados en cuanto comenzamos a recibir estas terribles noticias.

«De qué te asombras, era de esperar», Mario le sonrió como si debiera darle las gracias por su magistral intervención.

Como era de esperar, todos los reunidos alrededor de la mesa asintieron, incluyéndolo a él, nadie se atrevió a contradecirla.

Lo de «permiso, señor presidente», fue una burla declarada que Mario prefirió ignorar—por el bien de su propia salud—, ya que él no tenía ni remotamente el poder político para enfrentarse a aquella mujer.

Mirella Valdez pertenecía a lo que muchos llamaban «La generación de los zares y zarinas comunistas». Un grupo de jóvenes privilegiados a quienes les gustaba disfrutar de su dinero en casas y yates de lujos, en exóticos viajes por el extranjero, haciendo compras millonarias —¡porque lo eran!—, eran exactamente eso, jóvenes multimillonarios que les gustaba vivir la vida y que todos lo supieran. A diferencia de sus tíos y abuelos, ellos no se embarraron las manos de sangre para conquistar el país. Ellos no lucharon, asesinaron, violaron o incluso obligaron a miles y miles de cubanos a huir de la isla en cuantas embarcaciones encontraban —terminando en muchas ocasiones como alimento de tiburones—, no, ellos simplemente nacieron en cunas de oro. Sus derechos y privilegios estaban asegurados, solo tenían que decir las palabras mágicas: «yo soy el hijo de...»

Mirella (la joven zarina), era el fruto nacido de dos de los apellidos más poderosos de la isla, los Valdez y los Castro. La hermosa y terrible joven —quien se comportaba con ese aire de la alta aristocracia caribeña a la que ella pertenecía—, con apenas treinta años, fue puesta al frente del Departamento Informativo, nada menos que el encargado de filtrar toda la información que llegaba a Cuba desde el extranjero. Su trabajo consistía en determinar lo que se podía o no mostrar por la radio, televisión y prensa a los

ciudadanos.

—Desde este momento toda la información que le vamos a enseñar a la población deberá pasar directamente por un proceso de selección a escala. —Mario tuvo que contenerse al ver cómo aquella pequeña víbora hacía una exagerada pausa para inhalar y exhalar varias boconadas de humo de su cigarrillo electrónico.

Como era de esperar, el cigarro electrónico no era más que uno de los tantos vicios y excentricidades que acompañaban a Mirella.

Graduada de una de las universidades más importantes de Francia, Mirella Valdez tenía un doctorado en marketing y dominio de las redes sociales. Hablaba perfectamente el francés, inglés y ruso..., y hasta donde a Mario le contaron, había comenzado a tomar clases de alemán.

«Los niños ricos siempre tiene la mejor educación —solía decirle su abuelo— cuando vinieron al mundo, ya todo los estaba esperando», su abuelo tenía razón.

Como casi todos los miembros de La Familia, Mirella terminó sus estudios en el extranjero bajo seudónimos y por supuesto, con inmunidad diplomática (que bastantes problemas le evitaron); por eso, como regalo de graduación —la joven cometió el terrible error de regalarse a sí misma un viaje en yate privado por unas islas griegas junto con sus amigos de la escuela —, terminando en Turquía, donde se hospedaron en un hotel de lujo de seis mil dólares la noche.

Mario tuvo que contener la risa al recordar aquel episodio. ¡Seis mil dólares la noche!, realmente era una bagatela para los miembros de La Familia —quienes controlaban con puño de hierro prácticamente más del noventa por ciento de la economía del país—, esto los convertía en uno de los clanes familiares más ricos de Latinoamérica.

No fue el viaje en yate privado, ni la estadía en el hotel de lujo lo que molestó a La Familia, sino que Mirella expusiera la fortuna familiar de manera tan estúpida. El secretismo lo era todo para el clan. Desde la época de Fidel Castro—quien tuvo su propia isla privada repleta de lujos, sus yates decorados con maderas preciosas, sus zonas exclusivas para pesca submarina en barreras coralíferas únicas en el mundo y a las cuales solo él tenía acceso, sus colecciones de relojes, o su invalorable colección de arte—, el gran líder les legó que mantener oculta su fortuna, sus vidas privadas, era mucho más que simple secretismo, era un estilo de vida que les serviría para implementarlo

por generaciones.

Pero Mirella era joven, inexperta, rica... muy rica, y quería conocer el mundo.

La situación se les fue de las manos cuando fue descubierta por un paparazzi y este quiso hacer la noticia del mes. Las fotos le llovieron desde todos los ángulos, tras varios minutos de intercambios de frases e insultos. Sin poder contenerse más, uno de sus escoltas terminó dándole un puñetazo al fotógrafo... ¡grave error!

El suceso llenó todas las páginas de los diarios al día siguiente. Semejante escándalo le puso los pelos de punta a todo el clan, quienes generaciones tras generaciones habían tratado como *secreto de estado* su estilo de vida. La llamada desde la Habana no tardó en llegar, las órdenes fueron claras: Mirella debía regresar cuanto antes en el próximo vuelo.

Con la cola entre las patas tuvo que regresar y pedirle perdón a los mayores del clan, quienes tras varios sermones la ubicaron en una posición de mierda, al frente de un proyecto de casas en derrumbe y planes de reconstrucción. Alejada de las esferas del poder, ese era el peor castigo que La Familia podía aplicarle a uno de sus miembros. Durante dos años tuvo que mantenerse con la cabeza baja, tragar insultos y esperar pacientemente, hasta que por fin el clan decidió que ya estaba reintegrada... había aprendido la lección. Fue entonces cuando la ascendieron a directora del Departamento de Información.

Mirella se levantó, fue hasta la mesa de bebidas y se preparó un café —todo el tiempo disfrutando de sus minutos de fama y poder—, dio un giro alrededor de la mesa para quedar frente a todos. Aunque intentó disimularlo, a Mario —experto en reconocer todo tipo de miradas y coqueteos entre los poderosos— no se le escapó el roce de los dedos de la joven sobre los hombros de Dimitri.

«Esto es de locos, ¡en que pesadilla estoy metido! —Mario intentó calmarse al ver el estúpido comportamiento de Mirella—. El mundo se fue a la mierda, millones de personas muertas, y esta chiquilla coqueteando antes de exponer un maldito plan que cambiará la vida de toda una nación», por fin Mirella logró controlar sus hormonas, se posicionó frente a la mesa de reuniones de manera tal que todos pudieran seguir cada uno de sus movimientos.

—Hace una hora que di la orden de activar la Operación Píldora

Azul —sus palabras fueron como una explosión de emociones que lanzó esquirlas de murmullos entre los presentes al punto que comenzaron a escucharse algunos gritos para imponerse por encima de los demás. Las emociones que estaban a flor de piel lograron contenerse inmediatamente cuando todos los presentes observaron que tanto Gregorio, el genio de los Servicios Secretos y Braulio, el general de las Fuerzas Armadas, asentían a la vez; el mensaje quedó claro... mejor mantenerse callados—. Desde las ocho de la mañana se pondrá en funcionamiento toda la Operación.

Capítulo 21

Millaverde

Quienes vieran caminando por la calle a Millaverde, siempre con sus excéntricos vestidos —unas veces kimonos, otras sayas, o su infinita colección de raros vestidos estilo oriental, siempre abiertos a los lados para darle movilidad a sus poderosas piernas—, podrían crearse una errónea imagen. Aunque lo de nunca juzgues al libro por la portada era difícil aplicárselo al «Hulk afeminado y de ébano»; así solían llamarlo sus amigos.

¡Pero es que realmente le gustaba llamar la atención!

Los pañuelos que usaba en la cabeza al estilo jamaicano, sus sandalias, sus labios pintados —otro detalle importante, sus labios siempre tenían que combinar con su color de uñas—, sus gestos excesivamente amanerados y teatrales a un extremo sobreactuado tampoco ayudaban mucho.

Eso sí, ¡cuidado!, mucho cuidado con gritarle maricón.

Chula, pepilla, cosa rica, bailarina de carroza, hasta ahí... ¡maricón! No, no era bueno para la salud de quien lo insultara. Tras todo el vestuario, los pañuelos y la pintura; quienes no lo conocieran les sería imposible imaginarse que estaban frente a un ex miembro de las Avispa Negra, un ex capitán de las Fuerzas Especiales.

Excepto por Alejandro, Sandra era la segunda persona que conocía todos los detalles y secretos más oscuros de Daniel Paz, por eso estaba convencida de que nadie podría protegerlo mejor que aquella mole humana; que sentado a su lado, comenzó a compararse el color de sus uñas con los de ella.

Cuando Daniel Paz fue llamado a formar parte de las filas del Servicio Militar obligatorio, desde el primer día sus características físicas le llamaron la atención a sus entrenadores, estos lo trasladaron de inmediato al Centro de Reclutamiento de las Tropas Especiales. Fue sometido a pruebas extremas tanto físicas como médicas, los resultados dieron que estaban ante un fenómeno humano; uno de esos hombres que suelen encontrarse uno en cada un millón. Un atleta olímpico sin precedentes..., aunque los militares tenían otros planes. Le hicieron una propuesta que Daniel aceptó.

Una semana después fue trasladado al famoso campo de entrenamiento El Cacho, también conocido como Academia Baraguá, donde se

formaba la crema y nata de las Fuerzas Especiales. En cuanto uno de los instructores del campamento lo vio bajarse del autobús, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Cojones! Ese de ahí se parece al negro de la película La Milla Verde.

La broma se regó al instante entre los cadetes e instructores —aunque a algunos no le hizo mucha gracia el chiste, ya que el parecido con el actor de la película realmente era asombroso—; así que desde ese día, Daniel Paz pasó a llamarse Millaverde... y con toda la razón del mundo.

Al igual que John Coffey, el personaje interpretado por el actor Michael Clarke, Daniel Paz «Millaverde», medía 1.99, pesaba 280 libras y no precisamente de grasa. Sus piernas, brazos, espalda y cuello parecían haber sufrido una sobredosis de anabólicos. Desde el primer día que entró a la academia sus entrenadores decidieron destruirlo, hacer que pidiera la baja, o convertirlo en el mejor comando de su graduación.

La clase comenzó.

Los Avispas Negras, al igual que cualquier comando del mundo, son unidades élites de soldados especializados en la guerra de guerrilla, la infiltración tras las líneas enemigas y, sobre todo, la eliminación y extracción de objetivos seleccionados.

Millaverde, a pesar de su enorme peso y masa muscular, sorprendió a sus instructores por su descomunal fuerza y rapidez, pero sobre todo por su resistencia a los ejercicios extremos de supervivencia. En el manejo de las armas blancas y de fuego se convirtió en un experto sin precedentes —superando a sus propios entrenadores al cabo de unos meses—, pero fue su puntería lo que hizo que tuviera que tomar un curso especial de francotirador.

Cuba cuenta en su arsenal de guerra con dos rifles de francotiradores con los cuales especializa a sus mejores soldados. El Dragunov de origen ruso, y el Alejandro; fusil creado por la UIM —la famosa Unión de Industrias Militares—, quienes lo bautizaron así en honor a Fidel Castro, este solía usar ese seudónimo como nombre clave durante su campaña en la Sierra Maestra. Irónicamente, también sería el mismo nombre de quien unos años después se convertiría en su mejor amigo.

Considerado un experto francotirador con ambos fusiles —ya que a 800 metros no había una chapa de botella que no hiciera estallar por los aires —, una vez más no fue esto lo que atrapó por completo la atención de sus

entrenadores, sino su dominio de las artes marciales.

Desde los SEAL —los mundialmente famosos comandos norteamericanos— hasta los Spetsnaz, las Fuerzas Especiales rusas, estos comandos y fuerzas élites de fama mundial entrenaban a sus soldados enfocados en el uso de la tecnología militar.

Cuba no tenía ni remotamente los accesorios tecnológicos de estas unidades de comandos. Por eso su entrenamiento se enfocaba en el combate de guerrilla y el cuerpo a cuerpo. Los miembros de las Avispas Negras recibían un entrenamiento extremo y variado; les enseñaban desde Judo, boxeo y lucha, hasta el Karate Operativo —un sistema de combate cuerpo a cuerpo creado y diseñado en Cuba—, se trataba de una mezcla de otros estilos que cumplía un simple propósito, eliminar a uno o varios oponentes en el menor tiempo posible de la manera más efectiva.

En menos de dos años Millaverde colgó dentro de su taquilla dos cinturones negros: uno en Karate Operativo y el otro en una técnica de Close-Combat —otro arte marcial también creado en Cuba y conocido como Protección y Ataque—; que se les enseñaba a los miembros de los tres anillos de seguridad encargados de proteger al presidente, generales y otras importantes figuras dentro del gobierno cubano.

Ocho años después —considerado ya toda una leyenda—, recibió la noticia que le cambiaría para siempre su vida: fue seleccionado para formar parte del tercer anillo de seguridad, el encargado de proteger a varios generales, esto significaba formar parte de la élite militar del país.

Tras haber cumplido exitosamente una veintena de misiones fuera y dentro del país, y ser ascendido a capitán, era evidente que su carrera militar subiría como la espuma, por eso, cuando fue degradado públicamente en el campamento de las Fuerzas Especiales y expulsado de la FAR nadie pudo creer lo que estaba pasando.

Una vez que el escándalo estalló fue imposible pararlo. Sorprendido en las duchas de la Unidad Militar manteniendo relaciones homosexuales con un primer teniente, el coronel que los descubrió inmediatamente le abrió un expediente que terminó hundiéndole la carrera.

Sandra era una de las pocas personas que conocían la verdad de lo ocurrido. Debido a las aptitudes de Millaverde el escándalo no habría tenido mayores consecuencias de no ser porque el coronel que los sorprendió era

desde hacía dos años amante de Millaverde.

—Toda una carrera militar destruida por el ataque de celos de un maricón reprimido. —Esas fueron las palabras dichas por Millaverde en una noche de tragos y confesiones, aún resonaban en la mente de Sandra.

Millaverde aguantó el escándalo, la degradación militar, las humillaciones que vinieron a continuación, todo sin chistar, pero el primer teniente no hizo lo mismo. Con quince años de carrera militar, esposa y dos hijos, simplemente no lo pudo aguantar. Un mes después amaneció colgado del techo de su oficina.

Desde ese día Millaverde se convirtió en el «gigante bugarrón del pueblo de Tres Cruces». Fue casi un año de tormentos nocturnos y penas ahogadas en el fondo de una botella. Cada noche contemplaba las diferentes opciones que tenía para suicidarse.

—Fue Alejandro quien me salvó —de nuevo Sandra recordó las palabras de su amigo—, él volvió a darle un sentido a mi vida.

«Sí, no creo que alguien me lo cuide mejor que tú», reflexionó Sandra.

Capítulo 22

Reclutamiento

(Municipio de Tres Cruces, Cuba)

Fue una fría mañana de abril cuando tocaron en su puerta. La noche anterior la pasó contemplando la idea de tirarse del puente que había en la salida del pueblo, o ahorcarse de la viga central de su casa. Al final desistió, abrió una botella de ron —de las tantas que últimamente iba acumulando por todos los rincones—, se dio un largo trago del pico de la botella.

Viviría una noche más... ¡que cojones! El puente quedaba muy lejos, como a dos kilómetros, no tenía ganas de caminar. La viga principal de su casa no aguantaría su peso, al final; si se colgaba era posible que muriera porque el techo se le derrumbara encima. Mejor dejarlo para la noche siguiente.

Volvieron a tocar en la puerta como si quisieran tumbarla.

¡Pum, pum, pum, pum!

¿Quién en su sano juicio le tocaba la puerta de esa manera? Millaverde terminó por despertarse, decidió que le machucaría la cabeza a quien fuera..., pero al abrir la puerta las ganas se le pasaron al instante. Frente a él estaba Alejandro, el inválido medio millonario del pueblo. Si la mitad de los chismes eran ciertos, el tipo tenía más negocios en el mercado negro que la red de distribución de Amazon.

Alejandro —sin esperar una invitación—, empujó su silla de ruedas como si fuera el mismísimo dueño de la casa, Millaverde tuvo que echarse a un lado para evitar que las ruedas le pasaran por encima de los pies.

—Adelante —le dijo en tono irónico.

Alejandro recorrió con la vista la pequeña y modesta casa sin disimular sus observaciones, al final asintió algo decepcionado. Donde quiera que posara la vista se encontró con botellas vacías o por la mitad, se acercó y recogió una del piso que aún no estaba abierta. La puso encima de la mesa, luego giró con destreza su silla de ruedas quedando ambos frente a frente.

—¿Tú eres gay, bisexual, o te gusta ser travesti?

Por un instante Millaverde se quedó sin palabras, cuando logró recobrar sus sentidos solo pensó en como lo iba a matar; lo estrellaba contra la pared, le partía el cuello o le metía una botella por un ojo... al final terminó gritándole:

—¿Y a ti qué cojones te importa? —avanzó varios pasos hasta quedar

delante de Alejandro, le sacaba por lo menos metro y medio de altura.

Alejandro miró hacia arriba y ni parpadeó, todo lo contrario, le lanzó una sonrisa genuina, como si fueran amigos de toda la vida.

—Yo soy heterosexual —le dijo, así, como si nada, como si estuvieran hablando del estado del tiempo: ¿sería soleado, o iba a llover esa tarde?—. Te lo digo de corazón, a mí me gustan las mujeres. No es solo lo que me gustan, es que me encantan.

De repente se calló y miró la botella, Millaverde se quedó desconcertado; ese tipo no podía estar bien de la cabeza.

—Ah, pues qué bien, felicidades.

—Sí, verdad, es lo que yo digo, aclara tus preferencias sexuales y te vas ahorrar muchos problemas. —De nuevo volvió a sonreírle, y Millaverde vio en sus gestos y actitud que no habían insultos o maldad en su conversación, le hablaba como si fueran realmente dos viejos amigos... pero entonces volvió a cagarla—: ¿Y a ti, te gustan los hombres o las mujeres?

—¿Pero a ti qué te importa?

—No, no me importa, pero te lo digo porque a mí me gustan las mujeres.

—¡Pues felicidades hombre, cuánto me alegro!

—Pero me entiendes, no es justo. —Increíblemente, sin darle tiempo a reaccionar, Alejandro abrió las palmas de sus manos para ponerle ejemplos de su extraña y rápida conversación—. Tú tienes más ventajas que yo, porque eres bisexual, al gustarte los hombres y las mujeres, pues si no coges en una fiesta de uno, coges del otro... o puedes...

—¡No me gustan las mujeres! —rugió Millaverde.

—Ay, no me jodas, sí te gustan... ¿cómo no te van a gustar las mujeres?

—Pues porque no me gustan...

—...es que no puede ser, si no te gustan las mujeres entonces te gustan los hombres.

—Sí, me gustan los hombres, y no te...

—...pero si te gustan los hombres y no las mujeres, entonces eres homosexual.

—¡Sí, cojones! Soy homosexual, me gustan los hombres. ¿Cuál es tu problema?

—Que yo soy heterosexual, que a mí sí me gustan las mujeres.

—¿¡Pero y eso a mí qué mierda me importa!?

—Exacto, es lo que yo digo, si a ti no te importa, y a mí no me importa; ¿entonces, cuál es tu problema?

—Yo no tengo ningún problema.

—Ni yo tampoco.

Millaverde iba a decir algo, pero en ese momento se dio cuenta que no sabía exactamente qué decir. Solo lo conocía de vista, pero en menos de dos minutos Alejandro lo hizo salirse del closet —literalmente gritándolo—, le hizo comprender claramente que aceptaba sus preferencias sexuales como si fuera lo más natural del mundo, y por alguna razón también lo hizo sentirse un poco estúpido. Al final no pudo evitar sonreírle.

—¿Qué cojones tú quieres, Alejandro? —esta vez su tono de voz fue más amistoso.

—En Isabela de Sagua tengo tres restaurantes, a uno de ellos le metieron candela hace dos semanas.

Los restaurantes o paladares, eran muy populares en Isabela de Sagua por su venta de mariscos y las vistas a la playa que les brindaban a los turistas. Por supuesto que Millaverde escuchó el chisme de la paladar incendiada —¿quién no? como solían decir; pueblo chiquito, infierno grande. En Tres Cruces los chismes viajan el triple de rápido que por Internet—; aunque también sabía que paladares como esa, Alejandro debía de tener una veintena repartidas por toda Cuba.

—Sí, escuché la noticia, lo lamento.

—Fue la competencia. Dos dueños de otros restaurantes se unieron y me mandaron un mensaje bien claro.

—Mala esa, lo siento, ¿pero qué tengo que ver yo con eso?

—Nada, pero mañana tengo una reunión con ellos en una de sus paladares. —Alejandro acercó su silla de ruedas hasta los pies de Millaverde, lo miró directamente a los ojos—. En este negocio no se le puede tener miedo a nada, ni a nadie. Pero tampoco se puede ser estúpido y mucho menos confiado.

—¿Entonces?

—Necesito que vayas conmigo.

Millaverde dio dos pasos hacia atrás para escoger cuidadosamente sus palabras.

—¿Quieres que sea tu guardaespaldas?

—Quiero que seas un amigo especializado en mi protección personal.

Millaverde sonrió, le gustó como sonaba el término.

—Yo no trabajo de gratis.

—Ni a mí me gusta regalarle las cosas a quienes se las pueden ganar.

Millaverde asintió, sin dudas Alejandro le puso todas las cartas sobre la mesa para dejar bien claras las reglas desde el principio, por eso no se sorprendió cuando este le dio una vuelta a su silla de ruedas, agarró la botella sellada que había puesto sobre la mesa, la abrió y la puso sobre la meseta justo al lado del fregadero.

—Tampoco me gusta que quienes trabajen para mí beban en horario de trabajo, y mucho menos el día antes de cerrar o abrir un negocio, sobre todo si es mi cabeza la que está en juego.

No era una simple orden; de él y solo de él dependía tomar o rechazar la oferta, lo que Alejandro no iba a aceptar era que luego la cagara. Así que no tuvo ni un segundo de dudas, fue hasta el fregadero y vació la botella completa por el tragante... la verdad era que ya no las necesitaba. Alejandro esa mañana le dio un nuevo propósito a su vida, sobre todo, le ofreció su amistad sin juzgar sus preferencias sexuales.

Capítulo 23

Amigos a prueba de fuego

Los detalles exactos Sandra nunca los supo, ya que Alejandro apenas podía recordar algunos fragmentos. Por su parte, Millaverde no le dio mucha importancia, pero como todos los chismes de pueblo de esa magnitud, a los pocos meses se convirtió en una leyenda.

A la mañana siguiente Alejandro pasó a buscar a Millaverde en uno de sus autos adaptados con rampa para su silla de ruedas. Solo fueron ellos dos y el chofer, pero este se quedó adentro del auto. Al restaurante entraron ellos dos, en cuanto se sentaron las puertas del restaurante se cerraron, fue entonces cuando Alejandro se percató de que no había clientes.

—Tan mal va el negocio que desapareció la clientela. —Le preguntó Alejandro a uno de los patrones.

En total estaban los dos dueños rivales que provocaron un incendio en una de sus paladares, y cinco guardias —casi tan grandes como Millaverde—, aunque este los superara en tamaño y músculos al final eran cinco contra uno (eso sin contar a los dueños), quienes eran dos gordos que no moverían un dedo para ensuciarse las manos... pero nunca se podía estar del todo seguro.

—Pues mira que sí, los negocios van muy bien —el tono sarcástico del magnate más poderoso de los dos dejó claro quién era el líder—. El único problema son las ratas como tú que quieren meterse en la casa de los gatos.

—Es lo que yo siempre he dicho: ratas como yo desayunan gaticos como tú.

—¿Para ti todo es un chiste?

—Podría decirse que sí, es una buena manera de ver la vida y hacer negocios.

—Ah, negocios, ahí tenemos un problema. —Sin levantarse de su silla, el líder del grupo señaló uno de los mostradores que estaban repletos de botellas de licores y rones—. En tus restaurantes el precio de los mariscos es mucho más bajo, como comprenderás no podemos bajárselos a los nuestros, porque de lo contrario tendríamos pérdidas.

—Ese no es mi problema, ustedes venden la cerveza y los rones a un precio que yo tampoco puedo igualar; porque entonces tendría pérdidas, y no por eso voy y les pego candela a sus restaurantes. —Alejandro miró a uno y luego al otro, después a sus guardias—. Quieren jugar a los capitalistas pero

algunas reglas del mercado no les gustan. Acaso nunca han escuchado; la competencia conlleva al desarrollo...

Por lo visto no lo habían escuchado y tampoco pensaban aplicarlo. Todo pasó a una velocidad que luego le fue imposible recordar, aunque la experiencia que obtuvo fue única, por primera vez en un negocio Alejandro se relajó, bajó la guardia y no miró al segundo dueño, este, sin haber dicho una sola palabra, se puso a su lado y tomó una botella de cerveza y se la rompió en la cabeza. Por unos segundos perdió el conocimiento... cuando regresó en sí, se tocó el cráneo y vio sus dedos empapados en sangre, el peso de su propia cabeza lo hizo que se girara hacia un lado. Fue entonces cuando vio a Millaverde, o creyó ver algo.

El gigante fue superado por un mar de brazos, piernas, cabezas, dedos y las hojas afiladas de algunos cuchillos. Alejandro miró al jefe del grupo y este le sonrió, pero de repente su sonrisa se convirtió en una expresión de miedo..., no, de pánico, y fue entonces cuando Alejandro abrió los ojos como un loco poseído, le sacó la lengua y le devolvió la sonrisa a la vez que sentía un hilo de sangre correrle por entre los ojos.

Todo su campo de visión comenzó a desaparecer, pero antes de desmayarse por completo recordó haber visto dedos dislocados, brazos en ángulos imposibles, una cabeza estallar contra una pared..., uno de los guardias voló por encima de una mesa..., crujidos de huesos rotos, gritos, alguien pedía disculpas, sangre..., en el suelo, frente a su silla de ruedas cayeron algunos dientes...

Entonces perdió el conocimiento.

Al despertarse en el hospital de Sagua la Grande, tenía a Sandra a un lado, seis puntos en su cabeza, un nuevo amigo —que luego se convertiría en su hermano—, y dos dueños de restaurantes pidiéndole disculpas y vendiéndole a precio casi regalado una de sus paladares.

Sandra se levantó de la cama completamente desnuda, estiró los labios y le dio un cariñoso beso en la frente a Millaverde, luego se fue meneando pomposamente su espectacular trasero. No había dado dos pasos cuando la manaza del gigante estalló en una de sus nalgas.

—¡Pájara de carroza! —le gritó Sandra.

—Putas de carnavales —se defendió Millaverde.

Sandra corrió hacia el baño, una vez segura tras la puerta, le sacó la lengua y le meneó las tetas con un gesto desafiante.

—Recuerda que yo tengo lo que a ti te falta.

Millaverde levantó una ceja y volvió al contraataque.

—Lo siento, cariño. Pero recuerda que el que me prueba siempre
regresa. Mi ejército no tiene desertores.

Sandra le hizo una mueca, pero dio por perdida la batalla.

Capítulo 24

La Píldora Azul

(Búnker secreto antinuclear)

—Desde que se me comunicó lo que estaba pasando, reuní a todo mi equipo y efectuamos la *Llamada Roja* —algunos de los presentes asintieron como si tuvieran muelles en el cuello, pero no Kovalenko. El ruso no dejó de mirar fijamente a la joven hasta captar su atención. Por unos segundos Mirella se quedó sin palabras, fascinada y atraída al mismo tiempo por aquellos poderosos ojos, claros como dos gigantescos icebergs, pero muy peligrosos, mirarlo fijamente era como mirarle los ojos a un enorme tiburón blanco. Por fin, tras recobrar el control sobre sí misma aparentó organizar sus notas y volvió a tomar las riendas de la reunión—. La segunda parte de la Operación comenzará a partir de las siete de la mañana.

La *Llamada Roja* consistía en efectuar una llamada al monopolio estatal de ETECSA —la única compañía del país que brindaba servicios de telefonía e Internet— y ordenarles que desconectaran inmediatamente todos los servidores centrales. De esta manera, ningún ciudadano podría hacer o recibir llamadas —ni nacionales ni internacionales—, solo el ejército, mediante sus radios y equipos de comunicación se mantendrían comunicados.

Conjuntamente varios agentes de la seguridad recogerían todos los equipos de radios de los grupos de Radio Aficionados.

Cuba era el país con mayor control sobre los medios de prensa y menos acceso a Internet de toda América Latina. ETECSA no era más que otro de los tentáculos de La Familia, un poderoso tentáculo que fue valorado en más de \$800 millones de dólares. Pero ahora, con el valor del dinero desaparecido, controlar las líneas de comunicación se convirtió en pocas horas en la pieza más importante para mantenerse en el poder.

—Todo eso está muy bien —intervino Mario, quien comprendió que al ser el rostro público del régimen, de un momento a otro le iba a tocar entrar en escena—. ¿Pero por cuánto tiempo creen que se podrá mantener...?

—Por tiempo indefinido. —Fue la respuesta tajante de Mirella.

«Tiene razón», pensó Dimitri.

Gracias al control absoluto de los medios de prensa, Cuba era la dictadura más antigua de América Latina. Al prohibir cualquier tipo de

periódicos, estaciones de radio o de televisión que no fueran estatales —la población, al no tener vías para comprobar la veracidad de lo que les dijeran —, le brindaba al gobierno el arma más poderosa que cualquier país podría tener sobre sus ciudadanos... el poder absoluto de crear, adaptar y moldear la información nacional o internacional para sus propios fines.

Dimitri Kovalenko conocía mejor que cualquiera de los allí reunidos el verdadero poder del control de la información, después de todo su país pasó a la historia como los mejores propagandistas políticos de todos los tiempos.

«Aunque esta nueva escala de control informático será de una magnitud nunca antes vista», reflexionó mientras continuó desarrollando su juego, devorar con su mirada las curvas de la joven Mirella. Sí, sobrevivir en aquel nuevo mundo que estaba surgiendo iba a requerir de todo su talento, de relacionarse con los más poderosos, de serles indispensable y, si para ello tenía que llevarse a la cama aquella pequeña arpía, pues que así fuera.

—El paro de todos los servidores de ETECSA evitará que el pueblo pueda recibir o efectuar llamadas, tanto de celulares como de teléfonos fijos. —Mirella tuvo que hacer una pausa para calmar su respiración, era evidente que estaba súper excitada por los acontecimientos, estar al frente de semejante operación era un sueño hecho realidad... aunque el costo fuera una apocalipsis.

«El trío; los tres pasos más importantes para controlar toda una nación mediante los medios de presa. —Por lo visto Mirella había estudiado muy bien la historia rusa—. Incomunicación, tergiversación de la información y desorganización de las masas populares», genial. Dimitri tuvo que reconocer lo magistral de semejante maniobra, los rusos eran maestros en ese arte y los cubanos aprendieron de ellos... al punto que superaron a sus maestros.

—Esta es la parte importante —prosiguió la joven—: el flujo de información que les llegaba a los ciudadanos a través de sus celulares con los que se conectaban a Internet quedó automáticamente cerrado. Por lo cual habrá que implementar varios planes de contingencia para rellenar esa falta de distracción.

La famosa Operación Píldora Azul tuvo muchos nombres a lo largo de la historia. Desde 1959, cuando los hermanos Castro y su grupo de barbudos se hicieron con el control de la isla, comprendieron desde que estaban en las montañas el poder de los medios de prensa. Controlarlos a su

antojo se convirtió en la primera prioridad del nuevo ejército comunista.

Según fue avanzando la tecnología, el nombre de la “Operación” también fue modificado. Dimitri, quien tenía acceso a toda esa información recordó que hacía apenas unos años —específicamente cuando Mirella ocupó el cargo de directora del Departamento Informático—, la joven renombró la Operación como Píldora Azul.

Para nadie era un misterio —mucho menos para Dimitri, quien tenía creado y actualizado un perfil personal de todos los altos miembros del Partido Comunista Cubano, incluyendo a Mirella— que esta era una fanática del cine de ciencia ficción. Dimitri recordó el día que le dijeron el nombre de la nueva Operación, Píldora Azul... ¡vaya estupidez!

Unos meses después tuvo que admitir que Mirella era un genio; sí, sin dudas un genio bello y macabro.

Píldora Azul se refería a una de las películas preferidas de la joven; La Matrix, en donde al protagonista le daban dos opciones: tomarse la “píldora roja” —la cual le mostraría el mundo real tal y como era, sin filtros ni personas que escogieran por ti lo que era bueno o malo—, o tomarse la “píldora azul”... esta, a diferencia de la otra, le iba a mostrar una realidad ficticia en donde no existían los problemas, todos eran felices... ¡todo era perfecto!

«Cuba lleva años..., no, décadas tomando la píldora azul, al igual que la tomó mi país», al ruso le dolió reconocer que a partir de ahora, cuando hablara de su país lo iba a hacer como si se refiriera a una leyenda, un lugar inexistente.

Lo asombroso que tenía el plan de Mirella es que se resumía en darle al pueblo una gigantesca píldora azul.

—La primera fase de la Operación; la Llamada Roja, ya se efectuó sin ningún problema —todas las cabezas confirmaron con su coreografiado movimiento—, la segunda parte; El Paquete, comenzará desde las dos de la tarde.

Mirella por fin tomó asiento, le cedió el turno al general Beltrán, pero antes de sentarse se acercó a Dimitri, le susurró algo al oído como si fueran dos viejos colegas que intercambiaran una importante información.

—Necesito me ayudes con...

—...será un placer.

La rápida respuesta la dejó sin saber qué decir, sonrió como una colegiala que acaba de concretar una cita a escondidas con su amor de

adolescente. Regresó a su asiento conteniendo una sonrisa.

—Compañeros—anunció el general Gregorio—, la rapidez y precisión con que se desplieguen nuestras fuerzas tienen que ser claves en estos momentos decisivos.

Kovalenko sintió como su corazón le latía con mucha más fuerza, al punto que le estremeció el pecho, las manos, los ojos, las venas, fuera de eso; todas sus emociones eran internas, su rostro —entrenado para contener sus emociones—; continuó sin revelar nada, excepto cuando miró a Mirella, a quien le dedicó una de sus mejores sonrisas fingidas.

—Mientras Mirella esté lanzando sus campañas por los medios de comunicación, todo mi Departamento, con la ayuda del coronel Kovalenko, desplegaremos varias operaciones en conjunto de inteligencia y contrainteligencia para crear listas de control selectivo sobre posibles líderes opositores que tengamos que... recluir. —Kovalenko asintió, su breve conversación con el general hizo que este replanteara sus planes solicitando su ayuda—. Todos los agentes encubiertos serán puestos en estado de alerta. Así podremos activar varios termómetros sociales que nos permitirán medir cómo la población irá tomando las nuevas noticias.

Al ver movimiento a su derecha, Kovalenko se giró para observar la intervención del Ministro de Defensa, Braulio agradeció al general por sus palabras y tomó el control de la reunión.

—Con Mirella al frente de los medios y Gregorio desplegando a todos sus agentes, esto mantendrá ocupada a la población. Tiempo que necesitaré para movilizar al ejército sin llamar la atención de los ciudadanos. ¿Alguna otra pregunta?

Nadie en la sala se atrevió a mirarlo, todo lo contrario, los reunidos aparentaron que recogían sus papeles tomándose unos segundos de más para revisar sus notas.

—Muy bien, finaliza la reunión. Todos a sus puestos —ordenó el general.

Mientras cada uno de los reunidos fue saliendo precipitadamente de la sala de reuniones, Dimitri se tomó el tiempo de escribir en su laptop una frase que hacía años había memorizado:

«Mediante el uso inteligente y continuado de la propaganda es posible hacer que el pueblo vea el paraíso como un infierno y que, del mismo modo, la clase de vida más infame le parezca un paraíso».

Dimitri leyó varias veces la frase, al final terminó borrándola, lamentó no recordar a quien pertenecía; ¿Hitler..., Stalin? A uno de los dos, que para el caso era lo mismo.

Capítulo 25

Una relación abierta

(Municipio de Tres Cruces, Cuba)

Sandra podía tardar en el baño entre treinta minutos a dos horas, así que Alejandro ni se le ocurrió intentar apurarla. Además, le gustaba verla desnuda a través del cristal de la ducha. También le gustaban los pretextos que ella solía usar para entrar a su baño, «necesito usar tu champú, el mío se me acabó ayer», al final el juego siempre era el mismo, terminaban en la cama jurando no volverlo a hacer.

La verdad es que le gustaban demasiadas cosas, como cuando en las mañanas ella se levantaba primero para traerle un café a la cama, o en las noches que iba a otras provincias a cerrar negocios y ella lo esperaba despierta porque a su regreso él siempre le traía un regalo. Entonces, ¿por qué no podían vivir juntos?

Sí, no le encontraba explicación, o quizás la sabía perfectamente pero no tenía los cojones para reconocerlo. Mientras tanto, esa extraña «relación abierta» que ambos mantenían, nunca dejó muy clara cuáles eran las reglas. Cada uno podía mantener “relaciones”, pero de solo verse en el parque del pueblo y cruzar sus miradas, eso era suficiente para abandonar al instante a sus respectivas parejas y terminar pasando juntos la noche.

—¿Disfrutando del paisaje? —le preguntó Sandra a través del cristal. El poder que sus nalgas ejercían sobre Alejandro la hacía sentirse orgullosa de su anatomía... ¡y de las dos horas de torturas diarias a las que se sometía en el gimnasio!

—Cautivado por las colinas y montañas.

—¿Me estás diciendo gorda?

—No, mujer... es que me cortas la inspiración.

—O sea, te aburro, es eso. ¿Ya no te excitas al mirarme?

—¿Pues claro! Es que, mmm, nada, olvídale. Ya ni sé de qué estábamos hablando.

—De la invitación.

—¿La qué?

—Me ibas a preguntar a dónde quería ir a comer esta noche.

—¿Te iba a preguntar eso? —Alejandro tuvo que contener la sonrisa.

Él era muy bueno con sus juegos de palabras, pero lo de Sandra era otro nivel,

era una experta en tergiversarle las conversaciones, modificarlas a su conveniencia y ganarle la partida, o por lo menos hacérsela tablas.

—Sí, te iba a preguntar algo de eso, pero al final pensé que a lo mejor ya tenías cita con tu nuevo amigo, el profesor de física. —En cuanto terminó la sentencia se sintió como el rey de los estúpidos. ¿A qué venía ese ataque sin sentidos de celos? ¿Acaso no era él quien quería una relación abierta?

Sandra abrió la puerta de cristal de la ducha, solo un poco, lo suficiente para que sus ojos chocaran con los de Alejandro. El chorro de la ducha le daba en el rostro, aun así, vio en su mirada —esos ojos pardos que lo habían hechizado— las lágrimas que él mismo acabó de provocar. Se sintió como una gigantesca plasta de mierda.

¿Cuál era su problema?

¿A qué le temía tanto?

—¡Vete a la mierda! Oh, por cierto, no tenía ninguna cita con él, pero muchas gracias por recordármelo, en cuanto termine lo llamo. —Un brillo en su mirada lo hizo comprender que estaba a punto de soltar chispas y rayos láseres. Lo mejor sería alejarse de ella por un rato, más tarde le pediría disculpas de alguna manera, aunque Sandra no iba a enterrar el hacha de la guerra tan rápido—. Y no te preocupes, ya no me tienes que invitar a salir, así te puedes ir con Carmen, o Jennifer... ¡oh, lo olvidaba! Ay, qué tonta yo, es que estás estrenando conquista. ¿Cómo se llama la rubia que vino de la Habana? Katia, verdad que sí, cómo se me iba a olvidar.

Le dio un tirón a la puerta de la ducha que casi la saca de sus bisagras. Alejandro miró sus curvas a través de cristal durante un largo minuto, al final decidió que lo mejor sería salir del baño, se lo tenía merecido.

—Apúrate un poco —le susurró en tono de paz, quería enterrar el hacha de la guerra, ahora; que Sandra quisiera una tregua iba a depender de ella—, voy a decirle a tía Tata que vaya preparando el desayuno.

—¡Me demoro lo que me dé la gana! Gracias, desayuna tú, ya yo no tengo hambre.

—Pues como quieras, has dieta forzada —le contestó, giró su silla, se puso una camisa que se ajustaba terriblemente a sus bíceps, al punto que parecía que la iba a desgarrar y se echó algo de perfume, un perfume comprado por Sandra.

Esa mujer le escogía hasta las aromas... y él le encantaba, no lo iba a negar.

Antes de salir del baño pudo escuchar los sollozos de Sandra. Si él ganó la discusión, ¿entonces por qué se sentía como la plasta de mierda más grande del pueblo?

Capítulo 26

Las primeras sospechas

(Municipio de Tres Cruces, Cuba)

Salió del baño, dobló por entre su escritorio y un sofá como si le hubiera puesto un turbo a la silla de ruedas. Fue directo hacia uno de sus librerías, donde tenía cuatro celulares conectados a sus respectivos cargadores.

—Maneja suave que te van a meter una multa por exceso de velocidad —Millaverde podía intentarlo, pero le era imposible hablarle a Alejandro sin mantener su tono de burla—. Ni me cuentes, no necesito saberlo; ¡bueno sí! ¿Problemas en el paraíso?

Alejandro le dio la espalda, levantó su mano izquierda y le enseñó el dedo del medio.

—¡Ay, niño, qué grosero eres! Y después te gusta dártelas de caballero.

Millaverde se preparó para lanzar otro de sus chistes, pero entonces vio cómo Alejandro giraba su silla, tenía los cuatro celulares en la mano y una expresión que él mejor que nadie conocía: está preocupado, no, es algo peor. Hombros tensos, mandíbula apretada y unos ojos que buscaban en el aire una respuesta que no existía. Sí, una de esas extrañas crisis se aproxima.

—¡Acaba de soltarlo que me vas a matar del corazón! ¿Qué pasa?

—No tienen señal.

—Bueno, tampoco es para poner esa cara.

Alejandro volvió a revisar cada uno de los celulares —asegurándose de que las aplicaciones estuvieran activadas—, nada, negó con la cabeza y cerró el puño para golpearse en la frente mientras intentó poner en orden sus pensamientos.

—Algo debe de anda mal, no puede ser que ninguno tenga señal.

La puerta del baño se abrió y Sandra, envuelta en una toalla fue directa hacia uno de los closet, sacó un juego de ropa interior y abrió la toalla para ponérselos. Millaverde no pudo evitar sonreír ante la táctica provocativa de aquella zorra, sus gestos sensuales iban dirigidos exclusivamente para Alejandro, y este, aunque lo intentó no pudo apartar la vista.

—Si esta nace una hora más tarde hubiera sido stripper profesional... ¡qué clase muchachita para ser puta!

Sandra ni le respondió a Millaverde, simplemente levantó su mano derecha y le enseñó el dedo del medio junto al anular, ambos pegados y señalando al techo. Luego abrió una gaveta y sacó su secador de pelo.

—Eso de ser una stripper profesional tendría sus ventajas —agregó Alejandro, su tono volvió a ser seductor, no quería que ella siguiera enojado con él—. A lo mejor a mí me regalaría shows privados para...

—... por supuesto que no —le cortó Sandra, en esta ocasión los dedos se dirigieron hacia él—, a ti te los iba a cobrar doble, y claro, la propina por separado.

Millaverde lanzó una carcajada estrepitosa que resonó contra las paredes. Aquellos dos no tenían remedio. Esa relación «abierta» llena de odios y celos, de «infidelidades»; por llamarlo de alguna manera, padecía de una pasión adictiva y dañina. En resumen, ninguno de los dos podía estar dos semanas sin verse, sin hacer el amor, y mucho menos sin pelear.

Sandra era profesora de inglés en una de las escuelas primarias del municipio, tenía su propio apartamento donde vivía sola, pero pasaba más tiempo en la casa de Alejandro que en la suya propia. Al punto de tener su propio closet, con su ropa, sus zapatos preferidos, sus maquillajes... ¡la verdad es que ambos estaban como para ingresarlos en un hospital psiquiátrico! Diagnóstico: amor cavernícola compulsivo agresivo.

—Debe de ser ETECSA, de seguro tienen problemas en sus servidores de nuevo —para Sandra aquello era lo más lógico, por eso; sin dejar de mirarse en el espejo, se separó el cabello y buscó con su mirada la de Alejandro—: no será ni la primera ni última vez que eso les pase.

—Puede que tengas razón —afirmó él sin dejar de revisar los celulares—, pero para inconvenientes como estos les pago a unos cuantos; ¡es qué estas mierdas no me pueden pasar!

Sandra se encogió de hombros y dejó de prestarle importancia, pero Millaverde no lo vio así, él conocía perfectamente que el imperio de Alejandro dependía totalmente de la comunicación, sobre todo de esos cuatro celulares. Desde el primer día que comenzó a trabajar para Alejandro, comprendió que este tenía una manera diferente al resto de los ciudadanos en cuanto a mirar a su país se trataba. Para Alejandro existía una frase que resumía su estilo de vida: «mientras más estricto sea un régimen comunista, más fácil será sobornar a sus funcionarios».

Eso sí, los sobornos siempre debían de ser bien caros, lograr el objetivo solo era cuestión de llegar a la persona indicada, estudiarlo y

“regalarle” lo que realmente le gustara. Dinero, viajes, mujeres... hombres, a veces hasta una casa, un auto, una moto. Alejandro era un experto estudiando las tentaciones humanas, era un maestro sin precedentes especializado en corromper a las personas. Les hacía realidad las fantasías que ni ellos mismos creían poseer, pero luego les cobraba los favores... y bien caros.

Por eso esa mañana se sintió como un perro rabioso, deseoso de morder al primero que se le acercara a pasarle la mano. Pagaba una pequeña fortuna a un grupo de funcionarios de ETECSA —incluyendo al director provincial—, todo para que lo mantuvieran informado de situaciones como esta.

—Sandi, alcánzame el teléfono —Millaverde y Sandra levantaron a la vez una ceja, el primero sorprendido, la segunda con gesto triunfal.

Alejandro solo la llamaba «Sandi» cuando le quería pedir disculpas de verdad, era una manera de reconocer que se había pasado, era una disculpas a gritos donde dejaba abiertas todas las puertas del dialogo... las cuales iban a terminar en la cama, y ella quedándose en la casa por lo menos una semana. Por otra parte, el «teléfono», eso sí que no era cosa de juego.

En ese momento Sandra lo comprendió, la situación era más delicada de lo que ella pensó al principio. Se levantó y fue hasta uno de los librereros, pulsó un botón secreto y un pequeño e ingenioso sistema hidráulico arrastró sin ningún esfuerzo el enorme librero. Tras este había una caja fuerte que solo los tres presentes en aquella habitación conocían su existencia, su contraseña y, sobre todo, su peligroso contenido.

Sandra puso la contraseña y abrió la puerta de la caja fuerte —esta medía un metro de ancho por uno de alto—, quedó frente a una montaña de paquetes de dólares y euros. También había una pistola, la movió cuidadosamente aunque tardó unos segundos de más en sostenerla en su mano —a pesar de que Alejandro le había dicho cientos de veces que esa pistola no tenía seguro, que no la tocara, ella no podía evitar sentirse atraída por el brillo del metal—, ¡es que le gustaban las armas, y punto! Tras unas cajas llenas de cadenas y pulseras de oro —que Alejandro nunca se ponía, pero que las solía utilizar como moneda de cambio—, encontró el teléfono.

Un gigantesco Iridium de última generación —el cual Alejandro cambió hacía menos de dos años—, aunque realmente no necesitara uno nuevo eran riesgos que prefería no correr.

Según el técnico que vino exclusivamente desde los Estados Unidos

—y que Sandra fue precisamente quien le tradujo las instrucciones para utilizar aquella cosa— el técnico le resumió todo en una frase:

—Si te quedaras botado en Marte, con este teléfono podrías llamar a la tierra y pedir un Uber.

El teléfono satelital que Sandra le entregó en sus manos representaba mucho más que una maravilla de arte tecnológica. Con ese modelo en específico podía efectuar llamadas desde los lugares más recónditos del mundo. Alejandro lo usaba solo para llamar a banqueros en Suiza, Islas Caimán, Panamá... pero sobre todo a los Estados Unidos. A través de él hacía pedidos o cerraba negocios en cuestiones de minutos. El gobierno cubano, con quien Alejandro trabajaba codo a codo, le permitía muchas cosas, pero jamás que estuviera tan comunicado con el exterior.

—¿No crees que estás exagerando?

—Eso espero.

Sandra miró hacia la puerta de la habitación, la cual ya estaba custodiada por Millaverde. Ambos se miraron sin preocuparse en esconder sus temores. Si Alejandro, o alguno de ellos era descubierto con un teléfono satelital entre las manos, solo terminarían de dos maneras: frente a un pelotón de fusilamiento —en el mejor escenario—, o en una sala de torturas, en donde tendrían que decir cuándo, cómo y dónde consiguieron ese aparato para: «comunicarse con el enemigo imperialista».

—No tiene señal.

Por un segundo Sandra creyó escuchar mal, no podía ser. Miró a Alejandro, pero este no pudo apartar los ojos del Iridium. Marcó varios números de memoria, se llevó el teléfono al odio, negó incrédulo sin creer realmente lo que estaba pasando. Volvió a repetir la misma cadena de movimientos, alterada solo por los nuevos números que introducía.

—Eso es imposible... no tiene sentido... el técnico dijo...

—Sandi, recuerdo perfectamente lo que el técnico dijo.

—¡No me interrumpas cuando estoy hablando!

—Ustedes dos, pónganle frenos a sus ataques de pasiones. ¡Cojones, que la cosa no es de juegos! Vamos por partes, no se ahoguen en un vaso de agua, no podría ser simplemente que ese aparato se rompió —Millaverde no era un fan de la tecnología, para él la solución rápida era encontrarle un problema al teléfono—. Al hijo de Maura le mandaron una laptop nuevecita de paquete, nada más que la sacó de la caja...

—Millaverde, ¡por Dios, escúchate! —Alejandro los miró como si fuera evidente que ellos tenían que ver las cosas desde su mismo punto de vista—. Pagué más de cinco mil dólares por este teléfono, su servicio y mantenimiento es a prueba de errores.

—Y sin embargo no tiene señal —agregó Sandra.

—Exacto. Algo terrible tiene que haber pasado.

A través de la puerta se escucharon los gritos de tía Tata:

—Alejandro, baja a desayunar, y apúrate, dicen que van a dar por el televisor una noticia importante.

Alejandro miró el teléfono satelital que descansaba entre sus muslos, en ese instante tuvo un extraño presentimiento de que se avecinaban malas noticias.

Capítulo 27

Importante comunicado

(Municipio de Tres Cruces, Cuba)

La “casa del Magno”, así apodaron en toda la Provincia a la mansión de Alejandro Montenegro. Aunque realmente no era tanto su tamaño, sino sus comodidades, esos pequeños lujos que siempre llamaban la atención a los pocos elegidos que podían visitarla. Dos pisos, seis habitaciones, tres baños, un gigantesco garaje para cuatro autos —allí era donde tenía su sofisticado gimnasio—, y una pequeña piscina con jacusi incorporado. En una sociedad comunista como en la que vivían, aquellos eran lujos de millonario, pero para Alejandro lo más importante de todo era su privacidad, y esta la obtenía gracias a la gigantesca pared de dos metros que rodeaba su casa.

Desde el segundo piso, bajó por la rampa en forma de caracol que le construyó el padre de Sandra hasta la cocina, donde tía Tata ya tenía el desayuno preparado. A pesar de que Anselmo (el padre de Sandra) ya era un albañil retirado, el anciano se encargaba de cualquier modificación que Alejandro quisiera hacerle a sus propiedades.

—¡Buenos días, Alejandro! —Rosaura, la vecina del frente lo sorprendió cuando entró a la cocina.

La señora, con sus manos temblorosas, dedos huesudos y retorcidos por la artritis, se apresuró en alcanzarle una taza de café. Alejandro hizo un gesto de desagrado que intentó disimular con una sonrisa, pero a Sandra no se le escapó, lo conocía demasiado bien. Él odiaba las zalamerías, sobre todo a quienes se ofrecían a empujarle la silla de ruedas o a alcanzarle cosas con el simple propósito de caerle en gracia para luego pedirle un favor. ¡Que le hablaran claro y punto! Esa era su manera de ser.

—Muchas gracias, Rosaura, no hacía falta.

Rosaura también se apresuró a servirles una taza de café a Sandra y Millaverde, y en ese instante fue cuando tuvo la oportunidad de mirarla a la cara; la señora había estado llorando y, aunque Alejandro siempre era un poco despistado para esos detalles, esta vez a él tampoco se le pasó de largo.

Sandra lo miró como diciéndole: «¿pregúntale que le pasa?».

—Bueno, ¿qué está pasando aquí? —Alejandro se cansó de tanto misterio y de las miradas insistentes de Sandra. Giró su silla en espera de una

respuesta de Rosaura, pero ella le esquivó la mirada refugiándose tras la tía Tata.

La anciana, que estaba preparando unos panes con tomate, aceite y sal —uno de los sándwich preferidos de su sobrino—, se limpió las manos en el delantal y apuntó hacia el televisor.

—Anunciaron que van a dar unas noticias muy importantes.

—Sí, Tata, genial... ahora las vemos; ¿pero qué le pasa a Rosaura?

—Ay, Alejandrino —suspiró la tía—, este país que no deja de darme disgustos. El niño chiquito de Rosaura cumple años la semana que viene.

Rosaura tenía tres hijos, uno de catorce años, otro de diez, y por lo visto al más pequeño le tocaba su cumpleaños. Tanto Sandra como Millaverde ataron cabos al instante. Rosaura de seguro no tenía dinero para mandarle hacer un cake y, mucho menos, una decoración o algunos refrescos. Situaciones como esa, las de tener que pagar de su propio bolsillo cumpleaños para niños sin recursos en el pueblo eran común para Alejandro.

Sandra conocía la situación económica de Rosaura como nadie, después de todo era la profesora de uno de sus hijos. La señora trabajaba como esclava, y su esposo era otra máquina humana que tampoco tenía descanso, eran un matrimonio honesto y trabajador que jamás podría salir adelante con sus salarios y tres niños por mucho que lo intentaran. Ella trabajaba como personal de limpieza en la escuela primaria donde Sandra daba clases. Limpiaba los baños, pasillos, aulas y comedores; y al terminar su jornada, quien le pagara, iba y le limpiaba la casa, también solía lavar ropa a domicilio.

Por otro lado estaba el marido (para muchos), el mejor trabajador de Comunales—la compañía encargada de recoger la basura del municipio—. Los sábados y domingos se iba para la costa a cortar palos de marabú —con una brigada de cuatro leñadores solía llenar una gigantesca carreta—, luego vendían toda esa madera a los comedores escolares que aún cocinaban con fogones de leña.

Sandra los entendía, el matrimonio realmente lo intentaban, pero como todo cubano que no tuviera un negocio establecido; legal o en el mercado negro, simplemente les era imposible sobrevivir con su salario, y mucho menos permitirse lujos como un pastel de cumpleaños para uno de sus hijos.

Antes de que Alejandro dijera una sola palabra, en la pantalla del televisor apareció una tira roja con el comunicado: «En breve todos los

canales entraran en cadena para dar un importante anuncio nacional».

—¡Pues no se hable más! Ese cumpleaños hay que celebrarlo por todo lo alto. —Alejandro le dio unas palmaditas en la mano a Rosaura y le guiñó un ojo, como restándole importancia—. Ni te preocupes, ahora mismo le digo a Millaverde que vaya a la Doña y te le mande hacer un pastel relleno de coco para el niño.

La Doña era una “panadería” —en sí era un todo en uno; una dulcería especializada en pasteles de bodas, de quinceañeras, de todo tipo de cumpleaños y fiestas que encargaran literalmente lo que fuera—, a la vez era uno de los tantos negocios que figuraban bajo el nombre de otro, pero que en realidad era Alejandro quien los controlaba. Millaverde solía mortificarlo diciéndole que él era el maestro de los testaferreros cubanos.

—¡Ay, por Dios, qué pena! —Rosaura escondió el rostro tras sus manos y comenzó a sollozar—. ¡Es que me muerdo de la pena!

Sin poder contener los sollozos les dio la espalda para intentar calmarse. Sandra se apresuró a abrazarla y Alejandro quiso que la tierra se lo tragara; no, aquello no se trataba solo de un cake... ¡había algo mucho más grave!

—Vamos a calmarnos que todo tiene solución. Alejandro, el pastel también le hace falta —anunció tía Tata, quien comenzó a pasarle una mano por los hombros a Rosaura para que se calmara—. Lo que pasa es que el niño cumple siete años y ya le anunciaron que van a quitar la leche.

—¡Oh, la leche de los siete! —exclamó Alejandro algo aliviado al comprender lo que sucedía, luego recapacitó, se puso tenso en su silla mientras llegó a la única conclusión que lo podría sacar de aquella situación.

«Otro problema más para la lista», pensó Alejandro, pero que opciones tenía, además, por la mirada de Sandra más le valdría buscarle una solución bien rápida.

Sandra prefirió mantenerse callada, ya que con palabras no podría explicar lo que sintió en esos momentos. Es que de poder verse en un espejo, se imaginó que sus mejillas deberían de estar rojas y a punto de hervir de la impotencia. Respiró profundo varias veces, pero aquello como terapia le resultó una mierda; «¡Qué clases hijos de puta gobiernan este país de mierda! Cómo explicar que Cuba, el pilar socialista que vela por los derechos de los niños, les quita la leche cuando cumplen siete años. ¡Oh, pero eso sí que no lo publica nadie en Twitter!».

El Estado les daba un litro de leche diario, pero desde que los niños

cumplían siete años, se lo sustituían por una bolsa de yogurt de soya. El problema para los padres era que no tenían cómo continuar buscándoles la leche a sus hijos, peor aún; ¿cómo una madre le explica a su hijo que ya nunca más volverá a tomarse un vaso de leche tibia en las mañanas?

«Más de sesenta años de esta mierda y ni leche para los niños tenemos. ¡Que viva la Revolución!». Sandra quiso gritarle cuatro cosas por una ventana al Jefe de Sector, pero ese pobre gordo después de todo era otro infeliz.

—Rosaura... ¡qué te digo, lo siento, no sabía nada! —Alejandro vio como los sollozos de la mujer solo aumentaban, quiso escoger cuidadosamente las palabras, pero realmente solo encontró una solución.

—¡Yo te lo juro, por mi madre que en paz descanse! Yo no vine a pedir limosna —la mujer se giró para mirarlo a la cara, lo cual hizo que Alejandro levantara la barbilla para que sus ojos se encontraran—. ¡Es que me muero de la vergüenza, Dios mío! ¿Pero no sé qué otra cosa hacer? El niño no se me puede quedar sin leche, tú lo has visto, está flaquito, y eso es lo único que le gusta.

En la pantalla del televisor apareció Rolando Sierra —el locutor estrella de la televisión cubana—, quien se especializó al pasar los años en dar los importantes comunicados que el gobierno tenía preparados, siempre con su propio estilo, único y teatral. En cuanto quedó enfocado, lo primero que hizo fue comenzar a preparar todos sus papeles, Alejandro comprendió que si quería escuchar la noticia iba a tener que darle una solución rápida a la situación de Rosaura.

—Tú no tienes que sentirte avergonzada de nada —acercó su silla hasta la señora y le tomó una mano—, eres una tigresa luchando por su cachorro, ok, dale, mira para arriba y con mucho orgullo. Así me gusta.

»El niño va a seguir recibiendo todos los días su litro de leche, te lo prometo como que me llamo Alejandro Montenegro, mírame... deja de llorar mujer, que no me gusta. Sabes bien que nunca hago promesas que no pueda cumplir.

Por fin la señora controló sus sollozos y le besó las manos. Alejandro no le gustó el gesto pero prefirió ignorarla, comprendía que esa era su manera de darle las gracias.

—Rosaura, que esto quede entre nosotros, pero no te preocupes más, mañana mismo Sandra le hará una visita a Mauro de mi parte. —Mauro, el “lechero”, se pondría muy contento por hacerle un favor, de eso no le cupo

dudas, y por supuesto, en la primera oportunidad se lo recordaría; pero así eran los negocios—. Él te va a seguir llevando todas las mañanas un litro de leche, ok, ¡pero sin comentarios!

Lo último que necesitaba era una fila gigantesca de mujeres llorando y suplicándole que hablara con el repartidor de la leche. Él podía ayudar, pero hasta un límite.

—Estimados televidentes... —anunció Rolando Sierra. El famoso locutor se alisó su icónico bigote que a toda una generación le recordaba a un personaje de los animados rusos de los años noventa; El cartero Fogón—, lamento tener que dar estas trágicas noticias. En la madrugada de este viernes el servicio de telefonía de nuestro país sufrió un ciberataque sin precedentes... —otra larga pausa para aumentar la tensión, miró durante varios segundos la cámara, escogió de su amplio repertorio la expresión más dramática que pudo encontrar y prosiguió—: tras varios meses de negociaciones, nuestro querido presidente firmó el pasado lunes los últimos contratos con varias agencias internacionales que instalarían en las semanas entrantes, a precios asequibles para toda la población, el tan necesitado servicio de Internet ilimitada.

—Bueno, ¿pero este de qué coño está hablando? —Millaverde miró a Sandra y luego a Alejandro, pero ambos estaban hipnotizados por la noticia, ninguno de los dos le prestó atención.

—... la CIA, una vez más, como otra de sus tantas viles y mezquinas tácticas para desequilibrar nuestra gloriosa revolución, lanzó un poderoso ciberataque que desestabilizó los servidores centrales de ETECSA, siendo así, que en estos momentos los servicios de telefonía de todo el país están interrumpidos hasta nuevo aviso.

Rolando se dio un puñetazo en el pecho, al estilo saludo de los soldados romanos, se aclaró la garganta y levantó orgullosamente la barbilla.

—Sepa el gobierno imperialista de los Estados Unidos, el buitres de su presidente, y las hienas de sus senadores, que nuestro país ha resistido, resiste y resistirá a todos sus asquerosos ataques. Jamás nos doblegaremos ante las más injustas calumnias lanzadas por esa calaña de lobos feroces — otra pausa dramática y el locutor agregó—: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

A continuación una hermosa locutora comenzó a dar noticias sobre una cartelera especial de programación que se estaba preparando.

—Pues nada, de nuevo nos quedamos sin celulares. —Para Sandra aquello no significó gran cosa, pero al ver la expresión de Alejandro supo que

algo se les escapó a todos los presentes—. ¿Y esa cara?

Alejandro poseía el don de una memoria fotográfica, algo que Sandra jamás iba a poder comprender, pero que en miles de ocasiones vio cómo hacía milagros... o sea, predecir los movimientos políticos que ocurrirían en el país. Sus conocimientos de historia y de eventos mundiales actualizados —los cuales le llegaban a través de su teléfono satelital—, le permitían poder leer entre líneas los planes del gobierno cubano. Por eso, aunque prefirió no pensar en ello, Sandra no pudo evitar recordar una de las frases favoritas de Alejandro: «Cuba no tiene medios de comunicación, sino de desinformación controlada».

—Todo lo que dijo no es más que pura mentira.

—Pero si es verdad que no tenemos señales en los celulares, además, ya ves que tampoco...

—Es mentira —repitió por segunda ocasión. Sandra y Millaverde se miraron sin saber qué otra cosa entonces podría ser—. Sí, eso no lo voy a negar; algo grande sí que pasó... pero nada que ver con lo que están anunciando.

Capítulo 28

El imperio de Alejandro Montenegro

(Santa Clara, Cuba)

El poderoso Cadillac de Alejandro, un modelo de los años 60 —esos autos que los turistas que iban a la isla buscaban como locos para tirarse fotos con ellos— fue readaptado prácticamente desde cero. Sus miles de adaptaciones iban desde su carrocería, su estructura interna, timón, ejes, juntas, frenos, asientos y gomas... hasta cambios en el motor (muchos cambios), pues mantener en perfecto estado de conservación una reliquia histórica necesitaba prácticamente contar con diseñadores de la NASA capaces de fabricar las partes necesarias.

Los turistas que sabían algo de mecánica —tras mirar en el interior de los “autos históricos” que se podían encontrar en todas las esquinas de Cuba; los famosos Cadillacs y Fords de los años 40, 50 y 60—, llegaban a la misma conclusión: los mecánicos cubanos podían ganar cualquier concurso mundial de inventiva y creatividad sin recursos.

En el caso del Cadillac de Alejandro, tantas transformaciones terminaron convirtiendo al auto en una especie de «Optimus Prime» — palabras textuales de Alejandro—, pero hubo un problema, cuando Alejandro se refirió a que su Cadillac se parecía al líder de los Autobots, por lo visto algún miembro de su pandilla no lo entendió bien.

—¡Cojones, lo dije en sentido poético! —gritó al ver que “alguien” que nunca se identificó, pegó en el capó y el maletero de su Cadillac dos enormes pegatinas con el rostro de Optimus Prime, arruinando así el exquisito trabajo de chapistería que le hicieron varios maestros artesanos hacía menos de un mes, y de paso, bautizándolo de manera irrevocable como: Optimus Prime.

Él siempre sospechó que ese “alguien” fue Sandra.

Optimus Prime se detuvo frente a «La Guarida», así nombraron a la casa que quedaba a las afueras de Santa Clara, y en donde Alejandro se reunía una vez al mes con los miembros más importantes de su gigantesco imperio.

La puerta trasera del Cadillac se abrió y una rampa especial con un sistema de correderas se expandió. Alejandro deslizó la silla por la rampa y fue directo hacia la entrada de la casa, la cual también contaba con varias

rampas extras creadas exclusivamente para él.

—Parece que ya todos están aquí —murmuró Millaverde, quien desde que se acercaron a la casa se fijó en varios de los guardias que estaban distribuidos alrededor de La Guarida, un anillo de seguridad creado por él mismo.

Cada guardia tenía un pequeño walkie talkie de corto alcance para mantenerse en constante comunicación. Su única función era alertar a quienes estuvieran dentro en caso de que se acercaran visitas inesperadas.

—No todos, falta Roman.

—A ese siempre le gusta llegar tarde, que hijo de puta, le encanta hacerse el importante.

«Es que lo es», reflexionó Alejandro.

Alejandro miró hacia el garaje de la casa y sus alrededores. Había tres motos, dos Ladas 2105, un Peugeot moderno y lo que le pareció que era una Jawasaki —uno de esos inventos cubanos que costaría un poco de trabajo describírselo a un extranjero. En resumen la moto era un híbrido entre un Jawa checoslovaca a la que le adaptaban un motor japonés de una Kawasaki—, resultado; que con varios litros de gasolina se podían recorrer cientos de kilómetros.

En cuanto Millaverde abrió la puerta, desde adentro se escucharon las risas y chiflidos de toda la pandilla.

Alejandro Montenegro, aunque fuera a la sombra de la corporación más grande y poderosa del país, La Familia, contaba con su propio imperio.

Era uno de los hombres más importantes e influyentes en los negocios que La Familia tenía en el extranjero sin tener que ser parte del ejército (lo cual era algo poco común). Sus funciones eran variadas, aunque la principal consistía en firmar y cerrar los contratos de compra, envíos y preparación de todo el cuero con que se confeccionaba una gigantesca lista de productos que iban desde ropa, zapatos y artesanía que luego se vendía en los polos turísticos y las tiendas de Artex.

Esta gigantesca operación era financiada con su propio dinero, dándole el noventa por ciento de las ganancias a La Familia. Estos, por tan generoso esfuerzo y sacrificio lo premiaban dejándole hacer otros negocios sin causarle problemas o intentar cerrarle las vías. En esos “otros negocios” fue donde Alejandro se convirtió en uno de los pocos multimillonarios que vivían en Cuba.

Desde que entró a La Cueva, el aroma de café y cigarro se le pegó en los poros. Empujó su silla por el pasillo y fue directo a la sala, donde toda su pandilla escuchaba canciones de la nueva trova mientras repartían la segunda tanda de café.

—¡Ya era hora de que dieras la cara! —le reprochó Lorena, quien sin levantarse de las piernas de su novia Daisy, le sirvió una taza de café.

—Entre mis tantas habilidades; la telepatía todavía no la he adquirido. —Tomó la taza, olió el aroma del café y se dio el primer sorbo; «del Escambray, del bueno de verdad»—. Traté de llegar más temprano, pero ya saben, problema tras problemas. Si hubiera podido habría llamado.

—Con respecto a eso —anunció Arnaldo, el mayor de los tres hermanos Ferrer—, creo que tenemos varios problemas con las comunicaciones.

«¡No me jodas! Casi que ni cuenta me he dado», le hubiera encantado responderle, pero al final decidió tragarse sus sarcasmos.

Los hermanos Ferrer —Arnaldo, Abel y Ángela—, eran los encargados de la contabilidad de todo el conglomerado de compañías que formaban parte del imperio de Alejandro. Este controlaba la red más grande del mercado negro en Cuba, eran especialistas en la venta de ropa, zapatos, piezas de repuestos para autos, computadoras... prácticamente cualquier equipo electrónico que por encargo necesitara una pieza.

Su gigantesca telaraña mercantil no tenía fin, pero lo más importante, las ganancias que le generaban podía separarlas de los negocios de La Familia.

—Mayra y Julia no pudieron venir —le dijo Ángela, la menor de los Ferrer, esta puso sobre una mesa dos enormes maletines repletos de dólares, euros y pesos cubanos—, pero mandaron el dinero y la libreta.

Abel —de los tres hermanos el del medio— tomó la libreta de ventas y comenzó a sacar cuentas y comparar los números que tenía en su laptop, asegurándose de que todo estuviera en orden; cuentas claras conservan amistades.

—Ten cuidado, lo acabo de recalentar —Lorena le entregó una segunda taza de café humeante (todos en la casa conocían la adicción que Alejandro padecía por la cafeína, si lo querían de buen humor, mejor que tuviera entre sus manos una taza de café), luego entre ella y Daisy agarraron cada una un maletín y se lo llevaron hacia una de las habitaciones, unos

segundos después se escuchó el sonido de las máquinas contadoras de billetes.

—¿Por qué Las Mulas no vinieron? —preguntó Alejandro.

—Las dos mandaron esta mañana con uno de sus muchachos el dinero —le explicó Ángela mientras puso en la iPod una canción de Frank Delgado —, Mayra tiene el niño enfermo, y Julia se le murió un pariente que ni conocía, pero la madre la obligó a ir con ella al velatorio.

Alejandro asintió y tomó notas mentales; llamar a Mayra para saber cómo sigue el niño, mandarle unas flores y el pésame a la mamá de Julia... ¡mierda, no se pueden hacer llamadas!

Mayra y Julia —las jefas de Las Mulas—, formaban parte de los tres elementos humanos indispensables en la infraestructura de los negocios que abastecían la mayor parte de las tiendas clandestinas del país. Las Mulas, los Correcaminos y los Vendedores.

Las Mulas eran un gigantesco grupo que viajaban a todos los países Latinoamericanos que tuvieran zonas francas o enormes mercados especializados en la venta al por mayor; siendo Panamá la ruta principal. Una vez hechas las compras —ya fuera por encargos personales o para abastecer las tiendas clandestinas—, las mercancías se enviaban hacia Cuba por contenedores o ellos mismos traían una parte en su equipaje de regreso.

Después entraban los Correcaminos.

Este grupo distribuía la mercancía a todo lo largo y ancho del país, ya fuera en camiones, motos o bicicletas —en muchos casos—, algunos Correcaminos rentaban coches de caballos para llegar a las zonas rurales que también representaban una parte importante del mercado.

Vestir bien, elegante, a la moda, se había convertido en un estilo de vida en Cuba, al punto que muchos preferían dejar de comer con tal de tener la camisa, la blusa, o los pantalones que estuvieran de moda, y esto, para Alejandro, era una mercado ilimitado de ganancias astronómicas.

Por último estaban los Vendedores, el grupo encargado de controlar la «venta o créditos» —ya que en muchas ocasiones los clientes no podían pagar al momento—, estos eran los responsables de que las ganancias fluyeran constantemente y en aumento.

Por desgracia, como en todos los negocios del mercado negro, había quienes se creían mucho más inteligentes; cometiendo el error de robar la mercancía de las casas donde la guardaban (ese normalmente era el caso más común), otras veces simplemente interceptaban los envíos —poniendo en peligro la vida de los Correcaminos—, para Alejandro eso era inaceptable.

Primero porque no permitía que sus trabajadores fueran golpeados o amenazados, y segundo; era malo para su reputación y el negocio.

Cuando situaciones como esas sucedían —porque siempre había algunos que les gustaba probar fuerzas—, Alejandro enviaba a Millaverde para que localizara a los ladrones, y les “pidiera” que no lo volvieran a hacer... por el bien de su salud. Algunos no devolvían la mercancía y desafiaban a Millaverde, lo cual nunca era recomendable, porque siempre terminaban enfermos... muy enfermos.

Capítulo 29

Los pilares del imperio

(Santa Clara, Cuba)

El conglomerado de negocios que controlaba Alejandro tenía ramificaciones inimaginables incluso hasta para el gobierno omnipresente, dueños prácticamente de toda la economía del país. Para Alejandro, el control de las redes de tiendas clandestinas por cuenta propia significaba solo la punta del iceberg. A través de sus contactos en el Fondo Cubano de Bienes Culturales, regalaba —por debajo del telón— licencias de producción y venta a todo un ejército de artistas compuestos por pintores, artesanos, maestros ebanistas, diseñadores de ropa y calzado... la lista solo iba en aumento. Estos, al vender sus obras en el sector turístico o privado, le abonaban mensualmente un por ciento de las ganancias. A cambio, Alejandro les facilitaba la materia prima que necesitaran para desarrollar sus obras.

Alejandro iba por su cuarta taza de café cuando Daisy regresó de la habitación y le entregó una lista donde separó todo el dinero que habían contado por tipos de moneda. Vio que los números coincidían con los que él mismo tenía anotados en su pequeña laptop.

—Los zapateros necesitan más cuero y Lorena tiene otra lista con los materiales...

—...de los artesanos, sí, ya me lo dijeron desde la semana pasada. Pero el coral negro no me lo acaban de mandar de Varadero.

—Pues deberías de apurarte con eso, ya sabes que la producción no puede parar.

—Sí, pero tampoco los puedo coger por el cuello y decirles que caguen coral negro.

—No sería la primera vez.

Daisy se encogió de hombros dando por finalizada la discusión, ese no era su problema. Fue hasta la iPod, puso su dedo sobre la pantalla táctil y movió la lista de las canciones hasta escoger la que quería, como siempre, *Foto de familia*, de Carlos Varela. En cuanto le dio play, Lorena no tardó en aparecer, ambas se abrazaron y comenzaron a bailar suavemente mientras cantaban con sus afinadas voces:

—... tratando de mirar por el ojo de una aguja. Tratando de vivir dentro de una misma burbuja. Solos...

Si el matrimonio gay fuera legal en Cuba, Daisy y Lorena se habrían casado hacía años. Daisy era la femenina de esa pareja, ya que padecía de una terrible obsesión por mezclar los colores de sus blusas con sus aretes y pulsos y, sobre todo, le encantaba usar sayas y ajustadas licras, lo cual solía generar un ataque de celos en Lorena. Esta prefería pasar desapercibida. Su vestuario siempre era una mezcla entre masculino-femenino, aunque nunca definía ni uno ni otro. Un pantalón ancho con una blusa de escote, cosas como esas, pero nunca una saya. Ambas eran jóvenes y hermosas, muy hermosas, por lo que Alejandro solía bromear con ellas diciéndoles que cuándo lo invitarían a hacer un trío, a lo cual Lorena le respondía:

—Si invitas a Sandra.

Daisy levantaba una ceja provocativamente y Alejandro, como siempre, prefería retroceder en su silla por su propio bien. Hasta ahí llegaba el chiste (sentido común), él mejor que nadie sabía que si su fantasía sexual se hacía realidad —si aquellas tres mujeres hermosas y desnudas se encontraban en una cama—, el resultado iba a ser que él quedaría excluido a los pocos minutos, mejor no correr el riesgo.

—Toma, este es el dinero de la venta de artesanía en Santa Clara, lo de los Cayos y Varadero lo mandan la semana que viene —Lorena le entregó otra mochila repleta de dólares a Abel, alias Doce Dedos, ya que era capaz de contar billetes a la misma velocidad que una máquina contadora.

Alejandro volvió a revisar la lista, comparó los números y asintió. Daisy y Lorena eran los pilares principales de su negocio con los artistas. Ellas controlaban los pedidos y entregas de toda la materia prima que ellos necesitaran, a su vez, recogían los pagos.

—¡Oigan! —gritó Arnaldo desde una de las habitaciones donde encendió un televisor—, ¡apúrense, tienen que ver esto!

Alejandro, al igual que todos, apuró las ruedas de la silla para ver de qué se trataba el chisme. Al llegar se situó frente al televisor.

—... y a continuación la nueva cartelera de la televisión cubana —anunció en ese momento la hermosa locutora.

Alejandro tuvo que apoyar sus codos sobre sus muslos, cruzar los dedos de sus manos como si fuera a comenzar a rezarle a los santos y al resto de las deidades, al final terminó apoyando su barbilla sobre sus nudillos. Mientras la cartelera se iba desarrollando, él simplemente lo miró todo incrédulo, sin darle crédito a lo que estaba viendo.

—Pero... pero... ¿y esa cartelera a qué viene? —preguntó para sí misma Ángela, sus hermanos se encogieron de hombro.

En más de sesenta años de control absoluto sobre la televisión cubana por parte del gobierno, estos jamás se preocuparon por poner una programación variada y actualizada, todo lo contrario, la televisión siempre se usó como un medio de adoctrinamiento de las masas. Por eso, al pasar los años y los cubanos encontrar variedad y acceso a los shows, películas y documentales que se hacían en el extranjero a través del «Paquete» —un grupo de hackers cubanos crearon el famoso Paquete, una base de datos que distribuían semanalmente con una programación mundial actualizada—, inmediatamente los ciudadanos perdieron interés en seguir la televisión nacional.

«Aquí está pasando algo», reflexionó al mirar a su alrededor y ver a todos sus amigos absortos leyendo los títulos y horarios de la “nueva programación”.

Para Alejandro, mirar dos pasos hacia el futuro, anticipando cambios políticos o sociales era algo común en su personalidad. Por eso, cuando leyó la cartelera que estaban anunciando supo que se crearía un caos nacional como nunca antes visto, sin dudas iban a poner a toda la población frente a los televisores.

¡Un canal solo de animados extranjeros y actualizados!

No más muñequitos rusos, cubanos, viejos y repetidos —el alivio para miles de madres—, Alejandro se imaginó las calles vacías de niños, estos no iban a querer ir a los parques a jugar a la pelota, las bolas o los trompos, no si tenían animados y películas que nunca soñaron ver a menos que el vecino que sí tenía DVD los alquilara.

Otro de los canales solo iba a transmitir de forma ininterrumpida documentales —a los cubanos les encantaban los shows sobre descubrimientos de cosas asombrosas y misteriosas. National Geographic y History Channel siempre eran los más descargados del Paquete—, así, la cartelera solo fue en aumento...y cada vez más actualizada.

Películas, shows humorísticos, series que la población estuvo siguiendo durante años mediante los paquetes piratas que entraban semanalmente, ahora, las iban a dar por la televisión nacional.

«Esto tiene que ser una broma», pero no lo era.

Alejandro leyó lo que jamás hubiera imaginado ver en la televisión nacional cubana: toda una cartelera de telenovelas mexicanas.

Telenovelas mexicanas... ¡increíble!, eso sí que iba a causar conmoción entre la población, sobre todo entre las mujeres.

En Cuba nunca se habían transmitido por la televisión nacional telenovelas mexicanas donde aparecieran las súper estrellas de la farándula de ese país. Las caras reconocidas de actrices y galanes fueron apareciendo poco a poco —antes de que acabaran de dar la cartelera—, Alejandro no se sorprendió de ver a su pandilla anotando los horarios de las películas, series y telenovelas.

—Alguien se volvió loco... —murmuró Lorena sin creer que toda aquella programación fuera real—, pero esta noche me muero delante del televisor.

«¡¿Qué cojones está pasando aquí?!», Alejandro los miró a todos, acaso nadie se estaba percatando de que el gobierno nunca hacía nada para mejorar las condiciones del pueblo sin antes tener un plan, un propósito, una meta que les permitiera lograr algún objetivo y que este siempre fuera para su conveniencia.

El sonido de uno de los walkie talkie que estaban sobre la mesa hizo que todos se giraran a la vez. Un guardia anunció la llegada de Roman.

—Ya viene el tipo, sepárenle su parte antes de que llegue —ordenó Alejandro.

Todos se pusieron en movimiento y comenzaron a sacar ladrillos de billetes de todas las mochilas para depositarlos en una gigantesca maleta. En ese momento, dentro de La Guarida debían de haber más de cinco millones de dólares, de los cuales más de la mitad le pertenecía a La Familia, y Roman era el encargado de recoger esa parte.

Capítulo 30

Sin miedo a embarrarse

(Santa Clara, Cuba)

El capitán Conrado Murillo fue conducido directamente a la sala de espera de la Unidad Militar, donde al igual que él, varios miembros escogidos estaban esperando para reunirse con el «Equipo» —un grupo compuesto por mayores y tenientes coroneles del MININT—, este famoso grupo respondía directamente a las órdenes del general Gregorio Beltrán, una de las leyendas vivientes de los servicios de inteligencia y contrainteligencia del país.

Iba a sentarse en ese instante cuando un sargento se le aproximó, se cuadró para saludarlo y le ordenó que lo siguiera. Lo llevó a una pequeña sala de reuniones, donde lo estaba esperando un teniente coronel.

—Buenos días, capitán Conrado... —Conrado se apresuró en hacerle un saludo militar acompañado por el choque de los tacones de sus botas—, tranquilo, descanse, tome asiento.

—Con su permiso, teniente coronel.

Conrado se sentó frente aun teniente coronel con aspecto de gnomo, comparado con él, que medía uno ochenta de estatura y pesaba unas doscientas libras, y se mantenía entrenado tres veces a la semana; el tipo debía de ser un genio militar, porque para misiones físicas no servía para nada.

El gnomo se presentó como Rafael, teniente coronel del CIM (Contrainteligencia Militar), abrió una carpeta, leyó durante varios minutos y al final terminó asintiendo.

—Así que usted fue el del caso Luis Peña.

Conrado tensó involuntariamente sus enormes hombros: el caso Peña, como lo nombraron desde entonces, era un asunto bien delicado. Luis Peña fue uno de los disidentes políticos más famosos de Santa Clara. El tipo cometió el error de amarrarse un cartel al cuello que decía: ¡Viva Cuba Libre! ¡Abajo los Castro!

El asunto nunca debió de llegar tan lejos ni de coger la fama que tuvo, pero a aquel imbécil se le ocurrió colgarse el maldito cartel dos días antes de una visita a la provincia por parte del mismísimo general Gregorio Beltrán. No solo eso, sino que fue hacia el parque central de Santa Clara, se colgó su cartel y comenzó a gritar consignas antirrevolucionarias frente a los turistas que iban pasando, estos, al ver el show, no se lo pensaron dos veces para

sacar sus cámaras y comenzar las secciones de fotos —que luego le darían la vuelta al mundo—, otro grupo de locales levantaron sus celulares y a grabar videos se dijo; el maldito show mediático comenzó.

A Conrado le ordenaron que arrestara inmediatamente al disidente sin golpearlo —frente a las cámaras—, y así lo hizo. Entre cuatro policías lo rodearon, le quitaron el cartel y lo metieron dentro de un Lada patrulla con cristales polarizados. Una vez dentro el tipo no se callaba y Conrado perdió la paciencia.

Con las manos esposadas a la espalda, lo tiró entre el espacio que quedaba en los asientos de atrás, le puso una pierna en la cabeza y usando la tonfa lo golpeó entre los riñones hasta que el hombre vomitó sangre. Su intención nunca fue golpearlo tan fuerte, pero hasta los mejores pierden su paciencia, y aquella escoria capitalista agotó la suya.

Cuando llegó a la Primera Unidad donde entregaron a Luis, este, medio moribundo continuaba vomitando sangre. El Jefe de la Unidad no quiso hacerse cargo del prisionero por sus condiciones médicas y lo mandó inmediatamente hacia el Hospital Militar. Una hora después Luis Peña murió de múltiples fracturas y sangrado interno —ese fue el veredicto de la autopsia—, en el reporte médico se puso que murió por una peritonitis aguda... fin del asunto, o eso pensó Conrado.

Cuando la esposa y la madre de Luis Peña recibieron el cuerpo, y vieron los terribles hematomas esparcidos por toda su piel, le tiraron fotos y grabaron videos, videos que subieron a todas las plataformas sociales que les fue posible, comenzando así una campaña que generó un efecto mediático sin precedentes para los derechos humanos en Cuba.

El caso Peña fue presentado incluso en la ONU —pero como esta organización era tan inefectiva, que al final daba más risa por sus miedos y trámites burocráticos interminables para tomar cualquier decisión— a nadie sorprendió que al cabo de unos pocos meses el asesinato de Luis no obtuviera justicia. Otro de los millones de expedientes abiertos, leídos y archivados por la ONU.

Conrado Murillo fue ascendido a capitán, ya que les demostró a los líderes del Politburó que era un hombre dispuesto a embarrarse las manos de ser necesario. En pocas palabras, era un hombre con el cual se podían contar para lo que fuera.

—Hombres como usted es lo que necesita en estos momentos nuestro país. —Le dijo el gnomo. Conrado por su parte simplemente le sonrió.

—Pues demás está decirles que pueden contar conmigo, para lo que sea.

Capítulo 31

Al César lo que es del César, y a La Familia...

(Santa Clara, Cuba)

—Hola, qué tal, cómo están —Roman entró acompañado de uno de sus guardaespaldas, el cual también saludó, pero al instante se apartó del grupo, dejando a su jefe junto con Alejandro—. Sé que llego tarde y eso no es nuevo en mí, pero te juro que esta vez si hubiera llamado antes. ¡Te lo juro! No me mires así hombre, que me partes el corazón. De verdad, pero con toda la locura esa de que nos quedamos sin señal en los celulares... ¡es de locos!

—Ni me lo recuerdes —Alejandro le indicó que lo siguiera hacia una de las habitaciones sin darle más conversación.

—¡Inimaginable! Sin palabras, de verdad, uno nunca sabe lo mucho que depende de esos aparaticos hasta que te faltan unas horas —Roman se rio estrepitosamente de su propio chiste.

Al entrar en la habitación, el enviado de La Familia sacó una tableta digital y comenzó a comparar los números que tenía en ellas con los que Alejandro le fue mostrando. Roman, quien padecía de sobrepeso, era la persona más hiperactiva y habladora de toda La Guarida. El hombre simplemente no podía estar un solo minuto sentado, sin hablar o sin reírse de algo.

—Muy bien, muy bien, todo está perfecto, suave como la seda. —Chequeó una de las últimas listas y asintió levantando el pulgar—, Perfecto, requetebién, como siempre.

Roman no era una mala persona, solo que estaba adaptado a vivir demasiado bien, nadie le podría negar que no intentara ayudar a sus compañeros —claro, lo hacía hasta donde se lo permitiera su posición—, eso sí, nunca iba a poner en riesgo su cargo, y mucho menos enemistarse con los miembros de La Familia.

Aparentemente era el gerente de uno de los hoteles más grandes de Varadero, lo cual no era más que una simple fachada. Su verdadero trabajo consistía en llevar las cuentas de La Familia.

En el 2018 el nuevo presidente de Brasil expuso ante el mundo un negocio creado por el gobierno cubano y que fue considerado por muchas naciones como esclavitud moderna. La realidad era que dicho negocio fue

establecido desde hacía muchos años atrás, pero cuando Brasil lo expuso al mundo fue que por primera vez se habló en las redes sociales de la «esclavitud médica cubana a la que eran sometidos los profesionales de la salud».

Se trató del famoso programa creado en Cuba para vender servicios médicos: Más Médicos. Cuba graduaba anualmente a miles de médicos de manera “gratuita” y luego los enviaba por todo el mundo en misiones internacionalistas para brindar servicios médicos en las zonas más rurales — esa era la imagen propagandista exportada durante generaciones; y realmente se escuchaba y veía muy bonito—, aunque la realidad era mucho más aterradora y macabra.

Primero que todo, a estos médicos se les prohibía viajar con sus familias, si decidían quedarse en los países donde iban a ejercer esas “misiones internacionalistas”, el Gobierno cubano los catalogaba de «desertores», y les aplicaban un proceso de tortura psicológica, prohibiéndoles regresar a la isla a ver a sus hijos, padres y matrimonios, por tanto, mantenían a las familias como si fueran rehenes emocionales, así evitaban que desertaran de las misiones.

Ocho años —esa era la condena que les obligaban a cumplir a quienes desertaban—, ocho años sin ver a tu esposa, marido, hijos, padres..., es mucho, mucho tiempo. Pocos se atrevían a desertar.

Teniendo en cuenta que el salario de un médico cubano era de 40 a 60 dólares mensuales, cuando se les presentaba una misión internacionalista la aceptaban sin pensárselo dos veces, los mandaran así fuera hasta para la mismísima selva amazónica. De hecho, había varios chistes populares sobre cómo se repartían los médicos cubanos, a estos los tiraban en paracaídas desde un avión y donde cayeran ahí tenían que ponerse a trabajar.

Lo que el Gobierno cubano nunca dijo, era que por cada médico que enviaban al extranjero el país que los recibía les pagaba más de 3,300 dólares.

En el 2017, solamente en Brasil, Cuba tenía trabajando a más de 11.400 médicos, a quienes se les pagó solo el 30 por ciento de su salario, quedándose el Gobierno con el restante 70 por ciento, o sea, que los once mil médicos le generaron a La Familia, unos 451 millones de dólares anuales... ¡solo en ese país!, pues Cuba había exportado más de 55.000 doctores a 67 países. El resultado era una suma que solía superar los 11 mil millones de dólares anuales... ¡mucho más de lo que generaba la industria del turismo!

Cuando el presidente brasileño dijo que no les iba a pagar directamente al gobierno, sino que pagaría el salario íntegro a los médicos —a quienes se les permitiría quedarse en el país, revalidar sus títulos y traer a sus familias—, Cuba retiró inmediatamente a todos sus médicos. Lanzaron varias campañas por las redes sociales intentando justificar sus medidas —ya que por lo visto la parte internacionalista de ayudar a los más pobres quedó olvidada—, la realidad era que esos médicos le representaban unas ganancias multimillonarias, que se les quedaran en Brasil serían pérdidas irreparables.

Roman era el encargado de recibir los ingresos que generaban los médicos y distribuirlos en las miles de cuentas que controlaba La Familia en el extranjero.

Alejandro movió su silla de ruedas hasta quedar frente a la mesa, sirvió una taza de café para Roman y otra para él, luego, con el equilibrio que solo se crea mediante la práctica, sosteniendo las dos tazas en una mano y empujando la silla a la vez que usaba las caderas para estabilizarla, regresó junto a Roman, quien no había dejado de comparar los números una y otra vez.

—Toma.

—¿Qué? ¡Oh, gracias! —Roman tomó la taza sin apartar la vista de los números—. Bien, una vez más para estar seguros, todo en orden... perfecto.

Alejandro no controlaba todo un imperio empresarial precisamente por ser solo bueno con los números, su verdadera habilidad consistía en leer entre líneas los planes que el Gobierno —La Familia—, estuviera preparando y entonces adelantarse, buscar los agujeros negros y sacarle una ventaja en el mercado. Pero también sabía leer a las personas cuando de negocios se trataba. Y Roman, un adicto a los números, que se jugaba literalmente el pellejo en ello, parecía demasiado distraído, contó y comparó los mismos números varias veces, como si de repente su trabajo hubiera perdido importancia.

—Roman, ¿desde cuándo nos conocemos?

—Ah, pues... no sé... —la pregunta lo tomó por sorpresa—, varios años supongo, desde que fui...

—Sabes que te respeto —el tono de voz usado por Alejandro era autoritario, podía jugar, hacer chistes con sus empleados y amigos, pero cuando se trataba de imponerse, su voz y postura solía intimidar a todos, era un líder nato—. No quiero buscarte problemas, y nunca te pediría nada que

amenace tu posición —cruzó sus musculosos brazos sobre su pecho y lo miró directamente a los ojos—. ¿Puedes decirme qué está pasando?

—Yo no sé... no te entiendo... —Alejandro vio que Roman comenzó a limpiarse el sudor de su enorme papada, comprendió en un instante que le estaba mintiendo. Su mirada se transformó en la de una cobra hipnotizando a una enorme y gorda rata de laboratorio. Roman retrocedió varios pasos al sentir el efecto hipnotizante y amenazador en la voz de Alejandro—, ¡hombre, no me mires así!

Una risa nerviosa lo asaltó de repente.

—¿Así cómo? Te estoy mirando normal.

—¡Qué... qué carajos normal! Me... me estás subiendo los cojones a la garganta.

Alejandro hizo un extraño sonido con los dientes, como si estuviera chupando hacia adentro, el efecto hizo que Roman retrocediera hasta golpear su espalda contra la pared, en esa fracción de segundos comprendió que en todos los años que llevaba trabajando con aquel invalido —aparentemente inofensivo— pues la realidad era que no lo conocía del todo y, que de este quererlo, se arrastraría por el piso, le agarraría una pierna... y mejor no pensar en el resto.

Roman nunca había experimentado tanto miedo en su vida, menos hacia un hombre. Pero la mirada de aquel esquizofrénico era lo más aterrador que jamás hubiera visto.

Alejandro volvió a chuparse los dientes, repitiendo aquel sonido amenazador y grotesco, la técnica la aprendió del mismísimo Hannibal Lecter y nunca le fallaba. Empujó la silla hacia adelante cerrándole el paso a Roman, este miró hacia todos lados, comprendiendo entonces que solo había una puerta de salida y estaba bloqueada.

—Se derrumbó todo el sistema de telecomunicaciones en todo el país. ¿No te parece extraño?

—Al igual que tú, oí la noticia y me quedé como...

—Roman, ¡cojones, deja de comer tanta mierda! —el gritó dejando claro que se había acabado la diplomacia.

Afuera, todos se pusieron tensos, pero nadie se atrevió a intervenir, mucho menos acercarse a la habitación. El guardaespaldas de Roman intentó levantarse de su asiento pero Millaverde le puso una mano en el hombro, el hombre miró aquella cosa de casi dos metros de altura y decidió que todos los huesos de su cuerpo estaban en perfecto estado, mejor dejarlos así.

—Alejandro, coño, te juro que no sé nada.

—Nos quedamos sin señal en los celulares, ok, el famoso ciberataque, pero también los teléfonos fijos. ¡No me jodas!, también fueron afectados. El país entero está incomunicado, incapaz de organizarse, ¿no lo encuentras raro? Y ahora anuncian una programación que en mi vida había visto. ¿Sabes lo que va a pasar?

—Ni idea.

—La población entera se va a poner como zombis frente a los televisores, es algo que nunca se había visto, además, en este país nadie trabaja. No hay nada más que hacer.

Roman asintió, pero por primera vez se quedó sin palabras.

—Es que para qué mentirte, hasta yo quiero llegar a mi casa para ver algunos shows. —Alejandro le sonrió de manera maquiavélica, no había nada de gracioso en lo que estaba diciendo—. Siempre nos han adoctrinado por la televisión con Mesas Redondas, Marchas Antiimperialistas, Tribunales Abiertas... ¡demasiados años viendo toda esa mierda! ¿No te parece raro que ahora, así, de repente nos pongan esa cartelera?

—¿No sé a dónde quieres ir a parar?

—Yo tampoco, tú dime. ¿Por qué cojones estás tan distraído, acaso no tienes que llevar esas maletas de dinero hoy mismo a La Familia?

Por primera vez Roman asintió y una sombra cubrió su rostro dejándolo desconcertado, como si acabara de unir las piezas de algún extraño rompecabezas que hasta el momento le fue imposible asociar.

—No sé dónde está La Familia. —Cuando le puso sonido a las palabras fue que comprendió lo extraño que sus pensamientos sonaban.

Alejandro simplemente asintió, por lo que Roman prosiguió contándole.

—Esta mañana fui a la casa del general Torres, no había nadie... — como Alejandro no lo interrumpió, comprendió que debía darle más detalles —, creo que no lo entiendes. Alejandro; ¡no había nadie! Ni la esposa, ni los hijos, ni los nietos... es que ni los guardias, todos desaparecieron.

—¿Y los criados?

—Sí, el personal de mantenimiento y los criados, esos sí seguían en sus puestos, pero nadie más.

—Creo que no te estoy entendiendo, puede que hayan salido...

—No, nada de vacaciones, el mayordomo de la casa me dijo que toda la familia salió por la madrugada en una caravana de autos, una evacuación de

emergencia —el general Torres era un miembro importante dentro de La Familia, a él se le entregaba semanalmente las maletas repletas de dólares para que fueran revisadas por segunda vez—. Me entiendes... ahora mismo no sé ni a quien entregarle todo ese dinero.

—Y el resto de La Familia. Marcelo, los hermanos Sánchez, acaso no puedes ir a sus casas.

—¿Por qué crees que llegué tarde? —Alejandro comprendió al fin el miedo que comenzaba a experimentar Roman—, fui a todas sus mansiones, los mayordomos me respondían con excusas y justificaciones estúpidas. La Familia ha desaparecido, pero lo peor es que no dejaron a nadie que se preocupe por el dinero, es como si no les importara de repente.

Por fin Alejandro comprendió que sus sospechas no eran solo infundadas, ¿algo estaba pasando en la cima del poder?

—Alejandro, yo no me puedo llevar todo ese dinero para mi casa, ni para el hotel.

—Está bien, no hay problemas, yo lo guardo hasta la próxima reunión.

Al fin Roman dejó escapar un suspiro y se sentó sobre una silla para poder tomarse el café... que ya se le había enfriado.

«Pues sí, ya no son solo sospechas, algo grande y peligroso está pasando en el país. ¿Pero qué? ¿De qué se trata esta vez?», intentó buscar opciones, evaluar diferentes situaciones mundiales, o al menos las últimas noticias que tuvo del exterior... nada le pareció tan grave como para efectuar una evacuación de todos los miembros de La Familia.

Y sin embargo, algo había pasado.

Capítulo 32

El hombre que necesitamos

(Santa Clara, Cuba)

Conrado Murillo no pudo creer lo que el teniente coronel Rafael le comunicó. Por unos instantes pensó que quizás pudiera tratarse de una broma, ¡lo cual no tenía ningún sentido! La expresión de porcelana incrustada en el rostro del gnomo le demostró que la cosa iba en serio.

—Con su permiso, teniente coronel...

—Adelante.

«La mejor oferta que te han hecho en tu carrera militar... ¡y no la sabes asimilar! —Conrado respiró profundo varias veces para organizar sus pensamientos—. Aquí te lo vas a jugar todo, así que con dos cojones pregunta lo que sea».

—Me está diciendo que seré por tiempo indefinido el Jefe de la PNR del municipio de Tres Cruces —incluso después de decirlo continuó sonándole irreal—, ¿y qué estoy autorizado a tomar cualquier decisión que considere necesaria para mantener el orden?

—Eso es exactamente lo que le dije. ¿Qué parte no entendió?

Conrado no pudo hacer otra cosa que tragar en seco e intentar aclarar su garganta junto con sus preguntas; las cuales solo continuaron amontonándose, al final no logró decidirse por ninguna.

«Esto es grande, algo grande y que te va a cambiar la vida», intentó relajarse y mostrar una actitud profesional.

Tres Cruces era uno de los municipios más importantes de Villa Clara, debido a sus gigantescos campos arrosales en la costa norte. Estar al frente de ese municipio como Jefe de Estación de la Policía Nacional Revolucionaria simplemente escapaba a su imaginación, sobre todo por el poder de aquellas palabras: «está autorizado a tomar cualquier decisión que considere necesaria para mantener el orden».

—Estoy dispuesto a llevar a cabo la misión, pero tengo algunas preguntas.

—Y yo no tengo tiempo para respondértelas, solo quiero dejarle claro cuál es la situación. —El teniente coronel se levantó de su silla, le dio una vuelta a la mesa para quedar frente a Conrado, quien a pesar de estar sentado era del tamaño del gnomo—. Esto es secreto de Estado, así que demás

está decirle que lo que estamos hablando queda dentro de esta habitación. ¿Comprendido? —Conrado asintió sin saber qué otra cosa poder hacer—. El país se enfrentará en los próximos meses a una crisis tan peligrosa como cuando la invasión por Playa Girón. De momento solo se tratan de problemas internos. ¿Entiende? Eso es lo que tenemos que evitar, o más bien mantener, que los problemas sean internos y locales.

—Por supuesto, entiendo —no entendió nada. ¿Mantener los problemas locales? O sea, que las situaciones (del género que fueran) no debían llegar a las provincias, y los problemas de las provincias tampoco debían llegar a la capital... o por lo menos evitar que llegaran.

—Se le va a otorgar un grupo de fuerzas élites; diez Avispas Negras y diez soldados regulares de las Fuerzas Armadas. En total cuenta con una fuerza operativa de veinte hombres bajo sus órdenes, de ser necesario; solo como medidas extremas, podrá pedir refuerzos a la Provincia, que espero no sea necesario.

—Y no lo será —así tuviera que moler a palos a todo el que se atreviera a contradecir sus órdenes.

—Durante los próximos meses se irán implementando una serie de medidas sobre la población, incluso se impondrá un toque de queda.

«¡Madre mía, esto realmente es grande! Cojones, esta es mi oportunidad de ganarme un nombre de verdad, que me respeten, incluso hasta un ascenso... el mayor Conrado, claro que sí, ¡claro que sí!», Conrado intentó calmar sus emociones, pero era evidente que su rostro debía estar delatando su alegría.

—Firme estos papeles, léalos si quiere —Rafael depositó sobre la mesa varios documentos, le entregó un lapicero y le fue señalando dónde debía firmar—. Desde hoy comenzará a trabajar para el CIM. Estos documentos le autorizan el uso de cualquier medida que usted crea necesaria sin temer a las represalias; le aclaro y le repito: cualquier medida, sí, ¡hombre, no me mire así!

—Disculpe, es que... O sea, lo que quiere decirme es que...

—¡Póngase las pilas! No me haga más preguntas estúpidas. —El gnomo miró su reloj, dándole a entender a Conrado que como esa misma reunión que estaba teniendo con él, tendría posiblemente otra docena más con otros oficiales seleccionados—. Se lo repito: puede usar la fuerza letal si es que la situación lo requiere, no necesitará pedir consejos ni permisos. Su única misión es que el municipio de Tres Cruces siga el orden de las leyes que

se le irán comunicando.

Conrado no pudo evitar que le temblaran las manos al firmar cada uno de los documentos. Y no era para menos, según le fue explicando el teniente coronel, acababan de ascenderlo a una especie de conde del Medioevo, el municipio de Tres Cruces eran sus tierras, la población sus siervos y, lo mejor de todo, solo debía responder al rey: en este caso el Partido.

—¿Cuándo comienzo?

—Hoy mismo, buena suerte.

Capítulo 33

Vino, pan y juegos

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

La música, la risa, los aplausos, el ritmo enloquecedor que marcaron los bailarines a su lado, todo estremeció el cuerpo de Alejandro, era una ola de alegría y emociones mezcladas con el presentimiento de que algo no iba bien. No tenía las palabras, tampoco es que pudiera explicar de alguna manera lo que presentía... pero algo definitivamente no iba bien.

—¡Y vengas las palmas! —gritó Millaverde.

¡Pam, pam, pam!

—¡Y de nuevo otras palmas!

¡Pam, pam, pam!

Millaverde marcó el ritmo de una rueda de casino. Sandra iba vestida como para comérsela viva, o al menos esas eran las intenciones de Alejandro (si es que ella alguna vez lo perdonaba, pues desde que regresaron apenas le dirigió la palabra). Él intentó no prestarle mucha atención, pero desde que la vio supo que no podría apartar sus ojos de ella.

Sandra era la pareja, la segunda guía de la rueda, quien iba cruzando de un lado al otro del grupo moviendo sus caderas a un ritmo erótico y provocativo. Su mirada chocó con la de Alejandro y, cuando esto sucedió, ella levantó una ceja y le sacó la lengua.

Alejandro dejó escapar un suspiro... ok, todo parecía indicar que el hacha de la guerra fue enterrada, y quizás, con algo de suerte, esa noche firmarían un pacto de paz... en la cama.

—¡Y una vuelta con palma! —volvió a gritar Millaverde.

Estaban en el centro del parque, rodeados por miles de personas que, aún algo incrédulos, comenzaron a disfrutar de los nuevos e improvisados carnavales. En todas las esquinas se montaron en tiempo record enormes tarimas repletas de bafles de sonido conectados a sus respectivas consolas. Cada operador de audio estaba echando su propia guerra privada contra los otros operadores. La competencia era reñida, todos querían atraer a la mayor cantidad de personas posibles hacia sus tarimas, ya que por ello los puestos de comida que había a los alrededores les pagaban un por ciento.

Los puestos de comida formaron largas líneas en las calles más transitadas. Se vendía la especialidad de los carnavales: sándwich de puerco

asado, chicharrones de viento, algodón de azúcar, rositas de maíz... También llegaron los puestos de comida especializada, estos vendían una enorme lista de ofertas, pero las solicitadas eran las «completas», una caja de plástico o cartón, rellenas de arroz congrí, yuca, carne de cerdo asado y ensalada. No todos podían permitirse comprar una «completa», así que la mayoría de la población devoraba los sándwich de cerdo asado.

La comida sin dudas era necesaria, pero no indispensable. Lo que sí no podía faltar en unos carnavales era la bebida; ese era el elemento fundamental en todos los carnavales, sobre todo en aquellos tan improvisados.

«Desaparecen las redes de telefonía... una cartelera en la televisión nacional como nunca antes vista... cero comunicación entre los pueblos y las provincias, mucho menos con otros países y, de paso, carnavales a todo lo largo de la nación; ¿casualidad? ¿Estarás viendo fantasmas donde no los hay?», Alejandro esperó que todos sus recelos no fueran más que un producto de su imaginación.

Esa misma mañana anunciaron las improvisadas fiestas y, aunque a nadie le quedó bien claro qué se iba a celebrar, de igual manera se pusieron manos a la obra para organizarlo todo. Alejandro solo necesitó mirar hacia los lados para recordar la frase que su tía Tata: «a los cubanos denles cerveza y música, que lo demás se resuelve solo», como siempre su tía tenía razón.

Unas horas después de que anunciaron los “improvisados carnavales”, llegaron diez pipas de cervezas desde la provincia. Alrededor de estas se reunió al instante una multitud, que mediante codazos y empujones se pelearon por llenar sus latas de cerveza fría y espumosa.

A nadie le pasó por la mente preguntar qué se estaba celebrando.

Aunque muchos no lo notaran, había una gran diferencia social en el simple acto de tomarse una cerveza. La realidad era que no todos podían permitirse pagar una de botella, pero sí rellenar sus latas de fabricación casera en las pipas, ya que la cerveza que se vendía en estas era a precios regalados.

Alejandro siempre notó esas diferencias, por eso cuando había carnavales sabía que las invitaciones no iban a parar... y que tampoco las podía rechazar.

—¡Ay, Dios! —dijo Lorena. Se apresuró en sentarse en las piernas de Daisy como si esta la pudiera proteger de lo que se avecinaba. Ambas contuvieron la risa y miraron hacia Alejandro, este las miró y comprendió que

algo pasaba—, tienes un nuevo invitado.

Alejandro se rodeó de sus mejores amigos justo en el centro del parque, en una posición desde donde podía observar la fiesta pero a la vez no ser un obstáculo para moverse entre la multitud. Lorena y Daisy se sentaron en el borde de un muro de cemento que había a su lado. A Edgar, su ahijado, se le veía nervioso ante la responsabilidad que le dejó Millaverde, cuidarle la espalda a Alejandro.

—¡Miren esto! Aquí, presente en cuerpo y alma... nada menos que el tipo más duro del pueblo.

Alejandro lo escuchó antes de verlo.

Se giró para ver aproximándose a Chispita, un famoso borracho del pueblo que entre otras cosas, se encargaba de recolectar cualquier chisme extraño; o sea, cualquier chisme, escándalo, robo, infidelidad, lo que pudiera serle útil a Alejandro para estar actualizado de la vida social del pueblo. Chispita era posiblemente su mejor agente secreto, un espía del cual nadie iba a sospechar —pues todos lo creían siempre medio dormido en los portales—, pero tras su aparente estado de embriaguez constante, el hombre tenía una mente prodigiosa para recordar nombres, números y horas de los hechos ocurridos.

«Con razón estas dos pirujas se estaban riendo», Alejandro tuvo que contener la risa. Al ver las manos de Chispita se imaginó por dónde iba la cosa.

El borracho llegó junto a ellos, sosteniendo una lata de cerveza que por unos instantes pareció servirle de contrapeso para que no se fuera hacia los lados. Sus gestos, su caminar e incluso su manera de hablar le recordaban a todos al famoso pirata Jack Sparrow, de no ser porque ya lo apodaban Chispitas, sin dudas lo habrían llamado el Jack Sparrow cubano.

—Alejandro Magno, ¡escuchen todos! El tipo que de verdad tiene dos cojones en este pueblo... ¡es mi amigo! —gritó Chispita hacia un público que no logró definir, tampoco es que lo necesitara.

Chispita dio unos pasos vacilantes, como si apenas pudiera sostenerse en pie, en su mano traía una lata de cerveza de fabricación casera —a la cual él mimo le hizo varias adaptaciones—, cortó tres latas por el medio y las unió, creando una lata de diseño único, su intención era robarle unos dedos de más a las pipas de cerveza a la hora de rellenarla.

—Esta te la traigo exclusivamente para ti —Chispita se aproximó y tuvo que apoyarse en el hombro de Edgar para no caerse. Lorena y Daisy no

podieron contener la risa y Alejandro supo que de alguna manera se las iba a cobrar—. Me acabo de batir como todo un león, un caballero, en la pipa de cerveza. No, no te rías, de verdad, ¡coño no se rían, que me jugué la vida! — Alejandro lo intentó, pero las lágrimas se le salieron sin poderse contener. Chispita era una especie de juglar del pueblo, un tipo que de solo hablar te hacía reírte—. Había un calvo que habría intimidado a Millaverde, para que sepas.

—Metiste por cara... ¿pasó? —Edgar le preguntó, ya que Lorena y Daisy no podían hablar de la risa.

Chispita miró confuso al ahijado de Alejandro. Por unos segundos intentó descifrar las preguntas del muchacho, pero le fue imposible. Al final decidió continuar con su relato.

—Pues nada, el tipo me empujó en la pipa, ¡loco! Se volvió loco, le dije... —Chispita vio que sus espectadores no podían contener la risa—. ¡Coño, se los juro! Ahí, directo a la cara, le dije, mi hermano, te quitas porque voy a llenar esta lata de cerveza para mi amigo Alejandro, así que tienes dos segundos.

—¿... qué hizo... tipo... movió... fue y... peleaste con...? —Edgar volvió a preguntarle. Esta vez Chispita sí logró descifrar algo del lenguaje único del ahijado.

—Mira tú, el calvo intentó intimidarme, me mandó para... ya sabes, hay damas presentes —aquello estremeció a la pareja de chicas, quienes casi se orinan encima—. Señoritas, esto es cosa sería. Lo miré a la cara y le dije: ¿sabes qué...? No, mejor te lo cuento. Acabo de meterme este dedo en el culo y si no te quitas te lo voy a restregar en la cara.

Aquello ya fue demasiado, Edgar no pudo contener las carcajadas — pero no por el cuento—, sino por la expresión serie de Chispita, quien no se inmutó ante las risotadas de sus oyentes.

—Así que te traje esta lata de cerveza, pero no cualquier cerveza, está fría a partirse, la más fría del pueblo. Toma. ¡Que sí, coño, que sí está fría!

A Alejandro no le quedó otra alternativa que tomar la lata de cerveza, darse un largo trago y pasársela a Edgar. Este lo miró y negó con la cabeza, pero Alejandro le devolvió la mirada diciéndole: «te la tomas aunque sea por la nariz, ¡coño, que si yo tomé tú también vas a tomar!».

Edgar se dio un largo trago y les pasó la lata a Lorena y Daisy, a quienes se les acabó automáticamente la risa. Alejandro fue entonces quien se

rió a lo grande, le dio una palmada en el hombro a Chispitas y le guiñó un ojo a Edgar.

Por su parte Daisy y Lorena sostuvieron la lata con la punta de los dedos como si estuvieran sujetando una bomba recién activada.

Alejandro se dio otro trago y miró a su ahijado, realmente quería a ese chico como si fuera su propio hijo.

Edgar tenía dieciséis años, pero podía pasar por un joven de veinte. Era alto y fibroso, practicaba natación desde que tenía uso de razón y gracias a este deporte desarrolló una espalda ancha y unas piernas de futbolista. Al nacer, a Edgar se le enroscó el cordón umbilical en el cuello causándole una asfixia que le generó una falta de oxígeno al cerebro. Las secuelas se notaron en cuanto comenzó la escuela. Desde los primeros días fue evidente que el niño tenía algún trastorno mental, ya que presentaba muchos problemas para comunicarse. Lo enviaron a la Habana donde los médicos lo diagnosticaron como un avanzado y singular caso de Disfasia.

A Edgar le era imposible usar pronombres personales en una conversación, y cuando lograba pronunciar alguno, entonces omitía adjetivos, verbos o sustantivos. En ocasiones se necesitaba de una gran agilidad mental para comprender lo que este decía en una conversación. Por otro lado, todas sus facultades mentales eran perfectas, podía leer y comprender lo que leía, eran bueno en las matemáticas y en los deportes físicos extremadamente competitivo. El diagnóstico definitivo de los médicos fue que Edgar no tenía problemas de retraso mental que le impidiera llevar una vida normal, pero sí padecía de una avanzada Disfasia en el lenguaje; esto le iba a costar hacerse entender por el resto de su vida.

—...fiesta... buena, pero... crees... extraño... ¿... fiesta nacional, sin... motivo... aparente? —Alejandro afirmó lo que Edgar estaba planteando. Mentalmente tradujo sus palabras, sorprendiéndose de que aquel adolescente tuviera más vista larga que muchos de los que lo rodeaba: «La fiesta está buena, pero no crees que es demasiado extraño, ¿una fiesta nacional sin ningún motivo aparente?», hacía años que Alejandro —con un poco de práctica— había logrado aprender a traducir lo que Edgar decía en cuestiones de segundos. Ahora nunca se equivocaba.

Lanzó un suspiro mientras iba marcando con la cabeza el ritmo de la música. Miró la lata de cerveza que le entregó Chispita y coincidió con Edgar. Esa tarde, cuando regresó de Santa Clara, descubrió que por la televisión

nacional acababan de anunciar tres días de fiestas nacionales por toda Cuba.

Aunque evitó pensar en ello, no pudo dejar de comparar lo que estaba sucediendo con el imperio romano. En la antigua Roma, el Senado entretenía a los ciudadanos romanos mediante los juegos en los Coliseos; se les regalaba vino, pan, un espectáculo de gladiadores y un sinfín de shows sangrientos pero entretenidos. A los más refinados se les presentaban obras de los grandes comediantes y trágicos del momento. Todo con un simple objetivo: distraer la atención de toda la población, mientras tanto, que fueran los esclavos quienes trabajaran y el ejército custodiara las fronteras, y la realidad es que sí llegó a funcionar. Los ciudadanos olvidaban los problemas cotidianos, simplemente decidían enfocarse en pasarla bien, en disfrutar otro día sin pensar en el mañana... aunque los bárbaros hubieran cruzado las fronteras.

—¡...buena... Temba! —Edgar señaló a Sandra, quien se meneaba por entre la rueda de casino, sudorosa y enérgica, pero sensual al punto de tener una pequeña multitud de hombres siguiéndole cada movimiento.

—Te voy a dar una cachetada, ¿estás vacilando a tu madrina!?

Edgar se rió de su maldad. Iba a responderle cuando de entre la multitud alguien lo empujó con tanta fuerza que fue lanzando varios metros hacia atrás. Todo sucedió de repente sin darle tiempo a nadie de retroceder.

Una pelea entre dos borrachos generó una batalla campal que se extendió en cuestiones de segundos. Lo que comenzó con dos hombres, en un instante mezcló a una docena. Comenzaron a repartirse puñetazos y patadas, creando una ola humana que retrocedió arrastrando consigo a toda una multitud.

Alejandro se vio apartado de sus amigos. Movi6 su silla de ruedas para intentar escapar pero entre tantas personas retrocediendo nadie le veía. Lo empujaron hacia el borde de la carretera donde su silla de ruedas qued6 trabada entre el borde de la acera y una alcantarilla. No pudo recuperar la posici6n porque estaba desnivelado. Si se movía hacia un lado se caería al suelo. Su peor pesadilla cobró forma; sus miedos más internos brotaron, la vergüenza de tener que arrastrarse por el piso... entonces lo empujaron y cay6 al suelo. Pero como si tuviera un resorte en las manos se apoy6 y volvió a lanzarse con sus musculosos brazos hacia arriba, hasta volver a parar la silla de ruedas, el truco no le funcionaria dos veces.

Capítulo 34

El nuevo Sheriff

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

—¡Alejandro! ¿Dónde está Alejandro? —Le gritó Sandra a Daisy. La joven se sintió desorientada ante la ola humana que las había arrastrado y miró a su pareja en busca de apoyo—. ¡Lorena, Daisy, cojones, ¿dónde se quedó Alejandro?!

Ninguna de las dos pudo responderle, la verdad; cuando la pelea comenzó fueron empujadas por la multitud, perdiéndolo de vista. Sandra se desesperó y a codazos intentó abrirse paso, pero una muralla de espaldas y brazos le impidieron avanzar.

Los gritos, los empujones, la música, todo generó un caos en el cual era imposible imponer orden, mucho menos encontrar a alguien entre todo aquel mar de hombres repartiéndose puñetazos a diestra y siniestra... pero aun así lo vio. Estaba atrapado por el borde de la carretera, donde su silla de ruedas debió de trabarse contra una de las alcantarillas.

—¡Millaverde! —El gigante, que al igual que ella buscaba a Alejandro como un poseído, siguió con la vista lo que Sandra le apuntó. Por fin lo vio—. Ábreme paso.

La breve brecha dejada por Millaverde le permitió a Sandra abrirse paso por entre los peleadores. Vio cómo Alejandro le gritaba que regresara, pero a ella no le importó, avanzó directamente hacia él. Fue entonces cuando dos imbéciles que se caían a puñetazos chocaron contra ella tirándola al piso.

Se raspó las rodillas y las palmas de la mano y, aunque intentó evitarlo, algunas lágrimas le brotaron por el dolor. Miró la sangre por unos segundos y el efecto de las punzadas de dolor triplicó sus fuerzas. Se levantó más decidida. Corrió hacia Alejandro, llegó donde este estaba y empujó con todas su fuerzas la silla de ruedas.

—¡¿Tú no me oíste?! —Le recriminó Alejandro—. Vete para allá, yo puedo salir solo.

—Cállate la boca y no jodas más —le gritó Sandra—, voy a empujar para atrás.

Sandra hizo una palanca usando sus muslos para sostener el peso de la silla. Esto le permitió a Alejandro volver a equilibrarla y sacar la goma de

entre las rejas de la alcantarilla.

Apenas retrocedieron menos de un metro, se dieron cuenta de que habían quedado en el centro de la pelea. Para donde quiera que miraran había dos o tres tipos dándose una paliza. Uno de ellos fue lanzado contra Sandra y Alejandro, pero el hombre no terminó el recorrido; una fuerza descomunal lo lanzó contra una pared dejándolo inconsciente por el impacto.

De repente, el tsunami humano pareció impactar contra un gigantesco rompe olas, el cual detuvo la inercia al instante, separando los dos bandos. Millaverde, sin usar puños o codos —no quería lesionar gravemente a nadie— fue avanzando y aplicando técnicas de derribo de pie.

El Judo cuenta con un arsenal infinito de derribos y Millaverde era un experto en ellos.

Okuri Ashi Baraiera una de las técnicas básicas del Judo y de las favoritas de Millaverde. Consistía prácticamente en agarrar al oponente por el hombro o el cuello y, cuando este avanzara hacia adelante o a los lados, darle un barrido a la pierna principal sin llegar a patearlo. La idea era simplemente cambiarle la trayectoria del paso, desequilibrarlo y con la mano que tenía sobre el cuello o el hombro, terminar de proyectarlo contra el suelo. Aplicado por un profesional, el efecto era devastador.

Millaverde creó alrededor de Alejandro una especie de campo de fuerza. Quien cometiera el error de acercarse veía sus pies en el suelo. Un segundo después volvía a verlos apuntando hacia el cielo y medio segundo después quedaba inconsciente, cuando su cuerpo impactaba de forma brutal contra el cemento de la carretera.

Por unos instantes la marea de contrincantes se detuvo al escuchar los gritos:

—¡Vienen las Avispas Negras!

Entonces comenzó una segunda estampida.

Según muchos expertos, las fuerzas especiales cubanas eran las más experimentadas del mundo en el combate cuerpo a cuerpo, debido al entrenamiento único que recibían. Cuando había carnavales —lo cual era prácticamente todas las semanas— en diferentes municipios o provincias, se enviaban unidades especiales de las Avispas Negras, compuestas por seis o doce integrantes. Cuando los carnavales eran como los de Santiago de Cuba, o Remedios, entonces iban docenas de estos soldados élites.

Muchos se vestían de paisanos y se mezclaban en la multitud, usando sus walkie talkie para mantenerse en contacto y a la espera de que ocurrieran enfrentamientos entre borrachos, disputas por tocarle la nalga a la mujer de alguien, robos e, incluso, solían usar oficiales de la contrainteligencia — quienes seleccionaban diferentes objetivos—, para iniciar ellos mismos una pelea provocada. De esta manera podían intervenir y así poner en práctica todo el entrenamiento.

Por eso, cuando Conrado escuchó por la radio que había comenzado la pelea que él mismo orquestó, no pudo evitar sonreír. Aquello marchaba mejor de lo esperado, al fin había llegado su oportunidad de intervenir... de presentarse como el nuevo Sheriff del municipio.

Capítulo 35

Los dos Alfas

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

La sola mención de la llegada de las Avispas Negras provocó una estampida general por parte de los peleadores, ciudadanos, borrachos y mirones. Diez soldados vestidos de negro, con boinas negras y botas militares reforzadas con punteras de acero, rodearon el centro de la pelea. Entraron con tonfas en la mano repartiendo golpes, aplicando técnicas de inmovilización, dislocando brazos y partiendo rodillas. Fue un espectáculo que nadie jamás había visto.

Hasta el propio Millaverde quedó en shock al ver semejante despliegue de brutalidad. Las Avispas Negras eran famosas por llegar, repartir golpes, inmovilizar a los contrincantes y llevárselos con las esposas puestas hacia los autos patrullas. Pero el espectáculo que brindaron era algo totalmente diferente. Estaban atacando a la población, creando un círculo a su alrededor y lanzando un mensaje claro a quienes se acercaban. No hubo contemplaciones entre hombres o mujeres. Una muchacha intentó apartarse y recibió el impacto de una tonfa en la cara, que le partió la nariz y la dejó inconsciente en el medio de la calle.

—Millaverde, ¿qué carajos está pasando? —Le preguntó Alejandro a su amigo y guardaespaldas. Este solo negó con la cabeza.

—Esto no está bien, ¡esto nunca debe de hacerse! —fue la respuesta del gigante de ébano, quien no se lo pensó dos veces. Apartó a Sandra y a Alejandro, situándose él frente a ellos como su escudo humano, pero Alejandro lo haló por el brazo.

—¿Por qué están haciendo esto?

—Ya te dije, aquí están mandando un mensaje, no sé cuál, pero las Avispas no trabajan así. —Millaverde miró directamente hacia uno de los Avispas Negras. Por un instante ambos valoraron sus fuerzas, como determinando si valdría la pena lanzar un ataque o era demasiado arriesgado. Al final el Avispa cambió de presa por una un poco más pequeña—. Cuando ellos intervienen la idea es practicar las técnicas, no crear un motín en la población.

Le aclaró Millaverde.

El coloso se le acercó al oído para explicarle algo, cuando para

sorpresa de todos ocurrió algo inesperado.

Chispita entró al círculo para socorrer a la joven que estaba inconsciente tirada en el piso y el líder de las Avispas Negras lo vio. En ese instante Alejandro reconoció a Conrado, el tipo que mató a golpes al opositor político en Santa Clara.

—Mierda, ese es Conrado... ¡Chispita, ven para acá! —gritó Alejandro, desesperado, pero entre el griterío su voz desapareció—. Chispita... ¡Chispita, cojones, Chispita, sal de ahí!

Demasiado tarde.

La música la apagaron y todos escucharon la potente voz del oficial que estaba al frente de las Avispas.

Un simple vistazo le bastó a Conrado para reconocer a Millaverde — ya había escuchado hablar de él en otras ocasiones—, aunque al verlo tuvo que admitir que los cuentos eran reales. Aquella cosa travestida parecía un fenómeno sacado de un evento de fisiculturismo. A su lado vio al famoso Alejandro, el millonario de la silla de ruedas. Ambos cruzaron las miradas y, para su disgusto, comprendió en ese instante que estaba mirando a un líder, un tipo que si no le dejaba claro quién era el nuevo jefe le iba a dar problemas en el futuro.

Alejandro le gritó al borracho que estaba intentando reanimara una joven tirada en el piso; sus palabras fueron claras: que se retirara, que se fuera de allí... ¡perfecto! Las oportunidades había que aprovecharlas y allí tenía una.

Conrado se aclaró la garganta y gritó:

—¿Quién cojones es el hombre más valiente en este pueblo? —Gritó mientras fue señalando con su tonfa a todos los presentes. Cada vez que el bastón engomado apuntaba hacia algún hombre, este bajaba la cabeza o esquivaba la mirada, pero no Alejandro—. Vamos, que dé un paso al frente un macho de verdad, que tenga un par de huevos. ¡Pendejos de mierda!

Los insultos continuaron, pero nadie se atrevió a decir una sola palabra, todo lo contrario, el silencio era absoluto.

—¡Abusadores! —gritó Chispita, su voz llamó la atención de Conrado. Cuando este lo miró comprendió que el borracho no se refería a nadie en sí, solo estaba intentando levantar a la muchacha que no daba señales de vida—. Abusadores, yo creo que la mataron. Mira... mira, no se mueve. ¡Mujer, despierta!

Conrado hizo girar la tonfa en el aire, la agarró como si fuera un bate

y golpeó con todas sus fuerzas el costado del borracho. Incluso desde donde Alejandro se encontraba pudo escuchar las costillas partirse. No conforme con el resultado, Conrado golpeó con el puño el rostro de Chispita, hasta hacerle escupir los dientes. La multitud comenzó a murmurar pero nadie se atrevió a moverse.

Alejandro no pudo resistir escuchar otro golpe más. Sobre todo cuando las miradas de muchos de los presentes estaban fijas en él. Todos sabían que era el único capaz de sacar la cara por el pobre Chispitas y no terminar con una paliza. Empujó su silla de ruedas pero Sandra lo detuvo.

—¡No! Por lo más que tú quieras, cállate la boca, ese hombre es una bestia... no, por favor te lo pido —los susurros de Sandra no lo detuvieron.

Empujó la silla unos metros hacia el centro, de manera que Conrado lo pudiera ver perfectamente.

—Está bueno ya, sargento —le gritó—: el mensaje quedó claro...

—¿Y quién cojones te crees que eres tú para decirme lo que tengo que hacer? No comas tanta mierda, a mí me hablas con respeto. —Conrado se giró escupiendo saliva al gritar. Su cuello, ancho y musculoso como el de un toro, se llenó de venas hinchadas al punto que parecían que le iban a explotar—. Escúchame bien, invalido de mierda, ¡yo soy el capitán Conrado! Y ni se te ocurra pensar que porque estás en una silla de ruedas no te voy a descojonar la cabeza a patadas.

Alejandro supo medir las intenciones de aquel hombre —en eso era un experto—, su mirada y gestos eran claros, no le tenía miedo, peor aún, sabía quién era él y aun así, de quererlo, iba a usar la fuerza. Una simple llamada a uno de sus contactos en La Familia sería suficiente para desaparecer a aquel imbécil, ambos lo sabían. Entonces, ¿por qué se atrevió a desafiarlo abiertamente? Alejandro recordó las palabras de Roman, La Familia había desaparecido, algo estaba ocurriendo en las altas esferas del poder. Así que de momento —hasta que no supiera qué carajos estaba pasando— lo mejor era ganar tiempo.

—Capitán Conrado, ya le demostró a todos los presentes que usted es el que mejor tiene puestos los cojones.

Conrado afirmó, escupió en el piso con un gesto de desprecio hacia todos los reunidos, levantó la tonfa y fue haciendo un círculo para ir señalándolos. Al final la tonfa quedó apuntando hacia Alejandro.

—¡Ya!, ¿se acabaron los hombres en este pueblo?, pues son todos

unas ratas. —Al fin el capitán Conrado mandó su mensaje: él era el nuevo Alfa y para confirmar su nombramiento le dio una última patada al pobre de Chispita, quien quedó inconsciente en un charco de sangre—. Si el único con valor para sacar la cara aquí es este invalido, entonces en este pueblo son todos unos pendejos.

Volvió a escupir en el piso y le lanzó una orden a uno de los DJ.

—¡Que siga la música! Fiesta, a bailar, que aquí no ha pasado nada.

Conrado se abrió paso por entre los hombres que gemían en el piso con brazos partidos o dislocados. Sus diez Avispas Negras y él no se preocuparon por hacer arrestos o recoger a los heridos. Fueron directamente hacia donde estaba Alejandro y crearon un círculo a su alrededor, pero entonces Millaverde se paró detrás de la silla de ruedas.

El Hulk de ébano comenzó a mover sus hombros, haciendo pequeños círculos como si estuviera calentando, abrió y cerró sus enormes puños y miró directamente a cada uno de los Avispas. Estos se sonrieron, solo necesitaban una orden para lanzarse sobre Millaverde, quien también les sonrió con una sonrisa coqueta y provocadora, se pasó la lengua por sus enormes labios pintados y no dejó de sonreírles. El efecto creado fue el de un león rodeado por hienas. Sí, las hienas ganarían por ser más y atacar en grupo, pero unas cuantas iban a perecer bajo sus garras.

Hubo un largo momento de tensión, en donde el capitán valoró enfrentarse a aquel gigante. Conrado se consideraba a sí mismo un hombre demasiado inteligente, sobre todo a la hora de medir sus fuerzas. Entre sus soldados y él podrían dar un ejemplo definitivo, pero el efecto podría ser a la inversa. Conrado recordó el expediente que le entregaron sobre Alejandro y Millaverde —sobre todo este último—, aquella cosa repleta de músculos acabaría posiblemente con tres o cuatro de sus mejores soldados, un riesgo demasiado grande ya que después no los podría reponer.

—Vamos a dejar claras las cosas desde hoy... —Conrado iba a decir algo más pero en ese momento su mirada se percató de Lorena, a pesar de que la joven estaba abrazada por su pareja en una postura que dejaba bien claro que eran mucho más que simples amigas; eso no pareció perturbarlo. La miró de tal manera que Lorena tuvo que dar un paso hacia atrás y esquivar su mirada. Esto le causó una risa que no se preocupó en disimular—. Muchas cosas van a cambiar en los próximos días. Ahora mismo me ascendieron a Jefe de la Policía del municipio de Tres Cruces. ¿Y sabes qué?, pues no me gustan los payasos y tú estás en esa lista.

Alejandro también le sonrió, comprendiendo que aunque fuera arriesgado era el momento perfecto para interrogar a aquel imbécil; sobre todo cuando este no podía apartar sus ojos de las tetas de Lorena.

—Lamento que no le gusten los payasos —Conrado le devolvió la mirada con disgusto—, pero este payaso tiene amigos en el circo que pueden despedir al domador de leones.

Conrado lanzó una carcajada genuina, como si él supiera un chiste del cual Alejandro no tenía ni puta idea. Y fue esa seguridad en sí mismo lo que Alejandro estaba buscando. Miró el lenguaje corporal de aquella bestia vestida con uniforme militar. Sus ojos, su postura, su sonrisa, los músculos del cuello relajados, todo en él irradiaba un control absoluto: ¡algo terrible había pasado en el país!

De eso ahora no le cupieron dudas.

—Llama a tus amigos del circo —Conrado se le acercó y le dio dos cachetadas suaves en el rostro, como para demostrarle su nivel de superioridad—, llámalos. Si te contestan les mandas mis saludos.

El capitán hizo un gesto para que sus soldados lo siguieran, pero antes volvió a mirar a Lorena, quien no pudo hacer otra cosa que esquivar su mirada lasciva. Por su parte Daisy lo miró con desprecio, lo cual hizo que Conrado volviera a sonreírse y ajustarse el cinturón.

En cuanto se marchó el capitán, Alejandro dio órdenes para que llevaran a los heridos al hospital y que se apresuraran con Chispita, quien parecía más muerto que vivo.

Edgar, quien hasta ese momento había permanecido apartado de todos debido a la mirada de advertencia que Alejandro le dio, fue el primero en correr hacia Chispita, lo levantó en peso y se lo llevó directamente para el hospital.

—Alejandro, ¿quién carajos es esa bestia? —le preguntó Daisy. La joven no soltó ni por un instante la mano de Lorena, quien no podía parar de temblar—. Ese... ese hombre no está bien de la cabeza, es... ¡es un hijo de puta enfermo mental! No dejó de mirar a Lorena como si fuera...

—Daisy y Lorena, ahora mismo se van las dos para su casa. —Lorena fue a protestar pero Alejandro la silenció con un gesto—. Dije ahora mismo. Por esta noche la fiesta se acabó. Tómense un té de tilo y duerman un poco, las quiero a las dos mañana a las ocho en mi casa.

La pareja no dijo ni una palabra más. Ambas sabían que él solo se estaba preocupando por ellas. En cuanto se marcharon, Alejandro tomó del

brazo a Sandra. Le molestó ver cómo aún tenía gotas frescas de sangre en las rodillas y las palmas de la mano.

—Lo siento, no tenías... ok, ya, no me mires así. Te vas conmigo para mi casa. Voy a limpiarte esas heridas. —Sandra asintió, pero no pudo decir nada más.

Alejandro empujó su silla de ruedas abriéndose paso por entre los presentes. La música la volvieron a poner, pero el espíritu de la fiesta había desaparecido. Los rostros se miraban unos a otros, asustados, sin comprender cómo era posible que aquello hubiera ocurrido. ¿Acaso no se suponía que las autoridades están para defender a la población? ¿Qué pasa cuando los policías golpean a los ciudadanos, a quiénes se les puede reclamar entonces?

Un mes después

Capítulo 36

Una vía de escape

(Orangeville, Florida)

—No vas a ir y punto. No, no me mires así, ¡Max Miller, me entiendes, dije que no!

Miller la miró por unos segundos, le sonrió, la besó en la frente y por tercera vez volvió a examinar los motores del yate.

—¡Max Miller, te lo digo de nuevo, no vas a ir!

Él se limpió las manos embarradas de grasa y aceite con un trozo de lienzo y dejó escapar un suspiro de impotencia.

«Tanto dinero botado a la mierda».

Los dos motores gemelos de diesel con sus 600 HP y su sistema de sensores de última tecnología le costaron \$30,000. Un préstamo que pidió al banco —a nombre de su esposa, por supuesto; era ella la que mejor crédito tenía—, ¿y para qué? Al final el yate sin su propela ni motores era tan inservible como el resto de los equipos electrónicos que quedaron achicharrados por los pulsos electromagnéticos.

—¿Tú me estás escuchando? —Emma cruzó los brazos por encima de su enorme panza y se le paró delante.

«Pues a la carga, cojamos al toro por los cuernos».

—Claro que te estoy escuchando; sería imposible no escucharte cariño. Pero sí voy a ir.

—No, no vas... ¿sabes por qué? —iba a responderle, pero ella se le adelantó—, mírame, mira a tus hijas... ahora piensa en tu abuela.

Las chicas estaban junto al muelle jugando a lanzar piedras al lago, felices, inocentes, ajenas a la pelea de sus padres, sintiéndose seguras y protegidas por la mirada severa de mamá y la risa de papá.

«Es increíble cómo los niños no presienten el peligro».

Ya había pasado un mes... un mes que apenas pudo pegar un ojo en toda la noche. Una explosión nuclear ya no le preocupaba tanto como una visita inesperada. Era algo que en algún momento iba a ocurrir y eso precisamente era lo que continuó ocultándole a su esposa.

Al mirar a sus hijas sintió de nuevo cómo el miedo recorría todo su cuerpo —una sensación a la que no acababa de acostumbrarse—. Ese miedo, esa impotencia, lo obligó a mirar inconscientemente hacia los cascabeles.

Había instalado un sistema de alarmas primitivo pero efectivo. Desde el «Puesto de Guardia» —un punto céntrico que permitía cubrir el camino principal que conducía al rancho, y donde se encontraba en ese momento Big Mama,— creó una red de cables que finalizaban en un puñado de cascabeles. Los cables iban desde el Puesto de Guardia hasta la casa, la cocina que improvisaron, el taller-garaje y el muelle. Si Big Mama o él veían que alguien se aproximaba por el camino, debía halar el cable varias veces, este haría sonar los cascabeles dándole unos preciados minutos para prepararse... pero hasta ahí llegaba el plan, y eso es lo que Emma no acababa de comprender.

—Tengo que ir... fin de la discusión.

Emma ni remotamente había acabado.

—Perfecto, entonces voy contigo.

Miller no lo soportó más.

—¡Es que no lo entiendes! ¡Tengo que ir a la ciudad, no es que quiera hacerlo! —no quiso gritarle, pero no pudo evitarlo. Su mujer, sorprendida, contraatacó de igual manera.

—¿Y qué pasa si me pongo de parto? ¿Cómo me va ayudar Big Mama si tiene que cuidar a las niñas? —Miller miró a su esposa, estaba gorda, su piel oscura le brillaba con las gotas de sudor y su cara hinchada solo aumentaba el aspecto de las venas del cuello, las cuales parecían quererle explotar... y aun así, la veía hermosa. Ella comprendió que su ataque histérico solo logró excitar a su esposo—. ¡No me mires así, enfermo!

—¿Así cómo?

Emma se preparó para su próximo discurso, pero Miller se le acercó, le puso ambas manos en la cara y le dio un beso en sus gruesos y carnosos labios y, por supuesto, no fue un simple beso como los que se daban cuando salía a botar las bolsas de basura, uno de esos breves toques de labios y luego nos vemos, no, fue un beso de amor, lleno de deseo y pasión. Le introdujo la lengua, le chupó los labios, le apretó el rostro con ambas manos, le besó las mejillas, le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Ella gimió de placer y se contuvo para no llevárselo hacia el camarote por temor a dejar solas a las niñas.

—¿Qué estás haciendo, imbécil? —susurró mientras contenía la respiración. Se arqueó hacia un lado para dejar que su boca tuviera acceso a su cuello, como si ella fuera la víctima de un vampiro, una de esas víctimas de películas cliché que él tanto odiaba, pero que al final terminaba viendo con ella—. Para... ¡para ya, o se me va a salir el bebé!

Miller se detuvo, ambos se miraron y ella se echó a llorar. Podía leer en el rostro de su marido una tristeza inmensa, un miedo a lo desconocido, pero también la decisión de que no se echaría atrás.

—¿Por qué lloras, tonta?

—Son las hormonas.

—Ya, venga, relájate, no va a pasar nada.

—Tengo demasiado miedo, esto se nos está quedando grande. —«¡Créeme que demasiado grande!», pero Miller prefirió callarse, no quería asustarla más de lo que ya estaba—. No tienes que ir, tenemos todo lo que necesitamos aquí.

«No, amor... no tenemos nada de lo que realmente necesitamos. No tenemos un maldito plan B».

Sí, recursos tenían, eso no lo podía negar. ¿Pero por cuánto tiempo? El agua —que era tan importante como la comida— no era para ellos un verdadero problema. Los días que siguieron a la catástrofe los tuvo demasiado ocupados, condujo desde el río que descendía de la montaña una manguera que rellenaba los dos tanques que solía usar como comederos para los venados. Los tanques eran inmensos y, con el sistema que instaló, de solo abrir o cerrar una llave, la gravedad hacía el resto del trabajo. Lo demás fue “relativamente fácil”, conectar desde los tanques una manguera a las tuberías de agua de la casa, cerrar las tuberías que enviaban el suministro desde la ciudad, y el agua, mediante la gravedad, llegó hasta la cocina y los baños.

También tenían comida. Usando uno de sus rifles con un silenciador, cazaba patos, puercos salvajes y con suerte ya había visto algún que otro pequeño venado. A toda la carne se le sumaba el jardín de Big Mama. La anciana logró cultivar suficientes vegetales para los próximos meses. Por último, quedaban las varas de pescar. Por tanto, comida no les faltó ni un solo día.

Lo que sí no tenían era un plan de escape.

—Por favor, no vayas —volvió a insistirle Emma.

—No me obligues a mentirte.

—Es que no lo entiendo, en algún momento la Guardia Nacional...

—Emma, la Guardia Nacional ya no existe.

—Eso no lo sabes, pueden haber ocurrido cientos de cosas, todo puede tener una explicación —sin dudas no se lo iba a poner fácil, Miller pocas veces solía ganarle una discusión a su esposa, pero en esta ocasión

lamentó ser él quien tuviera la razón—. Podemos seguir esperando sin tener...

—¿Has vuelto a ver un avión, un helicóptero, una simple estela entre las nubes de un vuelo comercial? —le interrumpió, dejándola con la palabra en la boca y sin una respuesta.

Emma no pudo hacer otra cosa que bajar la mirada y negar con la cabeza.

—Quizás... —las palabras se le ahogaron en la garganta por culpa de los sollozos. Emma intentó volver a buscar argumentos sin sentido sabiendo que su marido tenía la razón.

Cuando por fin se tranquilizó, Miller comprendió que había llegado el momento. Dentro de una hora todo sería oscuridad total y ese era el momento ideal. La noche sería su aliada y las gafas de visión nocturna su mejor arma. No podía seguir engañándose a sí mismo; por muy hermosas que fueran las fantasías de su esposa la realidad era otra.

El país ya no existía —o al menos como ellos lo recordaban—, y eso era lo que tanto le costaba hacerles entender a Big Mama y a su esposa. Cuando ocurría una catástrofe, ya fuera un ataque terrorista o un huracán, el tráfico aéreo alrededor de las costas en los Estados Unidos se triplicaba. En esta ocasión el evento era sin precedentes... y aun así, Miller no había visto ni un solo avión.

Desde el momento en que no vio aviones de guerra surcar los cielos en un despliegue de fuerza militar, ni helicópteros trasladando tropas o provisiones, comprendió que estaban en una nueva era: «bienvenidos al Armagedón, al apocalipsis, al fin del mundo, o como demonios quieran llamarlo».

Sin dudas podrían seguir viviendo así durante varios meses más, o semanas, todo iba a depender del momento en que los descubrieran; ¿y qué iba a pasar cuando eso sucediera?

Si se trataba de un grupo de personas sobrevivientes de las ciudades, sin recursos, sin herramientas o conocimientos para poder alimentarse, la lógica del ser humano siempre era la misma; y en un mundo sin leyes, él mejor que nadie sabía perfectamente lo que solía suceder.

—Si los cascabeles sonaran, ¿qué tienes que hacer?

Emma se contuvo, respiró profundo y supo que contradecir a su esposo en estrategias militares no la llevaría a ningún lado.

—Agarrar a las niñas de la mano, Big Mama tomará a Rita, yo a Rain, y correr hacia la cabaña del bosque.

La cabaña del bosque —a menos de una milla del rancho— la equipó con suministros, armas y varias granadas.

—¿Y una vez que estén en la cabaña del bosque?

—Esperar por ti.

—¿Y si yo no llego?

—¡Por Dios, no digas eso!

—¿Y si yo no llego? —le insistió Miller.

Por segunda vez Emma volvió a echarse a llorar. Sus sollozos le rompieron el corazón, aquello le dolía tanto que no pudo expresarlo con palabras, pero necesitaba llegar a ese punto, sobre todo que ella viera las cosas desde su punto de vista.

—Tenemos que esperar por ti.

—¿Y... si yo no llego?

—¡No sé! ¡No sé! —le gritó. Desde el borde del muelle las niñas los miraron comprendiendo que algo no iba bien con sus padres. La más pequeña se echó a llorar, por lo que su hermana mayor la tomó de la mano y fueron hacia donde estaban sus padres dispuestas a finalizar la pelea. Emma vio cómo se acercaban y le susurró—: no me explicaste esa parte del plan.

—Es que no tengo plan, ¿entiendes? No tengo una vía de escape para sacarlas a todas.

Ahora Emma comenzó a comprender por qué Miller se pasaba las noches enteras haciendo guardia alrededor de la casa, dormía unas pocas horas, el resto del día solía pasarlo desarmando el motor del yate y estudiando sus libros de mecánica.

—No tenemos por qué irnos, podemos esperar, si no llega la Guardia Nacional entonces el ejército...

—Cariño, no estoy seguro que aún exista el ejército.

—Eso no lo sabes. —Aunque intentó aparentarlo, ni ella misma se sintió segura de sus palabras. Si algo había aprendido de su matrimonio, era que Miller jamás se atrevería a contradecirla en cuanto a un diagnóstico médico se tratara. De igual manera ella aprendió que en cuestiones militares su esposo era todo un experto.

—Tengo que ir a la ciudad, necesito ver con mis propios ojos lo que está pasando. —Miller decidió explicarle su plan, de esa manera ella entendería mejor su insistencia—. Tengo que ir al Aqua-Boat.

—Por la propela.

Miller asintió.

Emma comprendió la magnitud de lo que su esposo se traía entre manos. El Aqua-Boat —era una tienda especializada en partes de yates— quedaba en el mismísimo centro de la ciudad, la cual podía estar convertida en un caos. Aquello era toda una locura y ella sintió el miedo crecer en su pecho, ¿pero qué podía hacer?

—¿Es tan importante esa propela? ¿Acaso no puedes hacer una en el taller?

—Mi plan es sacarle los motores gemelos del yate e instalarle el motor del Cadillac, ¿entiendes ahora? El yate será nuestra vía de escape. A través del lago podemos llegar hasta la costa.

—Pero necesitamos la maldita propela.

—Exacto, no puedo hacer una propela como esa en el taller.

Emma comprendió que había perdido la batalla. Impotente, se giró y le dio la espalda, pero tras unos segundos de intentar contenerse, volvió a girarse para abrazar a su esposo.

En ese momento las dos niñas llegaron, pero al ver que la tormenta había pasado entre sus padres, decidieron que lo mejor era abrazarlos a los dos... solo en caso de que volvieran a gritarse. En cuanto Miller sintió los brazos de sus pequeñas, también las abrazó; era increíble, los niños son los mejores árbitros, creen que con un abrazo pueden separar y finalizar una pelea.

—Prométeme que no vas a hacer nada estúpido —le susurró Emma al oído.

—Te lo prometo.

—Hablo en serio.

—Sabes que soy el mejor en mi trabajo. Cuando estuve en Afganistán me infiltraba en las bases enemigas...

—Cuando te dolía la barriga para usar sus baños. Me sé de memoria el cuento.

A pesar del miedo Emma tuvo que reírse. Miller le besó la frente una vez más.

—Te lo prometo, estaré de vuelta en la mañana.

—Más te vale, porque si no voy a ir a buscarte.

Max Miller observó atentamente la expresión de su esposa. Comprendió entonces que no estaba bromeando.

Capítulo 37

Más fiestas... y rumores

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

El cambio político y social Alejandro lo notó en menos de una semana. Las noticias le fueron llegando desde todos lados, siempre de boca en boca, ya que las comunicaciones seguían interrumpidas. Debido a ello, se cerraron los aeropuertos hasta nuevo aviso. La entrada de turistas se detuvo —o al menos ese fue el anuncio que dieron por la Televisión Nacional—, por lo que comenzó en efecto económico de dominó. Sus restaurantes siguieron funcionando, pero solo consumían los ciudadanos cubanos. Sin los turistas, quienes representaban prácticamente toda la clientela, las pérdidas eran astronómicas.

El municipio de Tres Cruces despertaba todos los días agotado; así fue durante un mes. Lo que comenzó como un día de fiesta nacional se convirtió en una parranda semanal, una fiesta que no tenía fin... llegaron desde la capital agrupaciones musicales de las más famosas en todo el país —ningún joven, y no tan joven, podía perderse semejante espectáculo—. Los artistas brindaban un show y seguían hacia la próxima ciudad en una gira que parecía no acabar. Con la llegada de tantas figuras de la farándula, el municipio no tenía tiempo para recobrar sus fuerzas, ya que al día siguiente llegaba uno de los humoristas más famosos, o un cantante, o un mago; otro show, otra noche de parranda que nadie se perdería.

Quienes no pudieran ir a estos show y fiestas, no se despegaban de los televisores; incluso, muchos adolescentes esperaban que pasara el capítulo de la serie que estaban siguiendo para luego irse de juergas.

Y así, de repente, sin que nadie lo pudiera prever, comenzaron a surgir los rumores, una oleada de noticias que poco a poco fue sembrando el pánico en la población.

—Alejandro, ¡apúrate! —le gritó Sandra.

Desde que se raspó las rodillas y las manos tratando de llegar a él para levantarle la silla de ruedas, no se había marchado ni de su casa ni de su cama y por lo visto no pensaba hacerlo, y él tampoco se lo iba a recordar. Ya había pasado un mes en donde vivían una extraña relación de amigos y amantes.

Sandra volvió a llamarlo desde la habitación donde, aún desnuda sobre la cama, había encendido el televisor. Salió del baño con el cabello mojado (como siempre llevó a cabo su ritual mañanero), una ducha fría para despertarse con energías renovadas, un café, algunas llamadas telefónicas y a trabajar. Por desgracia, lo de las llamadas tuvo que quitarlo de su rutina, algo que cada día lo estresaba más. Aunque intentó explicárselo a Sandra y al resto del grupo, pocos entendieron sus extraños presentimientos de que algo grave, algo fuera de lo común sucedía ante ellos día tras día. Era como luchar contra una corriente invisible que te empujaba hacia atrás, que te iba agotando y lo peor de todo es que nadie parecía notarlo.

Detuvo la silla de ruedas frente al closet, abrió una gaveta y sacó una toalla... en ese instante la puerta se abrió y Millaverde asomó la cabeza.

—¡Los cogí! —gritó.

—¡Ay, maricón! —Le respondió Sandra con otro grito mientras le tiraba una almohada y cogía otra para taparse los senos—. Me vas a matar del corazón, ¿a ti no te enseñaron a tocar antes de entrar?

—Estás loca, y perderme el show de cogerlos echando un mañanero.

—Tú sabes que tienes una mente enferma... —le dijo Alejandro, quien intentó sonreír por los chistes de su amigo, pero su atención se enfocó en la televisión, donde apareció Rolando Sierra.

—Uff, eso no pinta bien, si el Cartero Fogón va a dar las noticias...

—Cállate y escucha, ya va a empezar.

Las cámaras enfocaron al locutor estrella, quien a pesar del maquillaje y las luces del plató de filmación, era evidente que se veía cansado, con enormes bolsas bajo los ojos y gestos lentos y fingidos.

—Está agotado —susurró Alejandro.

Por lo visto el locutor estaba siendo sometido a un nivel de estrés que todos desconocían, pero que era evidente que le fue cobrando un alto alquiler a su cuerpo. Como siempre, Sierra se alisó su bigote, organizó sus papeles y escogió una de sus teatrales poses.

—Estimados televidentes... —pausa larga y exagerada, un guión que ya todos conocían pero que no dejaba de causar el efecto deseado—: desde esta mañana se ha declarado un brote de dengue hemorrágico en algunos sectores de la capital, al igual que en varias provincias del centro de la nación.

Sandra siguió con la vista cada movimiento de Alejandro, lo vio encorvarse, cruzar una mano sobre sus muslos y apoyar su mandíbula en el

puño, mientras que se tocaba con el dedo meñique la punta de la nariz. Era una pose que imitaba inconscientemente al Pensador de Rodin.

—Esto es peor, mucho peor de lo que yo pude haberme imaginado — anunció Alejandro, no tanto para Millaverde y Sandra como para él.

Rolando Sierra se aclaró la garganta:

—Cuba cuenta con uno de los mejores centros especializados en enfermedades tropicales del mundo, por eso contamos con el apoyo, la tecnología y los conocimientos de los mejores especialistas en la materia. — Sierra hizo una de sus famosas pausas, era la clave para que los televidentes prestaran más atención—. Por desgracia ya se han confirmado tres muertes en la Provincia de Cienfuegos y dos en Matanzas. Las autoridades sanitarias están haciendo un esfuerzo de conjunto con el Ministerio del Interior para evitar más víctimas. Por ello, se le pide a la población que salga lo menos posible de sus casas, que atiendan solo las responsabilidades diarias y que sigan todas las medidas de higiene que las autoridades comenzarán a informar...

Rolando Sierra continuó explicando las medidas sanitarias, cómo se transmitía este tipo de enfermedad viral y qué se podía hacer para combatirlo. Sus palabras iban acompañadas de una serie de imágenes donde se veían a médicos atendiendo a varios pacientes posiblemente enfermos. También apareció en pantalla varios camiones repletos de soldados limpiando escombros, vaciando acueductos contaminados, quemando gomas de autos y llevando a cabo cientos de medidas preventivas.

—Fiesta todos los días, los aeropuertos cerrados, prácticamente la comunicación entre la población se ha resumiendo a chismes de boca a boca y, muy importante esta parte, cero comunicación con el extranjero. —Sandra y Millaverde lo miraron sin saber a dónde quería llegar—. ¿Acaso no se dan cuenta?

—¿De qué? —respondieron a coro su mejor amigo y su amante.

—No sé cómo explicarlo, pero ninguno de estos eventos son casuales, están creando una campaña de terror. Quieren que toda la población esté sumida en un pánico general.

Sandra miró a Millaverde, pero este se encogió de hombros y sin decir palabras ambos coincidieron en lo mismo: Alejandro estaba exagerando.

«No lo entienden —Alejandro leyó en la mirada Sandra y en los gestos de su amigo que no creían ni una sola de sus palabras—, sé que no estoy exagerando, ¿pero cómo se los demuestro?».

Capítulo 38

Susurros en la noche

(Orangeville, Florida)

Miller por lo general no le mentía a Emma (y no porque no quisiera, es que sencillamente su esposa era una especie de bruja —muy sexy— que al final lo atrapaba sin dejarlo tan siquiera desarrollar el argumento de su mentira), así que cuando le prometió que se cuidaría, que no iba a tomar riesgos estúpidos, su promesa no se la tomó a broma. Frente a la MSH repasó por cuarta vez —bajo la atenta mirada de Big Mama— todo el arsenal que traía encima.

—No te preocupes por nosotras, también sabemos defendernos —le anunció la anciana. Su esposa estaba terminando de dormir a las niñas y quería despedirlo antes de que se fuera—. ¿Crees que sea suficiente?

Big Mama lo miró desde el casco hasta las botas, no había nada sarcástico en su pregunta, solo preocupación... y miedo, mucho miedo a lo desconocido.

«Eso espero», pensó.

Entre comandos y fuerzas especiales nadie escapaba de un apodo, por lo que Miller —quien medía apenas 5 pies de altura—, tras regresar de su primera misión, demostrando lo letal que era, fue bautizado como Gimli, en honor al enano de *El señor de los anillos*.

«Desde hoy serás Gimli —le escribieron en su taquilla—, como el enano de la película, barbudo, feo y peligroso, pero el mejor guerrero para tener a tu lado. Firma: Legolas».

Miller recordó con nostalgia aquel tipo de bromas, pero ahora, bajo la luz de las velas, hizo un recorrido por todo su cuerpo. Comprendió que aquellos tiempos no regresarían.

«¿En qué pesadilla te vas a meter?».

Para la misión escogió un traje táctico de alta resistencia desarrollado por la Marina para operaciones especiales. El traje estaba compuesto por un casco balístico con un NVG conectado, hombreras que le protegían el cuello, coderas, rodilleras, un ligero chaleco antibalas —prefirió tomar un pequeño Kevlar—, ya que su plan consistía en ir ligero para poder moverse con mayor rapidez entre las sombras. Por desgracia el chaleco solo

podría parar el impacto de pequeños calibres.

No quiso llevar un exceso de municiones debido al peso, pero tampoco pensó en quedarse corto: cuatro cargadores para su rifle (treinta balas por cada uno), seis más para su pistola y dos granadas, una de fragmentación y otra sonora serían demasiado... o quizás no suficiente.

De arma primaria escogió su Glock 19 con un silenciador incorporado y una mira láser. De secundaria, uno de sus rifles preferidos, un moderno Heckler & Koch HK416 con una mira óptica nocturna. Como accesorio extra, le conectó un AN/PEQ-2 —el temido puntero láser que tantas pesadillas les crearon a los miembros de ISIS y Al-Qaeda—. El láser solo era visible por quienes llevaran gafas de visión nocturna. Por último, sujeto a su pecho, envainó su cuchillo táctico: un SOG M40-K que en las manos de un experto cumplía una sola función.

Al girarse quedó frente a Emma. Su esposa tuvo que hacer un esfuerzo evidente para contener un sollozo, aunque las lágrimas le nublaron la vista.

Entrenado para recorrer en una noche a marcha forzada hasta cuarenta millas, veinte las hizo en solo tres horas. Habría llegado antes a la ciudad, pero las primeras cinco millas las hizo en su bicicleta de montaña. Tras recorrer ese tramo, decidió hacer el resto a pie, media hora después comprendió que hizo lo correcto.

«¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! Esto es una maldita pesadilla», exclamó al mirar a su alrededor. Al lugar que una vez llamó ciudad, su pueblo natal, sus tiendas, sus cafés, sus locales preferidos... todo había desaparecido para darle paso a un nuevo mundo inhóspito y deshabitado.

Miller sacó su pistola y apuntó hacia las sombras, hacia los rincones que conocía de memoria. No se sorprendió, aunque sí le molestó el movimiento de sus manos por los repentinos temblores que recorrieron su cuerpo. Era algo lógico, sencillamente su mente estaba asimilado la nueva realidad del mundo en que vivía.

«¿En qué nos hemos convertido?».

El caos que una guerra podía generar no era nada nuevo para Miller. Incontables veces tuvo que atravesar aldeas masacradas —en Somalia, Nigeria... ¡hasta en el mismísimo Congo!—, con cientos de cadáveres, de fosas comunes recién abiertas por el nuevo señor de la guerra que hubiera obtenido el control de la zona por unas semanas.

Pero nada como en Afganistán y Yemen. Allí vio el resultado producido por días o semanas de continuos asedios y bombardeos sobre una ciudad. En las noches, mientras hacía patrullas de reconocimiento, solía escuchar a través de las paredes los lamentos de las familias mutiladas. Los disparos constantes —de algún enemigo que no estaba seguro de contra qué o por qué estaba disparando—, pasaban constantemente por encima de su cabeza. Y las explosiones, nunca podría olvidar las malditas explosiones. Eran continuas y alumbraban la noche, dejándole una sensación de amanecer instantáneo. Luego las sombras lo cubrían todo, seguido de los temblores. Los edificios, el piso, su cuerpo se estremecía y, al instante, una gigantesca nube de polvo lo cubría todo, le penetraba los poros, la nariz y los ojos, hasta llegarle al alma.

Aquellas imágenes nunca desaparecieron de su mente. Sin embargo, lo que tenía delante era mil veces peor.

«El silencio... cuánto silencio», increíblemente el “silencio” fue lo que le puso literalmente todos los pelos de la nuca erizados como si hubiera agarrado con la boca un cable eléctrico.

Lo que estaba viendo era imposible de asimilar, por lo que llegó a la conclusión que no tenía ni la más remota idea de cómo se lo describiría a su esposa, mucho menos a Big Mama. Es que ni reuniendo a los mejores diseñadores de video juegos del mundo —esos genios especializados en recrear escenas post apocalípticas—, podrían ser capaces de elaborar las imágenes que estaba observando a través de sus NVG.

«No te puedes detener, no ahora», así que continuó avanzando, paso a paso, escogiendo cuidadosamente dónde ponía cada pie, permaneciendo siempre pegado a las paredes, lo menos expuesto. Simplemente se convirtió en otro fantasma en aquella ciudad terrorífica.

«¿Qué demonios pasó aquí?», en un principio creyó saber la respuesta, pero ahora, al ver la escena, comprendió que las pistas no encajaban. ¿Dónde estaban las personas? ¿Qué le pasó a los miles de habitantes de Orangeville? No podía ser posible que todos hubieran huido a la vez, para refugiarse en los bosques y otras ciudades. No, algo había pasado, ya que algunas tiendas no estaban completamente saqueadas, lo cual no tenía lógica.

«Aunque la lógica dejó de existir en este nuevo mundo». De momento prefirió no prestarle atención a esos detalles, tenía problemas más

importantes, como exponerse, salir de su escondite.

Si hubiera tendido algunas opciones, habría escogido seguir pegado a las paredes, pero llegó un momento en que tuvo que cruzar la calle, lo cual realmente no debía de ser un peligro, ya que gracias a sus gafas de visión nocturna, el mundo fosforescente que veía por los lentes lo convertía en un ser de la noche. Así que avanzó por entre los autos, los cuales al principio creyó que eran solo unos pocos. Pronto salió de su error.

«¿Pero qué mierda es esta?!», debió de habérselo imaginado, pero verlo era totalmente diferente; nada te podía preparar para un espectáculo así.

Cientos de autos quedaron abandonados en las calles al recibir las ondas lanzadas por las explosiones PEM —y esos solo eran los que podía ver; en la Interestatal debían de haber miles—. Sus computadoras y sensores quedaron inservibles, por lo que ahora solo servían como escudos —que era precisamente para lo que Miller los usó—, escudos que lo protegieran de las miradas no deseadas.

Así, arrastrándose por las calles, o encorvado, avanzó por entre los autos, siempre con su Glock apuntando cuidadosamente hacia todos los rincones. Era un avance lento, pero prefería hacerlo de esa manera para evitar exponerse. Si él logró que unas gafas de visión nocturna sobrevivieran, cabía la posibilidad de que alguien también tuviera una mira telescópica infrarroja.

;;;Crackkkk!!!

Fue un movimiento suave, pero al girarse el cañón de su rifle raspó una de las puertas de un auto, produciendo un rechinar de metal contra metal que lo obligó a poner la rodilla en el suelo esperando un ataque de un momento a otro —fue un error que en una zona de enemigos le costaría la vida de toda su Unidad y ahora precisamente en una zona de enemigos es donde se encontraba.

Miller sintió las gotas de sudor correrle por el cuello y la espalda, respiró profundo y continuó apuntando hacia todos lados, hacia los techos, las ventanas, las puertas abiertas de las tiendas.«¿Estoy paranoico?», quizás, pero la extraña sensación, ese presentimiento de que una presencia desconocida lo estuviera observando desde los bordes de los edificios, o el interior de las casas, solo avivó sus instintos. En el fondo comprendió que de alguna manera sabía que no estaba solo. Lo cual era doblemente aterrador ya que era él el único que podía observar entre las tinieblas... o eso quería creer.

«Cálmate los nervios, hombre, cálmate los nervios», se repitió una y otra vez.

Aunque una cosa era repetírselo mentalmente y otra hacerlo. Quizás menos del uno por ciento de la población mundial contara con el entrenamiento físico y mental que tenía Miller, pero nada; ni campamentos, ni ejercicios teóricos o prácticos existían para prepararte para una situación como esta.

«Es el silencio, ¡mierda, este maldito silencio me va a volver loco! ».

Continuó buscando fantasmas entre las tiendas y los autos abandonados, comprendiendo que cada minuto que pasaba se convertía en su verdadero enemigo. El tiempo era su enemigo real, por lo que tuvo que dejar de buscar pistas a lo que hubiera sucedido en la ciudad. Dónde estaba la población pasó a un segundo plano. Decidió resumirlo todo a un simple objetivo: analizar las situaciones que se le fueron presentando a medida que estas llegaran. Lo importante —su primera y única misión— era llegar al centro de la ciudad, entrar a la tienda, buscar la propela y marcharse de allí cuanto antes.

«No hay ni un maldito perro». Por lo visto hasta las mascotas desaparecieron, lo cual sí tenía lógica. Bueno, hasta cierto punto. Los gatos, por ejemplo, eran animales que nunca eran domesticados del todo. Siempre eran los primeros en huir cuando había catástrofes. Sus instintos primitivos volvían a renacer y se convertían en expertos cazadores. No pasaba lo mismo con los perros. Estos en ocasiones morían de hambre por no saber qué comer.

Todo esto lo llevó a plantearse otra interrogante, ¿dónde estaban las mascotas de la ciudad?

Miller rodeó un edificio, llegó hasta la esquina y miró hacia todos lados. A pesar de tener todos sus sentidos hiperactivos, continuó sin escuchar ningún sonido. Era como si la ciudad se hubiera convertido en un escenario para grabar un capítulo de *Chernóbil*.

«Por lo menos en la serie podías escuchar los pitidos de los contadores Geiger, pero aquí ni eso».

¡¡¡Crack, crack, crack!!!

Segunda ocasión en que cometía otro error.

Caminó por encima de un pedazo de cristal que se fragmentó bajo su peso en un millón de pedazos —o al menos eso le pareció—. Se sintió como si de repente estuviera en el centro de un concierto de Lady Gaga y acabaran de levantar las cortinas sin previo aviso. Esperó que miles de personas salieran del interior de las casas y tiendas, pero no pasó nada. Quizás el sonido no fue para tanto, pero para él se escuchó como si una granada hubiera

estallado a su lado.

«¿Dónde están todos, por Dios?», esa era la pregunta que taladraba su mente a medida que continuó adentrándose en lo desconocido. Dos errores, dos veces generó un ruido en aquel desierto de acero y cristales, ¡alguien tenía que haberlo escuchado!

A pesar de ser una zona rural, en Orangeville vivían más de cincuenta mil personas. Era una pequeña ciudad en la que la mayoría de sus ingresos provenía del turismo y de algunas compañías especializadas en ventas y reparaciones de yates de lujos. Un lugar tranquilo, con varios museos, dos centros comerciales, una infinidad de restaurantes de comida rápida, algunas galerías de arte; lo común en este tipo de ciudades. Por eso Miller, mientras recorría las aceras pegado a las paredes de las tiendas y casas, quedó horrorizado por lo que estaba viendo.

En menos de un mes la ciudad se convirtió en una zona de guerra, lo cual era evidente a medida que se acercaba al centro, donde se veían barricadas en varias tiendas y en las calles, como si varios bandos hubieran luchado por contener al otro, o en todo caso, por mantener su pequeño territorio. Viendo aquella evidencia no tenía por qué sorprenderse tanto, era de esperar: la lucha por la comida, los suministros, el agua, todo debió de haberse convertido en un caos. Increíblemente, hasta una ciudad tan pequeña como Orangeville dependía totalmente de la infraestructura de abastecimiento creada por los millones de camiones que recorrían el país llevando suministros a las tiendas. Un mes..., no, ¡eso era demasiado! cuarenta y ocho horas sin que entraran esos suministros a los mercados y, sin las herramientas de comunicación para organizarse, se generaría un caos social a escalas nunca vistas.

Ningún mercado —desde Walmart, Publix o Kroger, solo por pensar en los más grandes— contaba con frigoríficos o almacenes capaces de guardar alimentos por más de cuarenta y ocho horas. Por lo tanto, en cuanto las primeras olas de multitudes hambrientas asaltarán las tiendas, los siguientes ya no tendrían nada que recoger, esto no sería más que el principio de una hambruna general.

«Eso de “un caos social a escalas nunca vistas”, ya no lo puedo volver a decir», no, porque la realidad era que el caos lo estaba viendo en ese momento.

Caminó cuidadosamente por entre toda la basura tirada sobre los adoquines. Hasta ahora la suerte lo había acompañado, así que no iba a

tentarla una vez más. Con mucho cuidado, prestando toda la atención que pudo, continuó avanzado, un pie delante del otro, escogiendo donde pisaba de manera tal que no volviera a pisar otro cristal.

Cuando llegó al final de la calle vio los indicios de una estampida humana. Alguien... no alguien, cientos o miles de personas pasaron justo por esa intersección huyendo de algo, ¿pero de qué? Dio dos pasos más y el olor lo impactó como si lo hubieran golpeado con un garrote. Medio aturdido se sacudió la cabeza por los recuerdos que de repente lo asaltaron; conocía perfectamente ese olor, era la putrefacción que expulsaban los cuerpos humanos al descomponerse en espacios abiertos.

La visión fantasmagórica que vio a través de sus NVG le puso los pelos de punta, los nervios a flor de piel y unas ganas de vomitar que tuvo que controlar por puro instinto. Se paró en el centro de una encrucijada, miró al frente y hacia los lados. De todos los semáforos colgaban cuerpos de hombres, mujeres y niños, la escena en sí monstruosa, pero lo peor fue verlos a todos colgados de los pies.

Miller se pegó a la pared y examinó los cuerpos mientras contenía las náuseas.

Era evidente que cuando los colgaron de los pies aún estaban vivos. Tenían agujeros de balas por todo el cuerpo. La certeza de que estuvieron practicando el tiro al blanco se evidenciaba por las montañas de casquillos que estaban diseminados por toda la calle.

«Una sola persona no puedo haber hecho esto», la mente analítica de Miller, entrenada para absorber pequeños detalles y generar un reporte, comenzó a notar una serie de patrones. Los autos de la calle y barricadas de esa zona fueron cuidadosamente movidos creando un paso, lo que significaba que al igual que él—que tenía en su garaje un modelo de auto capaz de sobrevivir a los pulsos electromagnéticos—, quienes movieron aquellos vehículos se aseguraron de despejar la zona para crear un camino, dándole bastante uso.

Otro detalle: a todos los autos le habían abierto la tapa del tanque de la gasolina, lo que significaba que fueron drenados sistemáticamente. Alguien se había organizado y estaba recolectando recursos siguiendo un patrón.

Ruidos, pasos, susurros... Miller se giró en un acto reflejo y tuvo en la mira a un joven que avanzó directamente hacia él. El chico no tenía manera de saber que desde las sombras el silenciador de una Glock estaba centrado en su frente. Miller retrocedió hasta pegar su espalda a una pared. Desde esa

posición —como si fuera una gárgola de piedra—, observó cada movimiento del joven.

El muchacho continuó avanzando, susurró algo y unos segundos después una mujer, posiblemente su madre y una pareja de ancianos, salieron del interior de una casa. Miller bajó la pistola y continuó observando la situación desde su escondite.

Estaban a menos de cinco metros de él, lo cual no le importó mucho. Mimetizado en la oscuridad debía de tener el aspecto de un enorme ser arácnido con cuatro ojos bulbosos capaces de ver con imágenes térmicas al pequeño grupo que iba avanzando cuidadosamente. Estos se acercaron mucho más, iban tanteando en la oscuridad como si fueran un pequeño grupo de ciegos. Llegaron tan cerca de él que Miller pudo escuchar parte de la conversación.

—¡Les dije que no!

—No sean estúpidos, hay que escapar.

—Tenemos que salir de la ciudad cuanto antes —murmuró el anciano, quien por un instante pareció ser el líder.

—¿Pero hacia dónde? —le respondió la mujer.

La anciana iba a responder algo pero el joven se le adelantó.

—¡Cállense la boca! Si nos escuchan nos matan.

Como si algún ser invisible hubiera escuchado sus temores y lanzado una alerta, el silencio de la noche se vio roto por varios disparos.

—Son ellos, ¡ya salieron a cazar! —la mujer pareció entrar en un ataque de pánico—, tenemos que volver a escondernos.

Sin esperar una respuesta tomó de la mano al joven y regresaron hacia el interior de un Dollar General, donde hasta el momento se habían mantenido ocultos.

Más disparos, esta vez más cerca. Miller volvió a mirar hacia los dos ancianos que parecían inseguros. Tras unos momentos de indecisión, regresaron hacia el interior de la tienda.

«“Son ellos, ¡ya salieron a cazar!”», Miller repitió la frase que escuchó sin encontrarle mucho sentido.

«¿Quiénes “salieron a cazar”?», en cuanto se hizo la pregunta supo la respuesta. «Necesito saber a qué enemigo me estoy enfrentando —se dijo a sí mismo—. A fin de cuentas, recopilar información era parte del propósito de este viaje».

El ruido inconfundible de varios vehículos aproximándose a toda

velocidad y acompañado por disparos, lo hicieron comprender que el “silencio” que tanto había temido, después de todo era mejor que la nueva situación en la que se iba a meter.

Capítulo 39

Aislamiento total

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Por quinta vez en esa misma semana apareció Rolando Sierra en la Televisión Nacional anunciando un evento histórico sin precedentes en la historia del país.

—... desde esta noche se declara una cuarentena epidemiológica nacional—incluso al pronunciar aquellas palabras, la actitud siempre teatral y enérgica del locutor desapareció para darle paso a los gestos lentos y delicados de un anciano. Sí, Alejandro lo estudió y no le cupo dudas, Rolando había envejecido por días en las últimas semanas—, son trágicas noticias. Se trata de dos brotes de virus que han mutado y se han expandido por toda la nación: el dengue hemorrágico y el temido Zika. Hasta el momento hay setenta y dos víctimas confirmadas...

En la pantalla comenzaron aparecer el nombre de las víctimas junto a su provincia de origen y lugar del fallecimiento.

—¡Dios mío, ¿por qué nos castigas de esta manera?! —exclamó tía Tata.

—Ahora sí que se va a poner malo esto —anunció Millaverde.

Sandra se acercó, le tomó la mano como si así Alejandro pudiera evitar los males que se avecinaban. Este le besó los dedos, pero se abstuvo de decirle palabras de consuelo, no podía, pues ya estaba convencido de que todos los hechos que iban presentándoles en la televisión fueron tergiversados y, siguiendo su lógica, las cosas solo iban a empeorar.

No pudo evitar comenzar a verlo todo desde una perspectiva diferente. Durante años se convirtió en una leyenda urbana de los negocios gracias a su capacidad para poder ver los planes de sus enemigos, de la competencia, e incluso del gobierno.

Todo era una mentira, ¿con qué propósito?, no lograba encontrarlo. En lo más profundo de su ser lo sabía, pero no lograba reunir el valor para exponer todas sus sospechas sin que sus amigos lo tildaran de loco.

«No tengo ningún tipo de pruebas... aún», pero cómo encontrar esas pruebas, cómo aclarar esas dudas, si no podía ni tan siquiera localizar a sus mejores contactos en la capital.

—... la cuarentena nacional prohíbe por el bien de la nación, para

evitar el riesgo de contaminación, que los ciudadanos abandonen los pueblos, municipios o provincias. —Rolando no pudo evitar lanzar un suspiro, sus manos le temblaron cuando anunció las próximas medidas—. Serán severamente castigados con varios años de privación de libertad, o penas mayores, quienes incumplan estas órdenes...

Rolando Sierra continuó leyendo las medidas que iban acompañadas de las leyes y castigos que se aplicarían a quienes intentaran abandonar sus pueblos o ciudades. Alejandro no necesitó escuchar nada más, su mente se había abstraído comprendiendo la magnitud de lo que iba a suceder a continuación.

«¡Por todos los santos! Han creado una prisión dentro de nuestras propias casas».

El miedo comenzó a invadir las casas, los cuerpos y las mentes de los ciudadanos. Pero no se trató de un miedo infundado, era real, existía y podía ser muy doloroso. En cualquier esquina de las calles, por el parque, por lugares recónditos y que nadie nunca visitaba era común ver a una pareja de Avispas Negras haciendo patrullas. Al menos cada dos días se producía un arresto, una nueva paliza... otro paciente para el hospital.

Sucedió lo que Alejandro había previsto: nadie quería salir de sus casas.

El ambiente festivo que hasta hacía menos de unas semanas reinó en el municipio desapareció por completo, dándole paso a una ola de pánico general que se expandió por toda la población. Las personas salían de sus casas para resolver solo lo necesario, el resto del día lo pasaban frente a la televisión siguiendo las terribles noticias que anunciaban cada pocas horas nuevas víctimas.

Al igual que la llegada de un huracán, donde todos se protegían clavando tablas en las ventanas y asegurando las puertas con cables, bloques y cabillas, así poco a poco cada familia se fue refugiando, apartándose de los demás. Todos esperaban de un momento a otro que se anunciara un brote en el municipio.

Y entonces comenzó la crisis de la comida.

Cuando la crisis se desató, no sorprendió a nadie.

El pueblo cubano se había adaptado a pasar hambre, tenían la experiencia acumulada de décadas, por lo que nada de aquello era nuevo para

ellos. Durante la famosa crisis de los años 90 —donde surgió el famoso Período Especial— los cubanos desarrollaron técnicas de adaptación, «sobrevivencia» lo llamaron otros.

Por eso, en cuanto comenzó la crisis en el municipio de Tres Cruces, más que sorprenderse, el pueblo terminó resignándose. Todas las noches comenzaron los «apagones» (cortes energéticos de varias horas, incluso días).

Se sacaron los mosquiteros para cubrir las camas durante la noche. El calor era sofocante bajo aquella tela que no dejaba ni circular el aire, pero de igual manera evitaba que los mosquitos penetraran. En cuanto al corte energético, ninguna de las casas en Cuba dejó de usar sus famosas «chismosas», pequeños pomos de cristal con una mecha dentro que se rellenaban de queroseno y aunque a la mañana siguiente todo el techo estuviera tiznado, el efecto primitivo —al igual que en la época de los hombres de las cavernas—, de tener una luz en la sala de las casas (o en el centro de la cueva) hacía que el sacrificio valiera la pena.

La harina de pan —un producto fundamental en la dieta de los cubanos— dejó de llegar al municipio, al igual que el aceite, el jabón, el papel sanitario... Para todo ya estaban preparados; era sencillamente volver a recordar lo que vivieron durante las crisis. A falta de aceite se usó la manteca de cerdo, con cebo y otros productos químicos, se hacía pasta dental o jabones caseros, los cuales comenzaron a intercambiarse por otros productos, ya que poco a poco los ciudadanos comprendieron que el dinero, por extraño que sonara, había perdido su valor.

El mercado negro nunca dejó de funcionar, en todo caso evolucionaba.

De boniato y yuca rallada se creó un polvillo que sustituyó a la harina de pan. El resultado fue un nuevo “pan” de pésima calidad, negro y algo apestoso, pero podía comerse, y en esos momentos todo se trataba de sobrevivir.

Por fin, lo que terminó desbordando la paciencia de Alejandro fue «la recogida».

Una tarde, sin previo aviso, llegaron dos camiones repletos de agentes del Ministerio del Interior —solo había que mirarle el rostro a esos “agentes” para saber que eran adolescentes que estaban pasando el Servicio Militar Obligatorio—. Junto con ellos vinieron varios capitanes y mayores. Eran estos quienes dieron las órdenes. Fueron directamente a las casas donde

de antemano sabían que criaban cerdos.

Los servicios de inteligencia habían hecho bien su trabajo.

A los dueños les pagaron precios nunca antes vistos para comprarle sus cerdos —verdaderas fortunas, ¿pero para qué servía el dinero si los billetes no se podían comer?—. Algunos se opusieron, gritaron y lanzaron maldiciones, pero no quisieron vender sus cerdos. Por eso fueron arrestados. El cargo: oponerse y alterar el orden público.

Luego fueron hacia las «cochiqueras particulares». Se trataba de granjas creadas por personas que nunca se asociaron al gobierno, ya que preferían criar sus cerdos para venderlos a la población o para consumo propio. A estos también les recogieron sus cerdos, dejándole cheques para que los cobraran en los bancos.

Una vez más los campesinos les reclamaron a los oficiales de qué les servía el dinero si no había productos para consumir.

No hubo respuesta... Solo vieron cómo los camiones se marcharon llevándose sus animales y cosechas como si estuvieran viviendo en el Medioevo.

La carne de cerdo, el alimento más importante de la población cubana, simplemente desapareció, creando con ese vacío una especie de hambruna.

Alejandro comprendió que era momento de tomar una decisión si querían sobrevivir.

—Sandra, ve a buscar a Lorena y a Daisy; las quiero ver a las cuatro de la tarde, sin falta. —Se giró hacia Edgar. El chico estaba ansioso por que le dieran alguna misión—. Ve a la casa de los hermanos Ferrer, también los quiero aquí.

—¿... qué hora... digo... vengan?

—Igual, a las cuatro de la tarde y después busca a los Correccaminos, lo mismo para ellos, que estén aquí, todos.

—¿Y yo?

Alejandro miró a su amigo y decidió que era momento de exponerle parte de lo que durante días no pudo sacarse de la cabeza.

—Millaverde, tengo miedo... no te rías, esto es serio. Algo grande está pasando en este país y no tiene nada que ver con los virus.

Por su tono de voz, seco y autoritario, Millaverde se levantó de su asiento y se puso frente a su amigo. Nunca lo había visto tan alterado, así que

la cosa era seria de verdad.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que montes varios anillos de seguridad alrededor de la casa, que despliegues un plan de contrainteligencia. Quiero estar preparado para cuando vengan por mí... porque van a venir. Y que me confirmes...

—... si están vigilando la casa.

—Exacto.

—Ok, comienzo ahora mismo.

Ya no había vuelta atrás, había tomado una decisión y se preparó para afrontar los riesgos.

Capítulo 40

Los Cazadores

(Orangeville, Florida)

Lo primero fue cambiar de posición. Se escondió tras unos contenedores de basura desde los cuales pudo observar toda la calle sin exponerse y, de tener algún altercado, contaba con una ruta de escape.

El ruido de los vehículos acercándose hizo que las pocas vidrieras que aún quedaban se estremecieran, ¿o era su propio corazón? Se pasó la lengua por los labios, en un intento vano de humedecérselos, luego se dispuso a observar el espectáculo. Unos instantes después apareció en la esquina la pequeña caravana. Iba compuesta por dos Jeeps —seguramente robados a algún coleccionista—, ya que sus modelos eran Willys de la Segunda Guerra Mundial en perfecto estado de conservación.

Iban rodeados por una docena de motos, entre las que Miller reconoció había varios modelos de Harley Davidson, también de los años 60. Por lo visto, toda la tecnología que careciera de circuitos y sensores computarizados podía sobrevivir a los pulsos electromagnéticos.

El primer Jeep, que cumplía la función de guía, llevaba instalado en el marco un potente y extraño reflector —por lo visto de fabricación casera—, con el cual sus ocupantes iban peinando cuidadosamente cada rincón de las calles y tiendas. El segundo, era algo totalmente diferente y mucho más peligro. Lo ocupaban seis tripulantes armados con rifles y machetes listos para entrar en acción. Aquellos hombres debían estar drogados o sumidos en un extraño éxtasis —sus ojos mostraban claramente la superficie de sus almas, lo cual no era algo nuevo para Miller, conocía perfectamente esas miradas sedientas de sangre, de deseos de provocarle dolor a otros seres de su propia raza—. Cada uno seguía la trayectoria del haz de luz que iba lanzando el foco con la esperanza de detectar algo, un movimiento, un reflejo, lo que fuera que les permitiera liberar sus instintos.

Miller comprendió que aquellos hombres eran asesinos, una banda de psicópatas armados hasta los dientes, pues instalaron sobre una base giratoria encima del Jeep una ametralladora M240...«¡Hijos de puta! Sí que cuentan con potencia de fuego», tomó notas del arsenal con que contaban aquellos “Cazadores”, sobre todo de la potente ametralladora, de la cual sobresalía una cinta infinita de balas.

En cuanto la caravana desapareció, Miller comprendió a lo que se refería la mujer. Aquel foco de luz era usado por los Cazadores como método para detectar a sus presas, en este caso su propia especie.

¿Pero cuál era el objetivo —asesinarlos, como aquellas pobres víctimas que se mecían colgados de sus pies—, o tenían otros planes?

Para conocer la respuesta tendría que seguirlos, lo cual no se suponía que iba a ser su ruta, sobre todo cuando la voz de su esposa sonó más potente que nunca en su conciencia. Pero ahí estaba el problema, no iba a poder seguir avanzando en un territorio enemigo —¡porque sí, estás en territorio enemigo! — sin saber quiénes o cuántos son, con cuanta potencia de fuego cuentan y, sobre todo, dónde tienen su base de operaciones.

Su ventaja eran las sombras —mientras se mantuviera oculto—, la oscuridad de la noche era su mejor aliada. Así que comenzó a seguir a la caravana desde una distancia prudente, siempre dejando abierta una vía de escape, en caso de que...

«¡Oh, mierda! —al cruzar la siguiente calle escuchó que otros vehículos se aproximaban desde su retaguardia a una velocidad que no había previsto—, ¡maldita sea!». Para empeorar la situación, dos grupos más se aproximaban por las calles laterales. De repente comprendió que había quedado atrapado por los cuatro flancos. De los callejones comenzaron a salir motoristas seguidos por un enorme camión y varios Jeeps. Miller tomó una rápida decisión de la cual dependía su vida y la de su familia. Un chorro de adrenalina recorrió su cuerpo dándole una agilidad que impresionaría hasta el mismísimo Spider-Man. Corrió hacia la tienda que tenía frente a él y, de tres saltos, trepó por una de las paredes del edificio. Escaló por los bordes, se apoyó en una baranda y saltó hacia el techo de otra tienda de dos pisos que le brindó una cobertura perfecta. La escalada, de más de diez metros, le tomó menos de diez segundos.

«Si Emma me hubiera visto no diría que estoy echando barriga de tanta cerveza...», pensar en su esposa le hizo comprender la estupidez que estaba llevando a cabo; sí, lo mejor sería que Emma no lo viera y continuara llamándolo barrigón.

En cuanto cayó sobre el techo rodó cuidadosamente sobre su hombro rompiendo la fuerza del impacto producida por la inercia del salto; las rodilleras lo ayudaron a frenar. Sacó su pistola y se aseguró de peinar el perímetro: despejado. Solo entonces, se atrevió a mirar por el borde de la

azotea.

Las caravanas formaron varias líneas y continuaron su avance sin percatarse de él. Esto lo hizo comprender que por lo visto los Cazadores tenían varias funciones, no solo la de salir a capturar o asesinar personas. También la búsqueda de suministros y patrullar la zona era otro de sus objetivos. Dos grupos con diferentes órdenes, un sistema de organización militar enfocado en establecer un perímetro de seguridad y a la vez proyectar un mensaje: «este territorio me pertenece».

Sin volver a correr riesgos innecesarios, esta vez modificó su técnica de seguimiento haciéndola mucho más efectiva y segura. Usando los techos de los edificios, volvió a seguir a la caravana desde una distancia prudente. Por momentos los perdía, sobre todo cuando escalaba o tenía que desviarse de la ruta principal, pero el ruido de los vehículos lo ayudó a recuperar el rastro en esas ocasiones. Para cuando llegó a la «Base Central» de los Cazadores, comprendió que el lugar superaba todas sus expectativas.

«¿Cómo mierdas sucedió esto?».

Oculto bajo las sombras de dos enormes antenas parabólicas, Miller comenzó a tomar notas mentales de toda la actividad que se estaba desarrollando ante él.

«Esto no pinta nada bien —se acercó cuidadosamente al borde para mirar hacia abajo y tener un mejor panorama—, ¿quiénes son todos estos psicópatas?». No tenía una imagen perfecta, pero poco a poco las piezas comenzaron a encajar dándole una mejor idea de quienes eran los Cazadores.

Por lo visto La Corte, el edificio federal más importante de la ciudad, lo capturaron y transformaron en su Base de Operaciones. De hecho, fueron un paso más por delante de todo lo que hubiera previsto. Aquel grupo de asesinos creó en tiempo record una especie de sistema político-social-militar (por llamarlo de alguna manera). En ese momento, alrededor del edificio había más de cincuenta Cazadores —una fuerza nada despreciable—, un pequeño ejército que por su aspecto parecían estar preparándose para presentarse en un casting para una película de Mad Max.

«¡Cuidado, Miller! No te confíes, estos tipos son peligrosos... muy peligrosos». De verlos caminar, con sus poses y gestos exagerados, sus expresiones corporales, la seguridad con que se movían creyéndose dueños del mundo, sus gritos y la aparente desorganización, le hicieron creer —o al menos darle la sensación— de que aquello no era más que un maldito circo de

matones. Hasta que de repente, sin previo aviso, la cruda realidad lo hizo salir de su error.

El ruido de un enorme camión que se acercaba puso en movimiento a todo el ejército, demostrando una coreografía espectacular; eso no se los iba a negar. La Corte —que era un edificio de varios pisos—, fue rodeado por tanques-fogatas que iluminaron instantáneamente todo el perímetro de manera que nadie pudiera acercarse sin ser visto. Una docena de hombres (por lo visto los encargados de subir y bajar los suministros) se formaron en líneas. Otro grupo (una escala social superior) le dio órdenes y organizó a los restantes. Por último, un tercer grupo, formado por cuatro tipos armados con libretas y cuadernos, comenzaron a tomar inventario de todo lo que estaba pasando.

«Sí —comprendió Miller—, estos maniáticos están mejor organizados de lo que pensaste».

De repente toda la actividad cobró más rapidez.

«¿Qué está pasando?», demasiadas preguntas y pocas respuestas. Desde su escondite observó la llegada del camión y la manera en que lo recibieron.

Otra docena de guardias —todos portaban pequeñas ametralladoras— creó un círculo bien protegido alrededor del camión. Sobre la azotea, tres Cazadores armados con una variedad de rifles apuntaron hacia el camión, que en ese mismo instante cruzó la entrada y se detuvo frente a las puertas de cristales.

Dentro del edificio, a través de la luz de antorchas y velas que se filtraba por las ventanas, Miller pudo ver la actividad que creó. Las puertas se abrieron y una docena de Cazadores salió del interior acompañados en el centro por quien parecía ser uno de los líderes.

Los pasajeros del camión comenzaron a bajarse y fueron recibidos por chiflidos y aplausos. Uno de ellos subió los escalones que conducían a la entrada de la Corte y abrazó al líder.

«Es un reencuentro... —no dio crédito a lo que estaba viendo— es un maldito reencuentro entre... quienes sean todos estos locos».

Aprovechando el momento de celebración, uno de los pasajeros abrió la puerta del camión y se lanzó a correr hacia los edificios más cercanos. El pobre imbécil creyó que tendría posibilidades de pasar el perímetro establecido por los tanques-fogatas.

«¿Pero qué estás haciendo, idiota?, te van...». No llegó a correr ni

una docena de pasos cuando un equipo de respuesta rápida —que hasta el momento Miller no había notado— se separó de los recién llegados y abrió fuego.

Una lluvia de proyectiles le atravesó el pecho haciéndolo perder el equilibrio. El muchacho, quien tenía las manos amarradas a la espalda, intentó continuar avanzando, pero el resultado fue una escena patética. Parecía una especie de gusano que en un fracasado intento de ponerse en pie, arrastraba su rostro contra el suelo. Su propia sangre lo hizo resbalar hasta quedarse inmóvil.

En ese instante el grupo que estaba siendo recibido, con aplausos y chiflidos comenzó a felicitar a los tiradores. Las carcajadas y chistes se convirtieron en burlas y abucheos, ya que entre el equipo de respuesta rápida unos cuantos fueron criticados... apuntaron hacia un lado y dieron en otro, lo cual generó más burlas y palmadas. Cuando las risas se calmaron, todos tuvieron que reconocer que el equipo sí que supo reaccionar rápido.

Miller dio dos pasos más, acercándose al borde de la azotea; desde la sombras observó de manera diferente a toda aquella enorme multitud de psicópatas asesinos. Comprendió lo peligrosos que eran; sobre todo llegó a la conclusión de que no se trataba simplemente de un grupo de matones reunidos al azar por factores del destino.

«Respira, concéntrate, busca los patrones, ¡busca los malditos patrones! Establece las conexiones».

Los patrones físicos y de conductas eran la clave para el reconocimiento general de este tipo de situaciones. Así que tardó menos de un minuto en ver surgir esos patrones.

Los primeros fueron evidentes: los tatuajes. Los Cazadores tenían el cuerpo y los rostros llenos de tatuajes, o al menos la mayoría. Miller guardó su pistola, se puso de rodillas, posicionó su rifle y, a través de su mira telescópica, hizo un aumento de los cuerpos y rostros. Otro patrón: todos eran blancos... y no había mujeres.

Aunque eran blancos, no le fue difícil comprender que se trataba de dos grupos étnicos, unos blancos de aspecto europeo con cabezas rapadas y tatuajes en la nuca, los otros eran bajos de estatura y con la piel un poco oscura —sin dudas centroamericanos—. Estos últimos tenían los rostros cubiertos de tatuajes.

«¡¿Pero qué mierda es esta?!».

Tuvo que tragarse sus maldiciones al comprender lo que estaba

viendo; la situación no podía ser más catastrófica.

La Black Tower estaba en la lista de las diez prisiones más peligrosas del mundo, o al menos lo estuvo antes de que el mundo se fuera a la mierda. Su diferencia con la ADX Florence —para muchos la prisión más peligrosa (debido a quienes estaban dentro) de los Estados Unidos— era que esta se especializaba en mantener tras sus rejas a los jefes más influyentes de cárteles de la droga, terroristas y espías de fama internacional. Por su parte, la Black Tower mantenía prisioneros a los líderes de las pandillas más grandes, poderosas y peligrosas del país, e incluso de otros países que de alguna manera atentaron contra la seguridad nacional.

Con el grado de Supermax, la Black Tower se encontraba prácticamente a las afueras de la ciudad de Orangeville.

«Dos más dos, cuatro», no necesitó de mucha lógica para comprender lo sucedido.

Desde su escondite, observando aquellos cuerpos y rostros tatuados, Miller comprendió que los prisioneros se dieron a la fuga, se organizaron y lo peor de todo, habían creado una alianza entre los miembros de la Supremacía blanca y la organización criminal más grande y temida de Latinoamérica, la M-13, o la Mara Salvatrucha.

«Cuando la sociedad se convierte en un río de mierda, nadar en él es más fácil de lo que muchos creen», la imagen de Emma —con su sensual piel oscura y sus dos hijas de cabellos encrespados como el de su madre— hizo que unos temblores recorrieran cada centímetro de su cuerpo obligándolo a respirar profundo varias veces para contenerse, para no apretar el gatillo allí mismo. Alejó aquellos pensamientos de su mente. Si su esposa o sus hijas caían en manos de aquellos monstruos... «Es sencillo, ¡no puede pasar! Así tengas que matarlos a todos».

Por increíble que le pareció en ese momento, la decisión que tomó hizo que su cuerpo entrara en un estado de calma absoluta. Logró enfocarse mejor, su dedo acarició el gatillo mientras el puntero láser iba pasando de cabeza en cabeza. «Primero los mato a todos, incluyendo a sus perros, a sus gatos y después me les cago encima».

¿Qué serían capaces de hacerle a su familia? ¿Y dónde demonios estaba la población de Orangeville? Justo en el momento en que ambas preguntas volvieron a surgir en su mente, como si todos sus miedos se hubieran puesto de acuerdo, obtuvo las respuestas.

Capítulo 41

El escape

(Orangeville, Florida)

La organización de aquel grupo de asesinos no dejó de sorprenderlo, lo cual le recordó —una vez más— que no los podía subestimar.

De la parte de atrás del camión extendieron una rampa mientras dos grupos de Cazadores crearon una línea para comenzar a bajar los suministros. La rapidez con que llevaron a cabo la operación le demostró a Miller que en pocos meses aquellos “pandilleros” habían creado una infraestructura capaz de competir contra cualquier organización militar.

Uno de los Cazadores subió al camión (el cual tenía una enorme lona que impedía ver hacia el interior), recogió una soga, le dio un fuerte tirón y del otro extremo salieron tres mujeres —prácticamente adolescentes— que bajaron a toda prisa por la rampa. Iban completamente desnudas, con las manos atadas a la espalda y con collares para perros que las conectaban una con la otra. Así, si alguna intentaba huir, arrastraría a sus compañeras. La escena no pudo ser más grotesca y surrealista. Como si fuera sacada de un libro de historia, sí, uno de esos libros donde se veían las imágenes de los esclavos —amordazados por el cuello unos de otros—, bajados de las embarcaciones para ser vendidos en las ferias.

El hecho de que nadie se metiera con las mujeres significó que no era la primera vez que llevaban a cabo una operación como esa. Posiblemente el interior de la Corte estuviera repleto de chicas. Por muy sorprendido que creyó estar, al instante descubrió que las sorpresas de la noche apenas comenzaban.

Una de las puertas para salidas de emergencia de la Corte se abrió y un chico —por su aspecto no debía de tener más de quince años— salió tomado de la mano de una despanpanante modelo nórdica.

La rubia, joven y atractiva —aunque por la distancia no pudo determinarle bien la edad—, tenía unas tetas firmes y bien desarrolladas y un culo digno de la mejor actriz porno. Iba vestida solo con ropa interior y descalza. Un juego de ligeros y un sensual escote eran un llamado a la tentación que difícilmente algún hombre podía resistir, incluido él, pues a pesar de mirar todo aquel mundo de locura que se desarrollaba ante sus ojos, no pudo evitar mirarle a las tetas.

La pareja de jóvenes intentó alejarse del edificio sin llamar mucho la atención, pero no tuvieron tanta suerte. Con un chiflido, uno de los guardias los intentó detener. Ellos lo ignoraron y siguieron caminando, pero el guardia se apresuró a interceptarlos. Miller hizo un aumento en la mira telescópica, enfocándose en el cuerpo del joven, quien prácticamente estaba arrastrando a la chica —ya que esta parecía media drogada—. En ese instante descubrió que traía un pesado revólver en su mano derecha.

El Cazador se puso frente al chico y le exigió alguna explicación. Por respuesta el joven levantó la pistola y le explotó la cabeza de un disparo.

El caos comenzó.

En ese momento, al igual que el resto de los Cazadores, Miller quedó sorprendido y tardó unos segundos en reaccionar. Cuando lo hizo, tomó la decisión que cambiaría para siempre su vida.

Los dos jóvenes salieron corriendo hacia los tanques-fogatas. Su plan consistía en llegar a los edificios del frente. ¡Una mierda de plan! Aunque lo hubieran logrado, de no ser porque uno de los guardias de la azotea abrió fuego contra ellos obligándolos a detenerse. El chico apuntó hacia el techo y comenzó a disparar sin que ninguna de sus balas llegara a dar en el blanco. Fue entonces cuando Miller decidió intervenir.

Entrenado para observar situaciones extremas, tomar datos y crear un reporte —pero bajo ninguna circunstancia intervenir—, por primera vez en su vida Miller actuó por instinto. Al no tener que seguir una cadena de mando tomó la decisión de salvar a aquellos jóvenes.

«Para que triunfe el mal, basta con que los hombres de bien no hagan nada», algún imbécil sentado detrás de un buró dijo eso, bien alejado de un campo de batalla, pero a Miller le gustó siempre esa frase y comprendió lo que realmente significaba en ese momento.

Centró la cabeza del Cazador en la mira, apretó el gatillo y el silenciador de su HK416 absorbió prácticamente todo el sonido. Solo se escuchó un puff, un simple disparo y la mitad del rostro del Cazador desapareció. Otro de los guardias quedó sorprendido, sin comprender exactamente qué había pasado. Lanzó la voz de alarma y corrió hacia el borde de la azotea. Apuntó hacia los jóvenes, quienes habían vuelto a emprender la carrera.

Puff.

Miller usó una bala 5.56X45 mm. Era el cartucho estándar usado por

las fuerzas armadas de la OTAN. El proyectil atravesó limpiamente el codo del Cazador haciéndole un daño irreparable. Los gritos de este atrajeron al tercer guardia, quien en vez de dispararle a los prófugos intentó ayudar a su amigo, lo cual era la intención de Miller.

A pesar de que los jóvenes ya habían logrado pasar el perímetro de seguridad, el equipo de respuesta rápida de los Cazadores corrió hacia sus vehículos, excepto por un imbécil que se posicionó en el centro de la calle, apuntó contra la espalda de los fugitivos con un M16 que tenía instalada una gigantesca mira telescópica. El disparo a esa distancia sería como cazar patos en un tanque de agua.

«Si tú lo pides, yo te lo sirvo», gruñó Miller.

Puff.

La rodilla del Cazador estalló haciendo que este se cayera hacia un lado por su propio peso, terminando por desgarrársele los tendones. Los gritos que lanzó al ver su pierna convertida en una Z hicieron que otro grupo de guardias corrieran hacia él. Todos se miraron desconcertados y luego apuntaron hacia los techos, pero cuando nadie más recibió un disparo dieron por hecho que aquello fue una bala perdida. Increíblemente uno de los prófugos debió de haber disparado con más suerte que el diablo.

Miller pensó en ayudarlos. De hecho, eso fue exactamente lo que hizo, pero todo tenía un límite. Él también tenía una familia que proteger. Solo les brindó una oportunidad para que los chicos escaparan —ahora todo dependía de ellos—. Él no podía seguir atrayendo la atención. Su plan fue simple: brindarles una ruta de escape a los jóvenes mientras tuviera la oportunidad, pero los Cazadores no se la iban a poner fácil.

En cuanto los chicos desaparecieron tras una esquina, todo un equipo de respuesta rápida estaba listo. No los querían perder de pista. Se montaron en dos Jeeps y una camioneta, una vieja Ford del 50. Los tres vehículos se lanzaron a la persecución.

«¡Mierda, en la que te estás metiendo!», o los ayudaba o mejor darlos por muertos, porque no iban a tener ninguna oportunidad.

Decidió ayudarlos.

Miller corrió por la azotea hacia el siguiente edificio. Los Cazadores tardaron menos de un minuto en localizar a los fugitivos. Estos iban corriendo por el medio de la calle y, paralelo a ellos, Miller los iba siguiendo por los techos.

Para empeorar las cosas —como siempre sucede en estas situaciones— la joven perdió el equilibrio y se cayó. Su compañero se detuvo y la ayudó a levantarse, pero ya era demasiado tarde, los Cazadores habían doblado la esquina y el Jeep guía pisó el acelerador.

«¡Hijos de puta!», gruñó Miller. Ya había tomado una decisión y la iba a llevar a cabo, protegería a esos chicos así tuviera que eliminar a la mitad de los Cazadores.

Saltó hacia la siguiente azotea buscando un ángulo de disparo. Se apoyó contra un muro y disparó una ráfaga contra la goma trasera del primer Jeep. Este perdió el control y se estrelló contra el interior de una tienda, haciendo que la vidriera que había sobrevivido milagrosamente hasta ese momento, estallara en una lluvia de esquirlas que salpicaron la calle como lágrimas de cristal.

Los otros dos autos no se detuvieron. Uno de los Cazadores se asomó por la ventana del Ford y sacó la mitad de su cuerpo hacia afuera, se llevó su rifle al rostro y apuntó hacia la pareja que había vuelto a ponerse en marcha. Por desgracia solo lograron avanzar unos cien pasos. El Cazador logró apuntar, pero nunca tuvo oportunidad de presionar el gatillo.

Puff, puff, puff. Dos descargas impactaron contra la puerta, pero la tercera le cercenó el cuello. El Cazador quedó colgado con la mitad del cuerpo hacia afuera de la ventana, por lo que el conductor tardó unos segundos en comprender lo que había ocurrido.

Miller apretó las correas de su rifle contra su pecho y se lanzó en una desenfadada carrera por entre las terrazas de los siguientes tres edificios. Cuando llegó a la esquina volvió a localizar a los dos jóvenes.

«No, maldita sea... ¡se metieron en la boca del lobo!». Desesperados y desorientados por la oscuridad, los chicos corrieron hacia un Walmart, entraron por la puerta de la Farmacia. Un instante después aparecieron los Cazadores.

Desde su escondite pudo escuchar perfectamente los gritos y órdenes que lanzaba el líder del equipo. Era evidente que aquel grupo de asesinos se habían convertido en experto en búsqueda y captura en zonas urbanas.

—Ustedes, cubran la entrada principal y la puerta del jardín, tú —se dirigió al chofer de la Ford—, acelera y ciérrales el paso por el taller de mecánica.

La camioneta hizo rugir el motor y las gomas patinaron sobre la carretera. En un instante estaban cubriendo la salida que tenía el supermercado

por su taller de mecánica.

El grupo principal que quedó en la entrada, sacó del interior del vehículo varias antorchas que ya tenían preparadas para este tipo de situaciones. Sujetaron con alambres y puntillas a estacas de madera de más de un metro de largo, latas vacías de comida en conserva. Dentro le habían metido trozos de tela empapados en combustible. En cuanto encendieron las antorchas, el efecto creado en tanta oscuridad fue asombroso. Sin perder un instante organizaron un peine de búsqueda y captura y entraron por las dos puertas principales.

Capítulo 42

¿Y si tuviera razón?

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Ganar era parte de su ser, lo tenía en sus genes, competir, elaborar un plan, una estrategia de negocios, triunfar con ganancias, para él esa era la esencia de la vida. Pero en situaciones como esa odiaba tener la razón, por desgracia la tenía. Millaverde le confirmó todas sus primeras sospechas: la casa fue puesta bajo vigilancia, tanto por la jefa del CDR como por dos agentes encubiertos, los cuales fue fácil identificar, ya que no eran del pueblo.

Alejandro tenía opciones preparadas para este tipo de situaciones, una de ellas era la casa que conectaba con la suya, a la cual le mandó a hacer un pasadizo que servía para entrar y sacar productos o personas, sin llamar la atención.

Tía Tata terminó de servir las tazas de café —algo que nadie rechazó—, las reservas de café hacía varias semanas que a muchos de los presentes se les habían acabado. Incluso el café con chícharos mezclado desapareció del mercado negro, lo que significaba que una taza de café traído clandestinamente del Escambray era un tesoro para deleitarse.

Aunque ninguno de los presentes recordó la última vez que recibieron café clandestinamente.

—No les voy a dar rodeos —fueron sus primeras palabras. Su pandilla estaba al completo, excepto por Mayra y Julia, quienes al estar en Santa Clara no podían entrar al municipio debido a la cuarentena. Pero los hermanos Ferrer, los Correcaminos: seis de ellos, Lorena y Daisy, Sandra, Edgar y Millaverde, todos lo miraron ansiosos por saber cuáles serían sus planes—. Se lo voy a decir claro; todo es mentira, está mierda que nos meten diariamente por la televisión es mentira, no existe tal epidemia.

—¿De qué estás hablando? —como siempre Arnaldo fue quien tomó la palabra por sus hermanos.

—Creo que el gobierno está llevando a cabo un plan, pieza a pieza han armado su rompecabezas y como siempre, la población no ha podido hacer nada para evitarlo. ¿No sé exactamente cuál es el objetivo, pero...?

—Un momento ahí, ¿tú te estás escuchado? —le interrumpió Arnaldo.

Nadie nunca interrumpía a Alejandro, este siempre estaba abierto al debate, a la planificación, aceptaba planes de logística y reconocía errores, pero nunca antes de exponer sus ideas.

—¿Para esto nos llamaste? ¡Yo pensé...!

—¡Cállate la boca y escúchame! —Alejandro decidió controlarse, no podía perder el control, ya que lo que iba a decir realmente sonaría de locos—. Solo tienen que mirar a su alrededor. Usen un poco de lógica: nos han cortado la comunicación, nos aislaron por pueblos, municipios, provincias, ahora nos quitan los alimentos y nos mantienen en estado de pánico general por un virus que nadie ha visto. ¿Acaso no se han dado cuenta de que nos tienen separados, incomunicados y desinformados?

Hubo un largo silencio.

Visto de esa manera nadie podía rebatir las palabras de Alejandro, incluso Arnaldo pareció comprender que se había pasado. Aun así continuó negando con la cabeza, como si aceptar la realidad superara su entendimiento.

—Se está llevando a cabo una operación que supera todos mis recursos y fuentes. He quedado incomunicado y apartado de todos mis contactos. —Alejandro movió su silla hacia atrás, de manera que todos lo pudieran mirar a la cara—. Algo grande, realmente grande está sucediendo, y no me refiero a nivel de municipios o provincias. Se trata de algo a nivel nacional; incluso, me atrevería a correr el riesgo de apostar que esto va mucho más allá de nuestras fronteras.

Una vez más el silencio recorrió la sala, como nadie se atrevió a tomar la palabra, Arnaldo volvió a exponer sus puntos.

—Mira, puede que tengas razón, ok, no te lo niego, yo también creo que algo raro está pasando, pero por un instante, ¿te estás escuchando? ¿No podría ser simplemente...?

—¿Y te estás escuchando tú?

—A ver, este gobierno tiene sus cosas, ¡pero coño, lo están poniendo todos los días por la televisión! Hay una epidemia nacional, ya hay más de doscientos muertos. ¡Por Dios, Alejandro! Si es que hasta enseñaron...

—Lo que nos han enseñado es lo que ellos quieren que veamos.

—¡No puedo contigo! Estás viendo muchas películas de conspiraciones y mierdas de esas.

Alejandro miró a todos los presentes, incluso Sandra le apartó la mirada, no necesitó leer sus pensamientos para sentir el escepticismo en todo lo que él decía. Ahora —cuando por fin comenzaba a ponerle palabras a sus pensamientos—, notó lo ridículo que sonaban.

—Ok, estoy paranoico, correcto. —Movié su silla de ruedas desplazándose por entre los presentes—. Vamos por partes: primero nos

desconectan todos los celulares de manera que no consigamos hacer ni recibir noticias del extranjero, y mucho menos revisar Internet. ¡Pero ojo!, la cosa no acaba ahí, también nos desconectaron los teléfonos fijos.

—Alejandro, si lo dijeron en todas las noticias, todos los servidores de ETECSA se... —Daisy no terminó de hablar, no pudo, Alejandro la sorprendió cuando sacó de su silla de ruedas un teléfono satelital y se lo depositó en las piernas.

Millaverde y Sandra se miraron y quedaron congelados por la ola de miedo. Era evidente que Alejandro había decidido revelar todas sus cartas.

—¿Sabes qué es eso?

Lorena se le adelantó a Daisy.

—Tú estás loco, ¡eso es un teléfono satelital! —se lo quitó de las piernas a su novia y se lo devolvió a Alejandro como si el teléfono fuera una barra al rojo vivo—. Por esa mierda nos pueden meter a todos en la cárcel. Creo que...

—¡Está mierda me costó cinco mil dólares! Lo tengo hace años, nunca me ha fallado, y sabes qué, repentinamente, como por arte de magia ya no tiene señal.

—Por Dios, ¿te estás escuchando? —Arnaldo no pudo más, tuvo que levantarse de su asiento—. Eso puede significar miles de cosas.

—Perfecto, estoy loco, pero por unos segundos nada más les pido que aten cabos, usen su imaginación. —Se detuvo frente a Ángela, quien no había dicho ni una sola palabra hasta el momento—. Desconectan los servicios de comunicación y nos mantienen incomunicados; ¿correcto?

Ángela asintió para seguirle la corriente.

—Ponen la mejor programación que en más de sesenta años este país ha visto, y por supuesto, nadie se la quiere perder. Pero no solo eso, también declaran días festivos por todo el país; ¡vivan las parrandas!

»Y aquí es donde comienza todo. De buenas a primeras se crea una campaña de pánico nacional. Sí, una pandemia que está matando todos los días, los muertos ya se cuenta por cientos. —Alejandro volvió a mover su silla para quedar junto a uno de los Correccaminos, ni por un segundo dejó de usar su tono amenazante—. Y miren este dato tan interesante; las muertes, el nombre de las víctimas, todo lo dan por la radio, la televisión y la prensa, pero nosotros no podemos ni tan siquiera revisar Facebook para comprobar si es verdad... o mentira.

»Ah, y la mejor parte... ¡una cuarentena nacional! Encerrados en

nuestro propio pueblo, separados de los demás por sectores, sin saber qué carajos está pasando en la provincia, eso por no mencionar la capital.

—La teoría de conspiración está buena, pero lo tuyo son los negocios. ¿A dónde quieres ir a parar?

Al fin Arnaldo hizo la pregunta que él quería escuchar.

—Digamos que todo esto me lo estoy inventando, pues entonces lo siento, amigos, tomémonos otro café, vamos abrir una botella de ron. —Alejandro les sonrió como si nada estuviera pasando, pero ya los nervios estaban a flor de piel—. Ahora, solo les voy hacer una pregunta: ¿y si yo tuviera razón?

Durante largo rato nadie fue capaz de decir una sola palabra, algunos creían que aquello era demasiado, otros comenzaron a tener sus dudas, fue Sandra quien decidió apoyarlo, hacer la pregunta que todos querían hacer pero que nadie sabía cómo exponerla.

—Vale, no digo que tengas razón en nada. Pero te voy a seguir la corriente; ¿qué podemos hacer?

Alejandro asintió agradecido, al final todos parecieron más relajados, él era su líder y siempre tenía un plan para todo, solo que esta vez a muchos les costó asimilar la realidad... sí es que existía.

—Lo primero es identificar el problema; ¿por qué nos están aislando? Todos volvieron a encogerse de hombros.

—Los Ferrer, quiero que hagan una lista de suministros de comida, qué tenemos en las bodegas y para cuánto nos duraría. —Se giró hacia los seis Correccaminos—. Ustedes se conocen una veintena de rutas para salir y entrar en el municipio. Quiero que se distribuyan en parejas, ustedes dos, vayan para Sagua la Grande, ustedes para Caibarién, y estos para Santa Clara.

Los Correccaminos eran jóvenes atléticos y adictos a la adrenalina. Traficantes graduados en el mercado negro desde niños, bajo las órdenes de Alejandro se habían jugado la vida y años de prisión en muchos de sus negocios, por lo que esta escapada no sería la excepción.

Una vez que todos se marcharon a Sandra no le quedó otra cosa que sentarse junto a Alejandro a esperar, y a rezar porque este se estuviera equivocando, lo cual, por desgracia, solía hacer muy poco.

Capítulo 43

El mejor cazador

(Orangeville, Florida)

Como un ángel de la muerte avanzando entre las sombras, Miller rodeó el Walmart, se paró tras una columna y recargó su rifle. No quería avanzar contra el enemigo y quedarse sin balas justo cuando más las necesitara.

Por las dos puertas principales entró una docena de Cazadores, estos no iban a tardar mucho en recorrer el supermercado, así que cada segundo contaba. Miller prefirió entrar por la puerta del taller de mecánica, lo cual representaba un problema: esa salida estaba cubierta por seis Cazadores.

—¿No puedo creer que uno de los estudiantes quisiera escaparse con una de las putas? —dijo uno de los Cazadores; al instante sus amigos comenzaron a exponer cada uno sus puntos de vista.

Miller salió de su escondite, levantó su rifle y centró al grupo, apretó el agarre vertical de su HK416 y avanzó directo hacia ellos. Eran seis, dos estaban sentados en el parachoques trasero, los otros cuatro sostenían antorchas y apuntaban hacia la puerta de salida, ninguno se preocupó de cubrir su retaguardia.

—Es que no aprenden, no se les puede enseñar todo en tan pocos días, si por lo menos... —el Cazador no tuvo oportunidad de terminar su frase, la bala le atravesó la frente y fragmentos del cráneo rociaron al compañero que tenía delante. Este se quedó paralizado, pestañando, intentando limpiarse la sangre del rostro sin comprender lo que había pasado. Puff, puff. Dos proyectiles le dieron en el pecho y la garganta.

Antes de que el resto de los Cazadores tuvieran tiempo de reaccionar, Miller escogió cuidadosamente sus disparos. En menos de tres segundos los seis Cazadores cayeron al piso, muertos o desangrándose por heridas mortales. Sin dejar de avanzar recargó el rifle, llegó junto a la camioneta y se aseguró de que todos estuvieran muertos.

Quedaba uno.

—Hijo de puta, maldito imbécil— gruñó el Cazador mientras hacía un esfuerzo descomunal para tomar aire y poder lanzar sus maldiciones.

Miller lo miró. Cabeza rapada, varias esvásticas tatuadas en los brazos y una mirada asesina fueron motivos suficientes para saber qué le

pasaría si la situación fuera a la inversa. Con dos impactos en el abdomen —si los proyectiles no habían atravesado ningún órgano vital, ni el estómago—, puede que sobreviviera.

—Te juro que...

No lo pensó mucho, se aproximó al Cazador, este levantó una de sus manos para agarrarle los pies, con la otra se estaba apretando las heridas para evitar que se le salieran los intestinos... quizás la herida después de todo si era mortal, pero mejor apresurar el proceso. Sin muchos miramientos le agarró la mano, se la torció, lo viró hacia un lado y le puso la rodilla contra el cuello inmovilizándolo por completo. Sacó su cuchillo y se lo introdujo por la oreja.

El Cazador se encorvó cuando la afilada hoja le penetró por el orificio, atravesándole los cartílagos hasta llegar a la masa cerebral, Miller retorció el cuchillo y se aseguró de que la muerte fuera instantánea. El sonido de succión que hizo la herida cuando retiró la hoja metálica hizo que se estremeciera de repugnancia.

Miró a su alrededor, apretó más las correas de su rifle, envainó su cuchillo y sacó su Glock. Antes de entrar al supermercado, tomó un galón de agua que había en la parte trasera de la camioneta y roció las antorchas hasta apagarlas por completo. La oscuridad volvió a rodearlo todo.

Miller se giró y entró en el Walmart.

Todas las ventajas del factor sorpresa estaban a su favor —de momento—, así que decidió sacarle provecho cuanto antes. Las gafas de visión nocturna lo convertían en el mejor cazador de todos los que entraron en el supermercado, por eso, a los pocos minutos de recorrer los estantes, localizó a la pareja de jóvenes.

Estaban escondidos en el área de juguetes. Miller no se acercó a ellos directamente, ese error podía tener consecuencias letales. Así que antes de efectuar cualquier movimiento, se aseguró de que ninguno de los pandilleros estuviera cerca, luego avanzó cuidadosamente hasta llegar a menos de un metro de la pareja. El chico aún sostenía el revólver, lo que sí representaba un verdadero problema de comunicación, ya que puso la situación en su contra; simplemente no podía salir de la oscuridad y presentarse como si fuera un amigo de toda la vida.

Decirles: ¡Hola, soy un amigo y solo quiero ayudarlos! ¡¡¡Bum!!! Fin de la presentación. No, no podía correr ese riesgo, por eso prefirió usar uno de los anaqueles como escudo en caso de que la emprendiera a tiros contra él.

—Jordan... por favor, prométemelo —le suplicó la chica a su compañero—, no puedes dejar que me capturen viva.

«¿Qué mierda está pasando aquí!?!», por primera vez, a esa distancia, Miller pudo observar el rostro de la belleza nórdica. «¡Me cago en...! ¡Es una chiquilla! ». Sí, los lentes de visión nocturna no lo engañaron, la joven tenía un cuerpazo de portada de revista para caballeros, pero su rostro no engañaría a nadie, era una adolescente. La joven tanteó en la oscuridad hasta encontrar la mano de su amigo, le tocó el revólver y se lo llevó a la frente.

Miller se quedó paralizado, en shock; si se movía, el gatillo se podía disparar y ser él quien recibiera un disparo, si no se movía la chica se iba a volar la tapa de los sesos.

Entre sollozos, el tal Jordan apartó la mano y la abrazó. Por su lenguaje corporal Miller comprendió que no eran pareja; familiares o amigos, pero definitivamente no amantes. Esto le generó muchas más preguntas.

—Mila, no puedo, pídemelo lo que sea, pero esto no.

—Lo tienes que hacer, no puedo regresar con ellos —Mila sacó una pequeña navaja y se la entregó a Jordan—. ¡Te lo ruego! Solo me tienes que pinchar aquí, en el cuello.

—No puedo hacerlo.

—Entonces pégame un tiro, pero no dejes...

—¡Lo siento, no me quedan balas!

Aquello era peor de lo que se imaginó. Estaba escuchando la conversación entre dos adolescentes, uno de ellos le pedía al otro que le cortara el cuello antes de permitir que la capturaran. ¿Qué demonios le pasó al mundo? ¿Qué le pasó a Mila? ¿Qué le hicieron aquellos monstruos para que estuviera tan decidida a quitarse la vida?

Escucharon algunos gritos y chiflidos, Miller no lo pudo evitar, su mente visualizó el tiempo como uno de esos pequeños relojes de arena, grano a grano se iba agotando, tenía que tomar una decisión cuanto antes. Su opciones eran bien limitadas y peligrosas, comprendió que no podía decir ni una sola palabra, si les hablaba intentando presentarse, la muchacha —que por la expresión de su rostro estaba teniendo un ataque de pánico al escuchar a los Cazadores acercándose—, no dudaría en rebanarse el cuello. No le quedó otra elección que optar por un plan un poco más brusco.

Avanzó rápidamente los pocos pasos que lo separaban de los dos adolescentes, Mila escuchó sus pasos en la oscuridad, miró aterrorizada hacia las sombras sin poder definir cuál era el nuevo peligro que los asechaba,

apretó la pequeña navaja y se la llevó al cuello decidida a..., lo que fuera hacer Miller se lo impidió, le agarró la muñeca, se la retorció con una mano mientras que con la otra le tapaba la boca inmovilizándola.

—Mila, cálmate, soy un amigo. Jordan, no hagas nada estúpido—. A pesar de querer hablar en susurros e intentando que la pareja no entrara en pánico, no resultó. Mila se retorció en un ataque de histeria e intentó zafarse de su agarre; era más fuerte de lo que había previsto, por lo que Miller tuvo que asirla con más fuerza, al punto que creyó que podría romperle la muñeca —. ¡Cálmense los dos! ¡Soy un amigo! Solo quiero ayudarlos.

A pesar de que Jordan no podía verlo, sí que pudo localizarlo por su voz; se lanzó contra Miller imitando una estampida de brazos y piernas. Un estrategia un poco estúpida, pero ¡muy valiente de su parte! Miller retrocedió levantando en peso a la chica, esquivó con facilidad al joven, le dio una patada en la rodilla haciéndole perder el equilibrio y lanzándolo contra uno de los estantes. A Mila le dio un barrido, la joven perdió el balance y Miller la sujetó con “delicadeza” para evitar que se golpeará, pero antes de que cayera, se aseguró de arrebatárle la navaja. Luego presionó su rostro contra una de sus rodillas, le introdujo una pierna por detrás de su brazo y le aplicó un *Omoplata* para mantenerla inmovilizada.

—Escúchenme los dos, ¡maldita sea! Soy un amigo, los puedo ayudar.

Por un instante Jordan no supo qué hacer, se preparó para una siguiente carga, pero fue Mila quien dejó de pelear. Miller se arriesgó y le quitó la mano de la boca. A pesar de sentir su cuerpo temblando producto del shock al que estaba sometida, la joven sacó fuerzas y preguntó lo único que Miller necesitó para tomar el control de la situación.

—¿Quién eres?

—Soy un Marine —Miller escogió cuidadosamente su respuesta, la idea era ganarse la confianza de los jóvenes en el menor tiempo posible—. Ahora necesito que se calmen, me entienden, soy un amigo, los puedo ayudar, pero si vamos a salir de aquí... ¡me tiene que ayudar!

Por sus expresiones, ni Mila ni Jordan esperaron aquella respuesta. De momento, Miller supo que había ganado esa pequeña batalla.

—Los voy a sacar de aquí, solo necesito que me sigan hacia la puerta de salida, nos vamos por el taller de mecánica, ¡calma, no se asusten! ya lo despejé, no tienen de qué preocuparse. Solo síganme...

Una vez más fue Mila quien lo interrumpió.

—No puedo caminar.

En ese instante Miller intuyó que la mierda había golpeado el ventilador. ¿Y ahora qué? Las opciones se iban agotando, para empeorarlo todo, se escucharon pasos acercándose y el pasillo comenzó a iluminarse por el resplandor de una de las antorchas. Miller comprendió a lo que Mila se refería con lo de no poder caminar; al mirarle sus pies vio que la joven había caminado por encima de los cristales de la puerta de entrada. Tenía cortes tan profundos que aún se le veían los trozos de vidrios encajados en la planta de los pies; esto, por extraño que le pareciera en ese momento, le dio un aspecto futurista a las hermosas piernas de Mila. Las láminas de cristal que afloraban en su piel parecían escamas. ¡Una hermosa sirena con escamas de cristal!

Más pasos, risas, algunos chiflidos para atraer a sus compañeros, los tenían rodeados.

Miller miró hacia el pasillo, un rastro de sangre le hizo comprender lo sucedido, Jordan debió arrastrarla hasta llegar a los estantes.

«No puedo cargarla y disparar a la vez». Iba a tener que invertir las reglas del juego. Miró a Jordan, el chico era demasiado delgado para cargarla y los Cazadores estaban a menos de cuatro estantes de ellos.

—Entiendo, no se muevan de aquí. Les prometo que voy a regresar. Por favor, no hagan nada estúpido.

Los dos chicos se abrazaron y Miller desapareció entre las sombras dejándoles desorientados y preguntándose si aquel desconocido cumpliría su promesa.

«Ok, juguemos a quién es el cazador y quién la presa. ¡Los cazadores mis cojones! Bienvenidos a mi terreno de juego».

Si los Cazadores hubieran avanzado en grupos de dos o tres, enfrentarse a ellos habría sido un verdadero reto, pero separados y creyendo que tenían todas las cartas sobre la mesa, Miller aprovechó la ventaja. A corta distancia, y usando los estantes como escudos, se aproximó a uno de ellos.

La Glock 19 con su largo silenciador creó un efecto de sonido que quedó opacado por los gritos del resto de los Cazadores.

Tac. Un simple disparo en la cabeza a menos de dos metros de distancia con una bala subsónica, hizo que el Cazador se desplomara como un peso muerto, Miller se apresuró a tomar una de las prendas de vestir que encontró a su paso y tapó la antorcha hasta cortarle el oxígeno, luego arrastró el cuerpo y lo escondió tras unas cajas de juguetes.

Se giró, localizó la siguiente antorcha y avanzó por entre los pasillos

laterales. Fue escogiendo cuidadosamente a los Cazadores que se mantenían más alejados de sus compañeros.

Como una especie de ángel de la muerte, que extiende sus dedos esqueléticos —con forma de balas subsónicas—, fue tocando a sus víctimas, sembrando la muerte con cada paso, ninguno de los Cazadores comprendió lo que sucedía, y para cuando algunos comenzaron a tener sus sospechas, ya más de la mitad de las antorchas se habían apagado.

—Raúl, John, Ryan, ¿dónde se metieron, idiotas? —Uno de los Cazadores llamó a sus compañeros, y al no recibir respuesta se giró hacia los dos miembros del equipo de respuesta rápida que lo estaban acompañando—. Esto no me gusta. Aquí está pasando algo extraño.

Cuando volvió a girarse, se topó frente a él la punta de un silenciador.
Tac.

Miller vio que se acercaban por su izquierda, le dio la vuelta a uno de los estantes de comida y esperó el momento en que le pasaron por el frente; uno de los Cazadores le exigió algo a sus compañeros, cuando se giró la punta del silenciador prácticamente le tocó la piel. Apretó el gatillo, dio dos pasos, giró alrededor del cuerpo para quedar entre los otros dos Cazadores. Estos no pudieron reaccionar. Antes de que el primer cuerpo —que tumbó uno de los estantes con su caída— hubiera tocado el suelo, ya los otros tenían una bala entre los ojos.

Miró a su alrededor, había acabado con el equipo de respuesta rápida en menos de cinco minutos. Solo quedaba un guardia en la puerta de la Farmacia, custodiando el Jeep. Para no correr riesgos innecesarios, dio la vuelta, usó la puerta principal y salió al estacionamiento, desde allí avanzó directo hacia su objetivo, aunque antes se aseguró de introducir un nuevo cargado y poner una bala en la recámara.

El Cazador encargado de cuidar la retaguardia —sin temor a un contraataque—, se sentó en el asiento del pasajero para disfrutar un cigarrillo, el último de su vida.

Tac, tac.

El parabrisas quedó salpicado de sangre, sesos y huesos.

Se acercó, miró al interior y vio que asombrosamente el Cazador había levantado una mano para intentar tocar su arma.

Tac, tac, tac, tac.

Miller abrió la tapa del tanque de gasolina, le introdujo un trozo de

tela embarrado de combustible y le prendió fuego. Tardaría unos minutos en que la llama cobrara fuerzas suficientes para llegar al interior, luego ¡bum!, un vehículo menos de los Cazadores.

Regresó al interior del supermercado.

Capítulo 44

El Muro

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Fue construido durante la noche del 12 de agosto de 1961. ¡Así, como por arte de magia, apareció de la nada! Cuando los ciudadanos de la Alemania Oriental despertaron a la mañana siguiente, descubrieron horrorizados que estaban dentro de la segunda prisión más grande del mundo, la primera era Corea del Norte.

La nueva prisión pasaría a la historia con el triste nombre de: «El Muro de Berlín», aunque eso aún no lo sabían.

Al principio hubo cierto nivel de incredulidad, pero a medida que las horas comenzaron a pasar, en las calles se escuchaban constantemente los mismos murmullos:

—¡Por Dios!, un muro construido en una noche, eso es una locura.

Murmullos y más murmullos, la omnipresente Stasi lo veía y observaba todo, quienes intentaron actuar, hacer algo, aunque fuera una protesta, fueron arrestados de inmediato, a muchos los desaparecieron para siempre.

—¿Con qué propósito?

—¿Por qué nos están haciendo esto?

—¿Qué quieren lograr?

—¿Acaso nos van a prohibir que visitemos a nuestros familiares que están a menos de cien metros? — los murmullos continuaron.

Setenta horas después, sin la ayuda de los Aliados, abandonados a su suerte, los nuevos prisioneros tras el Muro de Berlín comprendieron la pesadilla en la que habían despertado ese triste 13 de agosto.

Había que hacer algo, y muchos lo intentaron, pero pronto descubrieron que ya era demasiado tarde.

Berlín Oeste, durante la noche —dirigidos desde la Unión Soviética—, movilizó a 5000 agentes de la Policía Fronteriza, quienes fueron apoyados por otros 5000 miembros de la Policía Popular y estos a su vez, por 4500 miembros de las brigadas de apoyo.

En solo una noche se levantó el muro, en los días siguientes se perfeccionó:

El Muro de Berlín llegó a medir 155 kilómetros, era de hormigón armado y contaba con 45000 secciones independientes de 1,5 metros de

longitud y 3,6 metros de altura. Se le instalaron sensores de alarmas, campos minados, trincheras para evitar fugas por parte de los ciudadanos. Una cerca de alambres de púas conectaba cada sección. Por si fuera poco, como medidas extras de seguridad se instalaron 300 torres de vigilancia con nidos de ametralladoras incorporados y de apoyo construyeron 30 búnkers y... sin embargo, muchos lograron escapar.

El 13 de agosto de 1961 pasaría a la historia —para muchos— como uno de los días más triste de Alemania. De la noche a la mañana, padres, hijos, maridos, esposas, amigos, novios que fueron a visitar a sus familiares en la Alemania Occidental descubrieron a su regreso que no podían entrar. Se levantó durante la noche un muro que los separaría de sus seres queridos por décadas.

Mujeres embarazadas, separadas de sus maridos, tuvieron que criar solas a sus hijos y volver a rehacer sus vidas, ya que tardarían 28 años para volverse a ver. Casi tres décadas, veintiocho años separados sin conocer a sus hijos o regresar junto a sus seres queridos simplemente porque... ¿por qué?

Esa misma noche, El Muro de Berlín, también fue llamado: «El Muro de los lamentos».

Los casos de separaciones que provocó El Muro de Berlín fueron tan dolorosos e incontables que algunos no los resistieron y cometieron suicidio; otros se resignaron, pasaron los años, rehicieron sus vidas, se casaron, tuvieron hijos... pero nunca pudieron cicatrizar las heridas del alma, a menos de un kilómetro vivían los amores de sus vidas.

Y entonces, tan repentinamente como comenzó —como si fuera una especie de burla del destino—, la noche del 9 de noviembre de 1989 cayó El Muro de Berlín. Ante el asombro del mundo se transmitieron imágenes en vivo de la reunificación de familiares y amigos, 28 años después padres conocían a sus hijos, abuelos besaban a sus nietos, matrimonios separados por las circunstancias volvían a besarse, tímidamente, ya que a su lado tenían a sus parejas e hijos —producto de otro matrimonio—; el aire se llenó de gritos de alegría, llantos de nostalgia por el tiempo perdido y risas, muchas risas. La pesadilla había acabado.

El Muro de Berlín fue un experimento que según lo vieron los países socialistas y comunistas culminó con un éxito sin precedentes, se demostró que sí se podía separar ciudades enteras y convertirlas en sectores dentro de un propio país. No cabían dudas de que el Muro de Berlín cayó por el derrumbe del campo socialista, no porque ninguna fuerza armada pudiera atravesarlo. Y

Cuba tomó notas.

Daisy no pudo parar de llorar, intentó sobreponerse varias veces, pero no pudo, tampoco le importó que todos la miraran. Sí, ella era el sexo débil, la sumisa en la relación, o como lo quisieran llamar. Lorena era la fuerte, siempre estaba ahí para sostenerla, por eso dio rienda suelta a todos sus sentimientos; la realidad de lo que estaba sucediendo no iba a dejarla controlar sus emociones.

Por su parte Lorena se mantuvo serena, como si su mente estuviera en otra parte, y lo estaba. Lorena se tocó con la punta de sus dedos el borde de la saya que Daisy le obligó a ponerse. A ella no le gustaban las sayas y mucho menos, tan cortas. ¿Por qué aceptó? ¿Para darle el gusto a Daisy? ¿Para que los hombres miraran sus piernas torneadas y sensuales? No, odiaba que los hombres la miraran con lujuria, prefería las miradas discretas de una mujer. Sí, fue por Daisy, al final reconoció que no le quedaba tan mal, pero no era su estilo.

«¿Con todo lo que está ocurriendo tú estás pensando en si la saya es muy corta?». Lorena negó con la cabeza sin lograr organizar sus ideas, al final terminó abrazando a Daisy para consolarla o consolarse a sí misma.

—¡Esto es una locura! ¡Es qué no puede ser! Mierda, mierda, mierda. ¡Esto no puede estar pasando! —Repetía constantemente Arnaldo, quien en un estado de shock se mecía hacia adelante y atrás como si el movimiento pudiera calmarlo, al final solo logró poner más nervioso al resto.

Arnaldo criticó, se burló e incluso, desafió la autoridad de Alejandro, pero ahora se comportaba como un niño sorprendido por su profesor mientras se fijaba en una prueba final. El castigo era repetir el curso y el niño no podía asimilar esa realidad.

Los seis Correcaminos tenían cada uno un vaso de ron en la mano, estaban pálidos y se miraban atemorizados los unos a los otros. Cuando llegaron, lo primero que hicieron fue pedir algo fuerte, por lo que Alejandro les puso sobre la mesa una botella de ron Guayabita del Pinar. La abrieron, se sirvieron cada uno la mitad de un vaso y lo vaciaron de un trago.

—Trae otra botella —ordenó sin muchos miramientos uno de los Correcaminos.

Alejandro les entregó entonces una botella ámbar de su colección privada —un Havana Club Añejo 15 Años—, los Correcaminos la miraron, la abrieron y comenzaron a servirse pequeños tragos para deleitarse la garganta.

Ninguno habló, ¿para qué? ¿Cómo iban a describir lo que vieron? Mejor que las imágenes hablaran por sí solas, así que cada uno le entregó su celular, con los cuales tiraron más de cuatrocientas fotos; videos incluidos.

Alejandro conectó los celulares a la pantalla del televisor y comenzó a pasar las fotos. Cada uno de los presentes quedó horrorizado a medida que las increíbles imágenes les demostraban su nueva realidad. Una tras otra, cada foto reveló una gigantesca cerca de por lo menos tres metros de altura, coronada con rollos de alambre de púas, tras la cerca había una trinchera y luego más rollos de alambres de púas extendidos por la tierra.

—No... no se puede, simplemente no se puede —Cada uno de los presentes devoró con sus miradas a los Correcaminos—. No hay manera de salir de Tres Cruces

Todos los Correcaminos asintieron a la vez.

—Tienen puestos de control en todas las salidas... —explicó uno de ellos.

—... pero no cualquier puesto de control, ¡oh, no! Estos guardias tienen nidos con ametralladoras de las grandes —se apresuró a agregar otro de los seis—. Yo tuve que desviarme desde que vi los puestos y meterme por cuanto camino secreto me conozco.

Alejandro no pensó en contradecirlos. Los Correcaminos eran expertos traficantes del mercado negro, traficaban con todo y con todos, desde sacos de pienso, pomos de aceite o langostas cogidas ilegalmente en la costa. Por eso conocían mejor que nadie las entradas y salidas al pueblo, y si ellos decían que cada salida fue bloqueada, él no era nadie para dudarlo.

—La cerca es enorme, rodea todo el municipio de Tres Cruces —. Tras varios minutos de debates y comparaciones, los seis Correcaminos llegaron al mismo veredicto—: no hay salida para Sagua la Grande, ni Remedios y mucho menos Santa Clara, ¡nos han rodeado por completo!

—Menos por la costa— dijo uno de ellos, pero Alejandro apenas pudo escucharlo, estaba abstraído mirando las fotografías.

—Millaverde, ¿se puede atravesar esta cerca? — le preguntó Alejandro, si alguien conocía sobre sistemas militares de seguridad ese era su mejor amigo.

El gigante dio varios pasos y se situó frente al televisor.

—Agrándame está sección de aquí, esa, toda esa parte— le fue ordenando.

La imagen se incrementó y Millaverde asintió con un gruñido. Luego

señaló otra parte, de igual manera Alejandro la amplió. Otro gruñido y más asentimientos, la tensión en la sala era tan espesa que apenas se podía respirar.

—¿Se puede o no atravesar? —exigió saber Arnaldo, su hermana Ángela lo miró de manera tal que el hombre se sintió avergonzado, pero al final solamente había hecho la pregunta que todos tenían en mente.

—No sin llamar la atención —algo así se imaginó Alejandro. Millaverde señaló la parte que más le preocupaba—. Esta cerca tiene tecnología de punta, pero también sistemas rudimentarios y primitivos, pero ojo, ¡cuidado con atravesarla! Rudimentario y primitivo no quiere decir que no sea efectivo.

—Eso... ¿qué... qué significa? —quiso saber Abel, de los Ferrer era el único que hablaba cuando realmente sus preguntas eran importantes.

—Ven está parte de aquí, son cables de alambres de púas, quien los toque o se apoye en ellos para escalar la cerca activará una alarma — Millaverde apuntó hacia el suelo—, si logran saltar la cerca, entonces tienen que atravesar esta otra parte de aquí, a eso le llaman: «césped de Stalin».

—Césped de Stalin, ¿qué coño es eso? —por fin Daisy logró calmarse lo suficiente como para hacer una pregunta.

—Lo inventaron los soviéticos, pero cuando más uso le dieron fue durante el Muro de Berlín. Ven está parte de aquí —todas las cabezas asintieron—, eso es una alfombra de púas de más de catorce centímetros que se extiende por casi tres metros, o sea, no hay quien la salte a menos que seas un atleta olímpico.

—Sí, Stalin debió de tener un jardín precioso —murmuró Alejandro—. ¿Y qué es eso de ahí?

Alejandro señaló un punto extraño encima de uno de los postes de la cerca. Millaverde se acercó, tomó el celular de las manos de Alejandro y con sus enormes dedos como pinzas los usó para agrandar la imagen.

—¡Maldita sea! Esto no pinta nada bien —al girarse todos vieron que por su expresión la cosa iba peor de lo que imaginaron—. Eso son cámaras de alta definición con sensores de movimiento y visión nocturna.

—¡Madre mía, eso era solo lo que nos faltaba! —gimió Arnaldo, el hombre continuaba descomponiéndose por minutos—. ¿De dónde carajos Cuba sacó esa tecnología?

—Hace años que la tienen —le explicó tranquilamente Millaverde—, los norcoreanos se la regalaron a la FAR, y ellos la usan para esto mismo:

crear perímetros de seguridad y protección de bases militares.

—Pues ahora sí nos jodieron, y lo peor...

—Arnaldo, cállate la puta boca de una vez, ¡a llorar para el parque!

—La voz de Alejandro hizo que Daisy se contuviera al punto de tragarse los sollozos—. Millaverde, ¿esas cámaras pueden haber visto a los Correcaminos?

La tensión y el miedo aumentó entre todos los presentes, la magnitud de lo que estaba ocurriendo le tenía los nervios a flor de piel a cualquiera, hasta Sandra, que permanecía callada, aunque hasta el momento no había hablado, no pensó en mentirse a sí misma; ella también quería echarse a llorar. Todo aquello era una locura, odiaba tener que admitir que Alejandro tuvo la razón; ¿qué demonios planeaba hacer el gobierno? Entonces, ¿significaba esto que todo era mentira, toda la campaña de los virus y el ataque a los servidores de ETECSA? Respiró profundo e intentó controlar el ataque de pánico. Sandra experimentó por primera vez en su vida el miedo a pensar, era algo nuevo: ¡aterrador!

—Eso depende de cuánto se hayan acercado.

Todos dieron un salto cuando el walkie talkie que Millaverde llevaba en el bolsillo cobró vida.

—¡Millaverde, dos autos patrullas van en camino!

Apenas pasaron diez segundos cuando se escuchó un segundo reporte:

—Vienen rápidos... ¡En dos minutos estarán allí! Cambio.

—Pues parece que sí se acercaron demasiado a la cerca, por lo menos lo suficiente como para que los reconocieran.

No se necesitó ser un genio para atar cabos. Si las cámaras gravaron a los Correcaminos, todo era cuestión de escanearles las caras para asociarlos con Alejandro.

Antes de que el pánico inmovilizara a todos los presentes, Alejandro tomó el control.

—Los Ferrer y los Correcaminos se van por el pasillo secreto —ordenó; luego se giró hacia la pareja de chicas—. Las dos, también se van...

—No, ellas no se pueden ir —le interrumpió Sandra—, Daisy y Lorena entraron por la puerta del frente, seguro que los agentes que están vigilando la casa las vieron llegar.

—Mierda, tienes razón. Daisy, cálmate y lávate la cara. Las tres suban para mi habitación.

Millaverde no necesitó órdenes, ya había recogido los celulares,

apagó el walkie talkie y se lo entregó todo a Sandra para que lo guardara en la caja fuerte, luego fue hacia la puerta para interponerse y ganar algo de tiempo. Sandra corrió por las escaleras escuchando en ese momento el chirrido de las gomas de los autos patrullas al detenerse frente a la casa. Un segundo después alguien le dio una patada a la puerta. Se escucharon botas, gritos y amenazas.

Las tres chicas entraron en la habitación y Sandra no se preocupó en lo más mínimo por enseñar el escondite secreto de Alejandro. Pulsó el botón y el librero comenzó a correrse con más lentitud que nunca... o era solo su imaginación.

—Ya están en la sala —murmuró Daisy.

Sandra logró meterse tras el librero y puso la contraseña, y como siempre ocurre en situaciones como esa, la maldita puerta no se abrió. «Cálmate, repite el maldito número», volvió a repetir el número. Nada.

Sandra respiró profundo para no caer desmayada, pues podía jurar que estaba escuchando los latidos de su corazón retumbando en sus sienes.

—Están subiendo las escaleras.

—
¡Sandra, apúrate, por lo más que tú quieras! —le imploró Lorena, quien ya no pudo aguantar más su actitud de chica dura. La verdad, ella tenía tanto o más miedo que Daisy.

Sandra volvió a intentarlo repitiendo mentalmente el número de la contraseña. Nada, la puerta no se abría.

Incluso si lograba encontrar correctamente el número de la contraseña, ya no le daría tiempo. Lorena lo comprendió al instante. ¡Maldita suerte! Barajó todas sus opciones y se decidió por la más loca de todas, aunque quizás fuera también la más efectiva. Empujó a Daisy contra la puerta y comenzó a darle un apasionado beso, mientras que con la otra mano abrió la puerta de la habitación unos cuantos centímetros, los suficientes como para que cuando los soldados subieran por la rampa las vieran besándose. Daisy comprendió la estratagema al instante.

—¡Putas, te voy a matar! —le murmuró Daisy entre beso y beso, ambas tuvieron que concentrarse para no demostrar cuanto les temblaban sus cuerpos.

Ninguna de las dos tenían una explicación científica, pero la vida les había demostrado que no existía nada más erótico y que fuera capaz de

embobecer a los hombres que ver a dos mujeres hermosas besándose, por experiencias propias sabían del efecto que podían causar. Por eso, en cuando los soldados llegaron se detuvieron al instante a varios metros de la puerta, riéndose como dos adolescentes que acabaran de descubrir a la pareja más sexy de la escuela manteniendo relaciones sexuales. ¡Era una fantasía hecha realidad!

Los dos miembros de las Avispas Negras se quedaron hipnotizados, viendo como aquellas dos bellezas se besaban, se acariciaban el rostro, se mordisqueaban la punta de los labios a la vez que sus lenguas jugaban a buscarse la una a la otra... de no ser por el grito de uno de los soldados desde el primer piso, se habrían quedado allí por horas.

Al cuarto intento la puerta se abrió.

Sandra tiró todo hacia adentro, empujó el librero justo a tiempo para mirar hacia atrás y descubrir que Lorena y Daisy se estaban comiendo vivas. En ese instante la puerta se abrió y entraron dos soldados. Las tres mujeres los reconocieron como miembros de las Avispas Negras que siempre andaban con Conrado.

—No te escondas, que aquí nadie muerde —le dijo el más alto de los dos, quien al igual que su jefe no tuvo reparos en devorar con la vista a las tres mujeres—, el capitán Conrado quiere hablar con ustedes.

—Será... será un placer tenerlo de visita —realmente intentó sonar segura de sí misma, pero al final supo que no engañaría a nadie. La voz de Sandra tembló con cada palabra. El soldado debió darse cuenta, porque sonriendo les ordenó con un gesto que lo siguieran.

—Y por cierto, no creo que sea muy placentera la visita del capitán —su colega no pudo contener la risa burlona—, un pajarito nos dijo que se han estado portando mal.

Ambos soldados sonrieron y se apartaron de la puerta para dejarlas pasar. Mientras iban bajando por la rampa, Sandra no pudo evitar sentir la mirada de aquellos dos asquerosos sobre sus nalgas.

Capítulo 45

Nada es lo que parece

(Orangeville, Florida)

En cuanto entró en el supermercado tuvo que recostarse contra una columna para reponerse de la primera oleada de mareos. Su mano izquierda le estaba temblando incontrolablemente y la visión comenzó a nublársele al punto de creer que podría llegar a desmayarse.

«Respira, hombre, respira... así, profundo, cuenta hasta diez...», el corazón estaba a punto de estallarle en el pecho: bum, bum, bum, cada latido le estremecía los oídos y, para empeorarlo todo, su cuerpo no dejaba de estremecerse. Por fin, al cabo de dos largos y angustiosos minutos —que le parecieron unas diez o veinte horas— y tras varios ejercicios de respiración, pudo volver a controlar sus nervios.

«Mucho mejor, así, sigue respirando».

Miller comprendió perfectamente lo que le estaba ocurriendo. En términos militares se le llamaba “sobredosis de adrenalina.” O sea, era como tomar un porro bien cargado de marihuana (de la buena, de la pura y sin ingredientes), darle una calada que llenara los pulmones, el pecho, la boca y hasta los ojos; cuando dejaras escapar el humo, estarías riéndote unos diez minutos —ese sería el mejor escenario—; en el peor de los casos, podías creer que eras miembro de los X-Men y que contabas con poderes para atravesar las paredes.

Una sobredosis de adrenalina era algo muy común entre las unidades especiales, los comandos que se sometían a misiones extremas, según los científicos militares, desarrollaban mucho más sus glándulas suprarrenales (las encargadas de producir la adrenalina), estas glándulas debía mantenerse bombeando adrenalina hacia las extremidades durante tiempos ilimitados; en cuanto pasaba el peligro estos súper soldados terminaban mareados, vomitaban, se orinaban encima e incluso algunos experimentaban temblores durante horas.

Lo que convertía a este tipo de soldados en unidades especiales, era lo rápido que podían reponerse.

«La misión aún no se ha acabado —se regañó a sí mismo—, mira hacia adelante, reúne toda tu mierda y aprende a compartimentarla en tu puto cerebro».

«¿Hasta qué punto los sobrevivientes de una catástrofe pueden ser tan ignorantes?», la respuesta la tuvo ante sus ojos.

Avanzó por los pasillos desiertos del Walmart, prestando atención a todos los estantes que fueron saqueados y, sin poder salir de su asombro, vio cómo la estupidez humana no tenía límites. En su mente se desarrollaron las imágenes de lo que debió de haber pasado dentro del supermercado. Una multitud entrando en pánico y asaltando la tienda; siempre pasaba lo mismo ante cualquier desastre, las tiendas se convertían en el primer blanco de los asustados ciudadanos.

Lo irónico es que en las prioridades de la “multitud de desesperados”, priorizar lo elemental para sobrevivir pasaba a segundo plano en cuanto te veías dentro de la tienda y con los estantes abarrotados de todo tipo de productos. ¡Increíble pero cierto!; lo primero que hacían era asaltar la sección de equipos electrónicos, luego la comida, siempre en ese orden; prácticamente nadie corría hacia el área de pesca y caza.

Ok, no se les podía criticar.

Por desgracia ese era el gran problema que tenían las personas que vivían en las ciudades, simplemente no sabían cómo sobrevivir a las catástrofes.

Miller miró hacia una de las paredes que antes debió de estar repleta de gigantescas pantallas plasmas —estaba completamente vacía—, al igual que los estantes de comida y los departamentos de ropa... lo último fue la Farmacia. Solo unos pocos sabían que ante una catástrofe lo primero era preparar un equipo que les permitiera sobrevivir una larga temporada fuera de la ciudad.

Un buen equipo de caza (anzuelos, redes de pescar, instrumentos de cortar y preparar fuego, pero sobre todo una buena casa de campaña y algunas mantas) y lo elemental: ¡un buen calzado! Unas botas de montaña podían hacer la diferencia entre la vida y la muerte.

Cuando atravesó el área de de caza y pesca, no se sorprendió al ver colgadas de los anaqueles una colección de varas de pescar, nadie les prestó atención durante el saqueo. « ¡De qué me sorprendo! ».

Recorrió el siguiente pasillo, pasó por encima de los trozos de cristales de las vidrieras de la joyería: «Esta sección sí que la arrasaron, ¡idiotas! ¿Acaso van a comer relojes de oro?».

Entonces las vio, se detuvo, miró hacia los lados y contuvo la risa.

Uno de los estantes estaba repleto de cajas de tabaco molido. Miller se acercó, miró las marcas, al final decidió que no importaba una u otra, la que fuera le vendría bien con tal de volver a sentir el jugo de tabaco entre sus dientes. Terminó metiéndose en los bolsillos todas las que cupieron.

«Unos roban televisores y otros relojes, tú te llevas latas de tabaco... mejor muérdete la lengua y no vuelvas a criticar».

Dobló por entre los roperos y llegó al área del calzado.

Como era de suponer todos los zapatos de marcas y diseños hermosos habían desaparecido, lo cual era perfecto, ya que le agilizó su trabajo. Tras medio minuto de búsqueda encontró unas pesadas botas de montaña con punteras de metal, «feas a matarse, pero perfectas para salvarte la vida».

Si quería escapar con los jóvenes lo primero sería calzar a Mila, de lo contrario correría el riesgo de que los retrasara todo el camino. Miró hacia la puerta de entrada, debían de faltar pocos minutos para que la llama llegara al tanque de gasolina. Sin perder un segundo más, con las botas en una mano y la pistola en la otra, regresó junto a la pareja.

Estaban acurrucados contra una esquina de la pared. Jordan abrazó a Mila, le besó la frente y comenzó a susurrarle palabras cariñosas en el oído, para horror de Miller, la chica volvió a entrar en estado de shock. No paraba de temblar y de murmurar palabras incoherentes.

—Mila, Jordan, soy yo. No se asusten.

Jordan asintió, pero Mila miró hacia donde suponía que venía su voz, Miller vio puro odio en su mirada. Sin amilanarse se acercó a ella y le examinó las heridas de los pies, eran más grandes y profundas de lo que le parecieron en un principio.

—Mila, voy a ponerte un par de botas —. Al tocarle los tobillos, la chica comenzó a temblar como si estuviera convulsionando; Jordan intentó calmarla sin mucho éxito; Miller le sujetó fuertemente los tobillos—. Ya está... Ahora trata de caminar.

En ese mismo instante, justo cuando entre los dos la levantaron, una explosión estremeció las paredes, los techos y los estantes del supermercado. Los pocos artículos que aún quedaban en los anaqueles cayeron al piso generando una cacofonía que les arrancó varios gritos a los jóvenes.

—¡Tranquilos, tranquilos! Ese fui yo.

—Los Jeeps...

—Sí, hice explotar uno de ellos. Así no nos podrán perseguir.

—¡Estás loco! Con eso solo vas a atraer al resto de los Elegidos.

«Los Elegidos... ¡pero qué demonios le pasa a todos esos imbéciles con sus nombres apocalípticos!». Miller decidió llamarlos Los Cazadores, pero por lo visto el grupo de asesinos-psicópatas ya tenían su propio nombre de guerra, según se mirara, más cruel y original.

—Tienes razón— Miller prefirió no llevarles la contraria, lo que fuera con tal de que se pusieran en movimiento—. Mila, ¿puedes caminar?

La muchacha asintió, pero no le dijo ni una sola palabra. Jordan la ayudó a levantarse, pero en cuanto logró ponerse de pie, apenas pudo dar algunos pasos, era evidente que no iba a caminar con aquellas heridas. Miller decidió que no había tiempo para intentar ser amable con una adolescente traumatada.

—Voy a cargarte —le dijo con voz autoritaria dejando claro que no iba aceptar un no por respuesta—. Afuera tengo una camioneta que podemos usarla para escapar.

Sin más explicaciones pasó una de sus manos por debajo de los muslos de Mila y la levantó en peso, la joven lo ayudó poniendo uno de sus brazos por detrás de su cuello, y Miller, sin poderlo evitar, ante aquel gesto inconsciente la atrajo contra su pecho como habría hecho con una de sus hijas.

La ropa de encaje con que vistieron a la chica mostraba todas sus sensuales curvas; sin dudas era una mujer hermosísima, pero solo había que mirarle el rostro para comprender que era una adolescente: «No debe de tener más de quince años».

Recorrieron rápidamente el camino de vuelta hacia la puerta del taller de mecánica. Para poder guiarse durante el corto trayecto, le dijo a Jordan que se sujetara de su mochila; así, los guió a través de los pasillos y estantes hasta la salida. A pesar de que el recorrido hasta la camioneta fue corto, cuando Miller depositó a Mila en el asiento del pasajero se sintió como el hombre más asqueroso del mundo.

«¡Está mal, muy mal! ¿Qué le habrán hecho esos monstruos?».

Por mucho que lo intentó, la pregunta no desapareció de su mente. Durante el corto trayecto en que la cargó en sus brazos, se dio cuenta de que el simple hecho de tocarle la piel le produjo a Mila unos temblores incontrolables, era como si sus brazos estuvieran enrollados con alambres de púas.

Como fuera que se llamaran, Cazadores o Elegidos, aquella banda de

asesinos no tardó en llegar, Jordan tenía razón. Pero para ese entonces ya Miller había salido de la ciudad y les llevaba muy buena ventaja. Sin embargo, podía escuchar los sonidos de disparos lanzados al azar. Comprendió de esa manera la triste realidad, Orangeville dejó de ser el pacífico pueblo en el que creció, para convertirse en una zona de guerra ocupada por pandillas de asesinos.

Durante más de una hora nadie dijo una sola palabra, lo cual fue perfecto, él necesitaba concentrarse, crear varias rutas de escape no le era problema, las trampas sí. Esa era su especialidad, crear campos minados para quienes lo intentaran seguir; de momento, poner la mayor distancia posible entre los Elegidos y su grupo era su mejor defensa.

—Me llamo Max Miller —sus palabras trajeron de vuelta a la pareja, o al menos a Jordan, pues realmente Mila ni reaccionó, siguió atrapada en su propia mente por fantasmas que solo ella veía.

Esperó una respuesta que nunca llegó; no los culpó, aquellos chicos estaban traumatados, él por lo menos intentó romper el silencio, lo cual no fue suficiente.

La oscuridad dentro de la cabina era tal que apenas podían definirse sus siluetas. A pesar de que Jordan no hizo la pregunta, Miller supuso que el joven debió de haberse dado cuenta de que su “salvador” contaba con gafas de visión nocturna.

—¿A dónde nos llevas?— por fin Jordan decidió romper el silencio tan incomodó que ya a Miller le pesaba en la conciencia.

—A un lugar seguro— le contestó. No quería mentirle, pero tampoco podía darle detalles específicos por su propia seguridad y la de su familia—. No tienen de qué preocuparse, sé que no tengo como demostrarles que no quiero hacerles daño, pero soy un amigo.

Jordan asintió, pero prefirió no responderle.

«Aún no confían en mí, incluso después de haber eliminado al escuadrón de asesinos que enviaron a capturarlos».

Por lo que fuera que hubieran pasado aquellos dos chicos, Miller no se sorprendió en lo más mínimo (tendría que ganarse su confianza paso a paso), de momento lo importante era que llegaran a salvo y sin ser seguidos al rancho.

Continuaron conduciendo durante otra hora —Miller dio un rodeo enorme pues su intención era llegar a su rancho por un lugar intransitable—, con las luces apagadas, guiándose solamente con sus NVG, las gafas le

permitieron avanzar esquivando los autos abandonados a todo lo largo de las calles y autopistas. De vez en cuando activaba la visión térmica para buscar figuras humanas, pero todo estaba despejado, era como si Los Elegidos hubieran matado, capturado o atemorizado a todos los ciudadanos de Orangeville.

Por fin, tras introducirse por un camino que Miller conocía perfectamente, ya que durante años nadie lo recorría, detuvo la camioneta tras unos arbustos derribados por el último huracán.

—Llegamos al primer punto.

—¿Primer punto?

Mila se había quedado dormida, pero en cuanto la vieja Ford se detuvo, se despertó sobresaltada y buscó la mano de Jordan.

—Tranquila, estoy aquí —le dijo este, ella se relajó un poco, pero seguía buscando fantasmas en la oscuridad. Ninguno de sus gestos escapó a los entrenados ojos de Miller—. ¿Dónde estamos?

Miller prefirió no darle datos, una vez más sus instintos militares prevalecieron a su condición humana, los chicos estaban asustados, pero si alguno de ellos era capturado, lo mejor era que no tuvieran la más mínima idea de dónde estaba su casa.

—Ya les dije, vamos hacia un lugar seguro. De momento, dejaremos la camioneta aquí, luego nos vamos a introducir en el bosque.

—No quiero ir.

Por primera vez desde que salieron del Walmart, Mila habló, y sus palabras no presagiaban nada bueno. La muchacha se quedó mirando su silueta, que ya podía distinguirse con los primeros rayos del alba. Sin dejar de mirarlo se bajó de la camioneta y se recostó a la puerta, Miller la imitó, le dio la vuelta al vehículo y se quedó observándole el rostro. Mila estaba luchando contra el dolor y valorando la posibilidad de salir corriendo, ¿pero hacia dónde?

«Lo siento, sé lo que estás pensando, y no lo vas a lograr, yo lo sé y tú lo sabes», era momento de cambiar de táctica. De alguna manera tenía que ganarse su confianza.

Abrió su mochila, sacó un par de NVG extras que había empacado, las encendió y se acercó a ella.

—Voy a ponerte unas gafas de visión nocturnas— en cuanto le tocó el rostro, la joven apretó los puños, pero no le impidió que se las conectara.

Ambos se miraron.

—Me llamo Max Miller— ya había perdido la cuenta de las veces que se había presentado. Volvió abrir su mochila, sacó dos pomos de agua y se los entregó a cada uno, junto con una barra de proteína energética—. No tenemos mucho tiempo, así que tómense todo el pomo de agua, pero suave, solo pequeños tragos. Mastiquen un trozo de la barra durante diez segundos, vuelvan a darse otro trago de agua y repítanlo hasta que terminen el pomo.

Jordan miró la barra y al instante comenzó a tragarse el agua, le dio enormes mordiscos y lanzó a la mierda las instrucciones, en menos de treinta segundos había terminado, por su parte Mila no parecía tan confiada.

—Sé que no es mucho, pero les daré más comida cuando lleguemos, por ahora lo que necesitan es proteínas y mantenerse hidratados.

—¿Por qué nos estás ayudando?— Mila abrió el pomo, se dio un largo trago y comenzó a comerse la barra, apretó los dientes ante una punzada de dolor que no pudo disimular.

«No vas mal, ahora no la cagues», volvió abrir la mochila y sacó un artefacto con forma cilíndrica y una aguja hipodérmica en la punta. Mila retrocedió al verlo avanzar hacia ella.

—¿Qué vas hacer? —preguntó horrorizada—. ¿Qué... qué es eso?

—Tranquila, es para el dolor, puedes ver el pomo y leerlo, dispara dosis de morfina.

La chica negó con la cabeza y miró hacia Jordan en busca de su apoyo.

—No pienso dejar que me inyectes nada. ¡Ni se te ocurra!

«¿Y ahora qué? ¡Por Dios, Emma, como te necesito!». No pintaba nada bien, pero tenía que seguir intentándolo.

—Chicos, soy un Marine Recon— la pareja se miró sin comprenderlo, Miller llenó el disparo de adrenalina con una dosis bien fuerte, lo suficiente como para mantenerla calmada sin dormirla del todo—, mi misión es buscar sobrevivientes y reunirlos. Mila, tienes que ayudarme, no puedes caminar en las condiciones que estás. Solo nos vas a retrasar, ¿acaso quieres poner en peligro a Jordan?

El truco funcionó, la joven negó con la cabeza y dejó de retroceder. Miller no le dio un segundo para que se lo volviera a replantear. Le pinchó el muslo y a los pocos segundos la morfina hizo efecto. Mila comenzó a perder el equilibrio, pero antes de que se desplomara la sujetó de un brazo, le quitó las gafas y se las puso a Jordan, también se quitó la mochila y se la entregó, luego cargó en su espalda a Mila, esta no opuso ninguna resistencia, de hecho, le

apretó el cuello facilitándole el agarre antes de quedarse en un estado semiconsciente, la chica estiró su mano buscando en la oscuridad la mano de Jordan.

—No me dejes de nuevo —le susurró.

Miller tomó notas de sus palabras, la acomodó en su espalda y se introdujo en el bosque seguido a pocos pasos por Jordan. Tenían por delante una marcha de diez millas. Pero sabiendo que en el bosque los sonidos viajan más rápido, Miller prefirió avanzar un buen tramo antes de volver a romper el silencio.

—Entonces, ¿tú y Mila son...?

—Es mi hermana —era lo que Miller se había imaginado, el muchacho guardó silencio por unos minutos, pero como cualquier adolescente, tardó muy poco en volver hablar, aclarándole otras dudas—: es mi hermana menor, se supone que yo debía de cuidarla.

Miller afirmó sus palabras con un simple gesto, no miró hacia atrás, pero pudo escuchar que Jordan había comenzado a llorar... quizás de alivio —por sentirse a salvo— o quizás de remordimientos. Si él era el hermano mayor y, no debía de tener más de diecisiete años: ¿cuántos años tenía Mila?

Antes de que el efecto de la camaradería desapareciera, Miller se apresuró en hacerle otra pregunta:

—¿Y tus padres?

Jordan lanzó un profundo sollozo, pero no le respondió, por lo cual Miller prefirió no seguir hurgando en la llaga, ya tendrían tiempo de hablar. Sobre todo con Emma, a quien se le daba muy bien todo eso de hablar con personas traumadas.

Durante más de media hora ninguno de los dos dijo una sola palabra, tampoco tomaron un descanso. Jordan parecía a punto de desmayarse, pero no se quejó ni una sola vez, Miller contuvo la risa al imaginarse los pensamientos del chico. De seguro su orgullo no le permitía pedirle unos segundos para recobrar el aliento, Miller era mucho más pequeño y debía de pesar unas ciento sesenta libras, pero el hombre era incansable. Cargaba a su hermana, un traje repleto de cargadores, un rifle sujeto al pecho y no se detenía ni para escupir su tabaco.

—Falta... mucho...

Miller volvió a contener la sonrisa, miró a Jordan, el joven no pudo evitar recostarse a un árbol para mantenerse en pie, el sudor le recorría todo el rostro, gotas gigantescas le caían desde la punta de la nariz y le temblaban

los pies y las manos. Apenas podía hablar, mucho menos respirar. Su pecho le subía y bajaba mientras llenaba sus pulmones con boconadas de aire. Parecía que llevara una hora corriendo en un maratón. Al igual que él, se había quitado las NVG, ya no los necesitaban. El amanecer había comenzado a penetrar poco a poco las penumbras del bosque, filtrando los primeros rayos del sol y trayendo consigo la ilusión de que el día siempre era mejor que la noche.

Tras otros cien metros, llegaron al perímetro de seguridad del rancho, Miller hizo una señal para que Big Mama los reconociera.

—Hemos llegado —le anunció.

Continuaron avanzando hasta la mismísima puerta de su casa, Emma y Big Mama estaba en el cobertizo esperándolo. Antes de llegar, Jordan le tocó el hombro a Miller, este se giró y se encontró con el rostro de un adolescente al que le corrían las lágrimas por las mejillas.

—Mis padres están muertos —Miller simplemente asintió, no quiso hacerle ninguna otra pregunta, pero Jordan no había terminado—; mi madre murió en un accidente, pero los Elegidos asesinaron a mi padre.

Capítulo 46

Los visitantes

(Orangeville, Florida)

Desde la ventana, oculta para no revelar ni su propia sombra, Emma observó cómo los primeros rayos de sol fueron disolviendo la neblina que rodeaba al rancho, dejando ver la silueta inconfundible de su esposo y otro hombre que lo venía acompañando. En cuanto se acercaron un poco más, se percató de que Miller estaba cargando a otra persona.

—Ya viene... —gritó Big Mama desde el pórtico.

La anciana abandonó su puesto de guardia para reunirse con su nieto y sus... invitados. Que la anciana estuviera allí significaba que incumplió las órdenes de Miller, él fue bien claro, nadie —bajo ninguna situación— podía abandonar su posición. De momento decidió seguir el protocolo que Miller le hizo repetir cientos de veces; esperó que se aproximaran tanto como para poder dispararles sin fallar, solo entonces abrió la puerta. A su lado, escondida tras el marco, depositó una pistola.

Si Miller venía amenazado y necesitaba defenderse, la tendría justo a la entrada. En cuanto lo tuvo cerca, lo vio sonreír «ok, gracias a Dios, no hay de qué preocuparse».

O quizás sí...

Miller pasó por su lado, le guiñó un ojo pero no la besó. Siguió directo hacia el sofá y depositó en él, con sumo cuidado, a Miss Ucrania. Emma no le miró el rostro, solo se fijó en las súper curvas de la modelo y sintió que sus hormonas comenzaban a bullir en su interior.

«¡De esta te castro!», le sonrió políticamente al otro muchacho que siguió a su marido.

«Todo está bien, no hay problemas», se repitió una y otra vez, después de todo, había estado toda la noche preparándose psicológicamente para los peores escenarios que su marido le contara a su regreso. Debido a su profesión, su experiencia, y lo que sucedió en los últimos meses, no creyó que a estas alturas hubieran muchas cosas que pudieran realmente asustarla.

Emma había visto en primera persona los horrores que la guerra podía producir. Durante dos años trabajó como enfermera en una de las bases militares más peligrosas de los Estados Unidos en Afganistán. Allí vio de todo

lo que la muerte podía mostrar. Niños despedazados por autos bombas, soldados mutilados que luchaban para que le salvaran al menos una pierna, comandos élitos —como su esposo—, los tipos duros del ejercito; «hombres que comían plomo y cagaba balas», como solía decirle Miller, que llegaban llorando como niños a los que les quitaran sus caramelos de Halloween, o sea, había visto de todo.

A su regreso siguió trabajando en una sala de emergencias, donde al igual que en Afganistán, los horrores podían ser inimaginables. Con toda esa experiencia en situaciones trágicas creyó que nada la sorprendería, pero se equivocó.

Cuando Miller pasó por su lado y depositó en el sofá de la sala —¡en ropa interior!—, a una rubia que parecía sacada del estudio de grabaciones de Brazzers, solo sintió ganas de buscar la escopeta, apuntarle en los huevos a su marido y hacerle una simple pregunta: «¿Quién demonios es está puta? Y no me vengas conque la encontraste en la calle, porque te juro que...»

—Emma, te presento a Mila —. «Creo que estoy viendo fantasmas donde no los hay», Miller le habló con uno de sus tonos que solía usar cuando las situaciones eran realmente peligrosas; su voz le paralizó los nervios. Por la expresión de su marido, comprendió al instante que algo grave... algo terrible había pasado. En ese momento quiso que la tierra se la tragara al comprender que había exagerado con sus ataques de celos—. Y él es Jordan, su hermano.

Emma miró por primera vez al otro hombre que los venía acompañando, era un adolescente, mucho más alto que su marido (bueno, todo el mundo era más alto que su marido), pecoso y con el rostro lleno de granos, prácticamente un chiquillo.

—Emma, Mila necesita urgentemente que la examines —. ¿Había miedo? No, había pánico en la voz de su marido. Algo terrible debió de ocurrir en Orangeville.

Cuando se acercó a Miss Ucrania y le miró el rostro, comprendió que sus ataques de celos habían sido de los más estúpidos y sin sentido que hubiera tenido en su vida.

«Es el embarazo, no puede haber otra explicación»; eso, échale la culpa a las hormonas.

Mila tenía un cuerpo que intimidaría a cualquier mujer (su propio caso), pero no era más que una niña —eso sí—, muy bien desarrollada.

Cuando la miró con más atención se llevó disimuladamente las manos

a la boca para contener un grito ahogado.

«¿¡Por Dios, que te hicieron cariño!?».

La joven no se atrevió a mirarle a la cara, y Emma la comprendió, era como si presintiera que por el simple hecho de ser mujer podría darse cuenta de todo lo que le habían hecho. Y la verdad es que no estaba muy lejos de la verdad. Emma tenía mucha —o quizás demasiada— experiencia en casos similares. No era la primera adolescente violada con la que se topaba en la sala de emergencias, aunque este caso parecía superar todo lo que hasta el momento hubiera visto. De un simple vistazo pudo reconocer los signos esparcidos por todo el cuerpo de Mila.

Respiró profundo, calmó el volcán que estaba a punto de estallar en su interior y tuvo que recordarse que lo importante era aquella muchacha, pensar en los monstruos que la maltrataron era malgastar su tiempo.

«Lo primero es darle la mayor privacidad posible, hacerla sentir segura, sobre todo; que sepa que es ella quien controla la situación».

Miró a su esposo y este se encogió de hombros. Su mensaje fue claro: «yo la traje, ahora te toca a ti».

Ella lo hubiera querido coger por el cuello. Su marido podría escribir un catálogo de doscientas páginas titulado: “Cómo matar a un hombre de cien maneras diferentes usando un corta uñas.” Pero hasta ahí sus conocimientos, cuando se trataba de hablar con las personas era un verdadero cavernícola.

Emma simplemente negó con la cabeza.

Cuando se hicieron novios ella intentó cambiarlo, prácticamente le exigió que se leyera algún libro, que aprendiera algo de arte o viera alguna película decente, ¡por Dios! ¡Que por lo menos dejara de mascar tabaco!

En todo fracasó.

En su vida Miller se había leído un maldito libro, en todo caso los manuales de cómo ensamblar un nuevo rifle o algunas instrucciones para armar o desarmar un motor —y ni eso—, porque la mayoría de las veces buscaba en YouTube el video que se lo explicara.

Quizás lo quería tanto precisamente por eso, nunca cambió por ella, simplemente la amaba a su manera, al final Emma aprendió a amarlo hasta lo obsesivo, era su hombre, su amigo, su amante... su redneck; sí, mascaba tabaco, usaba orgulloso una barba que le llegaba al pecho y, eso se lo dejó bien claro desde el primer día, nunca se iba a leer un puto libro en su vida. La buena parte: la idolatraba. Ella lo conocía mejor que él mismo, por eso, una simple mirada y Miller la comprendió al instante: debía seguirle la corriente y

no chistar en nada.

—Mila, me llamo Emma, soy enfermera en una sala de emergencia, ¿me das permiso para examinarte?

La joven no le respondió, lo cual era de esperar. Parecía desorientada, posiblemente por la sobredosis de morfina que su marido debió de haberle inyectado... ¡salvaje!, de milagro aún se sostenía en pie. Emma estudió su lenguaje corporal, siguió cada uno de sus movimientos, los cuales eran predecibles. Mila miró con el rabillo del ojo a Miller —con gesto algo infantil—, como si no quisiera atraer su mirada. La joven agarró uno de los cojines del sofá y suavemente lo apretó contra su pecho, usándolo para cubrirse los senos.

«Perfecto, cariño, hágame, aunque sea con gesto. Bien, aún sientes vergüenza, no quieres que te sigan mirando con esa ropa».

Emma comprendió al instante lo que estaba pensando, le miró los pies y vio la sangre que salía de las botas. No podía caminar, por eso su esposo la trajo cargada. Todo el rompecabezas cobró sentido.

—Mila, ¿quieres ir para una de las habitaciones? Allí podremos estar solas. ¿Me entiendes? Solas, tú y yo, solo las mujeres. ¿Crees que puedas caminar? —. Emma sabía perfectamente la respuesta, pero de eso precisamente se trataba, que fuera ella quien tomara las decisiones.

Durante unos instantes de incertidumbre Mila miró hacia el piso como si allí fuera a encontrar la respuesta que estaban esperando de ella, al final, negó con la cabeza.

«Bien, sigue así cariño, lo estás haciendo muy bien, ahora vamos a establecer las reglas».

Ella conocía de memoria el protocolo, lo había llevado a cabo una docena de veces. En una sala llena de policías, de hombres, de médicos que intimidaban a una joven que acababa de ser abusada sexualmente, lo primero siempre era alejar a los hombres, rodearla de mujeres y hacerla sentir segura. Hacerla comprender que nada de lo sucedido fue su culpa, sobre todo, que era ella quien tenía el control.

—Mi esposo te va a cargar para llevarte a la habitación— Miller dio varios pasos, pero se detuvo al ser crucificado por la mirada de Emma—. Mila, mírame, ¿le das permiso para que te cargue?

Otro largo e incómodo momento de silencio. Por fin Mila asintió, pero no se atrevió a mirarla. Emma no quiso forzarla, miró a Miller y le indicó que procediera.

Miller se arrodilló, puso una de sus manos bajo los muslos de la joven, la otra en su espalda y la levantó sin ningún problema. Ese era el momento que Emma estaba esperando. Mila cerró los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, todo su cuerpo pareció ponerse rígido y el rostro le palideció al punto que temió que pudiera desmayarse. El daño traumático era más grande de lo que se había imaginado. Mila apretó la mandíbula y sus ojos parecieron entrar en estado de shock. Era evidente que el contacto con la piel de Miller la asqueaba hasta el punto de hacerla contener la respiración.

Miller recorrió el pasillo, le dio una leve patada a la puerta de la habitación y la depositó sobre la cama, en ese momento Mila dejó escapar el aire. Rápidamente tomó una de las sábanas y se cubrió el cuerpo.

«Ahora viene la técnica de efecto».

—Mila, quiero hacerte un examen general, pero tienes que entender que solo vamos hacer lo que tú me permitas —hizo una pausa dramática generando el efecto que esperaba. Mila asintió—. Nadie va a entrar en esta habitación si tú no das permiso, ¿quieres que Miller salga?

Por supuesto que su marido iba a salir de la habitación, pero la idea era que Mila enfocara sus miedos, los controlara y comprendiera que podía tomar decisiones. Lo sintió por él, pero en este caso, le tocó a Miller ser el malo de la película.

Mila asintió.

—No, tienes que decírselo —aquello era un poco extremo, pero en el fondo sabía que solo la estaba ayudando.

Mila continuó mirando hacia el piso, pero con una voz que fue prácticamente imposible de entender lo que decía, le susurró que saliera.

Emma negó con la cabeza.

—No, tienes que decírselo.

Miller miró a su esposa como diciéndole: ¿no te estarás pasando?

—Quiero... quiero que salgas de la habitación—. Miller simplemente asintió, pero entonces se sorprendieron, tanto su esposa como él, cuando Mila agregó—: ¡Vete, lárgate de aquí!

Miller no supo qué hacer o decir, temió dejar sola a su esposa, Mila no estaba bien, pero Emma lo miró con sus enormes ojos acaramelados y le lanzó una de sus expresiones de «¡tranquilo, todo va a ir bien!»

—Ya la oíste —por su expresión supo que su marido estaba dolido, se acarició la barba y asintió sin decir una sola palabra. Ella le guiñó un ojo

para acto seguido agregar—: no vuelvas a entrar en la habitación si Mila no te da permiso.

Miller les dio la espalda y se marchó por el pasillo sin decir una sola palabra.

—Voy a buscar mi botiquín médico.

—No, voy yo —se apresuró a decir Big Mama, luego, dirigiéndose a Jordan le dijo—: tú tienes cara de tener hambre, vamos, te voy a preparar un desayuno.

Para sorpresa de Emma, Jordan se acercó a Mila y la besó en la frente.

—Voy a estar afuera.

Mila le sostuvo la mano y se la besó.

—No te vayas lejos.

Emma tomó notas; Mila rechazaba el contacto de otros hombres, no el de su hermano, y por lo visto tampoco el de las mujeres.

En cuanto Jordan cerró la puerta, Emma se le acercó, cuidadosamente le quitó las botas y comenzó a examinarle las heridas. Por lo menos iba a tener que darle una veintena de puntos en cada pie.

Con mucho cuidado, apoyada contra el borde la cama, la ayudó a desvestirse. El cuerpo de Mila sin dudas le provocaría una erección a cualquier hombre, pero a Emma —experta en reconocer las cicatrices bajo la piel—, solo le provocó un terrible vacío en el pecho.

Capítulo 47

Las reglas del juego

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

El capitán Conrado Murillo no disimuló la atracción que las piernas torneadas de Lorena provocaban sobre él. Daisy, en un acto de celos y valentía atrajo a su pareja hacia ella, protegiéndola con un abrazo, este infantil gesto le provocó a Conrado una sonrisa socarrona. Al final terminó haciendo girar su cabeza lentamente hacia Alejandro, quien de igual manera le sonrió.

—A ver, ¿por dónde empezamos?

Conrado entró en la casa acompañado por seis de sus soldados élites, todos tenían en sus manos una tonfa y en la cadera su pistola reglamentaria. Millaverde solo contaba con un Kukri —un enorme cuchillo curvo de origen nepalí que Alejandro le regaló al regreso de uno de sus viajes al extranjero—, el cuchillo siempre lo traía oculto en su espalda, esto, sumando al estrecho espacio de la sala podía jugar en su ventaja. Aun así había pistolas de por medio y estaban las mujeres. Ambos amigos se miraron; Millaverde leyó perfectamente el lenguaje corporal de Alejandro, sus órdenes fueron claras: «pase lo que pase, no hagas nada».

—Sabes una cosa, nunca me ha gustado andar con rodeos —Conrado puso una pequeña pantalla táctil sobre los pies de Alejandro, en ella se veían varias imágenes de los Correcaminos, era evidente que las fotografías fueron tomadas por las cámaras de las cercas instaladas alrededor del municipio—. Este no, este... mmm, tampoco se ve bien, pero estos dos de aquí, ¿los conoces?

Las imágenes estaban en alta definición, eran inconfundibles. Alejandro se encogió de hombros y le sonrió.

—Sí, las caras me suena de alguna parte, pero no creo...

Fue un movimiento tan rápido que tomó por sorpresa a todos los presentes, Conrado le dio una bofetada a Alejandro tan fuerte que este se estremeció y a punto estuvo de ser lanzado de la silla de ruedas, de no haber estado sujeto por un cinturón de seguridad, habría terminado en el piso.

—¡Hijo de puta, maricón! —le gritó Sandra sin poder contenerse y se le lanzó encima, pero fue Millaverde quien se interpuso entre ella y el capitán. Como una tigresa la mujer lanzó zarpazos al aire provocando la risa de los soldados.

A Millaverde no se le pasó ningún detalle, sujetó fuertemente a Sandra contra su pecho sin dejar de mirar a los soldados, tres de ellos habían sacado sus tonfas, si Sandra hubiera llegado un poco más cerca de su querido capitán, estos no habrían dudado en darle una paliza y entonces él iba a tener que intervenir, y si el intervenía las consecuencias eran impredecibles.

Alejandro se tocó la nariz y el labio superior, sangraba por los dos. No miró hacia Conrado, sino hacia los Avispas Negras que sostenían sus tonfas listas para usarlas.

—¿Qué me vas a decir? —le retó Conrado—. Que hay una cerca con alambrada rodeando el municipio de Tres Cruces. ¡Oh!, ¿no lo sabías?, es bien simple; se trata solo una medida de seguridad extrema y necesaria tomada por el Gobierno. Sí, como lo oyes, la epidemia sigue cobrando vidas y, ciudadanos irresponsables, como algunos que conozco, han tomado peligrosas decisiones que ponen en peligro a todo el país —Conrado tomó aire para continuar con un discurso que evidentemente ya tenía preparado de antemano—. ¡Ya, así de simple! No es nada nuevo, esta noche lo van a decir por la televisión nacional.

Alejandro le sonrió, se pasó la lengua por el labio y saboreó el gusto metálico de la sangre, al mismo tiempo negó con la cabeza.

—¡Oh, no es eso! ¡Ay, me confundí! Ya sé. ¿Qué el Gobierno está recolectando alimentos para ellos?

—No, solo pensé que para estar parado, golpearme de sorpresa y usando todo tu peso no golpeas tan fuerte como crees, es un detalles que deberías tener en cuenta la próxima vez que vayas a golpear a un inválido.

Conrado cerró el puño, pero por las miradas de sus hombres supo que las palabras de Alejandro lo hicieron quedar mal, en el último momento decidió que no valía la pena. Después de todo, necesitaba a ese imbécil y su pandilla. Alejandro mantenía una red de contrabando de comida, con todas las necesidades que estaba teniendo la población, desarticular esa red a la larga le traería más problemas que soluciones, lo mejor era infiltrarse en su grupo, conocer cada paso que fuera a dar, hacerle un buen trabajo de contrainteligencia.

Ese sería su plan, después de todo tenía los recursos a su favor; tanto tecnológicos como humanos.

—Escúchame bien, anótalo en esa cabecita —Conrado se le acercó y con el índice lo golpeó varias veces en la sien. La cabeza de Alejandro se balanceó hacia los lados con cada golpe—. Una sola vez te voy a dar luz

verde, no pienso volver a esta casa para advertirte. ¿Te quedó claro? Mírame cuando te hablo, pedazo de mierda. ¿Te quedó claro?

—Clarísimo, capitán.

—¿Ves que no fue tan difícil?

Conrado sonrió satisfecho, le dio la espalda y salió de la casa como si nada hubiera pasado.

Todos aún continuaban en shock cuando la cortina de la cocina se corrió y Edgar salió con un machete afilado hasta el cabo. Por la expresión en el rostro del joven, era evidente que estuvo esperando que la situación se pusiera mala de verdad para salir de su escondite.

—... ¡palabra... más... tenías que decir... juro... rajado en dos tapas... a... hijo de puta!

Nadie se atrevió a reírse, ni a intentar traducir la oración de Edgar, el mensaje les quedó clarísimo.

—Ese hombre es un animal —Sandra fue a la cocina a buscar una bolsa de hielo.

—Ustedes dos, como si nada hubiera pasado, continuamos con todos los negocios, aunque ahora hay que priorizar algunas cosas —Alejandro se dirigió hacia Daisy y Lorena—, olvídense de los cuadros y las demás obras de arte, esa mercancía déjenla donde está.

—Pero tenemos cuadros que valen...

—Lorena, ahora la prioridad es la comida. —La pareja asintió, ambas comprendieron que los negocios tenían que ser reestructurados, hasta el momento estuvieron moviendo de casa en casa, de almacén en almacén, todas las obras de arte pendientes para vender, la nueva realidad les demostró que el mercado simplemente había desaparecido—. Daisy, te vas a buscar a los Ferrer, los quiero mañana de nuevo aquí con toda la lista de suministros que nos quedan de los restaurantes. Lorena, ve directo a la Doña y a quien esté al frente de la venta de aceite le dices que no venda ni una gota más hasta nuevo aviso.

Ambas chicas se dieron un beso y salieron cada una por su camino, en cuanto se fueron Alejandro giró la silla hacia Millaverde, en ese momento Sandra le entregó una bolsa de hielo y se la puso en la cara.

—Nos tienen rodeados, no puedo tomar ninguna decisión sin antes saber qué cojones está pasando en las otras provincias, o por lo menos en las ciudades cercanas.

Alejandro comprendió en ese momento que sin saber lo que estaba sucediendo en los otros municipios o provincias no podía tomar ninguna decisión, de hacerlo corría el riesgo de poner en peligro la vida de sus hombres. No le quedó otra opción que esperar y seguir buscando una oportunidad.

Capítulo 48

Los Elegidos

(Orangeville, Florida)

El tiempo era un lujo que no podía permitirse, por eso lamentó tener que hacerle un interrogatorio a un adolescente medio traumatado; pero de tener que escoger, mejor a él que a su hermana, de esa que se ocupara Emma.

«Información, eso es lo que necesito ahora, conocer quiénes son esos locos fanáticos y con qué fuerza cuentan», de momento podía esperar unos minutos. Al mirar a Jordan y ver cómo devoraba el desayuno que Big Mama le preparó, decidió que al menos tuviera la barriga llena antes de exponerlo a un interrogatorio.

Big Mama hizo un desayuno continental gigantesco. Huevos revueltos —posiblemente los últimos—, acompañados con lascas de jamón, queso, frutas y una taza de té.

Por su parte él prefirió tomarse solo una enorme taza de café americano sin un gramo de azúcar. Tomó los primeros sorbos y se acarició la barba mientras observaba cómo Jordan pinchaba un segundo biscuit. En cuanto terminó, le puso la mano en el hombro y le indicó que lo siguiera.

Big Mama lo miró como diciéndole: «Llévalo suave, es un chiquillo».

Fueron hasta el puesto de observación, desde allí podrían hablar tranquilamente y a la vez patrullar el perímetro. Miller se acomodó, revisó la mira telescópica del Remington, los cargadores y los anteojos. Al final solo estaba ganando tiempo, sabía que Big Mama lo dejó todo en perfectas condiciones. Tras meditarlo un poco, decidió escoger bien sus palabras para romper el hielo.

Por su parte Jordan siguió cada uno de sus movimientos sin atreverse a decir nada, aunque Miller pudo sentir su ansiedad, el chico también quería comenzar una conversación, decirle todo lo que tenía dentro y que como Miller se imaginó, no encontraba las palabras adecuadas. Al final terminaron mirándose fijamente hasta que Jordan no le pudo sostener la mirada.

«Mierda, a Emma esto se le da mejor que a mí».

Sacó su lata Grizzly de tabaco molido —una de las que agarró de los estantes en Walmart—, sonrió satisfecho, hizo una pinza con los dedos, se estiró el labio y depositó en la encía una pequeña porción. Al instante la boca

se le llenó de jugo de tabaco, lo saboreó un rato y lanzó un escupitajo que le arrancó a Jordan una mueca de disgusto.

«Bien, hablemos».

—¿Eres como un Navy SEALs? —la pregunta lo sorprendió, sobre todo porque fue Jordan quien rompió el incómodo silencio.

—No, esos son unos aficionados a los que les han hecho muchas películas. Yo pertenezco a los Marine Recon... somos como, bueno, ya sabes, soldados élites, lo mejor de lo mejor, expertos en armamento y...

—O sea, como los Navy SEALs.

«¡Me cago...!».

Miller levantó las cejas y se contuvo de lanzarle un insulto, al final la culpa la tenía Hollywood.

Jordan sonrió, lo miró de frente y contuvo la risa, Miller negó con la cabeza al comprender que el chico solo quería mortificarlo con su batalla de egos.

—Gracias —le dijo Jordan. Miller solo asintió, miró hacia el camino y sus miedos debieron de verse reflejados en su rostro. Era evidente que estaba nervioso, ver avanzar a una caravana de Elegidos rumbo a su rancho ahora era su peor pesadilla—. Gracias por rescatarnos.

—No tienes nada que agradecerme, era mi deber...

—...no, no lo era, ya no quedan personas como tú, mucho menos como tú familia.

La mirada de Jordan se perdió en las montañas, lo cual dejó en su rostro una expresión triste, decepcionada y, sin tener que reconocerlo, Miller lamentó verlo así. Le molestaba ver a un adolescente que hubiera perdido su fe en la humanidad, aunque para decir verdad, hasta él estaba teniendo sus dudas.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete.

—Oh, luces mayor, ¿y Mila?

—Dieciséis... —hizo una pausa, como si le costara recordar algo, al final decidió contárselo—, también teníamos un hermano menor, se llamaba Josh, pero murió cuando todo se apagó.

«Sigue haciéndole preguntas, no dejes que pare».

—Lo siento, ¿pero de qué accidente hablas? ¿Qué fue lo que se apagó?

Por primera vez Jordan miró a su alrededor comprendiendo que Miller y su familia habían estado apartados de todo el caos que se vivió en la

ciudad. Permanecieron en una perfecta burbuja, atrapados en el tiempo, alejados de la realidad.

—Cuéntame, Jordan, ¿qué sucedió?

Miller sabía perfectamente que “cuando todo se apagó”, se refería al pulso electromagnético lanzado por las bombas nucleares. El caos que se generó en la ciudad debió ser apocalíptico. Por mucho que intentara imaginárselo sabía que estaría muy lejos de la realidad, por eso no lo forzó, simplemente esperó que fuera el joven quien una vez más decidiera romper el silencio.

Jordan tardó varios minutos en organizar sus ideas, miró el rifle, las montañas, a Miller y por último dejó que su mente regresara a la pesadilla de aquel día.

—Todo comenzó cuando los autos se detuvieron en la autopista. ¡Así, de repente! ¡Bum! La electricidad se fue... de todo, del auto, de la ciudad, de los celulares... fue... fue aterrador.

Jordan y su familia iban tomando en ese mismo instante una salida de la interestatal, de repente el auto se apagó, al igual que los que venían detrás y delante. Nunca supo que fue lo que los chocó, pero el auto donde viajaban dio varias vueltas y terminó estrellándose contra un muro de contención. En cuanto recobró el conocimiento, lo primero que escuchó fue la cadena de accidentes que generó una serie de explosiones. El caos había comenzado.

Los estallidos, los gritos, los cristales despedazándose, el chirriar del metal cuando se retorció con el impacto de otros autos y... más gritos, las voces humanas se imponían a las bocinas de los autos.

—Mi Mama y mi hermanito murieron... murieron en el accidente, Mila pudo salir sola del auto —A Miller no le costó trabajo imaginarse la escena—. Mi padre me tuvo que ayudar, yo... no lo recuerdo bien. Solo sé que no paré de llorar por horas, ¿qué más podía hacer? Nadia sabía lo que estaba pasando; que fue un ataque terrorista gritaban un grupo de sobrevivientes, otros dijeron que había sido Corea del Norte, para mí nada de lo que decían tenía sentido. Mila intentó regresar al auto, pero mi padre no la dejó. Fue entonces cuando comprendí que estaban...

—Está bien, Jordan, lo entiendo, ¿y luego, qué sucedió?

—Durante varias horas decidimos esperar por las ambulancias, los bomberos, ¿alguien tenía que llegar! Las autoridades, los policías, alguien siempre llega cuando esas cosas suceden, ellos son los que ponen orden... o

eso fue lo que mi padre continuó diciéndonos —«pero nadie llegó, no podían comunicarse y mucho menos responder a los llamados de auxilio»—. En la mañana comprendimos que no llegaría nadie.

Al igual que su familia —comenzó a explicarle Jordan—, cientos de personas se fueron uniendo, crearon una muchedumbre que marchó hacia el centro de la ciudad, alejándose de las explosiones y del fuego que se fue expandiendo por todos lados y... aquello solo era el comienzo.

Nada de lo ocurrido —de lo que habían visto hasta el momento— pudo compararse con la ola de pánico que estalló entre la multitud cuando los rumores de que Estados Unidos fue atacado con bombas nucleares.

—Eso es mentira —les aseguró su padre—, no crean nada de eso. Es el miedo, las personas cuando tienen miedo dicen cosas sin sentido.

Mila y él esperaban que su padre tuviera razón. Así que cuando los llevó hacia un lugar “seguro”, o sea, escondidos en unos callejones, volvieron a creer en él, después de todo, su padre sabía qué hacer en todo tipo de situaciones, para eso era uno de los mejores abogados del país.

—Nos dijo que debíamos esperar por él, y se marchó...

—¿Logró regresar?

—Oh sí, y nos trajo galletas y unos pomos de agua, no pudo conseguir nada más. Él estaba seguro de que el gobierno nos enviaría ayuda, lo importante era llegar a la Estación de la policía.

«Hizo todo lo que no debía hacerse..., pero ¿qué otras opciones tenía?», era el ejemplo que millones de personas debieron de seguir a lo largo de los Estados Unidos.

—Tú padre hizo lo que creyó correcto, pero el gobierno perdió la infraestructura de comunicación en cuanto se fue la electricidad, así que imagino que en ese momento les pareció la mejor idea, aunque...

—...fue un terrible error —Jordan lo interrumpió mientras le señalaba su pistola—. Fuimos hacia la Estación en busca de los “refugios para catástrofes” que el gobierno debía establecer... o eso continuó diciéndonos... él, mi padre no tenía idea de lo que estaba haciendo —Miller notó cierto reproche en las palabras Jordan, pero como cualquier otro adolescente, en cuanto se veían atrapados dentro de una situación de vida o muerte, la culpa siempre la tenían los adultos, y en este caso sí que tenía la razón—. Pero al llegar solo nos encontramos a una multitud, a un grupo de oficiales que no podían ni organizarse entre ellos, y una ola de violencia que estaba creciendo por minutos.

«Una ola de violencia que estaba creciendo por minutos», aquellas palabras no sonaban a las que diría un adolescente.

—En la Estación nos acomodaron, al igual que a otro ciento de personas, al final no éramos más que sardinas en latas esperando por los tiburones. —Una vez más, aquellas palabras a Miller no le sonaron como las que diría un adolescente—. La comida se acabó al siguiente día, por lo que muchos comenzaron a protestar; entre ellos mi padre. Él mismo salió varias veces, fue a las tiendas que había en los alrededores, pero nadie le aceptó sus tarjetas de crédito, y al igual que el resto no tenía cash.

—Imagino que entonces comenzaron los robos.

Jordan asintió.

—No fueron solo robos, es... no habría manera de explicártelo. Fue una guerra por pomos de refresco o latas de carne. Mi padre intentó poner orden, formar filas para repartir los pocos suministros que los oficiales lograban conseguir. Primero a los niños y las mujeres, toda esa mierda, ¡qué estúpido fue! —Otra vez el tono, no de odio, más bien reprochándole a su padre su nivel de ignorancia—. En las tiendas los propietarios intentaron conservar sus productos, pero la multitud se los comenzó a arrancar de los brazos, quienes se negaban los mataban a golpes, y los policías, ¿qué podían hacer? Muchos preferían ignorar lo que estaba pasando, después de todo, en más de una ocasión vi a varios sacar sus pistolas para reclamar ellos mismos un pomo de agua. —Jordan volvió a mirarle la pistola—. La verdad es que los policías sí que lo intentaron, realmente trataron de poner orden, pero al final ellos también tenían familias, así que terminaron usando sus pistolas para imponerse en las filas y coger ellos mismos provisiones.

Era de esperar.

En cualquier parte del mundo cuando la cadena de mando se rompe, los que tienen las armas son los que imponen la ley, quizás esa era la regla más antigua del mundo y conocida por todas las civilizaciones; la ley del más fuerte siempre es la que va a prevalecer.

—Poco a poco comenzaron a formarse grupos que asaltaban a otros para robarle sus provisiones... dentro de la propia Estación de policías.

Miller continuó escuchando, dejando que Jordan se sacara todo de adentro, que desahogara su conciencia, a veces esa era la mejor terapia de todas.

—¿A qué grupo pertenecían ustedes?

Jordan lo miró con una extraña decepción en su rostro, era la mirada

de un niño que perdió de la noche a la mañana su inocencia.

—A los débiles, mi padre el “abogado” continuaba diciendo que debíamos mantener las leyes. No paró ni por un instante de decirles a todos que las leyes eran la base de una sociedad. Que de un momento a otro llegaría el ejército.

—Pero los agentes del orden nunca llegaron.

—No, y para ese entonces ya todos hablaban de hongos atómicos, de un ataque al país, de millones de muertos y nubes radiactivas. Ya era una verdad que no se podía ignorar, incluso hasta mi padre al final tuvo que reconocer que Estados Unidos debió de haber recibido un ataque a escalas nunca vistas, pero que el gobierno se repondría en pocos días, siempre lo hacía.

—¿Qué pasó con el resto de los policías?

—Mientras nosotros y otros grupos intentábamos buscar comida, varias pandillas asaltaron las tiendas de armas, hicieron ataques coordinados y obligaron a los pocos policías que quedaban a retirarse hacia el interior de la Estación.

Jordan cerró los ojos, los puños, apretó los dientes, pero al final no pudo contener las primeras lágrimas.

—Los Elegidos llegaron una semana después. —Jordan hizo una larga pausa, demasiado larga, había llegado el momento que Miller estaba esperando, y hubiera querido a Emma a su lado, pero no pudo ser—. Fue una carnicería. Ellos... nosotros no podíamos hacer nada... eran muchos. Era un ejército, un verdadero ejército, incluso tenían hasta ametralladoras montadas encima de sus vehículos y rifles de asalto, los policías solo tenían sus pistolas y algunas escopetas. —Jordan continuó narrándole la masacre sin poder abrir los ojos, pero sintiendo que se iba liberando de un gran peso con cada palabra que decía—. Los policías lograron matar a varios, pero al final las balas y granadas los despedazaron. Todos los refugiados dentro de la Estación pasamos a convertirnos en prisioneros.

Miller realmente lamentó la terrible historia del chico —pero por desgracia no era nada nuevo para él—, historias como esa las había escuchado durante años, siempre eran iguales, la diferencia radicaba en el número de muertes.

—Y luego, ¿qué sucedió?

No quiso hacerle las preguntas directas, pero necesitaba respuestas cuanto antes, aunque una vez más prefirió que fuera Jordan quien se las

suministrara poco a poco.

—Los Elegidos eran una mezcla de pandilleros y convictos...

—¿Convictos?

—Sí, muchos aún conservaban los uniformes de la prisión, para ellos aquellos uniformes representaban un estatus que les permitía dar órdenes sin preocuparse de las consecuencias.

Aquello confirmó sus sospechas. Los líderes de las pandillas más peligrosas del país habían tomado el control de la ciudad.

—Los Elegidos nos montaron en uno de sus camiones, mientras que los demás vehículos continuaron llenándolos de todo lo que iban encontrando en su paso. Asaltaban las tiendas, las casas, los almacenes, pero sobre todo capturaban a todos los que se iban cruzando en su camino.

«O sea, búsqueda de provisiones y personal. Malditos demonios, sí que se organizaron rápido».

—¿Para qué estaban recolectando personal?

Jordan se estremeció con la pregunta, lo cual le indicó a Miller que había tocado por fin las fibras más sensibles de la historia, el punto en que por mucho que lo intentara, el chico no podría ponerle palabras a las acciones. Pero para su propia sorpresa, Jordan lo miró y asintió, por lo visto el joven comprendía que él necesitaba saber lo ocurrido, de ello dependía que los pudiera proteger a todos.

—Nos bajaron del camión en su Base de Operaciones, o al menos así la llamaron.

—¿El edificio de donde se escaparon?

Jordan asintió.

«La Corte, perfecto, aunque esa no debe de ser la única base de operaciones. Si están tan organizados por lo menos tienen que tener otros dos puestos de control».

—Uno de los líderes tomó a Mila del brazo y la separó de nosotros... ella, yo solo... ella empezó a gritar, a pedirnos ayuda... —esta vez Jordan no pudo contenerse y comenzó a llorar como un chiquillo—. La arrastraron hacia el interior de la Base, junto con otro grupo de mujeres..., jóvenes y bonitas como ella... yo no pude... yo no sabía...

Miller prefirió no interrumpirlo, simplemente le dio una palmada en el hombro, pero el chico no pudo parar de sollozar.

«Suéltalo todo de una vez, te sentirás mejor, te lo aseguro, yo también he estado ahí».

—Mi padre se opuso, empujó a uno de los guardias y exigió hablar con el líder, pero el guardia simplemente le preguntó a qué se dedicaba, a lo cual mi padre, orgulloso, le respondió que era abogado de una importante... —Jordan se detuvo, miró la pistola que tenía en la cadera y se la señaló con los dedos—. Allí mismo, frente a mí... le pegó un tiro y me salpicó de sangre, la sangre de... yo no supe que hacer... no hice nada, solo vi cómo se llevaban a Mila, como asesinaron a mi papá enfrente de mí, y no hice nada...

—Y por eso estás vivo. Por desgracia hay situaciones en la vida que uno tiene que aprender a escoger las batallas, de lo contrario tu sacrificio se convierte en una muerte estúpida y sin sentido.

¿Qué más se podía decir cuando alguien te contaba una historia así?

Jordan se mantuvo callado, absorbió las palabras pero continuó sin decir nada por un buen rato. Simplemente miró la pistola, hipnotizado, o más bien fascinado por el daño que aquel pequeño pedazo de metal podía producirle a las familias, a los amigos, a los padres.

—Los Elegidos sacaron a otro señor del grupo y le hicieron la misma pregunta; este miró el cadáver de mi padre y respondió que era un simple mecánico. —Miller levantó una ceja, se giró hacia Jordan y escuchó el resto—. A ese no lo mataron, todos los presentes estábamos muertos de miedo, esperando que le reventaran la cabeza de un disparo, pero no, lo separaron para otro grupo.

—¿Otro grupo?

—Sí, de doctores, ingenieros, arquitectos..., mecánicos.

«¡Por Dios! Es peor de lo que pensaba».

La fuerza de acción y reacción de cualquier ejército del mundo está basada en la infraestructura con la que cuentan. La selección de un equipo de técnicos, un personal capacitado para actuar ante cualquier situación es lo que puede crear una diferencia y, por lo visto, los Elegidos lo tenían bien claro.

—Y a ti... ¿qué hicieron contigo?

—Yo fui enviado para la Escuela, a mi hermana... a ella la enviaron con el resto de las mujeres.

Miller escupió jugo de tabaco en el piso y acarició la pistola, ahora estaba comenzando a entender parte de los traumas de Mila, los cuales —por la expresión de Jordan—, supo que apenas estaban tocando la punta del iceberg.

Capítulo 49

La Escuela y su graduación

(Orangeville, Florida)

Como cualquier otro ejército del mundo, los Elegidos —con la experiencia adquirida en la guerra de pandillas—, sabían perfectamente que la cantidad de soldados que reclutaran haría la diferencia.

Los Mara Salvatrucha eran expertos reclutando niños y adolescentes para convertirlos en asesinos despiadados, Miller conocía perfectamente todos sus métodos, por lo que no se sorprendió cuando Jordan comenzó su relato.

—Comenzaron a entrenarnos para... para, ya sabes, querían que fuéramos la primera línea de defensa; según ellos así podíamos avanzar más rápido en la “jerarquía militar”, si demostrábamos valor y lealtad nos ascenderían a tenientes y capitanes de escuadrón. —Jordan se quedó sin palabras por un momento, como si lo que iba a decir a continuación no tuviera ningún sentido—. Pero lo primero era pasar la escuela.

«Por lo visto los métodos siguen siendo los mismos».

—¿Cuántos chicos habían en la Escuela? —Miller hizo la pregunta como algo natural, aunque por dentro sintió que los nervios se le ponían de punta al comenzar a cavilar la magnitud de lo que aquellos monstruos organizaron. Por fin la conversación llegó al punto que necesitaba y, aunque le doliera admitirlo, aquellas respuestas, aunque lo le gustaran le eran vitales.

—Habían varias aulas..., lo siento, no recuerdo bien, creo unos diez estudiantes, quizás más.

«Vamos Jordan, sé que puedes hacerlo mejor».

—Trata de recordar, por favor. Realmente me ayudaría saber cuántas aulas...

—... cuatro, de eso sí estoy seguro, no sé los demás pisos, pero donde yo estaba habían cuatro aulas, aunque creo que en los otros pisos, no sé, no estoy seguro, alguien comentó que habían otras graduaciones.

Miller escupió jugo de tabaco para intentar disimular su expresión. «¡Maldita sea! Eso daría una cuenta rápida de más de cuarenta soldados. ¡Por Dios, eso solo en un piso!».

—¿Qué tipo de entrenamiento les dieron?

La pregunta de los mil puntos.

—Primero nos enseñaron a preparar diferentes bombas caseras.

Después a desarmar y armar diferentes tipos de rifles y pistolas.

—¿Nada más?

—Sí... a disparar.

Aquel simple dato cambiaba toda la ecuación. Nadie entrenaba un ejército con armas de fuego a menos que le sobrara la munición.

—Estamos hablando de más de cuarenta estudiantes, ¿a todos los enseñaron a disparar?

—Sí, entrenábamos hasta tres veces al día.

«Perfecto, ¡que hijos de puta!, o sea, les sobran las balas».

—Ese entrenamiento debió de requerir demasiadas municiones.

—A los Elegidos le sobran las balas. En dos ocasiones no llevaron a uno de los almacenes para descargar caravanas de camiones repletos con cajas llenas de municiones.

Miller observó una fugaz chispa de orgullo pasar por los ojos de Jordan, sobre todo cuando le narró lo bueno que era disparando. Comprendió entonces que lavarle el cerebro a un ejército de adolescentes podía ser más fácil de lo que muchos pensaban, lo cual era muy peligroso para su familia.

—¿Qué tipo de armas tienen?

Jordan se detuvo, lo miró e intuyó la importancia de la pregunta. En ese momento le quedó claro que Miller lo había llevado hasta allí con varios propósitos; uno de ellos era interrogarlo, de la información que él pudiera darle dependía la seguridad de todos. Respiró suave para organizar sus ideas.

—Tienen todo un arsenal, cientos de rifles automáticos, pistolas de todos los calibres. No solo armamento ligero, cuentan con granadas y varios RPG, también varias ametralladoras calibre 50, incluso, los soldados más importantes llevaban lanzagranadas. Oh, y me topé con varios que traían una SAW al hombro.

Miller tuvo que sonreírle a pesar de que la respuesta no le gustó. Jordan —como cualquier adolescente americano— resultó ser otro adicto a los videos juegos, sobre todo a Call of Duty, lo que lo convertía en un experto para reconocer cualquier tipo de armas.

—Dijiste... ¿los soldados profesionales?

—Sí, los graduados —al instante le cambió el tono de voz, de hecho, todo cambió en él, al punto que no se atrevió a mirarle al rostro.

«Aquí vamos de nuevo».

—¿Te llegaste a graduar?

—No.

—¿Por qué...? O sea, ¿en qué consistía la graduación?

Jordan no pudo contenerse, por segunda vez se vino abajo, los sollozos que escaparon de su garganta le recordaron a Miller que estaba frente a un adolescente traumatado. Lo abrazó y le dio varias palmadas en la espalda. El chico enterró su rostro en el hombro de Miller, como si de esa manera pudiera ocultar lo sucedido.

—¡Esta bien! No tienes por qué avergonzarte de nada... lo que hayas tenido que hacer fue...

—No lo hice... ¡te juro que no lo hice! —los sollozos lo estremecieron al punto que tuvo que sostenerlo para que no se cayera. Miller comprendió que Jordan estaba viendo en él una figura paterna a la cual debía pedirle disculpas—. Para convertirte... para ser uno de ellos tenías que... que... tenías que tener sexo con una mujer, y luego... ¡matar a un hombre!

«¡Malditos hijos de puta!».

Había escuchado ese ritual cientos de veces, era una técnica de reclutamiento muy usada en África, específicamente en Sierra Leona, donde convertían a niños en los temidos: Niños Soldados. Latinoamérica no se quedaba atrás, siendo la FARC el reclutador de niños-soldados más famoso.

—Formaron largas filas de jóvenes como yo, todos delante de celdas, todos listos para pasar la prueba y graduarnos. Los mayores nos reunieron frente a las puertas de las celdas, corrían las rejas y nos iban dejando pasar cada vez que uno... que... ¡lo siento! Esa era la primera parte de la graduación. Yo... yo... yo sí estaba emocionado, quería hacerlo... tenía delante de mí a solo tres... tres estudiantes, futuros Elegidos..., y yo era el cuarto, lo entiendes, ¡solo tres delante de mí! —Jordan no se atrevía a mirarlo y Miller no supo qué hacer, a pesar de que comenzaba a imaginarse el final de la historia—. Me tocó mi turno y entré... ¡yo sí quería hacerlo!

Jordan no pudo sostenerse más y perdió la fuerza de los pies, Miller, sin dejarlo de abrazar lo sentó en el suelo, acarició la cabeza del chico contra su hombro como si se tratara de su propio hijo, también él se estremeció y las lágrimas le corrieron por las mejillas —solo que las suyas eran de odio contenido—, a diferencia de Jordan, él solo podía visualizar aquella manada de monstruos y, de entre todas las maneras que conocía, escoger la más efectiva para darles un boleto sin retorno al infierno de donde venían.

—Entré a la celda y la vi... era Mila, estaba desnuda, tenía las manos y los pies amarrados a los tubos de una litera... ¡no me reconoció! —Jordan

paró de llorar, el tono de su voz cambió de repente; como si su alma hubiera abandonado su cuerpo para ser poseído por otro ser—. Mila abrió los ojos, me miró, me reconoció y comenzó a llorar... aunque no tenía lágrimas.

Jordan se separó, lo miró directamente a los ojos y Miller reconoció aquella mirada. Era la de un asesino.

—Salí de la celda, miré la línea; habían más de diez “alumnos” esperando su turno para graduarse. Les di la espalda, escuché sus bromas y aplausos felicitándome..., no les miré a la cara. Fui directo a la sala de entrenamiento, cogí un revólver... —Jordan negó con la cabeza, como si Miller comprendiera la estupidez que había hecho—. ¡No una ametralladora, ni una pistola! Un revólver de seis disparos y una navaja. ¿No sé en qué estaba pensando?

Miller recordó la pequeña navaja con la que Mila intentó cortarse el cuello cuando los rescató dentro del Walmart.

—Regresé a la celda... uno de ellos estaba encima de Mila... se había bajado el pantalón hasta la rodilla, y se meneaba dentro de ella lanzando gritos como... ¡no me mires, por favor! —Miller apretó los dientes y miró al cielo— aquel imbécil creyó que ella lo estaba disfrutando —otro largo silencio, Jordan le miró la pistola que tenía en la cadera, abrió la palma de la mano y agarró un puñado de pelos invisibles—. Le halé la cabeza hacia atrás, le puse el cañón en la sien y apreté el gatillo.

Miller conocía el resto de la historia. Ahora todo tenía sentido, el trauma de Jordan y las fobias de Mila. La historia de los dos hermanos era terrible, pero conocerla le ayudó a entender al enemigo al que ahora se enfrentaba.

«Necesito un plan de escape, no puedo esperar por ayuda y mucho menos enfrentarme a ellos. ¡Mierda!, está guerra no la puedo ganar, ya la perdí sin haberla empezado. Sí, escapar es la única opción».

Capítulo 50

Cicatrices en el alma

(Orangeville, Florida)

¿Cómo aún se mantenía en pie para ella era un misterio?

Su esposo tenía que estar agotado, más de veinticuatro horas sin dormir, varias marchas de ida y vuelta a través del bosque —incluso trayendo a Mila en su espalda—, y solo Dios sabría el resto de lo que hizo en la ciudad, y sin embargo, Miller, con su enorme taza de café en la mano, se mantenía en un estado de alerta constante.

«¡Oh, cariño! ¿Qué vistes en la ciudad que no nos quieres contar?».

Al regresar de la habitación donde estuvo atendiendo a su nueva paciente, Big Mama y Miller la estaban esperando sentados junto a la mesa del garaje. En cuanto entró, la anciana y ella se miraron, ambas asintieron y prefirieron ignorar las manchas de sangre en las manos de su esposo. Miller mató a alguien esa noche... o a varios, pero ese sería tema para otro día.

—¿Qué tal están los muchachos? —le preguntó Big Mama.

—A Mila le puse varios calmantes para el dolor —Emma fue y se sirvió media taza de café, la mezcló con agua, sabía perfectamente que no debía tomar café durante el embarazo, pero pequeñas dosis a veces eran necesarias... y esa mañana era uno de esos días—. Se dieron una ducha, comieron algo y ahora están durmiendo como dos perezosos.

—¿Qué habitación le diste al chico? —volvió a preguntar Big Mama.

La anciana tenía obsesión con mantener las habitaciones de la casa aromatizadas con velas y las camas siempre tendidas.

—La del final del pasillo, ambos están durmiendo juntos. Mila no quiso quedarse sola.

Por unos instantes todos guardaron silencio y esquivaron sus miradas sin saber exactamente como romper el silencio. Había que tratar un tema delicado y, como siempre, fue Big Mama quien puso las cartas sobre la mesa. Miró a Emma y le hizo la primera pregunta:

—¿Qué le pasó a Mila?

Emma miró su taza de café como si pudiera ocultar sus pensamientos sumergiéndolos en el líquido negro, pero no pudo, al igual que Miller, este le tomó la mano y le besó los dedos. Ambos se miraron y comprendieron la verdad, había que preparar planes de contingencias.

—Mila fue violada brutalmente por varios hombres durante días, posiblemente varios a la vez. —Big Mama se llevó la mano a la boca para contenerse de lanzar un juramento de muerte. Miller simplemente apretó su mandíbula—. Me tomó más de una hora convencerla, pero al final pude hacerle un examen general. Esa chica... ¡por Dios, esos monstruos acabaron con ella! Tiene hematomas por todo el cuerpo, y rasgaduras vaginales...

—... ¡hijos de putas! —Big Mama no se pudo contener más.

Emma se llevó la taza a los labios, le dio un pequeño sorbo y continuó dándole el parte médico como si se tratara de una persona que estuviera a miles de millas de ellos, y no a menos de diez metros. Quizás ese era su sistema de autodefensa sentimental, hablar de Mila como si nunca la hubiera visto, pero la realidad era que poco a poco comenzaba a sentir como un agujero iba creciendo en su pecho, ya era la segunda vez que experimentaba ese dolor.

—Le quemaron la planta de los pies y las axilas..., son técnicas que usan los proxenetas con sus esclavas sexuales cuando se niegan a acostarse con más clientes. —Big Mama palideció al imaginarse los gritos de la pobre chiquilla.

Por fin Miller decidió hablar y, como Emma estaba esperando, no fue para aportar nada bueno.

—He visto ese tipo de marcas. La idea de esas torturas es domarlas, volver a las mujeres dóciles, provocarles dolor sin dejar “cicatrices visibles” que desvaloren el producto, pues cuando caen en manos de hombres así en eso se convierte; en una mercancía.

Ella lo miró tan sorprendida como Big Mama. Lo conocía demasiado bien, tras esa fachada de tipo duro que hablaba de las torturas aplicadas a una adolescente como quien da el parte meteorológico, Emma sabía que su marido tenía miedo... no por él, sino por ellas.

—Está un poco deshidratada, pero nada grave. Las cicatrices de los pies si eran profundas, tuve que darle varios puntos.

—¿Entonces esta fuera de peligro?

Big Mama recordó que al recoger los zapatos de Mila estos estaban empapados en sangre, era tanta que temió que hubiera que ponerle alguna transfusión.

—Su estado físico no me preocupa tanto como su estado psicológico. Mila presenta un severo traumatismo, ha generado una fobia hacia los hombres.

Miller la miró y se encogió de hombros.

—Padece de hafefobia.

—Hafe... ¿qué es eso? —quiso saber Big Mama. Miller ni preguntó, ya que la respuesta no le iba a gustar.

Emma le miró las manos a su marido, aún manchadas de sangre.

—La explicación sencilla es que no soporta que un hombre la toque. El trauma de ser violada le ha generado un miedo extremo al tacto del sexo opuesto, solo las mujeres y su hermano la pueden tocar.

Su marido cambió la vista prefiriendo mirar por una de las ventanas, así pudo evitar el contacto visual con su esposa. Ella lo conocía demasiado bien, a su querido cavernícola le dolió aquella respuesta. Le molestaba que por culpa de otros hombres —en su propia casa— hubiera una adolescente que temiera ser tocada, lo cual ahora tenía sentido para él, recordó las reacciones extremas de Mila cuando la cargó.

—Esos dos chicos están traumatados, sobre todo Mila —enfaticó esa parte, para que su esposo comprendiera que les estaba comenzando a coger cariño—. Ella va a necesitar de toda nuestra ayuda y paciencia.

Big Mama se levantó de su silla, fue hasta la cocina y volvió a rellenarle la taza de café a su nieto. Al regresar volvió a sentarse lanzando una sarta de maldiciones.

—Si tuviera a esos hijos de putas delante de mí, les juro...

—¡Mejor que no los tengas! —Miller interrumpió a su abuela de manera tan brusca y repentina que tanto la anciana como Emma comprendieron que las malas noticias apenas iban a comenzar—. Orangeville ha sido ocupado por un ejército de pandilleros, racistas, psicópatas, asesinos y violadores... creo que eso lo resume todo. Oh, y los muy malditos están perfectamente organizados.

—Pues más les vale que no se acerquen por aquí, o de lo contrario...

—...no, no, no... no lo entiendes Big Mama. ¡Esto no es un juego! No es una discusión de vecinos por unas parcelas de tierra. —Miller jamás le había hablado a su abuela de esa manera, la anciana miró a Emma intuyendo por primera vez el miedo que emanaba de su nieto, ninguna de las dos jamás lo habían visto así. Miller intentó calmarse, pero ambas mujeres comprendieron que les iba a dejar bien claro a lo que se enfrentaban—. No son simples pandillas adolescentes, ¡quiero que se lo metan en la cabeza!, se trata de una alianza entre los miembros de la Supremacía Blanca y los Mara Salvatrucha. Son asesinos de masas que saben hacer muy bien su trabajo. Están

organizados, armados, han reclutado y entrenado soldados... ¡por Dios! ¡Esos hijos de puta se están expandiendo!

Emma no supo en qué momento, inconscientemente, se llevó los dedos a la barriga como si de esa manera sus manos pudieran proteger el bebé que crecía dentro.

—¿Y la Guardia Nacional? —Miller miró a su esposa, su pregunta le recordó lo sucedido al padre de Jordan. Él no iba a cometer el mismo error.

—No podemos esperar por un rescate que no va a llegar. Es bien simple y lógico, si quedara alguna parte del ejército en activo (algo que estoy empezando a dudar) estos se estarán enfrentando contra quien nos haya atacado, aunque quisieran, no podrían ocuparse de las guerras civiles que se generen dentro del territorio.

—Lo que significa...

—...que estamos solos. Necesitamos crear un nuevo plan de contraataque y una ruta de escape.

Era demasiada información de una vez. Big Mama, siempre dispuesta a lanzar la primera pregunta se quedó callada, la magnitud de los acontecimientos comenzó a opacarla.

—¿Qué vamos hacer? —Emma ayudó a su esposo preguntándole cual era el plan, y este, agradecido de que no le pusieran ningún pero, asintió con una mirada de resignación.

—No nos podemos quedar aquí. Tenemos que preparar un plan de escape, un contraataque (aunque solo sea para ganar tiempo) algo que los retrase..., no les pienso mentir porque quiero que les quede claro; yo solamente los podría retrasar, pero no vencerlos. Ellos tienen los hombres y los recursos, nosotros no.

Por fin Big Mama volvió a recobrar su actitud impertérrita.

—Muy bien, ¿qué necesitamos hacer?

—Prepararnos.

Miller sonrió devolviéndoles el ánimo. En ese momento, ver la chispa de maldad en los ojos de su marido la hizo sentirse segura, comprendió en ese instante que ya él había trazado un plan de escape, y pobre de los imbéciles que intentaran seguirlos.

Dos meses después

Capítulo 51

El Plan

(Orangeville, Florida)

Lo sabía, en algún momento iban a llegar. Era una especie de sexto o séptimo sentido, o como Emma lo quisiera llamar. Por eso, después de aquella reunión que tuvieron en la cocina, durante los próximos dos meses no tuvo ni un solo minuto de descanso.

Parte de poder avanzar tanto en los preparativos de un plan de escape se lo debía a la llegada de Mila y Jordan, ambos jóvenes ayudaron a repartirse las tareas, sobre todo las guardias. Aunque por lo general, los turnos de la noche eran compartidos entre Big Mama y él, no es que Miller no confiara en Jordan, pero no quería correr riesgos.

Para él, cuatro o cinco horas de sueño eran suficientes. Su vida, al igual que el resto de la familia, se convirtió en una rutina. Terminaba una guardia del turno de noche, dormía algo y al despertar; de vuelta al taller de mecánica, donde logró después de muchas horas de trabajo, desconectar un segundo motor. El primero, el del Cadillac, ya lo había instalado en el yate.

Aunque esa mañana fue diferente, decidió cambiar su rutina, comenzó trabajando en el motor de la camioneta Ford —la que había robado a los Elegidos—, en cuanto separó los primeros tornillos de la base, supo que tendría trabajo para varias horas.

—¡Ah, mierda... mierda! —maldijo al machucarse un dedo contra una de las juntas del motor.

—¿Más difícil de lo que pensabas? —Mila estaba en la puerta del garaje sosteniendo un vaso de café humeante y lanzándole una de sus sonrisas burlonas.

—No, para nada, a mí me encanta machucarme los dedos a esta hora, ayuda para la circulación.

Ella levantó una ceja haciendo uno de esos gesto que solo las mujeres son capaces de hacer y que significa; lo que tú digas, es tu dedo. Miller le sonrió y volvió a centrarse en el problema del desarme. Mila se acercó y depositó el vaso sobre una de las cajas de herramientas, ella sabía dónde ponerle el café; al igual que su merienda, el almuerzo, la comida... era una táctica que Emma llevaba semanas practicando. Siempre enviaba a Mila a llevarle cosas, así, la joven le iría perdiendo el miedo al contacto con los

hombres.

Se agachó debajo de la camioneta, aflojó los tornillos de la base y comenzó hacer palanca.

—Quieres que yo... ¿necesitas algo más?

Miller le sonrió pero no le dijo nada —por lo visto la terapia de Emma sí estaba funcionando—, tenía en la boca un destornillador, así que solo le hizo con los dedos la señal internacional de que todo estaba OK.

—El café está acabado de hacer.

«¡Por Dios Mila! ¿Qué quieres?».

Miller levantó las cejas al comprender que Mila no se movería de su sitio. Escupió el destornillador hacia un lado:

—Gracias —le dijo. Se levantó, tomó la taza y se dio un sorbo—. Mmm, delicioso, ¡qué sería de la vida sin café!

Mila sonrió satisfecha y agregó algo que lo dejó sin palabras.

—Lo hice yo.

Miller le sonrió pero no supo qué decirle. Era evidente que Mila estaba usando uno de los trucos más antiguos de las mujeres —algo que debían tener instalados en el ADN—, pensó.

Él lo tenía bien claro. Si una mujer por alguna razón quería pedirle disculpas a un hombre, solo tenía que investigar que le gustaba comer o tomar y ponérselo en la mano... así de sencillo.

Si la situación era a la inversa, pues mejor ni pensar en ello, las opciones podían ser infinitas.

—Dejaste esto en la cocina —Mila puso encima de su caja de herramientas una de sus últimas cajas rellenas de tabaco—, pensé que se te había olvidado.

«No se me había olvidado, la tenía perdida, o me la escondiste para usarla como instrumento de soborno», Miller le sonrió, abrió la lata y sacó una pequeña porción de tabaco molido. Se estiró el labio y se lo puso entre los dientes. En segundos comenzó a saborear la mezcla de jugo de tabaco con café, escupió en uno de los pomos que usaba para almacenar la saliva —algo que Emma odiaba—, y lamentó que aquella fuera una de sus últimas latas.

Se dio otro trago de café y miró detenidamente a Mila. La joven le dio la espalda y se puso frente al motor, aparentando que le interesaba el compresor o el alternador —Miller dudó que supiera diferenciar uno de otro—, pero al igual que con su esposa, prefirió no hacer un comentario.

«Oh, Mila... estás intentando enterrar el hacha de la guerra».

El café y el tabaco no eran más que la manera de pedirle disculpas por lo ocurrido.

Habían pasado ya tres noches, aunque Miller aún podía recordar perfectamente su mirada, ahora, intentando hacerse la que estaba prestando atención a los detalles de un motor, Mila fue al garaje solo con la intención de pedirle disculpas.

Miller la miró detenidamente, recordó lo sucedido y no pudo evitar sentirse orgulloso de ella. Después de todo era valiente, no se lo podía negar. No se imaginó —después de vivir una experiencia traumática como la de ella— lo que serían capaces de hacer otras mujeres. La chica tenía pesadillas prácticamente cada vez que se quedaba dormida, pero tres noches atrás se despertó dando gritos en medio de una de sus crisis. Él corrió hacia la habitación seguido por Emma, Big Mama estaba de guardia.

Su esposa se sentó en la cama, la abrazó y le susurró palabras para que se calmara, cantándole, pasándole la mano, todo lo necesario para traerla de vuelta a la realidad, todo fue una pesadilla... pero el punto radicaba en eso, que Mila lo viera de esa manera.

Cuando él dio dos pasos cruzando el marco de la puerta, Mila lo miró de tal manera que no pudo reconocerlo.

—¡Vete de aquí! ¡Sal... sal... no entres! ¡Vete!

Los gritos eran tan altos que lo hicieron retroceder más que si lo estuvieran apuntando con una pistola. Por si fuera poco, Mila cogió un vaso de agua que tenía a su lado y se lo lanzó por la cabeza —por suerte el vaso era de plástico—, chocó con la pared a centímetros de su cara. Miller salió a toda prisa de la habitación sin comprender que había hecho mal.

Más tarde Emma le explicó que la presencia de un hombre en su habitación despertaba los traumas de Mila. Aquello realmente le dolió, ya que por mucho que intentara asimilarlo, le costaba comprender que en su propia casa, su simple presencia le despertara ataques de pánico a una adolescente.

—¿Cuál es el plan? —le preguntó Mila.

—Pues de momento; dame una llave y un destornillador estrella..., no, ese es de paleta, el rojo, no, el otro rojo... —Mila le pasó cuatro llaves y la caja de destornilladores. Miller se mordió el labio para contenerse de decirle algo—. Ok, ¿a qué plan te refieres?

Hizo una palanca y comenzó a separar los tornillos que sujetaban la

base del motor de la camioneta.

—Cuando... ya sabes, lo que dijiste; ellos, los Elegidos, algún día van a llegar. Lo sabes bien, tú los viste, entonces, ¿cuál es el plan?

Miller dejó escapar un suspiro. Su relación con Mila estaba mejorando por días y ello se debía sin dudas a los trucos de Emma. Pero por desgracia él no tenía tiempo para hacer de padre consejero. Aun así la chica lo seguía a todas partes, siempre haciéndole preguntas y dispuesta a llevar o traer lo que le pidiera. Lo cual iba creando entre ellos una extraña relación, si le pedía una taza de café, su respuesta era cortante:

—No soy tu criada, ve y prepáratelo tú mismo, ¿acaso no tienes manos?

Miller prefería no insistirle, aunque diez minutos después aparecía como de la nada, junto a él, una taza de café.

«¡Mujeres, ¿quién las entiende?!».

—Sé que no te gusta hablar del tema —Mila le continuó insistiendo—, pero si sucediera, ¿qué vamos hacer?

«“Vamos hacer”», Miller repitió sus palabras y la miró a los ojos, como siempre, ella le esquivó la mirada.

—¡Vamos hacer! No, Mila, tú no vas hacer nada, yo soy el único que va hacer... tú lo único que tienes que hacer, si suenan los cascabeles...

—... correr hacia la casa, recoger a Rain, a Emma le toca Rita — Miller levantó el pulgar y con un gesto de la cabeza le indicó que prosiguiera—. Quien esté en el puesto de guardia tiene que ir directamente hacia la cabaña del bosque para preparar la llegada de los demás.

Miller asintió satisfecho.

—Exacto, ahí tienes la respuesta, ese es el plan.

—Todos tenemos que ir hacia la cabaña del bosque y dejarte a ti, solo, para que te encargues... ¡Eres imbécil! ¿Lo sabías, verdad? —«¿Y ahora qué dije?»—. ¿Estás escuchando esa mierda de plan? ¿Dejarte solo para que te encargues de ellos?

—Pues te guste o no, ese es el plan, ¿te quedó claro? —Le habló más fuerte de lo que hubiera querido, y su tono sonó amenazante, autoritario, no le dejó margen para el debate, pero de eso se trataba, esto no era una democracia, él era un dictador y ellos tenían que seguir sus mandatos al pie de la letra—. Si decides ignorarlo nos pones a todos en riesgo. ¿Es eso lo que quieres hacer?

—No.

Aquellas palabras tocaron el alma de la joven, está abandonó al instante su actitud de chica rebelde —una actitud que a Miller le encantaba—, por eso, verla de nuevo frágil y temerosa de enfrentarse a él, aunque fuera en un debate lo hizo sentirse como una plasta de mierda. Pero ese era el punto, las reglas claras, por el bien de todos.

—Es... es un plan estúpido.

«¡Allá vamos!», pero para sorpresa de Miller, la expresión de Mila fue más de tristeza que de miedo.

—Tienes que crear otro plan —le exigió Mila. Se le pusieron rojas las mejillas, se veía hermosa y por primera vez lo miró a los ojos—. Si te pasara algo...

—...no me va a pasar nada.

—No hagas promesas que no puedes cumplir —Mila le dio una patada a una de las cajas de herramientas y lo miró con chispas en los ojos. El estruendo de llaves y tornillos rodando por el piso estremeció el taller—. Haz otro plan en el que huyas con nosotros, lo entendiste... ¡solo haz otro maldito plan en donde no te tengas que quedar!

Sin dirigirle otra palabra salió del garaje dejándolo sorprendido y conteniendo la risa.

«Y yo que pensaba que solo tenía en la casa una mujer con sobredosis hormonal».

En cuanto Mila cerró la puerta, Miller miró hacia el interior de la camioneta. Por supuesto que tenía otro plan de escape, pero todo dependía de la rapidez con que terminara de desmontar e instalar el motor de la Ford en el yate.

Capítulo 52

Cambios inesperados

(Orangeville, Florida)

«Agotado, destruido... destrozado», esas fueron algunas de las palabras que vinieron a su mente cuando se dejó caer sobre el sofá. Aunque pensándolo mejor, destruido quizás quedaba corto para cómo se sentía. Sin dudas la mejor manera para describirse a sí mismo era comparándose con un picadillo humano. Apenas se podía mantener despierto y lo peor es que no podía disimularlo esta vez. Llevaba casi veintiséis horas sin dormir y, lo peor, no podía hacer nada para evitarlo.

Big Mama insistió —o más bien le ordenó— la noche anterior que se fuera a la cama. Ella iba a cubrir el turno de guardia. Y Miller lo intentó, pero al cabo de una hora no pudo pegar un ojo. Al final regresó junto a la anciana y la mandó de regreso a la casa.

En la mañana comenzó a montar y expandir una serie de trampas alrededor del rancho —ahora, mirándolo en retrospectiva, tirado sobre el sofá y sin ganas de moverse, comprendió que fue una estupidez permanecer tantas horas sin dormir, pero ¿qué podía hacer? Su mente no dejaba de dibujarle escenarios en los que llegaban los Elegidos. ¡Tenía que estar preparado!

Estiró un brazo y se cubrió los ojos, dejó que el sueño lo invadiera... pero entonces escuchó la voz de su esposa:

—Miller, lo siento cariño, pero deja de hacerte el dormido. —«¿Y ahora qué?»—. Necesito que vayas al río a instalar la bomba de agua para llenar los tanques de la cocina.

Miller contuvo la risa y aparentó hacerse el dormido.

—Max Miller, deja de hacerte el payaso..., ve ahora mismo...

—¡Déjalo dormir, por Dios! —le gritó Mila a Emma—. Es el único que hace todo en esta casa y no puede ni dormir un rato... ¡ya voy yo!

Mila salió de la casa tirando la puerta y dejando a Emma con la palabra en la boca, pero su momento de aturdimiento le duró pocos segundos. Emma se apresuró en abrir la puerta y alcanzó a la joven en el pórtico.

—¡Mila!

—¿Qué? —le respondió con actitud bravucona.

—Escúchame bien, jovencita... no, no mires a los lados, mírame a la cara cuando te hablo. —Mila la obedeció, la miró a los ojos con una muestra

inconfundible de desafío. Por un instante ninguna de las dos dijo nada. Se formó entre ambas un duelo de miradas que terminó perdiéndolo Mila. Al final la chica comenzó a bajar poco a poco los hombros, la mirada y por último la cabeza—. ¡Que me mires cuando te hablo!

Cuando Mila volvió a mirarla, una fina película de lágrimas había aparecido en sus ojos. A Emma se le rompió el corazón en mil pedazos, pero no podía mostrarse débil.

—En esta casa no se tiran las puertas, ¿me entendiste?

Mila no le respondió, por lo que Emma le levantó con el dedo índice el rostro que estaba ocultando de nuevo contra su pecho.

—Te dije que me miraras cuando te hablo. ¿Me entendiste?

—Sí... —la actitud de chica rebelde desapareció para darle paso a una adolescente que comprendía que se había metido en problemas.

—Ahora ve a instalar la bomba de agua, pero en cuanto regreses vamos a tener otra conversación.

Mila le dio la espalda y salió casi que corriendo.

—Y te apuras.

—Sí, lo que tú digas —le gruñó, volviendo a recuperar su actitud de adolescente incomprendida por el mundo y el universo.

En cuanto Emma entró en la casa, fue hasta el sofá y le dio una suave patada en las costillas a su marido, quien aparentó estar roncando.

—Abre los ojos, sé que estás despierto y lo oíste todo. Oh, y antes de que se me olvide, ¡mil gracias por el apoyo moral!

Miller abrió un ojo y miró hacia todos lados, asegurándose de que la zona estuviera despejada. Puso un codo en el sofá y miró a su esposa sin saber qué demonios había pasado.

—Bueno, ¿y eso qué ha sido?

Esperaba que su esposa estuviera lanzando truenos por los ojos, pero lo que vio en su rostro lo hizo sentarse en el sofá.

—¿Qué pasa?

Por fin Emma dejó escapar un suspiro acompañado de una carcajada.

—Max Miller, tus espermatozoides y mis huevos solo crean mujeres y, por lo visto, ya tenemos otra hija sin tenerla que hacer primero.

Esta vez fue Miller quien no pudo contener la risa.

—Crees que Mila...

—Sí, inconscientemente ya te ve como un padre protector y yo como la madre peleona.

—Pues yo..., no sé, la verdad es que no me había percatado. O sí, bueno, es complicado.

Emma se le acercó y le besó la frente. Miller vio aparecer una sonrisa triste en su hermoso rostro.

—Big Mama y yo llevamos días notándolo. —Emma señaló hacia la habitación donde estaban sus hijas—. Con Rain y Rita se comporta como una hermana mayor. Ayer, cuando estaba jugando con las niñas, las tres vinieron a tocarme la panza. Mila les dijo: “pronto vamos a tener otra hermanita”.

«Pronto vamos a tener otra hermanita», repitió Miller, comprendiendo en parte lo que aquello significaba. Mila se había incluido inconscientemente como parte de la familia.

—¿Y eso es bueno o malo?

Emma tardó un buen rato en responderle, sin dudas recordando exactamente los términos médicos para una situación así.

—Hasta cierto punto es bueno, se llama “memoria traumática selectiva”.

—¿Qué viene siendo eso? ¿Cómo borrar un disco duro?

—Bueno, mirándolo desde tu punto de vista, sí, bastante parecido. Su mente creó un mecanismo de autodefensa eliminando lo que le provocaba dolor; así terminó adaptando su nueva realidad de forma conveniente para ella.

—La parte de autodefensa la entendí, pero en lo otro me quedé un poquito atrás.

—Para Mila ahora somos su familia, mamá, papá, abuela, hermano, dos hermanas pequeñas y ella, la hermana mayor, la que tiene que protegerlas, portarse de vez en cuando rebelde para llamar la atención de papá y desafiar a la madre peleona (en este caso yo), pues es parte del juego. ¡No te rías, payaso!

—¡Mamma mía! Tengo una nueva hija y no me había dado cuenta.

Capítulo 53

Selección

(Orangeville, Florida)

Tardó más de dos meses —con carencia de sueño, estrés constante, problemas tras problemas en la casa—, pero al fin pudo mirar orgulloso su obra terminada.

Los dos motores —el de la camioneta Ford que le quitó a los Elegidos y el viejo Cadillac de su abuelo— rugieron cuando los encendió. El yate vibró cuando la potencia de los caballos de fuerza recorrió el eje central. Por desgracia aún no tenía la maldita propela; esa era la segunda parte del plan, lo cual tuvo que dejar para último. Cuando le dijera a Emma...

«¿Cómo le explico que necesito regresar de nuevo a Orangeville por la propela? No le va a dar mucha gracia..., no, definitivamente no le va a hacer ninguna gracia. Por desgracia no queda de otra, es la única opción», pero eso sería más tarde, ahora era momento de celebrar.

¡Mierda, es que se lo merecía!

Y en ese momento, aunque fuera solo un trago, ¡por Dios!; lo que daría por una Budweiser a punto de congelarse. La imagen hizo que la boca se le aguara. Al no tener la cerveza, puede que encontrara algún Jack Daniel's escondido en las reservas de Big Mama.

«¡Lo logré!».

Levantó las dos manos en señal de triunfo. Al girarse se topó con que Mila y Rain lo estaban imitando. Las dos chicas se estaban riendo de él, lo cual no le importó mucho.

—¡Lo logré! Me oyeron, mocosas, ¡lo hice! —les gritó entre palmadas y palmadas, les sacó la lengua y comenzó a mostrarles su mejor coreografía de danza en línea. Solo le faltaban sus botas de cowboy para zapatear el suelo.

El rugido de los dos motores era música para sus oídos. No pensaba negarse el placer del triunfo. Para culminar su alegría, ver a Mila tomar de la mano a Rain y ayudarla a subir al yate lo hizo sentirse más orgulloso de lo que podría haberse imaginado.

«Por fin tenemos una verdadera oportunidad para escapar de esta pesadilla», pensó al mirar a su alrededor.

¡Blim! ¡Blim! ¡Blim! ¡Blim! ¡Blim!

Los cascabeles generaron una cacofonía horrorosa, no tanto por su sonido como por su significado. Así de simple; el castillo de arena en el que vivían día a día se vino abajo como si la realidad —transformada en un tsunami— los hubiera impactado.

Mila se quedó paralizada de miedo, lo miró a los ojos y Miller creyó que podría desmayarse. Todos los cascabeles que había instalado alrededor del yate continuaron sonando irritadamente; como si Jordan —a quien le tocó la guardia esa mañana— pudiera decirles a través del sonido que los Elegidos se estaban aproximando a la casa... y eran muchos.

—¡Mila, mírame! —Miller le sujetó el rostro entre sus dos manos obligándola a mirarlo. Por primera vez desde que la trajo a su casa la tocó sin causarle una crisis de repulsión—. Necesito tu ayuda, ¡me tienes que ayudar! No, no llores, tus hermanas te necesitan, yo te necesito.

—Sí... sí... —Mila afirmó con la cabeza pero continuó en un estado de shock.

—Cariño, necesito que pongas todo de tu parte; puedes hacerlo y confío en ti. —El voto de confianza hizo el efecto deseado y Mila apretó los puños superando la situación—. ¡Toma a Rain y no pares de correr hasta que llegues a la cabaña!

—Sí..., sí... —fue lo único que Mila pudo decir.

Para asombro de Miller, la joven se despertó del shock, cargó a Rain y salió corriendo con ella. La niña se le aferró al cuello al comprender que algo terrible estaba pasando. Él las siguió con la vista hasta que desaparecieron tras la punta de la colina.

—¡Hijos de puta! —entró al camarote y abrió una de las enormes maletas Pelican que tenía esparcidas por todo el rancho. Dentro guardaba su equipo de combate, compuesto por un Modular Tactical Vest (un Chaleco Táctico Modular usado por los Marines que pesaba más de 30 kilogramos). El pesado chaleco ya tenía instalado ocho cargadores para su HK416—. ¡Llegaron a la casa equivocada!

El puesto de guardia lo ubicó estratégicamente con un único objetivo: quien se aproximara al rancho tenía que tomar la carretera principal que conducía hasta la puerta de su casa. No tenían otra ruta, por tanto, siempre los vería primero. Miller calculó cuidadosamente el tiempo que tardaría en llegar un vehículo o una persona caminando. De ser el primero, unos diez minutos.

«¡Solo tienes diez minutos para prepararte! ¡Solo tienes diez minutos para prepararte!», la mantra la repitió continuamente mientras corría colina arriba hacia la primera emboscada. No pensó en el resto de la familia—ese lujo no se lo iba a permitir—, cada uno tenía un papel importante que jugar ya que la sobrevivencia de todos dependía de que nadie incumpliera el plan establecido.

Recordó que desde por la mañana Big Mama estuvo trabajando en uno de los sembrados. Al escuchar la alarma debió de haberse dirigido inmediatamente hacia la cabaña, «no pienses en ello, concéntrate», Emma y Rita harían lo mismo... Jordan llegaría de último.

La emboscada preparada por Miller, en términos militares era una verdadera carnicería. Todo estaba a su favor, el elemento sorpresa, el terreno elevado le permitía un control absoluto de la zona y, sobre todo, la potencia de fuego. Eso era algo para lo que los Elegidos no venían preparados. Por desgracia habían demasiados elementos en juego que, de fallar, la situación se podía invertir en cuestiones de segundos. Llegó al árbol que tenía preparado, cortó la soga y el contrapeso dejó caer suavemente otra de sus maletas.

Abrió la Pelican. Dentro tenía —según muchos expertos militares— uno de los rifles de francotiradores más precisos del mundo.

«¡Hola, bebé! ¿Extrañaste a papi? Tranquilo, chico, ahora vamos a jugar», de todo su arsenal, Miller sacó su arma más letal.

Apodado “La Leyenda”, Chris Kyle fue considerado en la historia de los francotiradores americanos el más letal de todos. Su record de muertes confirmadas por el propio Pentágono superaba los 150 enemigos.

Entre su selecto arsenal, Kyle tenía como arma insignia un poderoso McMillan TAC-338, que usaba un cartucho Lapua 338, con el cual rompió su propio record eliminando a uno de sus enemigos a 2,100 yardas.

Miller, un fan de Chris Kyle, compartía el mismo gusto por los modelos de armas que usaban el mismo cartucho. Abrió el trípode, se acostó y adaptó sus piernas buscando una posición perfecta para relajar su cuerpo. Acomodó el rifle contra su hombro y miró a través de la gigantesca mira telescópica: una Nightforce NXS 8-32x56.

El Remington MSR que tenía entre sus manos —con un gatillo calibrado a solo dos libras de presión— contaba con sistema de cerrojo y un alcance efectivo de 1500 metros. Ubicado encima de una colina, con un silenciador incorporado y a menos de 700 metros de su casa, Miller observó

cómo un camión de diez ruedas —un pesado Volvo de los años cincuenta—, acompañado por dos motoristas, se detenía frente al pórtico de su rancho.

«Ok, hijos de puta, comienza el conteo», tragó en seco, inhaló y exhaló durante varios segundos para controlar su respiración. Acto seguido comenzó a seleccionar los objetivos principales.

Ocho hombres bajaron del camión, más los dos de las motos le dieron una cuenta de diez... diez pandilleros —diez tangos, así los habría llamado de andar con el resto de su comando— y eso era exactamente lo que tenía en el cargador. Diez devastadores cartuchos de cabeza chata 338 Lapua Magnum. La cuenta era simple, cada disparo debía contar, pero el número no jugó a su favor, ya que lo principal era eliminar al líder. Como todas las pandillas, estas siempre contaban con un líder. Eliminado este, se creaba un pánico general que le daría unos preciados segundos para eliminar a otros en lo que estos se reorganizaban para seleccionar al siguiente líder.

Mientras el caos se propagaba entre los pandilleros, el siguiente paso era inmovilizar el camión y las motos —nadie podía escapar—, luego ocuparse del resto. Por suerte tenía varios cargadores como...

¡¡¡Pum!!!

«¡¿Pero qué cojones?!», Miller no dio crédito a lo que vio.

El primer Elegido, sin dudas el curioso del grupo, quien por su aspecto físico debía de ser centroamericano —aunque no le pareció mexicano; no, tenía aspecto de ser guatemalteco, hondureño o quizás nicaragüense—, iba cubierto con tatuajes en los brazos y la cara. El tipo se acercó a la puerta de la casa y cuando fue a mirar por la ventanilla esta estalló dejando un boquete de varias pulgadas en el centro. El pandillero fue catapultado varios metros hacia atrás con un agujero en el pecho que lo atravesó de lado a lado.

Miller reconoció el estruendo del disparo al instante; era el Mossberg 500 con culata recortada de Big Mama. Un segundo estallido puso a resguardo al resto de los Elegidos. Estos se escondieron tras el Volvo y devolvieron los disparos con todo lo que tenían encima... que era mucho.

Armados con AK-47, M-16 y otra variedad de rifles y escopetas, la potencia de fuego que lanzaron contra la casa llenó las paredes y puerta principal de cientos de agujeros en segundos.

«¡Por Dios, no... no... maldita sea!», Miller rugió impotente sin comprender qué había salido mal. Entonces todo su mundo se le vino abajo.

La puerta lateral, que escapaba a la vista de los Elegidos, se abrió y Emma salió cargando encima de su barriga a Rita.

«Emma, ¿pero qué demonios pasó? Ay, mujer, ¿por qué nunca me haces caso? ¿Qué pasó, por qué no te fuiste?». Alguna explicación debía tener. Lo que hubiera sido no le dio tiempo para aclarar sus preguntas. En ese momento la banda de asesinos decidió desplegarse. Dos rodearon la casa. En cuanto doblaron la esquina quedaron sorprendidos al ver correr a una mujer con una niña en brazos. La sorpresa les duró poco, ya que ambos se llevaron los rifles al hombro.

Capítulo 54

Instintos

(Orangeville, Florida)

Emma intentó correr tan rápido como sus fuerzas se lo permitieron, pero cargando a Rita sobre su barriga solo logró avanzar una veintena de pasos cuando escuchó las voces a su espalda.

—¡Por favor, no! —les gritó al ver cómo aquellos monstruos levantaban sus armas y le apuntaban. Instintivamente abrazó a Rita contra su pecho y se giró para protegerla del impacto de las balas con su cuerpo.

La cabeza de uno de los Elegidos desapareció de repente como si una fuerza sobrenatural se la hubiera desintegrado. Su compañero vio el cuerpo caer a su lado y no pudo ni reaccionar. Sintió un segundo después el balazo que lo lanzó por el aire varios metros. Antes de caer al piso sin vida, solo pudo comparar la fuerza del empuje en su espalda con el choque de un auto a cien millas por hora.

—Cálmate, amor, ya papá está aquí —le susurró Emma a Rita en el oído para calmar el llanto de la niña.

Emma volvió a retomar la carrera hacia el bosque, pero se detuvo al ver estallar a unos metros delante de ella uno de sus jarrones con flores. Un instante después, un segundo jarrón volvió a estallar, esta vez más cerca.

—Muy bien, Miller, entendí el mensaje.

Miró hacia la colina, desde donde su marido literalmente le estaba mandando un mensaje a balazos. Regresó a la casa justo en el momento que un segundo grupo rodeó la esquina por donde habían llegado los otros dos. En ese momento comprendió lo que Miller había visto. De seguir corriendo hacia el bosque no habría llegado ni a la mitad.

Movió el cerrojo, el casquillo voló por los aires, introdujo un nuevo cartucho en la recámara, seleccionó un objetivo y presionó el gatillo. Todo en menos de dos segundos.

Repitió la operación tres veces... tres tangos cayeron.

La cabeza chata del cartucho Lapua 338 le destrozó el pulmón a otro de los pandilleros. Sus compañeros continuaron disparando contra la casa, pero uno de ellos —con algún tipo de entrenamiento militar— comprendió que estaban bajo el fuego de un francotirador.

—¡Disparen a la colina! ¡Hay un francotirador! —el que estaba gritando se refugió tras las gomas del Volvo y abrió fuego contra su escondite. Las balas dieron contra uno de los árboles de su derecha, a casi dos metros de su posición—. ¡Hijos de puta, disparen hacia la colina!

Los que estaban más cerca del pandillero comenzaron a devolverle los disparos, los cuales impactaron esta vez mucho más cerca de su escondite. Miller sonrió, había encontrado al líder. El hombre —sin dudas un miembro de la Supremacía Blanca, por su cabeza rapada y tatuajes en la nuca— comenzó a organizar al resto de su equipo. Antes de que diera la siguiente orden, una bala le despedazó la mitad del rostro.

El resto de los Elegidos se giraron a la vez y abrieron fuego contra la colina, obligándolo a retroceder. Como un dragón de komodo se arrastró en busca de una nueva presa sujetando el rifle contra su pecho. Usó los codos y rodillas para generar tracción y velocidad en su desplazamiento. Avanzó unos diez metros, resurgió tras unos troncos que preparó para ese mismo imprevisto y volvió a seleccionar otro objetivo.

—¡No, no, no...! ¡Mierda, mierda, mierda! —El tiempo que perdió desplazándose hacia una nueva posición le permitió a uno de los Elegidos montarse en el Volvo, hizo un giro en U y estaba disponiendo a marcharse. Sin dudas para buscar refuerzos—. ¡Enseña la cabeza, imbécil!

No tenía un disparo, por lo que cambió de táctica.

¡Sup! ¡Sup! ¡Sup!

Tres disparos hicieron estallar la goma delantera y dos de las traseras. El enorme camión perdió la dirección estrellándose contra unos troncos. En medio de todo el caos, Miller quedó paralizado de miedo por medio segundo. Dos pandilleros habían entrado a la casa.

Emma atravesó la cocina en busca de un escondite, pero las balas continuaron atravesando la casa de lado a lado. Una de las paredes centrales, reforzada con vigas de acero y cemento, era su mejor protección... hasta que los escuchó dentro de la casa.

—Bebé, tienes que hacerle caso a mami, ok, ¿vas a portarte bien? — Rita asintió conteniendo sus sollozos al ver el miedo en la cara de su madre. Emma abrió uno de los armarios de la cocina y tiró al piso todas las latas y suministros acumulados—. Te vas a esconder aquí, calladita, no puedes llorar, ¡verdad que no!, ya eres una niña grande.

La introdujo dentro del closet pero Rita la abrazó y volvió a llorar sin

desprenderse de su cuello. Emma solo tuvo tiempo para besarla y apartarla con brusquedad.

—¡Te quedas aquí y no sales hasta que te dé permiso!

Hablarle de esa manera le rompió el corazón, pero no tenía otra opción. En cuanto cerró la puerta se tocó la cadera en busca de su pistola... «¡Me cago en todos los demonios, sus padres y sus hijos! —no pudo creer que esto le estuviera pasando—, de esta Miller me mata... ¡o lo hace uno de estos cabrones!». El cinturón lo dejó enganchado detrás de la puerta del baño esa mañana.

«Un arma, necesitas un arma», recorrió la cocina y localizó uno de los pequeños y afilados cuchillos que Big Mama usaba para preparar los venados y cerdos.

—¡Oh, pero miren a quién tenemos aquí!

Emma se giró y vio entrar a la cocina a dos monstruos disfrazados de hombres. Uno de ellos era enorme, un gigante musculoso de más de doscientas libras; el otro era pequeño, flaco y con dientes podridos de caries.

—Ah, ¡pero qué bien!, la puta asquerosa está embarazada —el enano repugnante le sonrió a su camarada—. ¿Sabías, cosa negra de mierda, pues que mataste a mi amigo Jonny? Sí, no te sorprendas, al mismo que le disparaste en la puerta. Pero ¿sabes qué?, la venganza existe, por eso te juro, ¡me oyes bien!, te juro que te voy a sacar a tu hijo a patadas por la boca.

El gigante le cerró el paso mientras que el más pequeño avanzó riéndose de sus propios chistes. Le agarró una mano, pero Emma se giró con todas sus fuerzas haciéndole una X en el rostro con la afilada hoja del cuchillo de caza. La sangre le salpicó todo el vestido, el suelo, las manos y las paredes.

—¡Ahhhhhhh! —gritó el enano con todas sus fuerzas mientras retrocedía varios pasos hacia atrás, se llevó las manos a su destrozada cara quedándose con un trozo de su nariz entre los dedos—, ¡mátala, mátala!

Emma corrió hacia el otro lado de la cocina, pero el gigante la interceptó. Ella le lanzó un tajo al cuello, pero la mole retrocedió y con movimientos de experto le agarró la mano como si fuera una pinza eléctrica. Le dio un apretón que le nubló la vista, haciéndola creer que le iba a partir la muñeca. El pequeño cuchillo se le fue de entre los dedos.

Capítulo 55

Protegiendo a sus crías

(Orangeville, Florida)

En el reino animal pocos machos son tan protectores con sus crías y su pareja como el zorro rojo. Mientras la hembra los amamanta y les da calor, es el macho quien crea un perímetro de seguridad alrededor de la guarida, protegiéndolos día y noche. Su misión es alejar a los posibles depredadores a la vez que —durante más de tres meses— caza diariamente para alimentarlos.

Max Miller se consideró a sí mismo una especie de zorro rojo a quien le estaban atacando su guardia, a su hembra y a sus cachorros.

Salió de su escondite y corrió colina abajo disparando contra los dos pandilleros que quedaban fuera de la casa. Uno de ellos dentro del Volvo, el otro oculto tras las gomas del camión.

Entre las miles de habilidades que un Marine Force Recon domina, una de ellas era correr, disparar y cargar al mismo tiempo. Miller usó ráfagas cortas para mantener a sus enemigos cubiertos. El que estaba dentro del Volvo cometió la estupidez de levantar su cabeza y dispararle.

Miller rodó por el suelo, frenó con la rodilla la inercia y vació el resto del cargador contra el parabrisas convirtiéndolo en una telaraña gigantesca de vidrios fragmentados. El interior del Volvo quedó como si una granada de carne hubiera explotando cubriendo las paredes de sangre, masa y huesos. El pandillero recibió varias ráfagas de disparos en el pecho y el rostro. Miller introdujo un cargador fresco en su HK416, se giró y continuó avanzando en posición de ataque.

Un grito de Emma lo hizo perder la concentración, costándole dos disparos en el pecho que lo hicieron retroceder —si no hubiera llevado un pesado chaleco antibalas los proyectiles le habrían atravesado el cuerpo de lado a lado—. Rápidamente cambió de posición y respondió al fuego.

Tres disparos, uno en la pierna, otro en el centro del pecho y el último en la cara, propulsaron a su enemigo contra las gomas del Volvo. Miller soltó su rifle y sacó su pistola, entró en la casa por la puerta de atrás, hizo un rápido recorrido comprendiendo que no se le podía escapar ni un disparo por miedo a herir a la niña o a su esposa.

Escuchó sus gritos, sus maldiciones... sin dudas esa era su esposa.

Hizo un giro alrededor de la pared y la localizó. Su esposa estaba siendo estrangulada por una mole humana. Frente a ella, un segundo tango le apuntaba con su pistola... no había rastro de Rita.

—¡Hija de puta! ¡Voy a matarte perra! —le gritó el hombre que sostenía la pistola con una mano y mientras con la otra se agarraba los trozos de su desfigurado rostro. Aquellos tajos recientes debían de ser un regalo cortesía de Emma. El Elegido levantó su pistola y caminó hacia su esposa. Miller no lo tenía en un ángulo de disparo, por lo que dio la vuelta alrededor de la pared.

—¡Sujeta a esa perra! Le voy a sacar el hijo a patadas.

Una fuerte bofetada hizo que la cabeza de Emma girara sobre sus hombros. Sintió que se le iba a desprender de un momento a otro. Al mirar hacia su izquierda vio a su esposo avanzando pegado a la pared. Emma sonrió con el placer de la venganza, se pasó la lengua por los labios saboreando el sabor metálico de la sangre, se llenó la boca de saliva y le escupió el rostro.

—Mi esposo te va a arrancar la cabeza, ¡enano de mierda!

El tipo respondió al insulto dando un paso al frente para darle un puñetazo. Fue entonces cuando vio que tras la pared estaba Miller.

Un simple disparo en un ojo le arrancó parte del cráneo. Miller no disparó por segunda vez como le hubiera gustado, aún no sabía dónde estaba Rita.

El gigantón que sostenía a Emma la empujó lanzándola contra un sofá. Miller no tuvo tiempo de reaccionar y, para cuando lo hizo, la mole le atrapó la mano de la pistola. Esa fracción de segundo le hizo comprender que en un combate cuerpo a cuerpo no iba a ganar esa batalla. Su contrincante lo superaba por unas cien libras y estaba en excelente forma física; peor aún, el espacio de la sala no le permitiría moverse con facilidad.

Soltó la pistola e intentó agacharse para derribarlo, pero quien fuera aquel coloso leyó sus intenciones, se giró a un lado, lo sujetó por el chaleco y lo empujó contra la pared mientras le iba dando puñetazos con la fuerza de una maza medieval. Cuando por tercera vez los nudillos impactaron contra su rostro, Miller sintió su boca llenarse de canicas... excepto porque no eran bolitas de cristal.

Un cuarto puñetazo lo hizo escupir varios dientes.

El Elegido lo pegó contra la pared, justo lo que Miller intentó desde el comienzo de la pelea —excepto que si recibía otro mandoble con forma de

puño lo haría perder la conciencia—, así que solo iba a tener una oportunidad. Sacó de su espalda su afiladísimo SOG M40-K, pasó sus piernas por detrás del mastodonte (abrazándolo con todas sus fuerzas) y le aplicó la técnica del «pistón».

«Tantas puñaladas como puedas, en el menor tiempo posible, en el mismo lugar», la mantra que sus entrenadores le enseñaron se repitió en su cerebro como un canto de guerra. Abrazó al gigante y por debajo de las costillas le enterró la hoja hasta el cabo.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce...», la meta era llegar a veinte, pero por increíble que pareciera, su contrincante le sujetó la mano y se la torció obligándolo a soltar el cuchillo. Miller le introdujo la pierna por detrás de la rodilla haciéndolo perder el balance. Ambos cayeron al piso en medio de un enorme charco de sangre. Su enemigo se estaba desangrando y él cayó sentado encima. Esas fueron las dos buenas noticias. La mala, el pandillero seguía vivo y fuerte como un oso.

Incluso con doce puñaladas en los costados y un chorro de sangre emanando de su cuerpo como si le hubieran abierto una manguera desde el interior de su espalda, las manos de aquel fenómeno que no quería morir se le agarraron el cuello y se lo comenzaron a exprimir como si fuera una boa. Miller le metió los dos pulgares en los ojos con tanta fuerza y rabia que no dejó de empujar hacia adelante hasta sentir que los dedos no le cabían más.

Una pulpa sanguinolenta le salió de las cuencas de los ojos... por fin aquel monstruo perdió las fuerzas dejando caer sus manos hacia los lados mientras en la garganta se le ahogaba un grito.

Miller gateó por el piso hasta recoger su pistola (solo por si acaso), le metió dos tiros en la cabeza. Emma corrió a su lado y lo ayudó a levantarse como pudo, entonces escucharon una de las motos encenderse.

—¡Oh, mierda, denme un descanso! Queda uno.

De alguna manera, con un disparo que le había arrancado la mitad del hombro, el pandillero se puso el casco, encendió la moto y logró controlarla.

Para cuando Miller llegó al pórtico vio como se alejaba el último de los Elegidos. No le daba tiempo subir la colina en busca de su rifle.

Big Mama inhaló profundo y dejó escapar el aire, acomodó el Remington con mira telescópica que usaba su nieto para cazar venados, enfocó el casco de aquel hijo de puta y presionó suavemente el gatillo.

Miller vio el casco del Elegido estremecerse, la moto perder el control y al pandillero caer por el acantilado. Ese disparo solo pudo haberlo hecho su abuela.

Dejó escapar una sonrisa y se sentó en el suelo, desde donde vio como Emma intentaba calmarle los gritos a Rain. La niña no dejaba de llorar, pero fuera de eso —lo cual no era tan malo, ya que significaba que tenía energías para gritar, para quejarse, para respirar— todos estaban bien. Bueno, todo menos sus dientes.

Escupió un coagulo de sangre y se metió los dedos en la boca. Al retirarlos se sacó un molar.

«¿Y ahora de dónde saco un dentista?»

José había sobrevivido a muchas cosas. A las guerras entre las pandillas de su natal El Salvador, a los cárteles mexicanos cuando crearon las rutas para pasar mujeres y drogas, a la prisión donde fue condenado por ser uno de los sicarios más activos de la Mara Salvatrucha. Lo que nunca pudo imaginarse es que fuera un casco de moto lo que le salvaría su cabeza de explotar por el impacto de una bala y luego de ahogarse en el río. Ahora, arrastrado por la corriente, supo que sobreviviría, que iba a llegar hasta donde estaban sus hermanos y que estos no iban a quedarse de brazos cruzados. Cuando emprendieran otro ataque serían muchos más.

Quienes los emboscaron iba a conocer el verdadero poder de los Elegidos.

Capítulo 56

En territorio enemigo

(Orangeville, Florida)

Permanecer durante largos períodos de tiempo en una simple posición era una de las mejores habilidades que le enseñaron sus entrenadores. A diferencia del resto de su clase, Miller se convirtió en todo un experto. Pero con el dolor que tenía en su boca, la tensión de haber dejado a su familia indefensa y el miedo —un miedo que odió tener que reconocer—, no moverse era todo un reto.

Una segunda patrulla de Elegidos pasó alumbrando los bordes de los techos y los interiores de las tiendas. Era la segunda patrulla en menos de dos horas. Esto le dejó claro a Miller que aquellos psicópatas asesinos ya estaban echando de menos a uno de los tantos grupos que enviaban en busca de suministros. Así que el tiempo comenzó a agotársele; él lo tuvo bien claro desde el principio, los Elegidos eran pandilleros sin escrúpulos adictos a las matanzas, pero eso no dejaba de negar la verdad, y esta era que sin dudas sabían organizarse mejor que los ciudadanos corrientes. De seguro los grupos de recolectores que enviaron en busca de suministros iban siguiendo una ruta predeterminada, por lo cual solo era cuestión de tiempo que enviaran a otro grupo —fuertemente armado— a seguir la misma ruta.

Por lo menos ya era de noche, eso en sí era una buena noticia.

Al igual que la última vez que estuvo dentro de la ciudad, la noche era su mejor aliada. Contar con un equipo de visión nocturna le daba toda la ventaja sobre sus enemigos, mientras estos no lo descubrieran, ya que en cuanto a potencia de fuego, lo superaban en cientos contra uno.

«Hora de moverse», presionó su HK416 contra su hombro, hizo un recorrido de izquierda a derecha, se aseguró de ser el único que estuviera en los alrededores y, solo entonces, se atrevió a saltar hacia el techo de la tienda Aqua-Boat, donde estaba, o debía estar, la propela para su yate, su única vía de escape.

Escupió sobre el techo de la tienda más sangre que saliva, lo cual era mejor que seguir soltando muelas. El combate contra aquel coloso le dejó un diente frontal astillado y dos molares arrancados posiblemente de raíz. Emma insistió en que quizás le quedaran fragmentos de los dientes en su encía, lo

cual iba a provocarle una infección, pero al no tener tiempo para una evaluación, su esposa procedió a ponerle un plan de calmantes para el dolor —nada tan fuerte como para dejarlo medio aturdido—, dos aspirinas cada dos horas... «¡vaya mierda de tratamiento!», pero no tenía otra cosa que darle, así que se tuvo que conformar con eso.

«Esas aspirinas son una basura, lo que necesito es a mi amigo José Cuervo y un disparo de morfina... ¡mierda bendita, sí que me está doliendo!», el dolor, aunque le costara admitirlo, lo prefería más que la tensión que estaba viviendo.

Envolver los cuerpos de los Elegidos en mallas, ponerle un contrapeso y tirarlos por el acantilado que daba al río, para que los peces se los comieran, le tomó todo el resto del día. Un tiempopreciado —él hubiera preferido llevarlos al bosque para que se pudrieran y de paso regalarles un banquete a los carroñeros, pero Emma insistió en enterrarlos—. Big Mama, mucho más práctica, dio la idea de lanzarlos al río.

Había llegado el momento de marcharse. Ahora era cuestión de tiempo que fueran descubiertos por los Elegidos, así que cuanto antes mejor.

—Esta noche voy a la ciudad —Miller recordó el silencio que se hizo alrededor de la mesa. Emma, con la cara hinchada negó con la cabeza. Big Mama no se atrevió a poner ninguna objeción—. Voy a la tienda de yates para buscar la propela.

—Tiene que haber otra vía —Le suplicó Emma—. Esos hombres están enfermos, ¡por Dios, intentaron matarnos!

—Es la única vía de escape que tenemos.

Otro largo silencio, nadie quiso hablar, todos comprendían que aquella expedición de los Elegidos era simplemente el primer grupo. En cuanto estos no se reportaran enviarían un segundo por esa misma ruta. ¿Qué iba a pasar entonces cuando regresaran con dos camiones?

—Hay mucho trabajo que hacer —convino Big Mama—. Nos vamos a pasar el resto de la noche preparando los suministros que nos quedan. En la mañana lo trasladaremos todo al yate.

Miller asintió.

—Trata de haber regresado por la mañana —lo amenazó su esposa. Luego lo agarró del cuello y con mucho cuidado le besó los labios hinchados.

Llegar a la ciudad no le costó tantos problemas —excepto por el dolor en su boca; lo demás fue relativamente fácil—. Usó una de las motos de

los pandilleros para trasladarse hasta el punto A; desde allí cambió totalmente de dirección en caso de que alguien hubiera escuchado el sonido (de ser los Elegidos). Puede que decidieran montarle una emboscada, así que no pensó regresar por esa misma ruta.

A solo tres millas de la tienda se detuvo, se aseguró de que nadie lo estuviera siguiendo. Solo entonces subió a los techos, otra ruta que le permitió llegar directamente a la tienda sin tener que atravesar las calles.

«¿Y ahora qué cojones es esto?».

Miró por el borde del techo y vio que la puerta principal de la tienda tenía dos cadenas aseguradas con candados desde adentro.

«Eso sí que es una estúpida idea..., poner un candado no es más que una invitación a que los Elegidos te hagan una visita», dio la vuelta y se dirigió a la puerta de atrás, por donde el camión con la mercancía solía entrar; también habían asegurado esa puerta desde adentro.

«¿Qué locura es está?».

Regresó al techo de la tienda donde había una salida de emergencia, la cual también fue asegurada desde adentro. Esto le hizo confirmar todas sus sospechas: dentro de la tienda alguien decidió ocultarse y si él en pocos minutos llegó a esa conclusión, otros lo harían.

Ajustó la correa de su HK416 y cambió hacia su Glock. Apuntó la pistola hacia el llavín y presionó el gatillo.

Puff.

El silenciador amortiguó prácticamente todo el sonido, pero en cuanto empujó suavemente la puerta, un estruendo estalló por toda la escalera que conducía al primer piso de la tienda.

«¿Y ahora qué mierda fue eso?», se giró rápidamente y apuntó hacia el interior de la tienda esperando ser recibido por una ráfaga de balas. Buscó algún tipo de trampa por la escalera o en el peor de los casos que lo estuvieran esperando para darle una bienvenida a puro plomo desde los rincones... pero nadie lo recibió, de momento.

En el fondo del pasillo, pegado a la pared y aún moviéndose hacia los lados, vio el dispositivo de alarma que instalaron tras la puerta, extremadamente rústico y efectivo. Una lata repleta de tuercas y tornillos. Si había alguien adentro de la tienda —como todo parecía indicar—, a menos que fuera sordo, era imposible que no hubiera escuchado aquel escándalo.

Sus sospechas se confirmaron en el instante que escuchó pasos que se

acercaban. Miller dio dos saltos. Saltó todos los escalones y llegó justo a tiempo para ocultarse contra el borde de la pared. Un segundo después vio pasar a menos de un metro a Roger Connor, el dueño de la tienda.

Miller lo conocía perfectamente, debían de tener la misma edad y en varias ocasiones se habían encontrado en los bares de la ciudad. Se conocían desde que eran muchachos cuando él visitaba la tienda junto con su abuelo para comprar piezas para el yate. En aquel entonces el padre de Roger era el dueño de la tienda.

Roger Connor le hizo honor a su apellido —los Connors eran famosos por ser ricos y precavidos en los negocios de la ciudad—, llevaba una escopeta al hombro e intentó parecer seguro de sí mismo, pero las manos le temblaban tanto que desde su escondite Miller pudo escuchar su respiración. El hombre parecía que fuera a caer fulminado por un ataque al corazón. Sin perder un segundo más, avanzó pegado a la pared, le aplicó en el cuello una pinza de dedos contra la garganta impidiéndole lanzar un grito. Le puso la punta del silenciador contra la sien y lo sujetó fuertemente contra su pecho.

—Connor, te conozco, somos amigos —le susurró al oído—, no quiero hacerte daño, baja la escopeta.

Connor intentó girarse bruscamente pero los dedos que le presionaban la garganta lo apretaron con tanta fuerza que cualquier resistencia que intentó llevar a cabo decidió pensársela dos veces. El mensaje era clarísimo: si no bajaba la escopeta le iban a desgarrar la tráquea.

—¡Connor, ¿estás bien?! —Miller se giró rápidamente usando a su presa como un escudo humano. Por una segunda puerta vio aparecer a Hether, la esposa de Connor, quien también trabajaba en la tienda llevando la contabilidad.

La mujer traía una escopeta pegada a la cadera. A pesar de no poder ver en la oscuridad, sus intenciones eran clarísimas, iba a vender cara la vida de su esposo. Por suerte, en el pequeño espacio de la escalera, el pasillo y la tienda —donde se estaba desarrollando todo el drama— Miller era el único que podía ver. Hether solo veía algunas siluetas y esto la hizo dudar; de lo contrario la situación podría haberse tergiversado con consecuencias fatales.

—Hether, soy Max Miller, ¿me recuerdas?

—¡Max, claro, el Marine! —la voz le tembló al comprender que estaba ante un soldado profesional con intenciones desconocidas—. ¿Dónde está mi esposo?

Miller aflojó su agarre sobre la garganta de Connor.

—Hether, baja la escopeta. Connor, no hagas nada estúpido. No vine a hacerles daño, solo necesito recoger una propela que te encargué hace meses.

Soltó a Connor, pero antes se aseguró de sujetarle la escopeta y mantenerlo frente a él, de manera que se mantuviera en la línea de disparo de Hether.

Connor se llevó las manos a la garganta y carraspeó varias veces, como si estuviera probando que sus cuerdas vocales no se hubieran desprendido. Lo miró a través de la poca luz que se filtró por la puerta de emergencia que Miller había abierto. La silueta de un soldado armado con un equipo táctico que incluía un casco con gafas de visión nocturna lo hizo comprender que de quererlos asesinar hacía mucho que lo habría hecho. Sonrió y se giró hacia su esposa.

—Calma, cariño, olvidé decirte que Max llamó para recoger su paquete. ¿Quieres un café en lo que enciendo la computadora para chequear tu orden?

Con el chiste la tensión desapareció, los tres sonrieron y bajaron las armas, aunque Miller siguió con el dedo en el gatillo.

Capítulo 57

Cuando escoges tu destino

(Orangeville, Florida)

Miller se sorprendió cuando Hether depositó entre sus manos un vaso humeante. Parecía y olía a café. ¿Sería de verdad?

«¡Santa mierda bendita!», lo probó, sí... café real, no la infusión que llevaba tres semanas tomando desde que se les acabó la última reserva. Como reemplazo para la cafeína Big Mama creó una mezcla de té con plantas que solo Dios les puso nombre. El resultado era un líquido oscuro y viscoso que según ella era una verdadera bebida energética, aunque nada que ver con una Red Bull. A Miller le supo desde que lo probó a meado de mofeta, pero por la salud de sus dientes prefirió reservarse el comentario.

—¿Cómo está todo allá afuera? —le preguntó Hether.

La mujer aparentó restarle importancia a la pregunta—aunque no dejó de morderse la punta de las uñas y mirarlo como si él pudiera despejar todos sus miedos—. Su expresión y el tic nervioso delataron el estado de ansiedad que la consumía. Miller observó hasta el último detalle sin poder salir de su asombro. ¿Cómo demonios aquella pareja había sobrevivido hasta el momento, ocultos en una tienda sin tener la más remota idea de lo que estaba sucediendo afuera?

Hether volvió a rellenarle su taza de café, lo cual le dio un pretexto para seguir observando todo a su alrededor, sacando conclusiones y despejando sus propias dudas. Connor fue al interior del almacén a buscarle la propela que necesitaba, por lo que se quedaron solos en una habitación iluminada con varias velas. Una habría sido suficiente. Que encendieran tantas le demostró que suministros le sobraban.

«¿Cómo demonios han sobrevivido tanto tiempo acá adentro?», la pregunta volvió a nacer en su interior y la única respuesta lógica era que el matrimonio tenía reservas ilimitadas de comida y víveres. El café que se estaba tomando era la prueba de ello.

Miller prefirió esperar que Connor regresara para aclararles las preguntas a los dos, ya que por increíble que le pareciera, ambos llevaban meses escondidos en la tienda. ¡Genial por ellos!, pero él sabía perfectamente que habían sobrevivido tanto tiempo simplemente por suerte del destino. Todo era cuestión de que los Elegidos ampliaran su perímetro de búsqueda —cosa

muy posible en las próximas semanas— y, una vez que los localizaran... quizás él les tuviera una mejor opción.

Miró la propela que Connor depositó sobre la mesa junto con varias cartas de navegación actualizadas —calculó que debía de pesar unas setenta libras—. El hecho de que Connor le adjuntara las cartas hacía evidente que comprendió sus intenciones.

«Ok, las cosas claras, por su propio bien. No puedo seguir demorándome», que la verdad no les gustara no significaba que la podrían ocultar.

—Les voy a hablar claro, no pienso mentirles. No pueden quedarse aquí. —Quizás no escogió las palabras correctas para comenzar, o el tono, pero no contaba con el tiempo para convencerlos—. Si quieren sobrevivir su mejor opción es venir conmigo.

La pareja se miró de manera tal que Miller comprendió que aquella conversación no era nueva para ellos. De igual manera era evidente que ya habían tomado una decisión.

—Gracias, de verdad, pero tenemos lo que necesitamos aquí —dijo Connor; su esposa afirmó enérgicamente—. Hemos escuchado los gritos afuera. He visto como arrastran a las personas hacia los camiones. Salir es una locura...

—No me están entendiendo. La locura es quedarse aquí adentro sin hacer nada, esperando que de un momento a otro vengan por ustedes. —Convencer a las personas no era su especialidad; él no era un hombre de palabras, sino de acción. Pero cómo ayudar a quienes no quieren ver la realidad—. Mirar por una ventana no es suficiente, créanme. No entienden la magnitud de lo que está pasando.

Por un instante sus propias palabras lo hicieron dudar:

«¿Tienes idea tú de lo que realmente está pasando?», la verdad es que no tenía respuestas para su propia pregunta; aunque de algo sí estaba seguro, esperar un cambio no era la respuesta.

—Preferimos esperar —insistió Hether. Una vez más buscó con su mirada el apoyo de su marido. Este, con un simple gesto, confirmó las palabras de su esposa—. En algún momento la Guardia Nacional entrará en la ciudad y va a poner orden.

Miller no pudo evitar contener un suspiro. En ese momento se sintió frustrado. «Esperar, esperar y esperar... ese fue el mismo error que cometió el

padre de Mila y Jordan, ¿y cómo terminó? Él muerto y sus dos hijos traumatados de por vida». No, esperar no era la respuesta.

Aunque hubiera querido, prefirió no ponerle palabras a sus pensamientos. En ese momento nada de lo que les dijera los haría cambiar de idea. Cambió de táctica.

—¿Tienen provisiones para cuánto tiempo? ¿Una semana más, un mes? ¿Y luego? ¿Hacia dónde van a ir cuándo se les acaben las reservas?

Por mucho que intentara explicárselo con palabras, el matrimonio de los Connors no podía imaginarse cuánto los necesitaba —quizás en parte, aunque no lo quisiera reconocer, por eso es que les insistió tanto—; él tenía las armas, las municiones y el entrenamiento; solo le faltaba lo más importante... dedos para apretar los gatillos.

La única manera de poder enfrentarse a los Elegidos era armando su pequeño ejército, crear tácticas de guerrilla y sorprenderlos, pero necesitaba desesperadamente aliados. Sus planes tácticos se vinieron abajo con la respuesta de Roger.

—Tú eres un soldado, estás entrenado para estas situaciones y sabes cómo sobrevivir. —El tono de voz que Roger empleó le dejó claro que no importaban los planteamientos que les diera, ellos no se irían—. Nosotros no somos soldados, fuera de estas paredes no sobreviviríamos ni unas horas.

—¿Es que no entienden! ¿Acaso creen...?

—Hemos sobrevivido todos estos meses porque nos hemos mantenido escondidos —Hether salió en defensa de su esposo—, contamos con suficientes...

La mirada de Roger la hizo callarse de inmediato, pero ya era demasiado tarde, Miller comprendió lo que estaba pasando. Por lo visto los Connors tenían una fuente ilimitada de provisiones. No le fue difícil imaginarse los sótanos de la tienda repletos de comida enlatada y víveres de todos tipos. No tenían hijos ni familia por la cual preocuparse. Podrían continuar escondidos en el sótano por los próximos meses o incluso años.

«¡Pues claro, les sobra la comida!», solo tenía que mirarlos para darse cuenta. Sin tener “acceso” a ningún tipo de alimentos desde el exterior, Roger tenía varios kilos de más. Verlos saludables y con provisiones le hizo replantearse su propia situación.

«¿Quizás eres tú quién está haciendo mal las cosas? —le gritó la voz de su conciencia—. ¿Realmente en qué consiste tu plan? Lanzarte en un yate de lujo a través del río con un único objetivo, llegar al mar. ¿Y luego qué?

Cuentas con una tripulación de dos niñas, dos adolescentes, una mujer embarazada y una anciana».

Su plan ya no le resultó tan convincente como al principio. Sus provisiones eran limitadas y tendrían que racionarlo todo a los pocos días... a menos que...

De repente tuvo una sensación que le provocó náuseas al instante. Una idea cruzó su mente haciéndolo sentirse el ser más asqueroso del mundo. Por extraña que fuera la situación, solo le preocupó lo que pudiera pensar de él Emma si regresaba con una montaña de comida enlatada. Miró su pistola. Todo acabaría en cuestiones de segundos.

«Nada de conciencia, ¡imbécil, son ellos o tu familia!», un disparo en la frente. Al final les iba a hacer un favor. Luego tendría los suministros necesarios para emprender el viaje. «Son tiempos difíciles; la supervivencia de mi familia está por encima de cualquier ataque de conciencia».

Algo en sus ojos debió delatar sus intenciones. Hether miró a su esposo y luego a la escopeta que había quedado encima de la mesa, lejos de su alcance.

«Solo tienes que apretar el gatillo...», Emma nunca podría enterarse.

Fue la mirada de Roger al abrazar a su esposa, cargada de impotencia y resignación, lo que lo trajo de vuelta a la realidad. Él no era uno de los Elegidos... por el momento.

Fue extraño despedirse de los Connors, abrazos, besos, palmadas en la espalda, frases de aliento; y la sensación de que nunca más los volvería a ver.

—Aquí tienes —Roger le entregó una mochila repleta de latas de sardinas, carnes enlatadas y barras de proteína—, para el viaje. Salúdame a tu esposa.

Hether le entregó una pequeña mochila repleta de medicamentos, —oro molido en los tiempos que corrían—. Estaba llena de antibióticos y medicamentos que su esposa sabría mejor que él qué hacer con ellos.

Miller la abrazó y luego quedó frente a Roger.

—Ocúltense en el sótano. Si escuchan ruidos dentro de la tienda no salgan. —No supo que otro consejo darles—. Suerte.

—Ten cuidado...

Miller les dio la espalda y desapareció entre las sombras que iban despejando los primeros rayos del amanecer.

Capítulo 58

Cuando el enemigo es el miedo

(Orangeville, Florida)

Jordan sintió correr por sus piernas un líquido tibio. Miró sus zapatos: un pequeño charco de orine se formó a su alrededor.

«¡Son demasiados!», esas fueron las únicas palabras que acudieron a su mente.

Desde el amanecer Big Mama lo mandó para el puesto de guardia — ella, Mila y Emma estarían ocupadas todo el día preparándolo todo para el viaje—. En su momento creyó que solo serían largas horas de aburrimiento en espera de la llegada de Miller, pero ahora, desde una distancia segura, vio el avance de la caravana de Elegidos. Comprendió que la pesadilla que tanto temieron se había hecho realidad.

Eran cuatro camiones repletos de soldados, asesinos, monstruos escondidos bajo una piel humana que él mejor que nadie conocía lo que eran capaces de hacer. Al menos contó una docena de motoristas y, por si fuera poco, dos jeeps con pesadas ametralladoras en los techos.

«¡Son demasiados! ¡Son demasiados...!», las palabras se repetían una y otra vez en su mente.

Su mente y su cuerpo quedaron prisioneros del miedo—fue así como perdió varios preciados minutos—. Cuando por fin logró que el miedo liberara sus manos tensas e impotentes, comenzó a halar el cable de los cascabeles como si al hacerlo el mensaje pudiera llegar hasta Miller. Pero Miller, el único entrenado para enfrentarse a toda aquella pandilla, no estaba.

Sin Miller para protegerlos, seguir el plan de evacuación no tenía mucho sentido. Sin embargo, prefirió salir corriendo hacia la casa en vez de a la cabaña. Algo en su interior le decía que allí lo iban a necesitar más.

Se habían reunido alrededor de la mesa para desayunar cuando de repente todos los cascabeles de la casa comenzaron a sonar... ¡y Miller no había llegado!

La cacofonía las obligó a mirarse las caras, ver el miedo surgir en los ojos de sus hijas hizo comprender a Emma que no tenían escapatoria esta vez.

—¡Oh, por Dios! ¡Ahora no! —Emma miró a sus tres chicas, ya que a Mila la quería tanto como si fuera propia—. Max... Max no ha llegado.

Rain y Rita comenzaron a llorar. De alguna manera sus sentidos las tenían predispuestas al sonido de los cascabeles. Que estos sonaran significó para sus mentes de niñas que cosas malas iban a pasar. Mila las abrazó, ella también comenzó a llorar... sabía perfectamente lo que le iba a pasar cuando callera de nuevo en las manos de los Elegidos. Sus miedos y traumas volvieron a despertarse.

Big Mama se levantó de la mesa y recogió los platos como si nada estuviera pasando. Llenó una de sus calderas de agua y tiró unas cuantas hierbas en su interior para prepararse un té.

La serenidad de la anciana hizo que todas se calmaran por unos segundos. La miraron como si ella fuera la única capaz de poner orden en aquel caos.

—Rain, Rita, a su cuarto. Pónganse sus botas y recojan sus mochilas —lo tenían todo preparado para una evacuación de emergencia, las mochilas con lo indispensable y los zapatos listos para salir corriendo de ser necesario—. Mila, ayúdalas, sabes lo que tienes que hacer. Las quiero en tres minutos de vuelta en la cocina.

—Yo no... —comenzó a decir Emma, pero la anciana la silenció con un gesto autoritario.

—A tu cuarto, coge tu mochila y ponte las botas, ¡y, por Dios!, esta vez no olvides tu pistola —fue un regaño mezclado con una sonrisa.

«¿Cómo se puede mantener tan tranquila?», pensó Emma, aunque sabía perfectamente la respuesta. La anciana la veía a ella y a sus nietas como si fueran sus hijas, era su trabajo protegerlas.

En ese momento la puerta se abrió y Jordan entró bañado en sudor y jadeando por una bocanada de aire mientras luchaba por mantenerse en pie. Su cuerpo se estremeció con unos temblores que Emma no supo si se trataban del miedo, el agotamiento por la carrera o una combinación de todo junto.

—¡Son... son demasiados! —Emma se quedó sin palabras. Intentó decir algo pero su mente se había quedado en blanco, en shock; ¿qué podía decir?—. Vienen en... camiones, motos... son...

—Emma, a tu cuarto, recoge lo que necesitas y ponte las botas —una vez más Big Mama tomó control de la situación—. Jordan, ayúdala con las niñas. ¡Vamos, muévanse, no se queden parados!

Jordan miró agradecido a la anciana. No sabía qué hacer y que alguien le diera órdenes significó para él la vía para poder controlar el miedo.

Cinco minutos después todos estaban formados en una línea frente a Big Mama. La anciana se acercó a sus dos nietas y las besó en la frente, les acarició el rostro y les arregló unos mechones de pelo revueltos.

Emma comenzó a comprender cuál era su plan.

—No... no me voy a ir sin...

—¡Cállate! —le ordenó Big Mama. Emma contuvo las lágrimas y no se atrevió a contradecirla.

Big Mama se giró y besó en la frente a Jordan y a Mila. Los miró directamente a los ojos, su mirada les dejó claro que desde ese momento tenían que cuidar de Emma y las niñas. Ambos ahora eran parte de la familia. Por último, se sentó en una de las sillas que estaba junto a la mesa de la cocina y le indicó a Emma que se acercara.

—Por favor... —esta vez Emma no pudo contener los sollozos, algo se quebró en su pecho y no supo cómo volver a componerlo—, tienes que venir con nosotros. Te lo suplico...

—Shh, no hay tiempo que perder —con ambas manos la anciana le acarició y besó con toda la ternura del mundo su enorme panza. Luego comenzó a susurrarle palabras cariñosas. De alguna manera la tensión del momento le llegó al bebé que crecía en su interior, ya que Emma sintió como se removía en su barriga—. Este será nuestro secreto, abuela va a cuidarte, no va a dejar que nada malo te pase.

Emma ya no pudo contenerse más y abrazó a la anciana, pero esta, con manos firmes y decididas, le sostuvo los brazos.

—No hay tiempo que perder y no pienso permitir que le hagan algo a mi familia. Miller debe de estar a punto de llegar —le puso la mochila al hombro y volvió a besarla en la frente. Luego se dirigió a todos—. Cuídense unos a otros. Ahora corran hacia la cabaña y esperen por Miller.

—Big Mama... yo no puedo...

—¡Esos hijos de puta no saben con quién se han metido! Arriba, márchense y háganle caso a Emma.

Y sin más palabras de despedidas les dio la espalda y se dirigió hacia su habitación. Emma comprendió que nada de lo que le dijera la haría cambiar de opinión.

Arregló cuidadosamente la cama, asegurándose de que las sábanas quedaran parejas en cada esquina. Luego encendió una de las velas aromatizantes que guardaba para ocasiones especiales.

Cuando regresó a la sala pudo escuchar el ruido de los camiones que se acercaban. Sin perder un segundo, pero con una calma premeditada, distribuyó todo su arsenal por entre las ventanas que daban hacia los lugares estratégicos. Luego se sujetó a su cinturón la pistola de su difunto esposo. Miró la Desert Eagle calibre 50 —cromada hasta en los cargadores— y sonrió.

Ellos serían muy machotes, pero ella también les tenía unas cuantas sorpresas reservadas.

Fue hasta la ventana y vio el primer camión detenerse. De este se bajó un grupo de jóvenes cubiertos de tatuajes en el rostro y las manos. Iban armados con pesados rifles automáticos y la actitud de quienes no le temen a nada ni a nadie, un pequeño error que ella solucionaría rápidamente. El primer grupo se desplegó cubriendo todo el terreno frente a la casa. Otro miembro de la pandillase parapetó tras una gigantesca ametralladora instalada encima de uno de los Jeeps. De no ser por las paredes de bloques reforzados con que Miller había cubierto la casa para no preocuparse más durante las temporadas de huracanes, ella estaba segura de que los proyectiles atravesarían las paredes de lado a lado.

Volvió a mirar por la ventana y vio una segunda ametralladora; esto la hizo replantearse lo de que las paredes resistirían. En el mejor de los casos, con tanta potencia de fuego, quizás por unos minutos.

—Así que estos payasos son los Elegidos... —murmuró la anciana mientras se llevaba al hombro su Remington 870—. Muy bien, ¿quién va a hacer el primer “elegido” que dé el paso al frente?

Capítulo 59

Cada disparo cuenta

(Orangeville, Florida)

Vio los pájaros volar en sentido contrario, augurando el acercamiento de las malas noticias —como la noche en que vieron las columnas de fuego elevarse desde el centro de las ciudades para culminar con hongos atómicos—. Unos segundos después, el eco de un disparo retumbó en sus oídos.

«¡Oh, no... por Dios, otra vez no!», maldijo al comprender que sus peores pesadillas se hicieron realidad.

Al igual que en el agua, en los bosques los sonidos viajaban mucho más rápidos que en los espacios abiertos. Quienes prestaban atención podían escuchar voces y ruidos a varias millas de distancia. Si se trataba de un experto cazador como Miller, a este no le costó mucho trabajo localizar el origen y la distancia.

«Tres millas al norte —murmuró—, el disparo vino desde el rancho». Aguzó el oído y entonces pudo escuchar claramente el estallido de una pequeña guerra.

No le quedó ninguna duda, estaban atacando al rancho... a su familia. Por la potencia de fuego que logró identificar debía de tratarse de una gigantesca expedición, nada que ver con la última caravana.

Dejó caer la mochila con la propela y todo el peso extra. Respiró profundo varias veces y compartimentó todos sus problemas, eliminando sus desventajas y enfocándose solo en lo que tenía a su favor. Miller no era un corredor rápido (una desventaja). Su don consistía en su poderoso sistema cardiovascular (esa sería su principal ventaja); la resistencia era su mejor arma, la cual le permitía correr hasta diez millas al trote solo para calentar.

Así que comenzó una carrera a través del bosque intentando mantener el ritmo constante, sin alterarlo... o al menos eso intentó. A medida que se iba acercando y el sonido de los disparos comenzó a aumentar, las imágenes de su familia le nublaron la vista, al punto de que el ritmo que intentó mantener se convirtió en una alocada carrera por salvar a sus seres queridos.

De nada le valió su entrenamiento; tratar de compartimentar situaciones de vida o muerte cuando quienes están en la mira son tus hijas le fue imposible.

Uno de los Elegidos apuntó el cañón de la poderosa ametralladora, una Browning robada de algún arsenal militar. Si aquella “cosa” abría fuego contra la casa, Big Mama era consciente de que ni las paredes de bloques reforzados resistirían más de cinco minutos.

—El que da primero da doble —dijo la anciana sin poder contener la risa nerviosa que la atacó producto de su propio chiste. Se acercó a la ventana, levantó el Remington 870 y apuntó al pecho de su objetivo.

El cartucho no había caído al suelo cuando la anciana —quien conocía el retroceso de la escopeta como si fuera una ramificación de su propia mano— movió la corredera, introdujo otro cartucho en la recámara y volvió a presionar el gatillo.

La bola de plomo de 12 milímetros arrancó la clavícula y parte del hombro del Elegido que estaba frente a la Browning. Su compañero corrió la misma suerte cuando parte de su rostro quedó estampado contra la ventanilla del Jeep.

Tardaron menos de un segundo en reaccionar. La anciana se giró y caminó directamente a la cocina mientras que a su alrededor las balas comenzaron a atravesar la casa desde todos los rincones.

Llegó a la cocina, se sirvió una taza de té, lo saboreó durante medio minuto y, con la taza en la mano, se encaminó hacia la puerta de atrás. Se desplazó por dentro de la casa usando las paredes que sabía estaban reforzadas. Al llegar a la puerta que daba al garaje escuchó voces. «Están en el garaje», gruñó y lanzó maldiciones al pensar qué diría su nieto si unos desconocidos le tocaban sus herramientas.

—Abre la puerta, ¡entra tú!

—¡Ni loco que estuviera!

Big Mama no les dejó terminar la discusión. Fue ella quien abrió la puerta y salió al garaje con su Desert Eagle sujetada fuertemente con ambas manos.

—¡Dispárenle! —gritó alguien—. ¡Maten a esa vieja!

Había más de seis pandilleros. Todos abrieron fuego contra ella, pero protegida por el marco de la puerta y parte de la pared que daba al interior, usó la esquina como su escudo.

¡PUM! ¡PUM! ¡PUM! ¡PUM! ¡PUM!

La Desert Eagle estremeció las paredes, todo se llenó de humo y un olor a pólvora se le incrustó en los poros, al punto de que las lágrimas le corrieron por el rostro sin poder limpiárselas.

Salió de su escondite obligando a los pandilleros a retroceder. En su estampida dejaron a tres de sus compañeros muertos o moribundos. La anciana no perdió tiempo en ellos. Para cuando regresó al interior de la casa, ya una docena de pandilleros se había reagrupado para entrar por el garaje. Otro grupo intentó hacer lo mismo por la puerta del frente. Puso un nuevo cargador en su pistola y fue por su Browning Superposed...y, de repente, como de la nada, dos balas la atravesaron de lado a lado, una en la pierna y la otra en las costillas.

«¿Y esto cómo pasó?», la anciana no dio crédito a lo que estaba viendo.

Big Mama se desplomó en el piso sin comprender desde dónde le habían disparado. Peor aún, sentía como si le estuvieran introduciendo una varilla al rojo vivo en las entrañas. Una ráfaga de proyectiles pasó a centímetros de su cabeza, dándole la ubicación del tirador y de lo estúpida que fue. Por la ventana de la cocina que daba al patio un pandillero de rostro y pecho tatuados estaba vaciando todos sus cargadores.

La anciana visualizó a sus nietas y la importancia de que cada segundo que ganara para ellas significaba una oportunidad más de que llegara su padre.

—¡Maldi...! ¡Malditos hijos de perra! —Se arrastró por el piso patinando con su propia sangre; llegó hasta el borde de la mesa de la cocina y recogió del piso su Browning Superposed. Sabiendo que sus energías se estaban agotando, hizo un acopio de fuerza de voluntad, puso todo el peso de su cuerpo en su pierna sana y se levantó tan rápido como pudo—. ¡Hola, cabrón! ¿A qué te sabe esto?

El Elegido, enfocado en disparar contra la otra pared a través de la ventana, quedó sorprendido; primero, al ver aparecer a menos de un metro a una anciana con el pelo revuelto y la cara manchada de sangre; luego, horrorizado cuando se percató de que la maldita vieja tenía una escopeta apuntando hacia él.

La Browning Superposed de doble cañón —con la que ganó tantos premios— no la defraudó. Presionó el gatillo dos veces y se giró hacia la puerta principal. No necesitó asegurarse; a corta distancia sabía perfectamente que los perdigones pulverizaron el pecho del pandillero.

Arrastrando la pierna fue hasta la esquina de la cocina, desde donde tenía un ángulo directo hacia la puerta de entrada (una puerta nueva, pues la anterior la habían despedazado; la puerta, quitada de una de las habitaciones,

Miller la instaló la noche anterior). Como la anterior, desapareció en fragmentos cuando las ráfagas la arrancaron de sus bisagras. Un segundo después intentó entrar un pequeño grupo de Elegidos, pero algo les salió mal en su repentina carga: ella los estaba esperando.

Salió de su escondite y arrastrando su pierna avanzó directamente hacia ellos con su Desert Eagle...

¡Pum!

Cada proyectil dio en el blanco; los disparos fueron certeros (no pensó en malgastar ninguno), ¡pum!, ¡pum!, ¡pum! —a la cabeza o al pecho—. Los pandilleros no contaban con que su enemigo fuera una anciana y, mucho menos, que esta no fallara un disparo.

Big Mama sonrió al verlos retirarse, satisfecha... había vencido. Por unos segundos perdió la concentración, miró hacia el sofá donde su difunto esposo solía tomarse una cerveza mientras veía la televisión y se sorprendió al verlo allí, sonriéndole y aplaudiendo su alocada carga contra un enemigo superior.

—¡Bien hecho, cariño! Los hiciste correr como patos —le dijo su marido entre carcajadas.

Ella le sonrió y perdió las fuerzas; se recostó a la pared para tomar un breve descanso, pero fue dejando caer todo el peso de su cuerpo hasta el suelo. No sintió cuando la bala atravesó su pecho... ya no sentía nada. Solo escuchó las risas de sus nietas corriendo por toda la casa. Miller asomó la cabeza desde el garaje; tenía el rostro y la barba embarrados de grasa y pidió a gritos que alguien le llevara un café. Emma estaba dándole de amamantar a un bebé y Mila y Jordan le prepararon una taza de té.

Sonrió al mirar de nuevo a Emma. Esta se acercó para enseñarle el rostro del bebé...

Capítulo 60

Vida o Muerte

(Orangeville, Florida)

Todo el entrenamiento de Miller, en ese momento, pudo resumirlo en tres palabras: «vida o muerte», así de sencillo. La habilidad para tomar decisiones de vida o muerte en microsegundos era la base de todos los Force Recon. Tantas horas de entrenamiento y la experiencia adquirida en situaciones extremas, crearon en él la capacidad de actuar sin pensar.

«En modo automático», así solían llamarlo sus entrenadores.

Cuando llegó a la cima de la colina —desde la cual obtuvo un panorama perfecto del ataque que se estaba llevando a cabo contra su casa—, lo primero que hizo fue enterrar sus sentimientos de preocupación por su familia; luego hizo una rápida evaluación del enemigo.

«De nada les sirves muerto, ¡así que enfócate!», la adrenalina fluyó como un torrente por todo su cuerpo mientras el soldado que tenía dentro tomó el control de su mente.

Rodilla en tierra y camuflado por el follaje, comenzó el conteo de las fuerzas enemigas. Tres camiones, dos Jeeps —estos últimos con una ametralladora montada en el techo—, la cuenta de los motoristas la perdió... por lo menos una docena. En total, rodeando la casa, desde los camiones y los Jeeps debían de haber más de cuarenta tangos.

El enemigo contaba con un poder de fuego insuperable... o al menos eso creía. La única manera de revertir la situación era girando la balanza cuanto antes. Golpear duro, rápido y sin dejarles un margen de tiempo para reagruparse.

Miller rodó por la colina hacia abajo, recorrió unos doscientos metros hasta un tronco caído donde había ocultado una sorpresa para estos hijos de puta. Metió la mano, sacó una pequeña maleta y regresó a la cima de la colina.

De la maleta sacó un lanzagranadas M320, una de las armas élites usadas por los comandos de la marina americana. Con apenas 13 pulgadas de largo y un radio de alcance letal de 150 metros, Miller, quien era dueño de su propio polígono, no solo tenía el lanzagranadas, también contaba con ocho granadas de 40 milímetros —cuatro de ellas regaladas por el capitán de su

unidad para que hiciera prácticas los fines de semana—. Introdujo una granada en el pequeño cañón y preparó la mira.

«Lo primero son las ametralladoras», se dijo a sí mismo.

En las manos de un experto —como lo era Max Miller—, el M320 tenía una cadencia de fuego de 5 a 7 disparos por minutos. Miller no quiso disparar rápido. Todo lo contrario. El miedo de que una de las granadas impactara en el techo de la casa, era su primera prioridad; así que efectuó cada disparo con sumo cuidado.

El tiro fue perfecto, a menos de cien metros no necesitó elevar mucho el cañón. La granada de 40 milímetros impactó en el centro del Jeep, haciéndolo volar en fragmentos por los aires. Una bola de fuego se elevó a varios metros de altura, seguida por una segunda explosión. Las esquirlas de la granada y los trozos fragmentados del Jeep se expandieron en un radio que despedazó a todos los hombres que estaban a su alrededor.

Los disparos contra la casa cesaron al instante. Los Elegidos se miraron unos a otros sin comprender qué demonios acababa de pasar. Sin acabar de salir del estupor, vieron una pequeña estela de humo que recorría la corta distancia desde la cima de la colina hasta el segundo Jeep.

¡Bum!

En esta ocasión el caos fue total.

Miller no se quedó a ver el daño causado, solo escuchó las explosiones, los gritos y los disparos que dieron contra la punta del cerro —alguien con dos dedos de frente lo localizó cuando hizo el segundo disparo—, pero demasiado tarde. Rodó colina abajo, apretó la correa de su HK416 para asegurarse que con un simple movimiento del hombro el rifle cayera en sus manos, se escupió la punta de los dedos, sacó el casquillo que todavía soltaba humo e introdujo una tercera granada.

Le dio la vuelta a la colina y llegó a situarse justo detrás de uno de los camiones, el cual le quedó a menos de treinta metros. Todos los tangeros se habían enfocado en la colina y estaban disparando sin ver al enemigo, solo siguiendo el ritmo de la batalla.

Volvió a presionar el gatillo y se tiró al suelo, ocultándose tras unos troncos de árboles que solía usar para preparar los venados que cazaba.

¡Bum!

La granada impactó justo debajo del camión, sirviéndole el tanque de la gasolina como propulsor. El camión se elevó varios metros en el aire

haciendo un increíble círculo (como si hubiera quedado atrapado en una cámara lenta), para caer encima de las motos que supuestamente dejaron protegidas.

Miller puso su rodilla en el suelo, acomodó su posición y comenzó a seleccionar tangos. El flujo de adrenalina que recorrió su cuerpo le puso su corazón a mil palpitations por segundos. Controlar la respiración era la clave para no perder la precisión.

«Selecciona, dispara, respira..., selecciona, dispara, respira...», la mantra se repitió una y otra vez en su mente.

Los Elegidos no estaban preparados para un contraataque de esa magnitud. Los pocos motoristas que quedaron emprendieron la retirada seguidos por uno de los camiones. El resto no tuvo oportunidad de escapar. Los disparos llegaban desde todos lados y solo veían a sus compañeros caer sin poder localizar a los tiradores.

Miller terminó su quinto cargador —el último que le quedaba—, dejó su HK416 tras el tronco (para no cargar con peso extra) y comenzó el avance con su Glock 19 —a la cual nunca le quitó el silenciador—. Los últimos tangos que quedaban se preocuparon más en buscar una ruta de escape que en mirar hacia los alrededores.

Por entre el humo, el fuego y las explosiones, avanzó cautelosamente, escogiendo a cada una de sus víctimas. La clemencia se borró de su vocabulario. Sus disparos eran certeros, directos a la cabeza. No malgastó dos balas en un mismo objetivo a menos que fuera necesario. En pocos minutos despejó el área. Los últimos Elegidos que pudieron escapar se marcharon en el camión seguidos por las motos que no estallaron.

En total solo habían pasado cinco minutos.

Miller recargó y comenzó a peinar los alrededores. Cuando veía algún moribundo se acercaba cuidadosamente y lo remataba a corta distancia con su cuchillo. Pudo haber usado una bala, pero sentía cierto placer sádico al mirarles el rostro y ver el miedo en sus ojos antes de que la afilada hoja les rasgara las arterias.

Entró a la casa y sonrió...

Las lágrimas le corrieron incontrolablemente por su rostro, pero la sonrisa no desapareció.

—Gracias, Big Mama —Miller se acercó a la anciana, le besó el

rostro, las mejillas, la frente, le cerró los ojos vidriosos y le acomodó los cabellos revueltos que le cubrían la cara—, gracias abuela, fuiste tú quien salvó a mis mujeres.

Big Mama no los dejó avanzar. Miller lo comprendió al mirar a su alrededor y ver más de una docena de cuerpos.

Capítulo 61

Rumbo desconocido

(A 4 millas de Miami)

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Emma.

La verdad, pues no tenía ni la más remota idea y, para empeorarlo todo, los problemas solo parecían querer amontonarse. La noche anterior se despertaron con las sábanas empapadas en sangre. Emma tuvo un sangrado vaginal que la obligó a permanecer en el camarote el resto de la mañana.

Miller le besó la frente y recordó su angustia al creer que ya venía el bebé —en medio del mar, a cuatro millas de la costa y sin ningún centro médico al cual poder acudir—. ¿Qué más podían tener en su contra?

«De hecho, son demasiadas las cosas que tenemos en contra».

—Cariño, ¿cuál es el plan? —le insistió Emma.

Iba a responderle cuando Jordan comenzó a gritar desde la popa. Sus gritos de alegría eran evidentes. Ambos sonrieron al ver que los esfuerzos y perseverancia dieron los frutos esperados, o al menos lo mantuvieron ocupado por un buen rato. El chico llevaba toda la mañana con una vara de pescar intentando atrapar algo. Al fin, tras varios intentos frustrados, logró sacar dos gigantescas tunas.

—Parece que al final la suerte le sonrió —Miller intentó cambiar el tema, le dio la mano a su esposa y la ayudó a sentarse en el asiento del capitán. Ella se apoyó en el timón y le agarró las manos.

—Háblame claro, ¿qué está pasando?

Miller le besó las manos mientras ambos miraban por el parabrisas de la cabina. Sentadas en la proa estaban las dos niñas y Mila. También tenían varas de pescar, aunque Rita y Rain parecían querer atrapar los peces lanzando el cordel en vez de dejar que el anzuelo hiciera su trabajo.

Habían pasado dos días desde que navegó el río hasta salir al mar. Desde entonces se mantuvo pegado a la costa Este, siguiendo la ruta que se sabía de memoria hasta llegar a Miami. Su esperanza era que de alguna manera, algún sistema de guardacostas se hubiera mantenido activo. Quizás, con algo de suerte, Miami y su gigantesca red de cayos repletos de lanchas y barcos patrulleros tuvieron la oportunidad de construir alguna infraestructura militar.

Cometió un error, y ahora era demasiado tarde para enmendarlo. A

medida que se acercó a la costa fue evidente que las explosiones electromagnéticas también afectaron a la marina y a los sistemas de guardacostas.

Sus sospechas se confirmaron el día anterior, cuando dos lanchas rápidas —repletas de piratas armados con escopetas y rifles— intentaron acercarse a ellos. Miller pudo reconocer sus intenciones a través de la poderosa mira telescópica de su Remington MSR. Bastaron cuatro disparos para disuadirlos.

Esos huyeron (por esta vez), pero lo sucedido le dejó claras las intenciones de otras embarcaciones. Por lo visto la piratería estaba al orden del día.

—¿Qué has visto en la costa?

—Todo está peor de lo que pude haberme imaginando —no valía la pena intentar mentirle a Emma; al final solo necesitaba mirar por los poderosos catalejos—. El país se fue a la mierda; ¡es un apocalipsis! Cada vez que me acerco a la costa solo necesito mirar unos minutos. El caos es total, ya no existe gobierno...

Emma continuó haciéndole preguntas para las cuales no tenía respuestas. ¿Dónde estaba el ejército? ¿Dónde quedó la marina? Miller solo le tenía una respuesta: los Estados Unidos, tal y como lo conocían, había desaparecido. Era evidente que las fuerzas del orden, sin medios para poder comunicarse, se desplomaron al igual que en su ciudad. Habían vuelto a la era de piedra, o algo peor, pues las armas sí que existían. Los ciudadanos comunes —los que siempre seguían las leyes— fueron esclavizados o masacrados por las pandillas, los cárteles, las organizaciones criminales. Todos estos grupos ya contaban con su propia infraestructura, por lo que no les fue difícil adaptarse. Se impuso la ley más antigua del mundo; solo los más fuertes sobreviven.

«Quien mata a una persona es un asesino, quien mata a diez es un asesino en serie, pero quien es capaz de matar a un millón, ese puede cambiar la historia y convertirse en presidente de cualquier país». Solo necesitaban acercarse un poco a la costa para ver el caos que reinaba.

Miles de embarcaciones quedaron inutilizadas, las explosiones PEM les frieron los circuitos y sensores, sobre todo a los modernos y gigantescos cruceros y cargueros; estos, tras perder el control, se estrellaron contra los muelles y la bahía, generando un desastre a escalas inimaginables. Miller supuso que las lanchas rápidas que intentaron abordarlos debieron de estar en

alta mar cuando los pulsos electromagnéticos lanzados por las bombas nucleares afectaron la costa.

—Entonces, acercarnos a la costa no es una opción.

—No, no lo es. —Miller no pensó decírselo (de momento), pero las alternativas se le fueron agotando—. Tenemos armas y suministros, pero el combustible se está agotando.

—¡Max! —gritó Jordan.

«¿Y ahora qué?», salió a la cubierta y miró hacia donde Jordan estaba señalando.

«¡Mierda! A estos sí que no les gano».

Capítulo 62

Peligro inminente

(A 4 millas de Miami)

—¡Todos a los camarotes! —ordenó Miller.

—No, yo puedo quedarme aquí.

—Emma, por favor, no me contradigas en esto —una vez más su esposa lo miró con ganas de quererlo estrangular (y puede que más tarde lo hiciera... si sobrevivían), pero por ahora decidió obedecerlo. Miller le entregó una pistola—. Si alguien que no sea yo entra en el camarote, quiero que dispires y después preguntes.

Emma asintió. Esperó el beso en la frente que su esposo siempre le daba cuando el peligro los estaba acechando. Se despidieron. Ella tomó a las niñas y las condujo directo hacia los camarotes. Mila se le quedó mirando; intentó decir algo, pero Miller le guiñó un ojo indicándole que todo estaría bien.

Jordan, aparentando una actitud valiente —que los temblores de su cuerpo delataron—, se le acercó para decirle algo.

—Tú también te vas para los camarotes. Quiero que me las cuides, ¿de acuerdo?

El chico asintió aliviado. Le dio la espalda y corrió hacia los camarotes. Una vez que toda su familia estuvo oculta, se giró para enfrentarse al nuevo peligro, solo que esta vez no pudo hacer otra cosa que esperar.

Miller observó impotente cómo la poderosa embarcación, un Mark VI, se acercó a su yate. De su interior salieron varios hombres con aspecto de vikingos —barbudos, tatuados, sin camisa y cubiertos de músculos—. Eran guerreros de verdad (soldados élites), nada que ver con los Elegidos. Mientras lanzaban las amarras para sujetar el yate a su embarcación, Miller comprendió (algo que sabía desde el principio) que huir nunca fue una opción; no contra aquella maravilla naval que era capaz de desplazarse a 45 nudos; luchar... eso sí que sería un suicidio.

Solamente en la proa el Mark VI tenía instalada una MK 38 que se controlaba desde la cabina por control remoto. El operador de la poderosa ametralladora tenía un mando con la forma de una palanca de avión supersónico —una pantalla repleta de sensores de movimientos, sistemas de

calibración, visión nocturna y termal—, solo por numerar algunos de sus equipos letales, ya que a los lados y en la popa, también habían instalado lanzagranadas y ametralladoras de diferentes calibres pesados.

En cuanto aseguraron las embarcaciones, del interior salió uno de los hombres con más aspecto de asesino que hubiera visto en su vida; sin dudas era el líder. Iba sin camisa (al igual que el resto de sus hombres) pero por sus tatuajes y forma de moverse —los cuales Miller pudo observar más de cerca—, comprendió al instante que era un miembro de los Navy SEALs.

—Hola, Max Miller, ¿qué tal esa pesca? A mis chicos les encanta la tuna. —Saltó al yate, lo abrazó y le entregó una enorme botella de José Cuervo—. Hoy vamos a celebrar. Por cierto, sí que sabes espantar a las visitas no deseadas.

El resto de la tripulación soltó una carcajada colectiva.

Miller no intentó disimular su sorpresa: «¿qué tal esa pesca?». Jordan hacía apenas unos minutos que había atrapado los peces, por tanto, aquellos hombres llevaban no solo horas, sino días observándolos.

Aunque nada de esto fue lo que le llamó tanto la atención como el saber de dónde demonios sacaron su nombre.

Capítulo 63

Supervivientes

(A 4 millas de Miami)

(El día anterior)

—Se están acercando —le dijo Joshua, quien usando uno de los potentes lentes del Mark VI identificó las dos lanchas rápidas.

Chris Rivera le pidió a otro de sus hombres que hiciera un acercamiento al nombre del yate. Treinta segundos después le tenían todos los datos que pidió.

—Es el Blue Star, pertenece a Max Miller, es uno de los nuestros.

—Force Recon —aclaró otro de los SEALs, quien sin dejar de teclear en la consola fue abriendo carpetas y sacando datos específicos de misiones y condecoraciones. La base de datos con que contaba el Mark VI tenía tanto a civiles como de los miembros del ejército americano—. Chris, el tipo es de los buenos.

Escondidos entre los escombros de un gigantesco carguero que encalló entre los bancos de arena cuando los pulsos electromagnéticos le hicieron perder el control —el Mark VI con su tripulación de ocho Navy SEALs, todos bajo las órdenes de Chris Rivera—, habían estado durante dos días observando el yate y su tripulación.

El calor dentro del Mark era sofocante, por eso todos iban sin camisa y en shorts. De vez en cuando alguno se daba un chapuzón, sobre todo en las noches. La idea era mantenerse ocultos, continuar patrullando en espera de tener que intervenir ante una situación como la que estaban observando, o recibir órdenes del nuevo Comando Central. Mientras, tenían que esperar y dentro de lo que cabía, seguir conservando combustible.

—Chris, mira esto.

Un acercamiento al rostro de Miller les confirmó que efectivamente era él. La orden fue dada. Las lanchas rápidas continuaron acercándose sin saber que ocho de los mejores comandos del mundo se estaban poniéndose sus trajes tácticos de combate para interceptarlos.

—¡Oh, por Dios, chicos, tienen que ver esto!

Todos se acercaron a la pantalla y quedaron boquiabiertos al ver cómo Miller abría un trípode y montaba un poderoso Remington MSR.

«Sí que tiene unos cojones bien puestos, me gusta», reconoció Chris

al ver que Miller lanzaba varios disparos de advertencia.

Las paredes del Mark se estremecieron con las risas y aplausos al ver cómo las dos lanchas se desviaban. Después de todo se quedaron vestidos y alborotados, listos para intervenir.

—Jefe, creo que el mensaje les llegó.

—Me cae bien ese tipo; mañana le haremos una visita. —Todos asintieron y volvieron a sus puestos.

El Mark VI sobrevivió a las explosiones PEM y al siguiente ataque que recibió la flota al que pertenecían, gracias a que estaban haciendo una serie de ejercicios de entrenamiento bien alejados de la costa. Tras pasar las primeras semanas después del ataque reorganizándose y patrullando algunos sectores, al fin se había creado una pequeña flota con sobrevivientes como ellos. Una microscópica fuerza de lo que antes fuera el ejército naval más poderoso del mundo.

Dentro de dos días tendría que unirse a esa flota. Por eso, de momento, al día siguiente iban a hacerle una visita al héroe del yate.

Capítulo 64

Extinción

(A 4 millas de Miami)

—¿Sabes una cosa, hermano?, hay una gran diferencia entre desastre y catástrofe —le explicó Chris, quien con sus casi dos metros de altura, su cabeza rapada y su inconfundible acento boricua, no podía dejar de hablar y masticar su jugoso filete de tuna. Le apuntó con el tenedor para enfatizar sus palabras—. Hermano, lo que le sucedió al mundo, mmm, hermano, de eso no nos vamos a recuperar nunca. Por lo menos en los próximos diez mil años no volveremos a poner un pie en el centro de los Estados Unidos. No, eso fue... ¡extinción, hermano! ¡Extinción total!

Hasta el momento Miller no sabía la magnitud del ataque, pero por lo que Chris comenzó a contarles fue mucho más grande de lo que se habían imaginado.

—Vimos las explosiones desde la distancia. —Le dijo Emma al recordar la fatídica noche—. Fue... fue horroroso.

—No tienen ni idea —puntualizo Chris—, toda Europa fue barrida por las explosiones, así, ¡flash! Ya no existe, hermano, solo quedó un desierto radiactivo, nada más. Y Latinoamérica se ha convertido en un campo de batalla entre pandillas, cárteles y lo que queda de algunos gobiernos.

Chris iba a decir algo más pero prefirió callarse cuando Joshua, el segundo al mando, se acercó a la mesa. El soldado se sirvió otra porción de tuna, pero se detuvo, miró la barriga de Emma y quedó paralizado sin saber qué hacer o decir. Su mirada fija incomodó a todos, al punto que Emma retrocedió unos pasos.

—¿Todo bien? —le preguntó Miller.

—Sí... todo está bien, perfecto, qué más se puede pedir —Joshua volvió a mirar a Emma y a su barriga—. Gracias por la cena.

Emma le respondió solamente con una sonrisa. En cuanto se fue, Chris se giró hacia Miller y Emma.

—Lo siento, hermano. Joshua quedó, ya sabes hermano, como todos... el chico no está bien. Hermano, ¿quién cojones puede estar bien después de lo ocurrido? —Chris siguió masticando y apuntando con su tenedor hacia la barriga de Emma—. La mujer de Joshua estaba embarazada.

—¡Dios mío! ¿Qué le ocurrió? —Emma comprendió entonces la

mirada del triste soldado—. Ella estaba...

Emma no quiso terminar la frase y, por respuesta, Chris le entregó a Miller una pesada laptop enchapada con láminas metálicas. Luego se giró hacia sus hombres. Tres de ellos estaban jugando con Rita y Rain; los demás simplemente disfrutaron la comida, las risas de las niñas y la brisa. Mientras que a su manera cada uno lloró por sus familiares, por sus hijos, padres, esposas, amigos. Entre tragos de tequila llegó la noche y el momento de despedirse.

Todos ellos, soldados veteranos y curtidos, habían quedado medio traumatados después de los sucesos; pero un simple vistazo le hizo comprender a Chris que aquella familia también tenía sus propios traumas —como les demostró la chica rubia, una adolescente con el cuerpo de una súper modelo—. La joven le pegó una cachetada a uno de sus hombres cuando este intentó abrazarla. Luego salió corriendo hacia su camarote. Sí, comprendió Chris, aquella familia tenía sus propias cicatrices en el alma y en el cuerpo. Después del incidente, su hombre decidió olvidar lo ocurrido. Mejor enfocarse en la última noche que pasarían con civiles.

—¿Qué es esto? —le preguntó Miller mientras tamborileaba con sus dedos sobre la laptop.

—Algo para que leas, hermano. Ahí tienes un maldito resumen de lo que le ocurrió al mundo. —Emma fue a decirle algo, pero Chris se le adelantó al ver cuáles eran sus intenciones—. Lo siento, pero no pueden venir con nosotros. No hay civiles y vamos hacia la guerra.

—Hace un rato dijiste que toda Europa desapareció entre hongos atómicos, que Latinoamérica se ha convertido en un campo de batalla —Emma no quiso detenerse, aquellos hombres podían significar la oportunidad de que su familia sobreviviera, así que ninguna de las miradas que Miller le lanzó hizo que se detuviera—, ¿cómo vamos a sobrevivir?

Los soldados comenzaron a saltar hacia el Mark. Ninguno prestó atención a los reclamos de Emma.

—Señora, no lo entiende. Vamos a reunirnos con lo último que queda del ejército americano para luchar contra los chinos, los rusos y los coreanos. —Chris saltó hacia la otra plataforma.

—¡Están locos! —le gritó Emma—. Ya perdimos la guerra. Ahora tenemos que enfocarnos en sobrevivir, regresar a las pocas zonas habitables que quedan en nuestro país.

Soltaron las amarras y Chris siguió negando con su mirada.

—Lo siento... suerte.

El Mark VI comenzó a tomar velocidad para separarse de ellos. Miller se apresuró a hacerles una última pregunta.

—¿La Base Naval de Guantánamo?

—Perdimos contacto con ellos. Los cubanos deben haberla atacado. Suerte, hermano.

Ambos soldados se miraron al rostro y se despidieron con un saludo militar. Miller les deseó con todas sus fuerzas que sobrevivieran, que lucharan un día más, aunque fuera por una causa perdida. En cuanto desaparecieron en la oscuridad de la noche, miró a Emma; su esposa estaba pálida y con el miedo reflejado en su rostro.

—¿Crees que haya sucedido lo mismo en otros países? —Emma se acercó a uno de los mapas extendidos sobre la mesa del capitán y señaló la isla de Cuba—. ¿Podemos intentar llegar a las costas de Cuba?

A Miller no le gustó la idea, pero tampoco es que le sobraran las opciones, no después de ver las imágenes satelitales de lo que quedó del resto del mundo.

—Los comunistas no son la mejor opción. —Al no tener radios no podía escuchar lo que estuviera pasando alrededor del mundo, por tanto, Cuba, las Bahamas o la República Dominicana, no harían mucha diferencia. Pero Cuba era de momento lo más cercano que tenían. Hacia Cuba entonces; lo importante es llegar a algún país que mantenga los pilares de una sociedad.

Emma sonrió, pero en ese momento tuvo unas punzadas de dolor que la hicieron apretar sus puños y contener la respiración. Faltaba poco para que el bebé llegara y, por lo visto, no se lo iba a poner fácil. Necesitaban cuanto antes un hospital.

—Hacia Cuba entonces.

Miller la besó. Miró hacia el horizonte sin poder evitar estremecerse ante la sensación de peligro inminente que lo invadió cuando encendió el motor.

Capítulo 65

Sin más opciones

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

—...puedo ir... hasta... Sagua... Grande. —Tanto Sandra, Millaverde, como Alejandro, se giraron hacia Edgar.

Alejandro comprendió al instante las ideas del muchacho.

—No... claro que no puedes, ¡eh, mírame! No te hagas el payaso, ni se te ocurra.

Edgar bajó la cabeza, intentando esquivar la mirada de su padrino, pero ya era demasiado tarde. Alejandro vio en sus ojos el brillo desobediente de un adolescente que quiere demostrar algo.

«¡Mierda! Lo hará aunque sea para llevarme la contraria».

La alambrada tenía un punto débil, recordó Alejandro: la costa. Y nadie en todo el municipio se conocía mejor la costa que Edgar.

Desde los doce años Edgar y otro grupo de jóvenes solían ir para la costa a cazar cangrejos en los manglares, pinares y los canalizos. Se iban en la madrugada y regresaban con sacos repletos de ostiones cortados en la uña del mangle y cangrejos que intentaban salirse de los fardos donde eran tirados. Luego se los vendían a Alejandro, quien entre risas y bromas intentaba regatearles cuanto podía. Al final terminaba pagándoles el doble de lo que realmente costaban.

Era una pérdida que Alejandro con gusto prefería pagar. Lo que fuera con tal de mantener a aquellos futuros pandilleros lejos de los robos serios de verdad.

En cuanto cumplió los quince años, Edgar le cogió el sabor al dinero —y mientras más, mejor—, así que como todo adolescente, para incrementar sus ganancias sin alejarse de lo que sabía hacer, simplemente sustituyó los cangrejos por langostas. Ya eso era diferente. Alejandro comenzó a pagarle el triple de lo que le solía pagar por los cangrejos. El precio incluía el riesgo de ser atrapado por la policía. Pero esto solo le aumentaba la adrenalina a Edgar.

—... no... pidiendo permiso, si digo... voy... porque voy.

Sandra le metió un cocotazo que estremeció las paredes.

—¡Muchacho de mierda! Háblale con respeto a tu padrino.

Edgar iba a decir algo, pero le dolía demasiado la oreja, así que antes de hablar, pensó en una mejor táctica para expresar su bravuconería sin tener que enfrentarse a los cocotazos de su madrina.

—Déjame hacerlo... conozco... costa como... hubiera nacido... prometo... veo... peligro... regreso.

Alejandro solo necesitó mirarle la cara a Edgar para saber que no importaban las amenazas y castigos que le prometiera; el chico, con esa testarudez que derrochan los adolescentes, necesitaba demostrarle de lo que era capaz. Nada, absolutamente nada de lo que le dijera lo haría cambiar de opinión.

—Te vas por la madrugada. No se lo comentes a nadie. Atraviesas la costa, los manglares y llegas hasta Isabela de Sagua —Edgar fue asintiendo con cada palabra que Alejandro le dijo, orgulloso de recibir sus órdenes—. Buscas a mis contactos. Si no puedes entrar en Isabela, entonces regresas inmediatamente. Eso es todo lo que necesito saber. Edgar, júrame que solo vas a llegar, mirar y, si no puedes entrar, regresar.

—¡... juro!

—Más te vale, porque si no te voy a mandar a Millaverde.

El gigante lo interrumpió. Se acercó a Edgar y le puso su manaza en la cabeza.

—Mis cocotazos comparados con los de Sandra son masajes de bebé —Millaverde cerró su puño haciendo que a Edgar se le escapara una risita nerviosa.

Capítulo 66

Actos sin consecuencias

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Su objetivo era llegar a la Doña —la dulcería y panadería controlada por Alejandro—, que en esos momentos hacía muchas funciones; menos lo de vender dulces, todo lo demás. La venta clandestina o el intercambio de varios tipos de alimentos se convirtió en la prioridad de la tienda, lo cual cambió con el pasar de los días.

Aunque no le gustó la idea, Lorena era la portadora de muy malas noticias. Para empezar, tenía que decirle al administrador que se suspendía la venta de aceite en el mercado negro, hasta nuevo aviso. El administrador la iba a querer coger por el cuello en cuanto se lo dijera, y con toda la razón del mundo. El aceite se convirtió en oro molido, ya no se vendía, solo se intercambiaba por otros productos.

Eso les iba a traer problemas a todos, pero simplemente no quedaban más suministros. Mientras no mataran al mensajero (ella en este caso), que después Alejandro se las arreglara.

«No puedo estar en todo, que Alejandro se ocupe de eso, ya bastantes cosas tengo en mi cabeza», la verdad es que iba con demasiadas cosas en su cabeza, por eso no vio acercarse el auto patrulla y, para cuando reaccionó, ya dos agentes vestidos de negro —los Avispas Negras de Conrado— estaban a su lado.

—Móntate en el Lada —le exigió uno de ellos.

—¿Y si no quiero? —respondió Lorena, con voz firme y decidida. Aun así, el temblor de sus labios debió haber delatado sus nervios.

—Mi vida, ¿quién cojones te lo está pidiendo?

El agente le dio un suave empujón, por lo que Lorena no esperó otra orden. Con la cabeza erguida entró en el Lada.

Lorena notó dos cosas desde que entró a la Jefatura. La primera, que todos los antiguos policías de la Estación ya no estaban —según les informó Alejandro, los habían trasladado para otras unidades en otras provincias—. Ella imaginó que al menos habría quedado uno; por eso, apenas pasaron la recepción, no pudo disimular su sorpresa: todos eran rostros nuevos y

desconocidos.

Lo segundo que notó, cuando la subieron al segundo piso y la empujaron hacia el interior de la oficina de Conrado, fue que no había mujeres en toda la Jefatura, o al menos a la vista.

—¡Al fin llegas! Ya hasta las uñas me había comido. Los nervios y la espera me estaban matando —Conrado le sonrió e intentó mostrarse chistoso, pero esto no fue lo que asustó a Lorena, sino la actitud del hombre: se veía realmente emocionado por su llegada.

—¿Qué quieres?

—¡Vaya! Ya empezamos mal, que carácter es ese. Seguro estoy de que... no, seguro no, ¡convencidísimo!, ¿a que a tu mujercita no le hablas así? —Conrado se levantó y fue hasta su lado; le indicó que se sentara, pero Lorena prefirió quedarse en pie.

Conrado se encogió de hombros y se sentó de costado en su propio buró, quedando frente a ella.

—Ahora que lo pienso, yo siempre he tenido una duda con esto de las lesbianas. No lo digo jodiendo ni te quiero ofender, de verdad. ¡No, princesa, no me pongas esa cara! Ve las cosas desde mi punto de vista: dos mujeres en la cama, ¿cuál es el punto? Si no tienen aquello, tú sabes... me entiendes, ¿qué hacen? —Lorena miró incómoda hacia la puerta. Por suerte el agente no la había cerrado por completo, de manera tal que ella podía ver al guardia a menos de unos metros—. De verdad que no lo entiendo, ok; lengua, dedos, algún juguete de esos, pero lo de verdad, lo que hace gozar a una mujer, no lo tienen. Y esa es mi pregunta: ¿cuál es el secreto?

Lorena prefirió callarse, aguantar los insultos de ese cavernícola. Tarde o temprano tendría que responderle algo. El hombre siguió explicándole sus puntos de vista, pero ella decidió ignorarlo.

—Bueno, ahora viene la pregunta que de verdad me tiene preocupado: ¿Quién es el macho en la relación? ¿Tú? ¿La otra? No, no creo. Yo creo que eres tú, sí, tienes más carácter, te vistes diferente, se te nota más, no sé, como más mandamás. Ahora, eso sí, no voy a negarte que esa saya te queda preciosa.

«Ay, Daisy, deja que te coja. ¡Sabía que esta saya me iba a traer problemas!», por lo visto los insultos iban a seguir, así que decidió ponerle fin a todo aquel teatro.

—¿Qué es lo que quieres?

—Eso me encanta y no te pienso mentir. Me encanta esa manera tuya

de ser, una mujer con pantalones —Conrado se rió del chiste, pero a ella no le hizo ninguna gracia—, nunca mejor dicho, ¿verdad?

—¿Qué quieres de mí?

Se acabó el juego. La mirada de Conrado se transformó al igual que su actitud. Por fin aquella bestia decidió poner sus cartas sobre la mesa.

—Desde hoy vas a trabajar para los servicios de inteligencia del país. Quiero que seas mi agente secreta. Tu misión es simple: un reporte diario o semanal, de acuerdo a la importancia de la información. Quiero reportes sobre Alejandro y su pandilla y, claro, también...

—¡Es que te volviste loco! ¿Quieres que sea tu espía?

—Exacto.

—Oh, tiene que ser una broma. ¿Tú qué cojones te fumaste?

Conrado se levantó de su buró sin dejar de sonreírle. Caminó alrededor de ella, se posicionó en su espalda y sin previo aviso le dio un fuerte empujón contra el buró. Instintivamente, para no chocar, ella puso sus manos contra el borde de la mesa, un gesto que Conrado estaba esperando. Este la agarró por las caderas y la levantó en peso, empujándola sobre el buró. Al no poder apoyar sus pies en el suelo, Lorena se vio con su vientre apoyado a la mesa, de manera tal que no podía girarse o levantarse. Tenía que empujar hacia atrás y Conrado la apretó contra su pelvis.

«¡Esto a mí no me puede estar pasando!», le gritó una voz en su interior. Cuando por fin logró reponerse al ataque de pánico que le paralizó los músculos, provocándole un salto en el estómago que a punto estuvo de hacerla vomitar, comprendió lo que le iba a ocurrir... entonces gritó, gritó y gritó.

¡Gritó con todas sus fuerzas!

¡Gritó por ayuda!

¡Gritó por piedad, por lo que fuera!

Era imposible que el guardia—que estaba a unos metros de la puerta—no la hubiera escuchado. Iba a entrar, tenía que entrar de un momento a otro para socorrerla.

—¡Auxilio! Ayúdenme, ayúdenme... no, no... te dije que no, déjame. ¡Suéltame! Guardias, guardias, ayúdenme...

Lorena miró horrorizada cómo el oficial de la puerta le sonrió excitado. Uno de sus compañeros se le acercó. Ambos miraron a través de la puerta el show que estaban a punto de presenciar, pero ninguno se atrevió a intervenir, mucho menos abrir la puerta.

Apenas tenía ciento veinte libras de peso, por lo que no le costó mucho esfuerzo dominarla. También la posición ayudó, ya que usando sus rodillas pudo abrirla las piernas sin ninguna dificultad. Su mano se transformó en una pinza que la sujetó fuertemente por el cuello, inmovilizándola sobre el buró.

—¡Ya, para, para... por favor!

Lorena continuó implorándole, pero esto solo hizo que Conrado se excitara de una manera tal que su cuerpo se estremeció por las oleadas de placer. Era una experiencia nueva, única y adictiva. Se dio cuenta de que su nivel de excitación era tal que estaba a punto de llegar al orgasmo, ¡y aún no se la había metido!

Le levantó la saya con su mano libre, le bajó la licra que traía debajo junto con el resto de la ropa interior y por fin pudo acariciarle la pelvis.

—¡Lo voy a hacer! Te juro que lo voy a hacer... —le suplicó. Conrado escupió en su mano, se embarró de saliva el pene y, usando literalmente su propia saliva como lubricante, le envió el mensaje definitivo: iba a violarla y ella no podía hacer nada para evitarlo—. ¡No lo hagas, por favor! Yo... yo... lo voy hacer...

Los sollozos no la dejaron coordinar sus oraciones. Entre murmullos, suplicas, suspiros y algunos gritos de impotencia, le juró que iba a hacer lo que él quisiera...

Lo que le pidiera...

Cualquier cosa con tal de que parara...

Lo que Lorena no sabía es que en ese momento nada de lo que le dijera lo iba a detener. La chica dejó escapar el aire de sus pulmones a medida que la fue penetrando. Solo entonces, cuando estuvo dentro de ella, Conrado comprendió que su nivel de excitación se debía al no temerle a las consecuencias. Era el rey del pueblo, el amo y señor, la ley, el castigo y la clemencia.

Una siempre piensa que ese tipo de cosas no te van a suceder hasta que te ves en una situación en la cual ya no puedes escapar. Había escuchado eso de que cuando una mujer es violada, su mente usa un mecanismo de defensa, que se abstrae, que puede mirar su cuerpo desde otro lugar, como si a la que le estuviera sucediendo aquella pesadilla no fuera a ella. Pero Lorena lo sintió todo y, ni por un simple segundo, su mente le permitió abstraerse.

«¡Para, detente, no sigas!», repetía entre gritos. ¿O los gritos eran

dentro de su mente?, no estaba segura.

Lorena nunca había mantenido relaciones sexuales con un hombre. Perdió su virginidad con una chica. Mantuvo relaciones con otras hasta que conoció a Daisy, con quien ya llevaba más de quince años de relación. Por eso, ser violada sin dudas era una experiencia traumática; pero ser violada por un hombre...

Cuando Conrado se estremeció y arqueó su espalda hacia atrás, agarrándola fuertemente por las caderas, ella recordó los cuentos que había escuchado sobre el momento clímax de los hombres, el “momento” de descargar toda su virilidad. No se equivocaban. Varias acometidas más y sintió el chorro tibio en el interior de sus entrañas, la sensación más asquerosa que hubiera experimentado en su vida, ¡la peor de todas! Peor, incluso, que ser penetrada.

La invasión de su cuerpo por algo de otra persona, algo que una vez dentro ya no podías sacarlo. Se movió hacia los lados y no dejó de sentir ese caldo tibio en su interior. Incluso cuando Conrado se retiró podía seguir sintiéndolo.

Lorena cayó al piso. Ya no le quedaban ganas de llorar. Las arqueadas le vinieron en olas unas tras otras, haciéndola vomitar un líquido amarillo y espeso. Cuando vomitó por quinta vez, se calmó un poco. Con gestos temblorosos debido a los incontrollables sollozos que aún surgían de su pecho, recogió su ropa interior y se limpió como pudo entre las piernas, pero seguía sintiendo esa cosa tibia en su abdomen. ¡La estaba quemando de adentro hacia a fuera! Como si un Alien se retorciera en su interior y se negara a salir.

Conrado se subió el pantalón y se arrodilló junto a ella.

—A partir de mañana quiero mis reportes, ¿qué planes tiene Alejandro?, ¿con quiénes se reúne? Hasta lo más insignificante. Quiero saberlo todo. ¿Te quedó claro?

Lorena intentó decir algo, pero las palabras no le llegaban a la garganta.

—Ya, no llores más. Coge, toma un poquito de agua —como si nada hubiera pasado, Conrado fue y le llenó un vaso de agua y se lo puso encima de la mesa—. No le veo la gran cosa. Aquí no ha pasado nada. Yo no se lo cuento a nadie si tú no se lo cuentas. Míralo de esta manera, será nuestro secreto. Oh, solo un detallito, eso sí tenemos que aclararlo.

Lorena continuó pasándose la ropa interior por entre las piernas, en

un intento de limpiarse aquella asquerosidad que aún continuaba chorreándole por entre sus muslos.

—Es simple mi pregunta: ¿prefieres ser tú o la noviecita esa que tienes?

Aquello hizo que saliera de su shock. En la relación ella siempre fue la más fuerte. Si Daisy se veía en una situación así... no quiso ni imaginarse de lo que sería capaz.

—Te lo voy a decir una sola vez, soy un caballero y como tal te he tratado, pero con tu novia no haré lo mismo. Mírame... ¡que me mires, cojones, cuando te hablo! —Lorena lo miró, pero no lo veía. Su mente estaba absorbiendo las consecuencias—. A partir de mañana me das un informe o voy a recoger a tu putica y se la voy a entregar a mis hombres y, ¡escúchame bien!, te voy a dar el placer de que mires todo lo que le van a hacer. Después no quiero que me reproches que no te advertí con tiempo. Son diez, aunque puedo llamar al resto. ¿Tú decides? Mañana quiero mi informe.

No esperó su respuesta. Tampoco es que pudiera dársela. Las palabras habían desaparecido de su garganta. Conrado se le acercó, la ayudó a levantarse del piso, le arregló él mismo un poco el pelo y con un gesto le ordenó que se marchara. Ella caminó dos pasos, temblorosa, algo mareada. Entonces Conrado se le acercó y le dio una nalgada.

—Venga, mujer, que tampoco fue para tanto. Ya por lo menos sabes lo que te estás perdiendo.

Lorena comprendió en ese instante que iba a traicionar a sus amigos; lo que fuera con tal de que Daisy no pasara por lo mismo que ella.

Capítulo 67

Actos de guerra

(Costa norte, Cuba)

Le tomó menos de cinco segundos comprender las intenciones del bote patrullero. Fue en ese instante cuando Max Miller supo que toda su familia corría peligro... un peligro mortal, lo cual para él significó la peor de todas las noticias, ya que en esta ocasión sí que no tenía cómo protegerlos.

No hubo tiempo de lanzar ninguna señal para presentarse como amigos, como extranjeros, que venían en son de paz, con niños... nada, no le dieron ni una sola oportunidad. Simplemente el bote patrullero cubano abrió fuego contra su yate.

Era un Patrullero Clase Zhuk o Grif —aunque los cubanos se referían a ese tipo de embarcación simplemente como «La Griffin»— y, de toda la flota de la Fuerza Naval Cubana, la Grif era quizás la más temida debido a su rapidez y maniobrabilidad.

A pesar de tratarse de un modelo construido durante la era de la Unión Soviética —posiblemente con más de cincuenta o sesenta años de antigüedad—, sus dos motores a propulsión tipo M401B eran capaces de alcanzar las 30 nudos, lo que significó que en pocos minutos los tendría encima.

Miller movió la palanca del acelerador hasta el fondo, estabilizó el yate y miró hacia la carta de navegación. Tendrían que atravesar por el medio de dos islotes de arena, hacer izquierda, rodear otro cayo y dirigirse hacia un estrecho canal que había entre los manglares, adentrándose en la costa. Esa era la única opción.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Emma.

Todos se reunieron en la cabina de mando para recibir las órdenes de Miller. Tenían unos preciosos segundos de ventaja, ya que el yate se mantuvo fuera del alcance de la Grif durante los minutos que un islote los cubrió. Pero en cuanto lo atravesaran quedarían a merced de la potencia de fuego del patrullero.

—Quiero que todos se pongan los chalecos antibalas —las niñas comenzaron a llorar al ver a su papá gritándoles órdenes y exigiendo que se cumplieran de inmediato—. ¡Emma, el timón es tuyo!

Emma sujetó el timón mientras Miller le pasó por encima de su cabeza un chaleco antibalas.

—Mira la ruta que tracé—le señaló Miller—. Tienes que llegar hasta ese canalizo; no bajas la velocidad.

Se giró hacia Mila y Jordan. Iba a darle nuevas órdenes cuando el yate fue atravesado de lado a lado por los potentes proyectiles lanzados desde el patrullero. Todos se arrojaron al piso. Durante unos segundos solo se escuchó el rugir del motor, los gritos de las niñas y los pedazos del yate que caían al agua mientras era atravesado por la lluvia de balas... y, de repente, como mismo comenzó, se hizo el silencio.

Miller se levantó. No podía perder ni un segundo. Se aseguró de que todos estuvieran bien —estaban atravesando en ese momento los dos cayos—. Una vez fuera del pequeño canal, llegar a la costa iba a depender del tiempo que él les pudiera ganar. Miró los agujeros creados en la pared del yate, eran más grandes que su puño.

«Están tirando con una KPV, ¡qué hijos de puta!». Sin perder otro segundo, se puso su chaleco antibalas y buscó su Remington MSR. Abrió el trípode y se posicionó tras el borde de una baranda. En unos instantes tendría a la vista a la Grif, a la tripulación, a esos cabrones que le iban a disparar esta vez con todo lo que tenían, ya que el ángulo de disparo sería perfecto. Pero había un factor con el que no contaban: él también les iba a responder.

La Grif venía equipada con una KPV en la proa, una monstruosidad que disparaba proyectiles de 14,5 milímetros. Por lo general se le ponía una cinta de 40 balas con la cual lograban alcanzar una cadencia de 600 disparos por minuto. Miller comprendió que desde el momento en que salieran del escudo natural que le brindaron los dos cayos—hasta llegar al canalizo—, iban a estar expuestos por varios minutos. Sin ningún blindaje en el yate, si el artillero que estuviera tras la KPV lograba encañonarlos, solo sería cuestión de presionar el gatillo para hacerlos volar por los aires.

—No, cabrón, esa oportunidad no te la voy a dar.

Edgar caminó con un paso firme y constante, sin detenerse ni para tomar agua. Su plan era extremadamente sencillo y efectivo, ya que esa era la parte que le interesaba, pasar indetectable por los puestos de guardia y las patrullas de vigilancia. En esto no tendría problemas, pues desde que llegó a la uña del mangle y se metió en el agua, supo que ya había entrado en su territorio.

Pocas personas conocían los pinares, manglares y canales de la costa norte desde la playa de Nazabal hasta el canal de Sagua la Grande como él. Desde el pueblo costero de Los Piñones, unas veces a nado y otras caminando —pero siempre pegado a los manglares—, se podía llegar al canal de Sagua la Grande en menos de un día... o al menos ese era su plan hasta que escuchó los disparos.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

La ráfaga de cañonazos se fue acercando poco a poco al yate, dejando una estela de agua con cada disparo, lo cual ayudó al artillero de la Grif a corregir su puntería. En una fracción de segundo iba a barrer de extremo a extremo el Blue Star.

Miller miró a través de la poderosa mira telescópica, seleccionó su primer objetivo y se concentró en el balanceo del yate, escogiendo el momento exacto para presionar el gatillo.

¡Tuff!

La bala atravesó con precisión quirúrgica el pecho de uno de los tripulantes, generando un caos encima de la Grif. Justo lo que Miller se imaginó, eran jóvenes marineros sin ninguna experiencia en un intercambio de fuego. Siempre eran ellos quienes tiraban y, si recibían algún disparo, por lo general se trataba de alguna escopeta o una ráfaga de ametralladoras sin precisión. Ver caer a uno de sus compañeros frente a ellos debió traumarlos.

Miller introdujo una nueva bala en la recámara. Escogió otro de los tripulantes que estaba dando órdenes de aminorar la velocidad, creyendo que la distancia les podría dar algo de ventaja. ¡Tuff! El disparo le arrancó la mandíbula. El guardacostas se quedó parado, en shock, sin comprender lo que le había pasado. Un segundo disparo cubrió de sesos los tableros de mando. La Grif se detuvo por completo.

«¡Lo logamos!», gruñó al ver cómo la Grif se detenía por completo. En ese momento ya estaban fuera de su alcance. Emma dirigió a toda velocidad el yate hacia el canalizo. De hecho, se percató Miller demasiado tarde, iban demasiado rápido.

Edgar escuchó el inconfundible estruendo de los disparos. Tenía el agua al pecho e iba pegado a la uña del mangle. Se introdujo entre las ramas retorcidas de los manglares hasta mimetizarse con el entorno. Desde su escondite vio salir por entre los dos cayos que le daban la entrada a la bahía

del pueblo costero Los Piñones, a un yate de lujo perseguido por la Griffin.

Lo que sucedió a continuación lo hizo comprender que estaba metido en la mierda hasta el cuello, ya que ser testigo de algo así—en Cuba— le podía costar la muerte.

El yate, a toda marcha, estaba siendo perseguido por la Griffin, quienes abrieron fuego contra la otra embarcación. Para él no era nada nuevo ver a una patrullera intentando detener a las famosas Cigarrete —las súper lanchas rápidas que los traficantes humanos usaban para entrar a la isla y sacar cubanos hacia México o los Estados Unidos—, lo que sí nunca había visto era que las lanchas patrulleras abrieran fuego contra los tripulantes usando la ametralladora de la proa. A veces había algunos intercambios de disparos como advertencias y ese tipo de cosas, pero por lo que estaba viendo era evidente que la Griffin quería hundir a la otra embarcación.

«Van demasiado rápido... ¡oh, no! A esa velocidad no le pueden entrar al canal». Por alguna razón la Griffin se detuvo por unos segundos. Edgar vio al yate ganando velocidad para escapar, pero en cuanto entraron por el canalizo sacó cuentas y el resultado no le gustó. Solo iban a poder avanzar unos cien metros antes de encallarse... y a esa velocidad iban a destruir el yate.

Edgar tomó una rápida decisión, valorando los puntos de vista de Alejandro. Lo que este necesitaba era información y quienes arribaran en ese yate, quizás supieran algo más que lo que él iba a encontrar en Sagua la Grande. Así que nadó hacia una salida del mangle, se encajó hasta las rodillas en el lodazal y avanzó paso a paso hasta salir de la uña del mangle. Una vez en tierra firme, corrió por todo el borde del canal hacia donde se imaginó que el yate se encallaría.

Miller apareció a su lado, la abrazó y con su cuerpo la cubrió justo cuando el Blue Star encalló estrepitosamente, lanzándolo todo y a todos contra las paredes. El estruendo fue terrible y el impacto peor. Emma no era una experta en navegación, pero no necesitó serlo para comprender que el fondo del yate estaba destrozado y haciendo agua por todos lados.

A los gritos de sus hijas se le unieron los de Mila y Jordan, generando un caos dentro de la embarcación. Por si fuera poco, se volvieron a escuchar disparos.

—¿Pero esos hijos de puta no se van a cansar? —rugió Emma, quien instintivamente se protegió la barriga.

—Tenemos que salir de aquí, ¡ahora mismo! —Les gritó Jordan mientras apuntaba hacia la boca del canal. Miller siguió su mano y maldijo su mala suerte.

—¡Pero serán cabrones! Los muy hijos de perra tiraron un Zodiac al agua, viene hacia acá—Miller volvió a tomar una rápida decisión, la más lógica—. Necesito detenerlos y ganar un poco de tiempo.

—Pero, ¿qué vamos a hacer?

—Bajar, vamos, hay que salir de aquí cuanto antes. —Miller le dio la mano y la ayudó a levantarse. Ya Mila y Jordan estaban junto a ellos cargando cada uno a una de las niñas—. Ayuden a Emma.

Él fue hasta la enorme mochila que tenía repleta de armas. No podía cargarlas todas, así que solo cogió las que le serían indispensables, incluyendo su HK416. El ruido del Zodiac acercándose por el canal se pudo escuchar con claridad, por lo que de un momento a otro los vería doblar la esquina de los manglares.

—¡Muévanse, muévanse! —les gritó—. Rápido, hacia la popa.

Regresó a la cabina del capitán, recogió algunos mapas y ayudó a Emma y a las niñas a bajar las escaleras que conducían hasta la popa. En ese momento, antes de que ninguno de ellos pudiera saltar al canal, la embarcación completa giró hacia un lado.

Jordan cayó al agua junto con Rain, pero tardó menos de un segundo en salir a la superficie con la niña entre sus brazos. Por suerte el agua no era profunda, pero el yate continuó girándose hacia un costado debido a que la línea de flotación quedó perforada por todos lados.

—Salten al agua, salten al agua.

En ese momento la Zodiac apareció con cinco guardias encima. En cuanto los guardacostas los vieron se llevaron sus AK-47 a los hombros y abrieron fuego. Miller les respondió, pero no logró dar en el blanco; aún estaban lejos. Volvió a girarse y tomando de la mano a Emma la ayudó a caer en el agua.

—Naden hacia la orilla, yo los sigo.

No hubo besos ni abrazos, no había tiempo. Regresó al costado, posicionó una rodilla y esta vez sí que tuvo mejor puntería. Roció de balas al Zodiac, alcanzando con varios disparos a uno de los guardias. El hombre cayó al agua con ambas manos apretándose el abdomen —a pesar de la distancia, Miller vio que el guardacostas lo que intentó fue evitar que los intestinos se le salieran—, la herida era mortal.

El resto decidió cambiar de táctica.

Desembarcaron en la orilla, donde buscaron refugio tras el borde del canal. Miller perdió el ángulo de disparo. Desde allí los guardacostas perseguirían a su familia.

Al instante los perdió de vista. También él tuvo que cambiar de táctica. Maldijo una vez más y saltó al agua. Se hundió en el lodo hasta las rodillas. Haciendo uso de todas sus fuerzas comenzó a nadar, a patallar y caminar por entre el lodo que le succionó las botas, pero al fin, con un esfuerzo descomunal, respirando por la boca para no escupir los pulmones, llegó a la orilla. Subió el borde del canal y vio en la distancia cómo su familia corría por uno de los pinares. Iban seguidos a corta distancia por cuatro guardacostas.

Capítulo 68

Siempre se puede empeorar más

(Costa norte, Cuba)

Quien viera “correr” a Edgar no le cabrían dudas de que era un campeón de *parkour* que se estaba entrenando para una carrera urbana. Edgar saltó, hizo un giro acrobático en el aire por encima de unos troncos caídos al pie del canal y cayó al otro lado. Usando su propia inercia se desplazó prácticamente de lado, por el borde de una colina, dio otro salto de varios metros en caída libre y al caer rodó sobre su hombro —después de todo, las clases para romper caídas que Millaverde le dio estaban sirviéndole para algo—. Iba cortando distancia con largas zancadas. Subió hasta la cima de una colina que tenía una vista directa hacia todo el pinar. Desde allí observó la escena más extraña y aterradora que hubiera visto en su vida.

Por entre los enormes pinos corría una mujer embarazada. A su lado, otros dos jóvenes —una chica y un chico, posiblemente de su edad— iban cargado cada uno a una niña, dos chiquillas, pues por sus gritos Edgar se imaginó que no tendrían más de siete años.

Pero nada de esto fue lo que le llamó la atención, sino que los cuatro guardias que los perseguían no dejaron de dispararles, aun cuando era evidente que solo eran mujeres y niños.

«¡Qué hijos de puta los muy cabrones!».

Cuando creyó que las sorpresas iban a acabar, un hombre, prácticamente un enano, entró en escena.

El tipo traía un rifle. Iba disparando mientras que en su carrera cubría con su propio cuerpo la línea de fuego de los soldados. Edgar lo entendió al instante. Quien fuera aquel hombre debía de estar intentando proteger a la familia y lo estaba logrando. El enano era una especie de ninja militar por la manera en que se desplazaba, corría, disparaba, recargaba y seguía corriendo. Edgar intentó moverse, pero no pudo dejar de mirar la terrorífica escena.

El Rambo enano corrió hacia un lado, disparó varias ráfagas, recargó a una velocidad sobrenatural, rodó por el piso en sentido contrario y volvió a disparar...

¡Tac, tac, tac!

Uno de los guardias cayó con la cabeza hecha una pasta. Pero la suerte se les acabó. El soldado saltó en el aire al ver que uno de los guardacostas apuntó directamente hacia la mujer embarazada.

Edgar lo vio caer por lo menos con cuatro disparos en el pecho.

La porcelana balística de su chaleco detuvo todos los disparos, excepto uno que le perforó el hombro. Miller rodó por el suelo y se ocultó tras un enorme pino.

—Miller, ¡hay, Dios! No, no, cariño, por favor, respóndeme —Emma gritó desesperada. Al igual que él, ella se ocultó tras una pequeña pila de pinos caídos.

—Estoy bien, estoy bien... solo fue un rasguño. —Le mintió.

Miller se introdujo el dedo índice prácticamente hasta el nudillo en busca de la bala, pero esta le penetró dos dedos por debajo de su clavícula y no estaba seguro de si hubiera salido por su espada. La sangre le empapó sus manos, sus dedos... demasiada sangre... a ese ritmo iba a perder la conciencia dentro de unos minutos.

—¡Mierda! Perfecto, solo esto me faltaba. —Pero no, la mala suerte apenas estaba comenzando.

Intentó levantar su rifle y una punzada en forma de taladro le penetró el brazo, el cerebro, los dientes. El dolor fue tal que por un instante la vista se le nubló.

«Miller, ni se te ocurra desmayarte ahora, porque si lo haces te juro que te mato cuando te despiertes», un poco de humor negro para levantarse el ánimo. Apretó los dientes, gruñó y usando el pino que tenía a su espalda como base de apoyo, se levantó poco a poco. Respiró profundo varias veces para aclararse la mente. Bien, a trabajar: evalúa la maldita situación y busca una salida.

Miró hacia todos lados... la situación era una mierda.

—Quiero que sigas corriendo —le gritó a Emma—, cuando dispare no mires atrás...

—No, eso no, espera, te podemos ayudar.

—Corre y no mires hacia atrás.

No había tiempo para más discusiones. Salió de su escondite disparando con su Glock —a la cual no le había quitado el silenciador—. El efecto fue que por unos instantes los guardias no tuvieron idea de dónde provenían los disparos. Cuando uno de ellos logró visualizarlo, Miller le metió una bala en la mejilla.

Mila sintió que sus brazos se le hinchaban con el peso de Rita, pero

no dejó de correr, o al menos no lo hizo hasta ver que Emma se detuvo. A pesar de su piel oscura, palideció al punto de tener que sostenerse contra uno de los pinos.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Jordan, quien apenas podía respirar. Varias gotas de sudor corrían por la punta de su nariz pero, al igual que ella, su hermano no soltó a Rain.

Mila se acercó a Emma y lo comprendió todo al instante.

—Es... ¿es el bebé? ¿Ahora?

—Sí... ¡qué momento para querer salir!

Emma llevaba puesto un vestido y, por las entrepiernas, una baba sanguinolenta comenzó a correrle en abundancia. La mujer se mordió el labio para aguantar una contracción que al final terminó vencéndola.

—¡¡¡Ahhhh!!! Por Dios, oh, no... no, ahora no... por qué ahora... —gimió de dolor. Intentó avanzar unos pasos pero cayó de rodillas.

Jordan se apresuró y también cargó a Rita, sosteniendo a las dos niñas contra su pecho. Mila tomó el brazo de Emma y la ayudó a levantarse. Así, entre gemidos y gritos de dolor, caminaron otros cien pasos, pero no lograron avanzar mucho, al menos no lo que Miller había esperado.

Como de la nada, un guardia salió por detrás de los árboles y descargó una ráfaga hacia ellas. Ambas se tiraron al piso. Emma gritó de dolor e impotencia. Jordan, también agotado, logró esconderse tras el borde de la colina.

El guardia se acercó a ellas, cambió el cargador y les apuntó. Sus órdenes eran claras y las iba a cumplir.

—¡Hijo... puta, maricón... cago en... madre! ¡Son... mujeres!

Mila y Emma miraron sorprendidas hacia un joven que saltó desde la punta de la colina y se abalanzó gritando contra el guardia. El impacto los estremeció. Ambos rodaron por el piso y, aunque el guardia superaba al chico con peso y altura, era evidente que no podría ganar una pelea a puñetazos contra este.

El recién llegado parecía una especie de gato con una sobredosis de adrenalina. Lo mismo le daba golpes con los codos, los puños, las rodillas o la cabeza. En menos de cinco segundos el guardia sangraba de la boca, las cejas, la nariz y hasta las orejas. El guardacostas comprendió que sin su AK-47 no le iba a ganar a su contrincante, así que sacó su bayoneta y lanzó mandobles al aire haciendo que el joven retrocediera.

Mila vio al chico retroceder y buscar opciones para defenderse. El

guardia, comprendiendo también que ahora era él quien tenía la ventaja, se lanzó hacia adelante en un intento de ensartarlo con el enorme puñal, aunque solo dio tres pasos.

Varias manchas oscuras aparecieron en su pecho. El guardacostas se tambaleó hacia los lados, incrédulo ante lo que le estaba pasando, escupió sangre y cayó de rodillas murmurando palabras ininteligibles. Allí se estremeció como un animal moribundo hasta quedar completamente inmóvil.

—¿Están bien? —les gritó Miller.

La respuesta de Emma fue un grito de dolor.

Miller llegó junto a ellas, pero no dejó de apuntarle al chico. Este se sintió más sorprendido por lo que le pasaba a la mujer —quien evidentemente estaba a punto de dar a luz— que por la pistola que le apuntó a su cabeza.

—Baja la pistola —le ordenó Mila—, él nos ayudó.

Miller asintió, se tambaleó hacia los lados y con un gesto le agradeció al chico.

—Edgar... llamo Edgar... amigo... puedo ayudar... tienen... seguirme.

El español de Miller era terrible, pero de lo que el joven dijo solo entendió exactamente lo que necesitaba escuchar: «Edgar... amigo... puedo ayudar...», todo eso estaba muy bien, pero la verdadera pregunta que asaltó su mente fue: ¿cómo nos puedes ayudar?

Capítulo 69

Amigo

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Edgar miró a su alrededor sin poder encontrar las piezas para lograr armar aquel rompecabezas humano. Lo que comenzó como unos disparos desde la Griffin a un yate de lujo, terminó con una masacre ante sus ojos.

Ahora, frente a él, había un tipo barbudo al estilo de los enanos de *El Señor de los Anillos* —aunque mirándolo bien tampoco era tan pequeño—. Tenía una expresión de hombre duro, adaptado a ese tipo de situaciones. Edgar lo vio apretar la mandíbula varias veces para contener las punzadas de dolor. ¿Cómo seguía en pie? Para él era todo un misterio, ya que le chorreaba tanta sangre por el hombro que no le debía faltar mucho para desmayarse.

No necesitó ser un experto para comprender que aquel extraño barbudo debía ser algún soldado con entrenamiento especial. Sus armas y el modo en que las usó eran prueba suficiente. Junto a él estaba una mulata, de seguro su esposa. Otro joven con dos niñas entró en la escena, y la rubia... ¡qué rubia!

Era la muchacha más hermosa que hubiera visto. Pero apenas tuvo tiempo de mirarla pues un grito de la mujer embarazada hizo que el soldado lo cogiera por el hombro y comenzara a preguntarle cosas en inglés. Edgar no entendió ni una sola palabra. El otro joven se acercó cargando a las dos niñas, las cuales gritaban más que una alarma anticiclones. El caos solo aumentó y, lo peor de todo, fue que comenzaron a hacerle preguntas a él, ¡a él!

Edgar, que de por sí tenía problemas para hablar, no entendió ni una sola palabra.

Fue la rubia quien tomó el control.

La muchacha —con unos ojos verdes que cortaban la respiración, o al menos eso fue lo que experimentó Edgar— se le acercó y con un español chapurreado comenzó a pedirle ayuda. Él le sonrió, a ella sí la entendía.

—Me llamo Mila... necesitamos ayuda... tú ayudar a nosotros... — le suplicó la joven. Su acento americano era inconfundible, pero al omitir palabras y usar solo las necesarias, Edgar pudo comprenderla perfectamente. Era como si le hablara imitándolo.

Edgar la tomó de la mano para indicarle que tenían que seguirlo, y,

por un instante, mientras organizaba sus palabras, sintió que ella se estremecía por el contacto de sus dedos, pero no lo rechazó.

—Edgar... amigo... —les dijo, a su mente llegaron las palabras que necesitaba decir, pero como siempre le ocurría no pudo expresarlas. Al final decidió usar gestos. Lo importante era que lo siguieran—... puedo ayudar... tienen... seguirme. Sé dónde... una cabaña... casa... abandonada... pueden ocultarse.

La joven les tradujo y el soldado asintió. Edgar se apresuró a sostener a la embarazada —prácticamente cargándola—. Por su parte la rubia ayudó al militar.

Fueron más de dos kilómetros por entre las constantes ondulaciones a través del terreno. El enorme bosque de pinos y árboles espinosos no se las puso fácil. Llegó el momento en que la rubia lo tuvo que ayudar con la mujer embarazada —a quien por tramos la ayudaron a caminar; otros simplemente la arrastraron—. El soldado fue quien se las tuvo que arreglar solo para seguir avanzando.

—...casi estamos... llegando... casa... Cañizo... —en su mente sonó mejor y, aunque la rubia solo encogió las cejas, Edgar comprendió que ella ya debía de haberse dado cuenta de su problema con las palabras.

La casa de Cañizo era una pequeña cabaña de pescadores apartada del pueblo Los Piñones; solía pasarse más de la mitad del año vacía. Adentro guardaban redes de pesca, remos hechos con trozos de plástico atornillados, latas de anzuelos oxidados y varias montañas de bollas, también algunas plomadas para engancharle a las redes. Como nada era de valor, la cabaña solo tenía una cadena pasada con varios nudos para evitar que los perros salvajes entraran en ella.

Edgar se estremeció cuando la mujer le pegó un grito al lado de la oreja. El soldado le dio una patada a la puerta arrancándola casi de las bisagras. Dos empujones más y todos entraron en la cabaña, donde Edgar se apresuró a tirar varias redes al piso y cubrirlas con sacos de tela, creando así una especie de colchón. En cuanto acostaron a la embarazada, Edgar tomó de la mano a la rubia para que le tradujera:

—Voy... buscar ayuda... no salir... aquí... tienen... esperar... regrese...

Por su expresión, la rubia pareció haber entendido solo algunas palabras, y fueron esas las que le tradujo al soldado, quien asintió con un gesto

de impotencia.

Edgar volvió a mirar a toda la familia, cerró el puño y se dio dos golpes en el pecho en señal de que todo iría “ok”. Él no contaba con los recursos ni las ideas, pero conocía al tipo que las inventaba en el aire. Su padrino era el único que podría ayudar a esa familia.

Miller escuchó la traducción de Mila —o al menos lo que ella creyó entender—. Por lo visto el tal Edgar iría por ayuda. Intentó pensar en opciones, pero al final no le quedó otro remedio que asentir. Ahora sus vidas dependían de aquel adolescente. Edgar saltó por encima de unos pinos y salió corriendo a una velocidad digna de un corredor olímpico.

—Max... Max... —gimió Emma. Miller respiró profundo para contener el dolor, se acercó a ella y le besó la frente—... el bebé ya viene, ¡cariño, no puedo aguantar más!

—Todo va a salir bien. —Miller, medio mareado por la pérdida de sangre, hizo uso de toda su fuerza de voluntad para mantenerse en pie, le sonrió y la ayudó a subirse el vestido—. Jordan, lleva a las niñas para la parte de atrás de la cabaña. Mila, ayúdame a quitarle la...

Las palabras le costaron un esfuerzo terrible poderlas decir, pero Mila no necesitó que le explicara lo que debía hacer. Ella misma se apresuró a subirle el vestido, acomodarle las piernas y quitarle la ropa interior. Por entre los muslos de Emma corría demasiada sangre. Ya la fuente se había roto y estaba dilatando. Mila tendría que ayudarla a traer al mundo al nuevo miembro de la familia.

Capítulo 70

Piezas sobre un tablero en movimiento

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

No estaba segura exactamente de qué, pero algo, algo terrible le pasó a Lorena el día anterior... y era ese «algo» lo que la iba a volver loca. Cuando Daisy llegó a la casa se la encontró llorando en la ducha. Se quitó la ropa y se metió junto con ella para consolarla, pero entonces Lorena la apartó hacia un lado sin darle explicaciones; como si el simple hecho de tocarla le molestara.

—¿Qué te pasa, amor, cuéntame? —le preguntó de todas las maneras posibles. Después se lo suplicó. Por último le exigió, pero Lorena no le dijo ni una sola palabra.

Esa noche no comió. Ni tan siquiera se tomó el té de tilo que le preparó. Daisy estaba en shock por todo lo ocurrido —y tenía miedo, mucho miedo, no iba a negárselo—. Sin dudas quería romper en llanto y esperaba que fuera Lorena quien la consolara explicándole que todo iba a estar bien, pero por lo visto la situación era a la inversa. Para Daisy fue algo nuevo, ya que Lorena siempre era el pilar, la tabla a la que solía agarrarse en medio de la tormenta, por eso se sintió desorientada. Solo se sintió segura de algo: si toda esta locura se le quedó grande a Lorena, pues era su momento de sacar la cara, de demostrarle que ella también podía ser el pilar de la relación.

Todo eso ocurrió la noche anterior. Ahora, sentadas en el patio de la casa de Alejandro, Lorena seguía distante, con los ojos vidriosos y perdida en sus propios pensamientos. Dos veces intentó abrazarla, pero Lorena la rechazó. Al tercer intento se levantó y se fue a conversar con Sandra, dejándola sola y con la sensación de que algo se había roto entre ellas.

«¿Pero qué le pasa, qué le hice? ¿Por qué no me cuenta?», algo apenada, miró disimuladamente hacia todos lados para asegurarse de que ninguno de los presentes hubiera notado el rechazo.

Nadie lo notó, excepto Alejandro.

Fueron citados para otra de las reuniones de emergencias de Alejandro, quien por lo visto desde la visita del capitán Conrado no podía descansar, o dejar de crear nuevos planes. Todos estaban presentes, excepto los Correcaminos y las Mulas de Santa Clara. «¿Y Edgar?», ahora que Daisy lo pensó con calma, recordó que desde ayer no lo había vuelto a ver.

Fue arrancada de sus pensamientos cuando escuchó la silla de ruedas aproximándose. Alejandro llegó junto a ella, le guiñó un ojo y le lanzó una de sus sonrisas socarronas, esa sonrisa que volvía loca a más de una chica, pero por desgracia para él, a ella ni efecto le hacía.

—Hola, muñeca, ¿estás teniendo problemas en el paraíso? —le preguntó mientras arqueaba la cabeza hacia un lado con un gesto provocativo y seductor, el típico galán de telenovelas.

Al final terminó arrancándole una sonrisa. Vale, no le gustaba, pero no podía negar que el tipo sí que sabía cómo seducir a una mujer usando solo su carisma. Pensó en mentirle, lo cual no le serviría de mucho. Alejandro podría ser el hombre más mujeriego del pueblo, pero cuando se tenía un problema de verdad, era a ese mujeriego al que querías tener a tu lado.

—Pues sí, parece que algunos angelitos no están muy contentos.

—Tú sabes que mi cama es grande y siempre habrá espacio para ti.

—No me tientes —Daisy y Alejandro miraron hacia el otro extremo del patio, en donde Sandra estaba conversando con Lorena—. Puede que un día de estos me lo piense mejor. ¿Sandra también estaría en la cama?

Ambos se miraron y no pudieron aguantar la risa, sobre todo al ver que desde lejos Sandra los miró intrigada. Esa broma era un chiste secreto que ellos tres habían mantenido a espaldas de Sandra durante años.

—Todas las parejas tienen problemas y sabes que no soy el mejor para aconsejarte, pero en mí tienes un hombro para apoyarte. —Alejandro le acarició el rostro—. No te rías, mi silla tiene buena resistencia. Ahora serio, dejen la bobería ustedes dos. ¡Ya bastantes problemas tenemos! Hablen, esa siempre es la calve. Si ella no quiere, arrástrala, pero traten de hablar. Cualquiera que sea el problema hablándolo se puede solucionar.

Daisy se mordió el labio para no llorar, aunque al final sí se le escapó un sollozo. No quiso admitirlo, pero en el fondo le molestó que Alejandro se hubiera dado cuenta de lo afectada que estaba. La indiferencia de Lorena le hizo demasiado daño y, lo peor de todo, es que no sabía cómo decírselo, ¿cómo hablar de un problema que ni ella misma sabía cuál era? Por suerte siempre estaría Alejandro, el amigo a prueba de balas.

—No sé qué pasó, pero desde ayer..., no sé, realmente no sé qué le ha pasado, es como si hubiera cambiado de repente. ¡No la conozco!

—¡Por Dios, Daisy! Desde ayer todos hemos cambiado. Fue un día muy duro y hoy puede que termine igual o peor. Pero recuerda que al final del día, cuando caiga la noche, lo único importante es tener a la persona que

quieres a tu lado, para abrazarla y poder dormir junto a ella. Mañana será otro día. —Daisy volvió a sonreírle. Todo lo que dijo le sonó tan romántico hasta que volvió a hablar, si no, no era Alejandro—. Y claro, si el abrazo también incluye un buen...

—¡Alejandro! —todas las cabezas giraron hacia Sandra, quien señaló con la mano el techo de la casa del vecino.

—Como te decía, hoy el día parece que va a terminar peor que ayer, ¡así que prepárate para mañana!

Daisy lo miró, volvió a mirar hacia el techo para reconocer que sí, definitivamente sí estaba de acuerdo con él.

Desde que Sandra vio a Edgar saltar de un árbol hacia el techo del vecino, correr con el impulso por el borde de una canal de agua y, de paso, saltar por encima del tanque del agua con un giro acrobático en el aire —digno de cualquier artista circense—, todo eso solo para caer en el patio de la casa de Alejandro, supo que los problemas ahora sí que iban a ser grandes.

«¡Muchacho de mierda! —Maldijo Sandra con el corazón en la boca—. Un día de estos te vas a partir el cuello con esos brincos y después voy a ser yo quien te va a romper la cabeza a cocotazos», el susto se le pasó en cuanto lo vio correr hacia su padrino.

De mirarlo de arriba abajo fue evidente para todos que Edgar saltó de techo en techo con la intención de pasar por las casas de los vecinos sin llamar la atención, ¡porque la habría llamado!

Sandra corrió hacia su lado y comenzó a revisarlo en busca de heridas, como habría hecho una leona con su cachorro.

—¿¡Estás bien!? —Edgar tenía la camisa hecha girones y empapada en sangre, aunque por lo visto no era de él—. ¿Qué te pasó?

Edgar miró a su alrededor sintiendo el peso de las miradas de todos los presentes. Decidió no responderles. Simplemente buscó a su padrino. Cuando lo localizó fue directo hacia él y comenzó a contarle todo lo ocurrido a una velocidad que hasta él mismo se sorprendió, aunque al finalizar, por la expresión que todos tenían en el rostro, comprendió que las palabras que llegaron a su mente no fueron las mismas que salieron de su boca.

Las miradas iban de Edgar a Alejandro y viceversa. Al final, tras un silencio que a Sandra le pareció que tardó varios minutos (aunque quizás solo fueron segundos), Alejandro asintió. Sandra tuvo que humedecerse la garganta. Conocía esa mirada, su pose, el tic nervioso del ojo. Nunca había visto a

Alejandro tan alterado y contenido a la vez. Era como un gigantesco Boeing 707 preparando sus poderosos motores para despegar en una pista de atletismo.

Alejandro absorbió y tradujo todo lo que su ahijado le dijo —ya que para entender a Edgar primero había que traducirlo—. La información la desfragmentó y de ella compartimentó lo más importante. Luego tomó varias decisiones a la vez. Solo Sandra y Millaverde conocían la capacidad sobrenatural de la mente de Alejandro. Era un don que le permitía analizar problemas sin soluciones, negocios que conducirían inevitablemente a la bancarrota y, como si fuera el mismísimo Harry Potter, de repente invertía la situación a su favor e incluso le sacaba ganancias.

Aunque para Alejandro esta vez era diferente. Miró a todos los presentes comprendiendo que desde el momento en que tomara una decisión, de ella dependería la vida de muchos.

«Pero lo tengo que hacer», era el riesgo más grande que iba a tomar en toda su vida.

—La Griffin atacó en la costa a un yate sin darles el alto, simplemente intentaron hundirlos. Por suerte su tripulación logró escapar.

Por un instante todos se quedaron paralizados, asimilando lo que acababan de escuchar, pero sobre todo pensando en sus consecuencias.

—Los guardacostas atacando a un yate, ¡por Dios! Eso no es nada nuevo. —Arnaldo interrumpió a Alejandro para exponer su punto de vista y volver a tratar de ganarse el respeto de los demás.

Sandra dejó escapar un suspiro para no saltarle encima a ese imbécil. ¡Qué bueno era con las matemáticas! Ese era el don de Arnaldo, un genio para la economía, porque como persona era el hombre más engreído y antipático que existiera. Después del show que dio el día anterior, ahora quería dárselas de tipo duro.

—Se trata de una familia de americanos, un matrimonio, dos adolescentes y dos niñas. La mujer está embarazada y, según Edgar, para complicar las cosas a punto de dar a luz... ¡si me interrumpes de nuevo te juro...! —Arnaldo casi se atragantó con su propia lengua al ver el dedo de Alejandro apuntando hacia él. Este, como si nada hubiera pasado, decidió continuar ignorando al mayor de los Ferrer—. Toda la familia fue perseguida por entre los manglares y pinares. Los guardacostas les dispararon a matar, ¿están entendiendo lo que quiero decir? Les dispararon a matar, no querían cogerlos prisioneros.

Poco a poco las miradas horrorizadas comenzaron a surgir en el rostro de todos los presentes. Incluso Arnaldo, para sorpresa de Sandra, se quedó sin palabras.

—Max, así se llama el esposo. Según Edgar el tipo es una especie de Rambo, llevaba un rifle, un chaleco antibalas y una pistola —la mirada de Alejandro se cruzó con la de Millaverde, quien asintió aparentando cierto desinterés ante los acontecimientos—. El tal Max mató a todos los guardias que estaban disparando contra su familia, pero terminó herido. Edgar dice que había perdido demasiada sangre, apenas podía mantenerse en pie.

Otro silencio y más miradas horrorizadas. Nadie se atrevió a romper la burbuja que se creó en la atmósfera atrapándolos a todos y haciéndolos comprender que en el momento en que hablaran no iba a ver vuelta atrás.

—Edgar los escondió en la casa de Cañizo. Y allí están...

—¿Qué... qué vamos a hacer? —fue Lorena quién tomó la decisión de preguntar lo que todos querían saber.

Alejandro no demoró su respuesta ni medio segundo:

—Rescatarlos, ¿o acaso no ven lo que está sucediendo? —Por lo visto nadie lo veía bien claro, por lo que el grupo prefirió permanecer callado una vez más—. Nos tienen incomunicados, aislados del resto del país con una cerca de seguridad, y ahora también están intentando asesinar a quienes lleguen desde el extranjero.

«Visto así, pues sí que tienes razón», apenas Sandra terminó de organizar sus pensamientos Alejandro la interrumpió:

—No es que debamos, ¡no!, es mucho más complicado que eso; ¡tenemos que salvar a esa familia cuanto antes! Ellos son la clave, entienden todos, esa familia es la clave para decirnos qué cojones está pasando en el mundo, sobre todo, ¿qué ha sucedido en nuestro propio país que ni nosotros mismos sabemos?

Había miedo, eso no se iba a discutir. De hecho, ¡había demasiado miedo! Pero Sandra miró a toda la pandilla y supo que ya habían tomado una decisión; seguirían cualquier orden que Alejandro les diera, y estas no se hicieron esperar:

—Daisy y Lorena, quiero que busquen a los Correcaminos y me los envíen inmediatamente para acá. —Ambas chicas asintieron y salieron de la casa prácticamente corriendo. Alejandro se giró hacia los hermanos Ferrer—. Desde hoy quiero que muevan cuidadosamente toda la comida, todos los suministros, todo. ¿Me entienden? Quiero que lo escondan todo en las casas

seguras. En cuanto lleguen los Correcaminos los envió para la Doña. Desde allí organícenlo todo. Eso sí, con mucho orden y cuidado de no llamar la atención.

Los tres hermanos no necesitaron más órdenes; en eso de organizar y desmontar almacenes, eran expertos. Al final del día Alejandro tendría en su mano una nueva lista con todos los suministros con que contaba y sus escondites.

—Sandra, busca a la doctora Marta y llévala para la casa de Los Paquetes —«Los Paquetes» era el lugar más seguro que Alejandro tenía en el municipio. Allí guardaban toda la mercancía que iba trayendo desde Panamá, Guyana y otros países que formaban su gigantesca network—. Dile que lleve todo lo que tenga para tratar a una mujer que está dando a luz y... bueno...

—Lo que tenga para tratar heridas de balas, qué otra cosa le vas a decir. —Sandra tenía razón.

La doctora Marta pondría el grito en el cielo, pero al final haría lo que Alejandro le pidiera.

—Ustedes dos... —Alejandro empujó su silla hasta quedar frente a Edgar y Millaverde—. Tú serás el guía —Edgar asintió emocionado por ser parte de semejante misión—. Millaverde, protege la familia cueste lo que cueste. En cuanto lleguen los Correcaminos te los envió para que te ayuden a trasladarlos, ya que van a tener que improvisar varias camillas.

—Voy a cambiarme de ropa —la actitud afeminada de Millaverde desapareció para darle paso al soldado profesional, aunque algunos amaneramientos no se preocupó por disimularlos— y a coger algunos juguetes en caso de que me hagan falta.

Juana acababa de cumplir sus setenta y tres años, pero su mente se mantenía fresca y lucida como la de una adolescente. Era la presidenta del CDR y tenía una importante misión —por ello recibía un pago mensual de un pomo de aceite, diez huevos y dos libras de carne de cerdo—. Hubiera vigilado la casa de Alejandro gratis. Por personas como él es que la revolución no podía avanzar; personas como él se enriquecían gracias a los negocios de los capitalistas mientras seguían explotando al pueblo... un pueblo que lo tenía todo, estudios gratuitos para los jóvenes, servicios médicos gratis —comparado con todos los demás países que te cobraban hasta la sonrisa—, los jóvenes tenían un futuro garantizado. Solo era cuestión de dar su aporte, ser miembro de la UJC o del PCC, ¿qué más se podía pedir? Sí, lo

hubiera vigilado gratis, pero el capitán Conrado decidió pagarle por sus servicios, dejándole claro que su trabajo era muy importante.

Ella era, según el capitán Conrado, una agente especial, una informante que contribuía con sus reportes diarios a defender la revolución que hombres como Alejandro quería derrocar.

Por eso, en cuanto vio a Edgar saltando por el techo del vecino y, minutos después, que las dos depravadas de Lorena y Daisy salían prácticamente corriendo de la casa, supo que algo iba a tramar toda esa pandilla.

Juana cerró la ventana, se cambió de ropa a toda prisa y salió hacia la Jefatura para informar al capitán Conrado. Se sintió orgullosa consigo misma. Estaba haciendo algo importante. ¡Estaba defendiendo a la Revolución!

Capítulo 71

¿Qué serías capaz de hacer?

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

La vieja chivata hizo un excelente trabajo, y de eso a Conrado no tuvo dudas. Desde que llegó al municipio y le entregaron el control de la Jefatura, junto con los expedientes más importantes, donde el principal era el de Alejandro, de solo leer las primeras páginas supo que el maldito inválido le iba a dar problemas, lo que nunca se imaginó es que fueran tan rápido.

La cadena de extraños acontecimientos comenzó esa misma mañana, cuando recibió un informe de emergencias de la Central en Santa Clara. Las órdenes fueron claras; poner en estado de alerta a todos sus hombres. El reporte hablaba de un yate que abrió fuego contra una Griffin, matando a dos guardacostas. El yate fue perseguido hasta la costa, donde su tripulación debió de haber desembarcado, pues la Griffin envió una Zodiac con cinco guardias y ninguno regresó. El oficial a bordo los dio por muertos, ya que al trascurrir tres horas y no recibir noticias de ellos, comprendió que era muy improbable que sus hombres regresaran, así que decidió pedir refuerzos.

Varias horas después llegó Juana y le contó sobre la extraña reunión que se llevó a cabo en la casa de Alejandro. Las casualidades en el mundo de los servicios de inteligencia y contrainteligencia no existen —y eso él lo tenía bien claro—, así que tomó una rápida decisión: envió una Lada patrulla hacia una de las casas que Juana le indicó. Allí detuvieron a Daisy y Lorena. Las dos mujeres fueron llevadas directamente a la Jefatura y separadas. Esa fue la primera parte de su plan.

Cuando Conrado entró en la habitación, se encontró con que Lorena se había convertido en un despojo humano de nervios, temblores y lágrimas. La joven no pudo contener sus sollozos al verlo, mucho menos dejar de mirar a través del cristal a pruebas de sonido a Daisy, a quien envió a la sala de interrogatorios; así, Lorena podía ver por el cristal a su novia. Por su parte, Daisy solo veía su propio reflejo y el de los dos guardias que la estaban escoltando.

«Esto va a ser más rápido de lo que yo pensé», Conrado sonrió ante el éxtasis que le provocó aquella imagen. Se acercó al intercomunicador y dijo una sola palabra que provocó un grito en Lorena y una expresión de miedo e

incredulidad en Daisy.

—Comiencen.

Sin previo aviso los dos guardias se abalanzaron sobre Daisy, uno le sujetó las manos a la espalda mientras que el otro le levantó la blusa. Los senos de Daisy quedaron expuestos y ambos hombres comenzaron a masajearlos. Daisy debió de lanzar unos gritos inhumanos que no podían escucharse a través del cristal, pero por su expresión Lorena no necesitó oírlos.

—¡Para... por favor, diles que paren! —le suplicó Lorena.

Conrado la agarró por el pelo y le pegó el rostro al cristal para que viera como uno de sus guardias se quitaba el cinturón mientras el otro le iba tocando los senos y la pelvis a Daisy.

—¿Sabes qué es lo que sigue, verdad? ¿Acaso no te lo advertí?

—Por favor... paren... ¡hazme lo que quieras a mí! Por favor...

Las lágrimas y los mocos se mezclaron en la cara de Lorena creando una baba que le corrió por la barbilla. Por un momento las fuerzas le fallaron y Conrado tuvo que sujetarla con más fuerza para que continuara mirando. Llegó el momento en que creyó que podría desmayarse... ya era suficiente.

—Una sola vez te lo voy a preguntar, ¿me entendiste? —Lorena asintió—, si me mientes, si por casualidad pienso que me has omitido solo una pequeña parte de la verdad, esos dos van a ser los primeros de diez y, ¡te lo juro por todos mis muertos, puta de mierda!, vas a mirar cómo cada uno se la mete a tu noviecita. ¿Te quedó claro?

Conrado perdió la paciencia, el tiempo no le sobraba para seguir con estos juegos.

—Sí, lo que tú quieras, pero diles... diles que se detengan...

Conrado negó con la cabeza, como la orden de detenerse no llegó, ambos guardias se turnaron para chuparle los pezones a Daisy, esta, impotente, solo podía gritar y pedir ayuda.

—¿Qué está preparando Alejandro?

—La comida, los suministros... está organizando todos los suministros de comida para esconderlos y luego...

Conrado le metió una cachetada que la lanzó contra la pared, la superficie del cristal se embarró de sangre y Lorena se tocó el labio partido en dos. Miró hacia el monstruo que la estaba torturando, esperando ver algo de remordimiento, pero este solo le sonrió y volvió a pulsar el botón del intercomunicador:

—Muchachos, ¡hagan gozar a esa puta!

Lorena lanzó un grito.

Adentro de la sala de interrogatorios uno de los guardias le arrancó el pequeño short que traía puesto Daisy, junto con la ropa interior.

—¡Un americano llegó a la costa con su familia! El hombre está herido, con él solo vienen niños y su esposa..., Alejandro está preparando un grupo para ir a buscarlo...

—¿Dónde está ese americano?

—En la casa de Cañizo... ¡por favor, diles que paren!

—¿La casa de Cañizo?

—Está a la izquierda, como a tres kilómetros antes de llegar a Los Piñones, dentro de los pinares... ¡ya, por favor, ya...! ¡Te lo dije todo! ¡Te lo suplico! ¡Diles que paren!

—El americano, ¿iba armado?

—Sí, tiene algún tipo de arma, mató a unos guardacostas... pero está muy herido...

—¡Maldita seas, perra!

Conrado rugió como un animal hambriento que hubiera perdido su presa, había perdido demasiado tiempo con aquella imbécil, la agarró por el pelo y la arrastró por el piso hasta la sala de interrogatorios. Sus hombres se sorprendieron al verlo entrar arrastrando a la otra mujer.

—Dejen a esa puta, no tenemos tiempo para eso. Síganme.

Todos salieron de la habitación dejando a las dos chicas tiradas en el piso. En cuanto cerraron la puerta, Lorena se arrastró hasta Daisy, ambas se abrazaron e intentaron consolarse, pero sabían que de un momento a otro esos monstruos iban a regresar.

Conrado cogió por la mano a uno de los policías que estuvo dentro de la sala de interrogatorios.

—A esas dos ábreles un expediente y mételas para el calabozo.

—¿Bajo qué cargos?

—Los que te dé la gana. ¡Cojones, no todo se los puedo dar masticado! —El policía no supo qué hacer y Conrado tuvo que ayudarlo a pensar—. Por obstrucción a la justicia, ¡mejor así! Ahora ponte a trabajar.

Se giró para quedar frente a los diez soldados élites que pusieron bajo sus órdenes, separó a cinco de ellos y le explicó la situación. Las órdenes fueron claras, eliminar al americano, a su familia, y a quien estuviera

intentando ayudarlos.

Los cinco Avispas Negras asintieron y se fueron directo a la sala de armas para escoger los trajes que iban a usar y el armamento que llevarían. Conrado, por su parte, comprendió que las próximas horas sería esenciales.

Tenía que de una vez y por todas acabar con Alejandro y su pandilla antes de que le dieran más dolores de cabeza.

Capítulo 72

Sacrificios de madre

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Edgar superó en velocidad a Millaverde, pero no en resistencia. En cuanto salieron a las afueras del pueblo, comenzaron una carrera continúa a un ritmo que marcó el gigante —corrieron por entre campos de arrozales y tierras cubiertas de marabú—, siempre al trote, sin pausa, Edgar llevando la ventaja, hasta que llegó el momento en que tuvo que reconocer que ya no podía más. Habían recorrido unos ocho kilómetros en menos de una hora, el corazón a Edgar se le iba a explotar en el pecho; « ¡La rubia! Tú piensa en la rubia», recordar a la belleza nórdica volvió a recargarle las pilas.

—...vamos... parar... rato, estoy... puedo más... —con su orgullo herido tuvo que reconocer que no podía continuar así, no le quedó otra opción que suplicarle a Millaverde por una pausa, aunque fueran unos segundos de descanso.

Su amigo le sonrió, se detuvo, lo miró y asintió. Para mayor humillación, Millaverde iba corriendo con una enorme mochila a la espalda, de la cual sacó un pomo de agua y se lo entregó.

—Toma pequeños tragos, es muy importante que te mantengas hidratado... ¡no, coño! Te dije traguitos de agua, no más de un dedo, respira profundo y mójate la cabeza y los hombros —le ordenó su amigo.

Millaverde comenzó a cambiarse de ropa a toda prisa, al finalizar Edgar miró a su amigo de una manera diferente, respetuosa e incluso con una extraña sensación que no supo reconocer. ¿Miedo? No, no era miedo hacia él, era miedo hacia lo que podría hacerle a quienes se metieran en su camino.

Se puso un traje ajustado a su gigantesco cuerpo, una tela camuflada que Edgar jamás había visto. Era evidente que por el material y los colores se trataba de algún tipo de vestuario usado solo por los militares. Se sujetó en el muslo una Makarov, se puso dos cargadores extras en el cinturón y en la espalda, de manera horizontal, envainó su Kukri, el famoso cuchillo con forma de pico de tucán —excepto que aquella cosa medía 40 centímetros—, y aunque su amigo insistiera en que era solo un cuchillo de combate, a Edgar nadie lo iba a engañar: «¡No me jodas! Eso es una espada chiquita».

El descanso solo duró dos minutos —el tiempo que tardó Millaverde en vestirse—, luego volvieron a comenzar la alocada carrera de resistencia.

La casa de Cañizo quedaba a menos de tres kilómetros, pero desde la colina donde se encontraban, calcularon que los soldados llegarían a ella en unos treinta minutos.

Cuando llegaron a la cima de la colina y vieron al grupo avanzar, Edgar se quedó paralizado por el miedo. Aquellos hombres no eran los mismos guardacostas que vio persiguiendo a Max, estos iban avanzando suavemente, midiendo cada paso que daban y asegurándose de mantener todos una fila que por momentos abrían en un extraño y coreografiado abanico.

—Edgar, escúchame bien, no quiero ni que me contradigas —el joven asintió al ver la mirada de Millaverde—, vas a dar un largo rodeo alrededor del canal para llegar hasta la casa de Cañizo.

Edgar calculó mentalmente la distancia, sería duro, otra carrera de resistencia sin tregua, pero tenía que lograrlo, la familia dependía de él... y la rubia.

—Si el tal Max no se ha desmayado aún, dile que busque una buena posición, descríbele a los soldados, y que tenga cuidado con dispararme a mí... ¿lo entendiste?

—Entendí... todo, pero ¿qué... hacer...? Eres... solo, ¿no te irás... enfrentar...? —las palabras que tenía un su mente no le llegaban a la boca, por lo que habló entre susurros pero usando un sinfín de gestos.

—Haz lo que te digo, y trata de correr sin hacer mucho ruido.

Edgar fue a protestar de nuevo pero Millaverde le bajó un cocotazo que dio por finalizada la discusión.

Desde su escondite, Millaverde vio como Edgar corría como una chita por entre los pinos y arboles de marabú. En cuanto desapareció de su vista, se giró hacia los soldados. No necesitó acercárseles para reconocer a cada uno de ellos, eran cinco de los diez guardaespaldas de Conrado, miembros élites de las Avispas Negras. La pelea no sería fácil.

Desde que Max Miller los vio avanzar supo que estos no eran soldados comunes, el chico tuvo razón cuando le dijo que eran cinco de los mejores guardias (o algo así entendió), y aunque Mila no supo traducirle el resto, Miller entendió perfectamente dos palabras: «Avispas Negras».

También entendió, no las palabras, sino por los gestos, que un amigo de Edgar había venido a ayudarlos y que si se confundía y le disparaba, él mismo le iba a «reventar la cabeza a patadas», quizás no fueron esas

exactamente las palabras, pero el mensaje le quedó claro.

Miller miró a través de la mira óptica de su HK416 a los cinco hombres vestidos de negro que avanzaban hacia él. Cada uno traía entre sus manos una AKMSB con silenciador e incorporada una mira holográfica tipo Vilma —un diseño creado en Cuba—, iban avanzando en una formación lineal, lo que iba a dificultarle el primer disparo.

«Mierda, ¿por qué no podían ser cinco guardacostas?», por unos instantes los Avispas desaparecieron de su campo de visión.

Respira.

Uno, dos, tres.

Respira.

Uno, dos, tres.

Los ejercicios de respiración eran para mantenerse consiente, había perdido demasiada sangre, la vista se le nubló al punto que los soldados desaparecieron por completo, cuando logró recuperar el control visual, comprendió que de un momento a otro se desmayaría.

«Ahora o nunca, dispáralos antes de que te desmayes», presionó suavemente el gatillo.

Mila escuchó el disparo, pero ni se inmutó, no podía. Los gritos de Emma la tenían paralizada y solo reaccionó cuando está le indicó lo que tenía que hacer, por suerte contaba con la ayuda de Edgar.

—Ya... ya... ¡Ay, Dios! Se le ve la cabeza —susurró Mila.

Emma tomó varias boconadas de aire y se apretó el vestido con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron tan blancos como el rostro de Mila. ¡Lo que hubiera dado por una inyección epidural!

—¡Ay, ay, ay... ya viene, está saliendo!

Mila se quedó paralizada por los gritos, la sangre, el miedo, no supo qué hacer —a pesar de las órdenes que Emma continuó dándole, ella simplemente no podía moverse—, fue Edgar quien tomó el control de la situación. Sacó de su mochila una toalla limpia que Sandra había puesto dentro y sujetó la cabeza del bebé con una delicadeza que incluso Emma tuvo que reconocer que para tratarse de un primerizo en un parto se comportaba como todo un profesional. Al principio las manitos y el cuerpo se le resbalaron como si intentara atrapar a una anguila bañada en aceite.

Al tercer intento Edgar la agarró firmemente con la toalla creando una pinza con los dedos tras el cuello —no la haló, sino que esperó la siguiente

contracción—, fue entonces cuando extrajo al bebé del interior de su madre.

—...cuchillo... tijera... —Mila no entendió lo que quería decir, Edgar le hizo señales con los dedos imitando una tijera, pero ella negó con la cabeza.

—No tenemos tijeras ni cuchillos.

Edgar no la entendió, tampoco es que le estuviera prestando mucha atención, se giró hacia un lado y con un trozo de cordel de pescar —contó cuatro dedos a partir del ombligo del bebé y le hizo varios nudos al cordón umbilical—, y de repente, para sorpresa de Mila y Emma, el chico hizo lo que ninguna de ellas se le habría pasado por la cabeza.

Se agachó sobre el bebé y con los dientes mordió el cordón umbilical hasta cortarlo. Fue en ese momento, con la boca embarrada de sangre y la bebé dando gritos entre sus manos, que Mila miró a Edgar de manera diferente, aquella acción era lo más asqueroso y romántico que hubiera visto en su vida. Sí, le gustaba Edgar, en medio de todo aquel caos y locura, se convenció a sí misma de que ese joven medio loco —con sus problemas de pronunciación incluidos— iba a convertirse en su novio, aunque él aún no lo supiera.

Edgar le entregó el bebé a su madre.

—...niña... bonita... como... hermana...

—Gracias, Edgar. ¡Muchas gracias! —le dijo Emma, usando las pocas palabras que conocía en español, luego apretó contra su pecho aquel nuevo ser, aquella vida que acababa de salir de sus entrañas, que no tenía ni una hora en este mundo y por quien ya estaba dispuesta a dar su vida.

La pequeña bebé no dejó de llorar y Emma intentó consolarla con besos en la frente, con caricias, con palabras cariñosas... de repente comenzó a sentir pequeños empujones en su vientre. Edgar no había terminado con ella. Usando otra toalla, agarró firmemente el trozo de cordón umbilical que aún colgaba fuera de la vagina de Emma. El joven esperó que el útero se contrajera, apoyó su mano en la pelvis de la mujer y fue halando suavemente el cordón hasta que poco a poco, entre fluidos vaginales y coágulos de sangre, salió la placenta. Agarró el trozo de masa sanguinolenta y la llevó hasta una parte de la cabaña donde había más luz, allí la expandió y se aseguró de que a la madre no le hubiera quedado ningún trozo dentro.

Se giró, miró a las dos mujeres y levantó el pulgar.

Emma y Mila debían estar preguntándose como él, siendo un adolescente sabía tanto de embarazos. Edgar, por su parte, para no romper el efecto de súper héroe con que lo estaban mirando, prefirió no decirles que

desde que era un chiquillo —como la mayoría de los niños cubanos que vivían en el campo—, había participado en cientos de partos de yeguas, vacas y puercas.

—Si no te lo quieres coger de novio, por favor, me lo dejas a mí —Mila se ruborizó ante el comentario de Emma, pero esta no pudo contener la risa, la cual desapareció al instante.

A menos de un kilómetro de la casa se podían escuchar los disparos.

Capítulo 73

Las Avispas Negras

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Miller sacudió varias veces la cabeza, estaba teniendo problemas para enfocarse —demasiada pérdida de sangre— apuntó al pecho, pero la bala, ¡por suerte!, se desvió varias pulgadas, seccionando prácticamente el cuello del soldado. Lo que ocurrió a continuación confirmó sus sospechas de que solo tendría un disparo de suerte.

Los cuatro restantes miembros del comando se desplegaron a una velocidad que solo había visto en las tropas élites del Navy. Como si cada movimiento hubiera sido coreografiado miles de veces, los dos de la izquierda abrieron fuego contra él mientras que los dos de la derecha corrían en sentido contrario. Era una táctica de despliegue para cazar francotiradores, Miller no tenía mucho tiempo que perder pues lo flanquearían en menos de dos minutos.

Se levantó de su posición apoyando el HK416 contra un árbol y presionó el gatillo, el cual no soltó hasta que uno de las Avispas Negras se desplomó con una docena de disparos en el pecho, las piernas y la cara. Miller retrocedió ante la lluvia de balas que le cayó encima. Dio tres pasos y se desplomó medio inconsciente.

«Tienes que resistir, levántate... ¡levántate!», pero no pudo levantarse, las fuerzas no lo sostenían, así que se arrastró como pudo hasta unos rocas puntiagudas que abundaban por toda la costa y que los locales llamaban «diente de perro», tras ellas logró esconderse mientras las esquirlas de roca le cortaban la cara.

Uno de los soldados saltó por entre los peñascos, fue rodeándolo poco a poco sin dejarle de disparar; de entre los arbustos que tenía a la derecha salió un cuarto comando que vestía diferente, agarró al soldado por detrás, con una mano en forma de pinza le presionó la tráquea ahogándole un grito, con su pesada bota le golpeó la entrepierna desequilibrándolo, en cuanto el soldado estuvo de rodillas, le introdujo por el centro de la espalda un cuchillo que cercenó su columna vertebral.

El soldado se derrumbó como un títere a quien le cortaron los hilos de repente. Miller reconoció al instante a su rescatista, era el amigo de Edgar, quien por extraña que fuera la situación, le recordó al archienemigo de Hulk. Sí, era una copia perfecta de la Abominación.

El gigante lo miró, le indicó con un dedo que se mantuviera en silencio y volvió a esconderse entre los arbustos.

«¡Qué clase hijo de puta!», reflexionó Miller, entendiendo ahora lo que había sucedido.

Quien fuera el recién llegado, era evidente que tenía un entrenamiento militar muy avanzado en cuanto a tácticas de combate. El tipo analizó la situación y creó una doble emboscada —en la cual Miller era el anzuelo y el cebo—, bueno, tampoco podía reprocharle nada, él hubiera hecho lo mismo.

Mr. Abominación vio el avance del comando, los rodeó sabiendo que Miller sería el primero en disparar; en cuanto tuviera que retroceder, él estaría esperándolos escondido al pie de la colina. Lo que sucedió a continuación le hizo comprender a Miller que Mr. Abominación era efectivamente un fenómeno.

Max Miller había entrenado con la crema y nata de las fuerzas especiales estadounidenses, desde los Green Beret, pasando por los Delta Force, y terminando con los SEALs, todos eran especialistas en combate cuerpo a cuerpo, pero lo que vio le hizo comprender que ninguno de sus queridos camaradas jamás habría tenido una oportunidad contra aquel fenómeno humano, quien, llevando una Makarov en el muslo decidió usar solo su cuchillo para no llamar la atención, ya que hasta el momento, todos los disparos que se habían hecho fueron los de su HK416 que no llevaba silenciador.

Millaverde esperó en su escondite hasta que los dos restantes miembros del comando llegaron, envainó su Kukri y se abalanzó contra ellos sin darles tiempo a reaccionar.

El ataque fue brutal, rápido y sorpresivo.

Millaverde agarró al primero por el codo y la solapa, se la torció y le aplicó un derribo de Judo (un *Uchi mata*), girando sobre sí le introdujo un pie por entre las piernas de su oponente, puso todo el peso del soldado en su cadera y usó su pierna como catapulta, el hombre voló por encima de él en un ángulo de 180 grados impactando contra las rocas dientes de perros.

Antes de que cayera, Millaverde se aseguró de agarrarle la correa de la AKMSB, quitárselo y tirar el fusil hacia un lado. El agarre, derribo y desarme del Avispa le tomó menos de un segundo, sin perder de vista al segundo comando, antes de que este pudiera apuntarle; le agarró el fusil

levantándolo hacia arriba. Una ráfaga surcó el aire... ambos hombres lucharon por establecer una posición de dominio, pero la fuerza y superioridad técnica de Millaverde se impuso de inmediato, agarró el rifle, lo giró y le sacó el cargador. Dio un paso atrás, esquivó un codo a la cara y golpeó con la palma de la mano el cuello de su contrincante, dejándolo sin aire por un instante, el Avispa Negra retrocedió pero Millaverde no le dio tregua.

Ambos se abrazaron y el Avispa —quien también era un cinturón negro en Judo—, se giró dándole la espalda a Millaverde, le agarró la mano y se dispuso a proyectarlo con un *O goshi* por encima de su cadera, Millaverde se dejó llevar, miró hacia el frente, midió la distancia que le quedaba contra las rocas y entonces hizo un rápido contraataque invirtiendo la situación con un *Yoko Guruma*, pasó el pie por delante de su oponente, le sujetó el cinturón y se tiró de espaldas usando el propio peso de su enemigo como péndulo... este fue proyectado por encima de su pecho estrellándose contra las erizadas rocas.

¡Crack!

El ruido del impacto de la cabeza; partiéndose el cráneo contra los peñones fue inconfundible.

—¡Maricón de mierda! —gritó el otro comando, quien tras varios segundos de aturdimiento logró reponerse. Miró a su compañero descalabrado contra las rocas y supo que estaba muerto—. Te voy a descuartizar como a un puerco, ¡hijo de perra!

El comando sacó su cuchillo táctico de doble filo, Millaverde le sonrió y dio un paso hacia adelante, con el impulso de su enemigo esquivó con facilidad la afinada hoja, le agarró la muñeca y el codo, por unos instante ambos estuvieron girando en círculos hasta que Millaverde cerró el agarre y estableció la posición, le aplicó una *Americana*, apretó a su contrincante contra su pecho y con un brusco giró hacia arriba le dislocó el codo a la vez que le despedazaba los tendones. Antes de que el comando pudiera dar dos pasos hacia atrás, Millaverde desenvainó su Kukri, puso una rodilla en el piso, giró el cuchillo con el filo hacia arriba y desgarró desde la ingle hasta el pecho el cuerpo del soldado.

El Avispa Negra cayó contra las rocas gimiendo e intentando con su única mano cerrarse el tajo mortal. Cuando logró mirar hacia adelante y verse todos los intestinos afuera lanzó un grito...

¡Slack!

Elafiladísimo Kukri pasó por entre su garganta con tanta rapidez y fuerza que la cabeza se cayó hacia atrás quedando sostenida del cuerpo solo

por algunos tendones y músculos que no se llegaron a desgarrarse del todo.

Miller se limpió su cuchillo, volvió a envainarlo, se aseguró de que no hubiera nadie más cerca, y solo entonces fue que se acercó a Miller. Este apenas podía abrir los ojos, pero sacando sus últimas fuerzas se echó hacia adelante para poder sostener la mano que le extendieron.

La velocidad y brutalidad con que se desarrolló el combate dejó desconcertado a Max Miller. Mr. Abominación asesinó a tres soldados élites prácticamente con las manos y en cuestión de segundos... lo cual le planteó una simple pregunta: ¿qué sería capaz de hacer si tuviera una buena pistola con silenciador?

Cuando se acercó a él, Miller hizo un terrible esfuerzo por extender su mano y recordar las pocas palabras que sabía en español:

—Por favor..., proteger mi familia...

—Lo sé, la familia primero. Descansa soldado, pronto estarás con ellos, todo irá bien, hemos venido para ayudarlos.

Miller no entendió ni escuchó las palabras, su mente se fue apagando, miró hacia los lados y supo que iba a perder la conciencia en unos segundos.

«Perdóname, Emma, te juro que lo intenté...»

Capítulo 74

Reencuentros

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Los gritos se escucharon lejos, demasiado lejos, pero claros, inconfundibles: era el llanto de un bebé. Miller abrió los ojos de repente, los gritos eran reales, no eran parte de un sueño, provenían de un bebé que estaba a menos de dos metros de él.

En cuanto abrió los ojos se sintió completamente desorientado: «¿Cómo llegué aquí? ¿Quién me trajo? ¿Mi familia? ¡Emma! ¡Las niñas!». Una ola de náuseas recorrió todo su cuerpo, pero poco a poco fueron pasando y, de repente, como si corrieran un telón, todos los fragmentos de su subconsciente tomaron sentido. Se apoyó sobre su codo y una punzada de dolor recorrió todo su cuerpo... ¡su cuerpo!

Alguien le puso vendajes en el hombro, la rodilla y la cabeza... vendajes profesionales, Miller reconoció el trabajo inconfundible de un médico. En su brazo tenía puesto un suero intravenoso que se extendía hasta un atril en forma de perchero del cual colgaban dos bolsas de sangre.

«Genial, me están poniendo una transfusión, pero ¿quién?». Los gritos del bebé volvieron a captar su atención, giró todo el cuerpo hacia un lado para quedar frente a su esposa.

—Al fin te despiertas —le dijo Emma con esa maravillosa sonrisa de la cual se había enamorado.

Miller rompió en llanto, su esposa —sentada en un gigantesco sillón con varias almohadas de apoyo en su espalda— sostenía en sus brazos a su hija, una pequeña bebé que reclamó con potentes gritos el pezón que le quitaron.

Una hermosa mujer..., quizás la palabra hermosa le quedaba corta para describirla —tuvo que reconocer Miller—, ¡una trigueña de revistas Playboy! La súper modelo le estaba masajeándole los senos a su esposa para que le saliera leche. Emma sonrió al ver la cara de bobalicón que puso su marido ante aquella despampánate cubana.

—Hola, Max, tu esposa no ha dejado de hablar de ti —la modelo de la Victoria's Secret se dirigió a él en un perfecto inglés con sensual acento latino—, me llamo Sandra.

—Un... es un placer —tenía demasiadas preguntas, pero decidió ir

tomándolo todo poco a poco—. ¿Emma, cariño, estás bien?

Emma asintió, lágrimas de emoción y alegría le corrieron por las mejillas; Sandra, viendo que Miller no podía resistir más las ganas de cargar a su hija, tomó a la pequeña en brazos y la levantó para entregársela, pero en cuanto la niña se vio alejada del calor de su madre —sobre todo de su fuente de alimentos—, los gritos fueron realmente estridentes, causándole risa a todos.

—Ok, ok... ya me doy cuenta de que está sana y es gritona como la madre que la parió.

Emma lo miró con una expresión de «¡hazte el gracioso ahora, yo luego te cojo a lo cortico!». Sandra decidió regresar la niña a los brazos de la madre, en cuanto está volvió a oler el seno, como si fuera un cachorrito continuó olisqueando hasta localizar el pezón, se acercó, pegó su boca y comenzó a succionar con todas sus fuerzas. Ambas mujeres rieron y Sandra volvió a masajearle el seno. La niña continuó chupando con glotonería, haciendo que Emma involuntariamente le pasara la mano por su pequeña cabecita calva.

—Millaverde, ya se despertó —Sandra llamó a uno de sus compañeros, Miller, que solo sabía decir en español; «otra cerveza, por favor», no le fue difícil comprender que la modelo llamó al líder, o líderes que estaban al frente de aquel lugar.

La puerta se abrió y Mr. Abominación entró prácticamente de lado, sus más de doscientas libras y sus dos metros de estatura parecieron llenar de repente toda la habitación.

El tal Millaverde iba vestido con un kimono naranja lleno dragones y samuráis; unas sandalias femeninas, uñas, labios y ojos pintados de naranja dorado, para culminar el vestuario, un pañuelo con varios nudos colgaba en su cabeza, ese último detalle le recordó a Miller los pañuelos que usaban las mujeres africanas. Su apariencia no le hizo ninguna gracia, de hecho, en cuanto sus miradas se cruzaron Millaverde le guiñó un ojo, Max hizo lo mismo.

Sandra se acercó al gigante y ambos se besaron en las mejillas con gestos exageradamente afeminados, sobre todo por parte de la montaña humana. Miller no se dejó engañar, tras aquel fenómeno cubierto de músculos, con su travestismo y gestos dramáticos, había una máquina perfectamente engrasada, calibrada y diseñada para matar hombres. Como cualquier soldado que hubiera sido entrenado para convertirse en una fuerza élite, uno debía reconocer sus límites, saber valorar la fuerza y destreza de un enemigo; sobre

todo, cómo llevarlo a un terreno donde se tuvieran las ventajas.

Miller tuvo que tragarse su orgullo y admitir que jamás se enfrentaría al tal Millaverde en un combate cuerpo a cuerpo —sería un suicidio después de verlo asesinar a tres Avispas Negras en menos de un minuto y usando solo las manos—, incluso ni con una pistola... quizás con un campo minado de por medio y un rifle de francotirador se lo pensara mejor y, Aun así, no estaría seguro de aceptar el desafío, mejor tenerlo de aliado.

En el momento que Millaverde se corrió hacia un lado, apareció en el umbral de la puerta un joven en una silla de ruedas. Por la manera en que el gigante lo miró, Sandra, e incluso su esposa, Max Miller supo que estaba frente al hombre que dio las órdenes para que lo rescataran.

A pesar de que le faltaban las piernas, por su aspecto físico era evidente que el recién llegado debía de ser un deportista de nivel profesional. Sus poderosos hombros, brazos y pecho eran prueba de ello. Su apariencia ruda y sus brazos cruzados sobre el pecho —sobre todo su mirada, demasiado inteligente y calculadora—, le enviaron un mensaje claro de quien daba las órdenes en aquel lugar.

El hombre hizo un gesto y alguien empujó su silla de ruedas... la cual chocó contra el marco de la puerta.

—Alejandro, creo que mejor deberías de mover tú la silla —Max comprendió que por la forma en que Sandra se dirigió al líder, está debía de ser algo más que una simple amiga. Los cubanos hablaban demasiado rápido y el español de Miller era bien limitado, pero aunque no entendió la mitad de las palabras, la entrada triunfal que debió de haber preparado «Alejandro», no le salió muy bien.

La silla retrocedió por segunda vez y ganó impulso... para volver a chocar contra el marco de la puerta. Fue un momento embarazoso que generó miradas hacia el techo y el piso; pero Alejandro dejó escapar una carcajada contagiosa que hizo que todos se relajaran. Miller no pudo disimular su sorpresa cuando escuchó las inconfundibles voces de sus hijas enfrascadas en una batalla campal por ver quien controlaba un lado de la silla de ruedas.

La silla retrocedió por tercera vez, Miller y Emma se miraron queriendo que la tierra se los tragara, comprendieron en ese momento que Rita y Rain eran quienes estaban empujando la silla de ruedas, la cual tomó tanto impulso que dejó en evidencia las intenciones de las dos niñas; ¡la silla iba a pasar por el marco de la puerta con o sin Alejandro!

«¡Jesús bendito! ¿Quién en su sano juicio deja que dos niñas empujen una silla de ruedas? Error... ¡que mis hijas la empujen!», pero ya era demasiado tarde.

El choque era inminente, en el último instante, Alejandro movió una de sus manos; frenó la rueda derecha haciendo que la silla entrara sin dificultad por la estrecha puerta. Las dos niñas gritaron de alegría y se dieron palmadas; ¡lo habían logrado!

A Miller se le escapó un suspiro.

En cuanto las niñas notaron que ya su padre estaba despierto, se abalanzaron sobre él olvidando sus vendajes, gemidos, o intentos por evitar que le apretaran el hombro. Detrás de las niñas entró Jordan, Edgar y Mila. Esta última, al igual que las niñas corrió hacia él para besarlo y abrazarlo como si fuera su hija... ¡que lo era! Ya de eso no le cabían dudas.

Mila regresó junto a Edgar, quien le susurró algo al oído, ella se giró y le dio un puñetazo en el hombro con tanta coquetería como solo una adolescente enamorada puede derrochar. Su risa pícaro y provocativa causó en Miller unas extrañas punzadas de celos paternos, un gesto que a Emma no se le escapó y a duras penas pudo contener la risa.

—Creo que tenemos que hablar —Alejandro rompió la magia del reencuentro—, tengo unas cuantas preguntas que hacerte y no tenemos mucho tiempo que perder.

Sandra tradujo sus palabras y Miller comprendió que los peligros no se habían acabado. Se acomodó en la cama, y sin ninguna ayuda se irguió hasta quedar sentado por completo. Miró al gigante y al líder, era momento de encarar cualquiera que fuera su futuro.

—Jordan, Mila, llévense a las niñas a dar un paseo, estoy seguro de que Edgar les puede enseñar los alrededores —la orden de Emma fue acatada de inmediato y todos salieron de la habitación, quedando solamente los adultos.

—Ok, hablemos. —Miller decidió romper el hielo.

—Mi primera pregunta, ¿qué ha pasando fuera de Cuba?

Cuando Sandra le tradujo, Miller miró incrédulo a su esposa: ¿acaso era posible que estas personas no supieran nada?

Capítulo 75

Aliados y enemigos

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

—Me llamo Alejandro Montenegro y mi intención solo es ayudarlos, pero también necesito que me ayuden. Así que vamos a dejarnos de formalismos, soy un amigo y como tal quiero que me vean —Alejandro hizo una pausa para darle tiempo a Sandra de que tradujera todo—, ya conocen a mi novia... ella será mi traductora, pues aunque lo he intentado, mi inglés no es muy bueno que digamos.

Sandra se quedó sin saber qué decir cuando escuchó que Alejandro se refería a ella como «mi novia», era la primera vez que lo hacía desde que eran adolescentes, lo cual le planteó unas cuantas dudas y las clásicas maripositas en el estómago. ¿Acaso Alejandro formalizó la relación sin decirle nada, ni preguntárselo siquiera? ¡Era el rey de los cabrones!

«¿Somos novios o no somos?», más tarde le leería bien las reglas.

—Este de aquí ya lo conocen, es Millaverde, mi mejor amigo y guardaespaldas, y también el encargado de la seguridad de todos nosotros.

Mientras Sandra iba traduciendo, Miller observó como el gigante le sonreía a Emma, cuando ambos chocaron sus miradas, Miller bajó la cabeza una vez más en señal de agradecimiento.

—Yo me llamo Max Miller...

—Miller —le interrumpió Alejandro—, ¿puedo llamarte Miller?

Este asintió.

—Miller, no tenemos mucho tiempo que perder en presentaciones, ya te lo dije. Nos hemos cambiado dos veces para casas seguras y toda la policía de este pueblo nos está buscando, nunca me ha gustado ser perseguido sin saber al menos de qué se me acusa. Así que hablemos claro, ¿necesito saber por qué eres tan importante para ellos? ¿Necesito saber qué demonios está pasando en los Estados Unidos? ¿Por qué mi teléfono satelital no funciona? —Alejandro puso sobre sus muslos su teléfono para enseñárselo como prueba de lo que estaba ocurriendo en la isla—. Pero sobre todo, ¿por qué intentó matarte un grupo de guardacostas y luego un comando de Avispas Negras?

Cuando Sandra le tradujo palabra por palabra, Miller creyó que debía de tratarse de alguna trampa, una prueba que no logró desentrañar, miró a su esposa; Emma, al igual que él se sintió desorientada, ambos, tras varios

segundos de consternaciones y dudas llegaron a la conclusión de que realmente aquellas personas no sabían nada. Lo cual no tenía lógica: ¿cómo era posible que no supieran nada?

Miller, al igual que Alejandro, decidió dejar las cosas claras desde el principio.

—¿Acaso no saben que la Tercera Guerra Mundial comenzó y se acabó?

Sandra miró a Miller creyendo que este intentaba hacer algún tipo broma, o quizás fue ella quien no entendió bien... o no quiso entender, ¿de qué demonios estaba hablando?

—Disculpa, ¿qué dijiste?

Miller comprendió que podría adornar la noticia, usar palabras más finas, pero al final ¿cómo se decía algo así?, por suerte Emma habló por él.

—Sandra, ¿acaso no saben que se desató una guerra nuclear alrededor del mundo?

«¡Pues no, claro que no lo sabíamos!», Sandra intentó decir algo, pero se quedó sin palabras, además, ¿qué podía decir?

Por la expresión en el rostro del matrimonio, se dio cuenta de que no era ningún tipo de chiste; por lo tanto, les estaban diciendo la verdad, la cual no tenía sentido.

Cuando le tradujo a Alejandro cada palabra —al finalizar sintió lo estúpido que todo aquello le sonaba—; su «novio» no hizo otra cosa que asentir, asimilar la información y tratar de buscarle algún sentido, pero al igual que ella, no se lo encontró.

Incluso Millaverde, quien siempre tenía algo que decir, solo dejó escapar una extraña y nerviosa risita.

—Interesante. Aunque para serte sincero, no..., no sabíamos nada de la Tercera Guerra Mundial —sin un atisbo de emoción la voz de Alejandro se escuchó lejana, ronca, como si proviniera del fondo de una caverna. Miró directamente a los ojos de Miller y lo que vio no le gustó: el hombre no mentía—. De hecho, acabamos de enterarnos contigo.

Miller comprendió que estaba frente a una mente prodigiosa, un hombre con instintos naturales de liderazgo, pero, por mucho que intentara explicarle todo lo ocurrido, lo que dijo sonó absurdo. No solo para Alejandro, también Sandra y Millaverde lo miraron incrédulos. Decidió que lo mejor sería enseñarles pruebas.

—¿Recogieron mi mochila? —les preguntó.

Millaverde se apresuró a abrir un closet, sacar la mochila de aspecto militar y entregársela. En cuanto la tuvo entre las manos se percató de que la mochila fue meticulosamente revisada, lo que significaba que Alejandro le dijo la verdad: el líder de aquel extraño grupo —aparentemente una persona culta y civilizada— se sentía desesperado, quería respuestas cuanto antes.

Max sacó su laptop y tecleó la contraseña, la sofisticada computadora —capaz de resistir cualquier tipo de pulso electromagnético— cobró vida. La tensión pudo palparse en la habitación a medida que iba buscando los archivos que conocía de memoria y que tanto Emma como él habían visto cientos de veces.

Abrió varias carpetas y comenzó a mostrarles las últimas imágenes satelitales que el ejército norteamericano y sus aliados fueron capaces de recopilar antes de que destruyeran todos sus satélites.

—El mundo que conocíamos ya no existe —murmuró Miller mientras iba pasando las imágenes de capitales convertidas en desiertos radiactivos, en ciudades transformadas en paisajes lunares. Una de las fotografías mostró una toma diferente y más aterradora, todo el continente Europeo arrasado por las explosiones atómicas—. Cuba es una de las pocas islas que sobrevivió a los misiles intercontinentales... fue por eso que tomé la decisión de traer a mi familia hasta aquí; ustedes son unos afortunados.

—Sí, la verdad es que sí somos unos afortunados —asintió Alejandro, quien al igual que el resto no pudo apartar su mirada de la pantalla.

Miller jamás podría leer la mente de su protector, pero era evidente que de alguna manera Alejandro ya estaba enfocado en el futuro, obtuvo las respuestas que necesitaba y ahora, en solo minutos logró comprender el plan maquiavélico que llevó a cabo el gobierno. Con un tono sarcástico les explicó a Sandra y Miller lo que había sucedido:

—Nuestro querido gobierno y sus sabios ancianos lo supieron todo desde un principio.

—Tú tenías razón... —fue lo único que Millaverde pudo decir. Él también continuaba consternado por las terribles noticias.

—Por eso la campaña de desinformación, la supuesta pandemia, la cerca para separarnos...

Millaverde interrumpió a Sandra:

—... claro; ¡el corte de las comunicaciones!

—Por eso tu teléfono satelital dejó de funcionar, porque ya no habían

satélites. ¡Dios mío, esto es una locura!

Incluso viendo las imágenes y a testigos de lo sucedido, a todos les costaba trabajo asimilar aquella nueva realidad. Miller vio como Alejandro batalló por asimilarlo todo en el menor tiempo posible... pero era muy difícil creerle a un desconocido que llegaba y te decía: «¡El mundo se fue a la mierda!».

Emma y él permanecieron callados durante varios minutos, ya no tenían nada más que decir, ahora todo dependía de que Alejandro y su grupo comenzaran a digerir las terribles noticias. Aunque Miller tampoco tenía tiempo que perder, así que decidió asegurar el futuro de su familia cuanto antes.

—¿Qué piensas hacer? —La pregunta atrapó la mirada de Alejandro, quien no necesitó traducción para comprenderla—. ¿En qué les puedo ayudar?

Con un inglés lleno de errores gramaticales y un fuerte acento latino, Max Miller y su esposa comprendieron perfectamente las palabras de Alejandro.

—Ya me estás ayudando, pero sí, definitivamente voy a necesitar de nuevo tu ayuda en las próximas semanas; descansa ahora, recupera tus fuerzas, aquí tu familia estará a salvo. —Alejandro se giró para quedar frente a todos—. Ahora, de momento, lo único importante es sobrevivir... sobrevivir y ganar tiempo para organizarnos.

«¿Organizarnos? —Sandra no comprendió lo que Alejandro quiso decir, pero tampoco pensó cuestionarlo... de momento—. ¿Organizarnos, para qué?».

Cinco semanas después

Capítulo 76

Cacería de brujas

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

—¿Dónde cojones está escondido Alejandro? —gritó Conrado por tercera vez. Los nudillos, despellejados por tantos puñetazos, le sangraron, pero no tanto como el rostro del anciano que tenía amordazado a una silla frente a él.

—En la casa... se lo juro... ayer lo vieron... en la casa de Norma, la abogada —el anciano escupió en el piso un trozo de diente mezclado con una baba sanguinolenta.

«Ayer en casa de Norma, tres días atrás; en la bodega de los López, la semana pasada en el barrio Muelas Quietas... ¡hijo de puta!». Conrado le dio otro puñetazo con todas sus fuerzas; el anciano, a quien la cabeza le revotó hacia los lados, quedó inconsciente. Aquel maldito juego del gato y el ratón no podía continuar.

¡No se lo iba a permitir!

Alejandro Montenegro llevaba ya cinco semanas con una orden de búsqueda y captura, al igual que el resto de su pandilla, quienes milagrosamente habían desaparecido. Pero lo peor de todo, lo que lo tenía al borde de un colapso nervioso era que todas las personas del municipio de Tres Cruces parecían saber dónde estaba Alejandro. Día a día las celdas de la Jefatura se iban llenando de cómplices, al punto que ya no había un espacio más. Muchos dormían unos encima de otros y las condiciones de las celdas comenzaron a deteriorarse por horas, los prisioneros parecían estar dentro de un campo de concentración soviético... ¡un Gulag hecho a la medida! Pero lo peor de todo, y ahí era precisamente donde radicaba el problema: nadie estaba mintiendo.

Alejandro dormía durante las noches en casas de amigos, o simplemente les hacía una breve visita. Por lo general, a la mañana siguiente Conrado se despertaba al recibir un nuevo chivatazo. El equipo de captura que tenía preparado las veinticuatro horas para esa misión, salían de inmediato en dos Ladas patrullas, pero siempre llegaban tarde.

De una manera u otra los ciudadanos de Tres Cruces lo protegían y si los arrestaba, pues todos le decían la verdad. El capitán Conrado comenzó a

desesperarse y a cometer errores. Uno de ellos fue intentar encarcelar a un niño —frente a una multitud—, que a pesar de su estatura solo tenía once años. Su madre salió a la calle gritando como una leona, le saltó encima al policía y le arrebató al chico de entre las manos. Al instante los abucheos y gritos que la multitud comenzó a lanzarle hicieron retroceder al policía, quien confuso y desorientado tuvo que llamar para pedir refuerzos, pues nunca se había enfrentado a una situación semejante.

—¡Suéltame al niño, maricón! —Le gritó la madre—. Eso es un niño, no te pases cabrón. ¡No sean tan abusadores! ¡Míralo bien, coño, eso es un niño!

Le situación comenzó a ponerse mucho más tensa cuando varios hombres comenzaron a murmurar, a apuntar con las manos, buscar piedras y palos, ¡aquello era inconcebible! Otro grupo comenzó a avanzar lentamente, dándose apoyo unos a otros, comenzaron a rodear los Ladas patrullas. Los policías se asustaron, rosearon a los que más cerca estaban con gas pimienta y uno de ellos disparó dos veces al aire para que el tumulto se dispersara... y sí, se dispersaron, «¡por ahora!», comprendió Conrado.

El mensaje al capitán le bien quedó claro: poco a poco le estaban perdiendo el miedo, de formarse una revuelta popular serían imparables.

Hasta ese momento Conrado no había comprendido la magnitud del control que Alejandro tenía sobre la población de Tres Cruces. Peor aún, la mierda continuó acumulándose y llegándole al pecho. Tenía que capturarlo cuanto antes, ya que ahora era su propia vida la que corría peligro.

«Nunca debiste haberle mentido a la Unidad Central —maldijo el momento en que cometió semejante estupidez—, pero ¿qué otras opciones tenías?».

Conrado fue hasta su buró, abrió una de las gavetas y sacó una botella de ron «Havana Club Añejo 15 Años», uno de los tantos regalos que pidió prestado de la casa de Alejandro cuando la “revisaron”. Puso un pequeño vaso sobre el buró, lo miró un instante y al final decidió tomar directamente del pico de la botella.

«Corre mientras puedas, hijo de puta, pero cuando te atrape te juro que te despellejo vivo». Se dio un largo trago y disfrutó de la agradable sensación del alcohol quemándole la garganta. Por desgracia, los malos recuerdos de cómo todo su mundo comenzó a derrumbarse le llegaron en forma de retazos: imágenes, olores... Sí, Alejandro se las iba a pagar una por

una.

Las horas continuaron pasando sin que él recibiera ni una sola llamada por la radio, los cinco Avispas Negras que mandó hacia la costa no daban señales de vida, para cuando cayó la noche, comenzó a tener el presentimiento de que sus hombres no iban a regresar, al igual que los guardacostas que enviaron antes.

¿Qué demonios salió mal? ¿Acaso Alejandro pudo interceptar de alguna manera al comando... y eliminarlo? ¡Imposible!

A la mañana siguiente fue a la costa con tres Avispas Negras, cinco policías y dos perros pastores alemanes, los cuales no fueron necesarios para seguir las pistas, pues hasta un ciego las habría encontrado. Solo tuvo que seguir las instrucciones que Lorena le dio, y efectivamente, encontró el camino correcto. En cuanto sus hombres comenzaron a avanzar supo que todo salió peor, no... peor no... ¡todo se fue a la maldita mierda!

El terreno estaba cubierto de casquillos de balas y había sangre, demasiada sangre por todos lados. En la tierra, en las rocas, subiendo y bajando colinas como si hubieran arrastrado cuerpos desangrados. Cuando entró en la casa de Cañizo, encontraron más sangre en el suelo. «¿Qué cojones pasó aquí?» fue la única pregunta que surgió en su mente.

Intentó mantener la calma, aparentar ser un líder de mente fría capaz de enfrentarse a todo tipo de situaciones —aunque no se iba a engañar a sí mismo—. Los cuerpos de los guardacostas, al igual que los de sus Avispas fueron movidos, enterrados o... a saber qué mierda hicieron con ellos, pero era evidente que el único propósito fue desaparecer las pistas y generar pánico entre sus hombres.

Por las miradas y murmullos de sus soldados, comprendió que habían logrado su propósito.

No fue una buena noticia, simplemente encontraron el yate destrozado en la orilla, aunque sin rastros de la familia que mencionó Lorena. Pero lo peor de todo le llegó esa tarde, cuando recibió una llamada exigiéndole un reporte de todo lo ocurrido.

Conrado les explicó con lujo de detalles lo que pasó, omitiendo la parte de que cinco de sus mejores comandos habían desaparecido, la respuesta no se hizo esperar:

—Tienes cuarenta y ocho horas para arreglar este asunto; ya sabes que estás autorizado para llevar a cabo las medidas que creas necesarias. —El

coronel que estaba al frente de la Unidad Central en Santa Clara tomó aire para que su voz pudiera transmitir a través de las ondas de la radio su importancia—. De lo contrario tendré que enviar a otra persona más competente, alguien que sea capaz de limpiar toda tu mierda.

Fin de la llamada y... fin de su carrera militar. Los objetivos de la nueva misión eran simples: «si no logro capturar al maldito hijo de la gran puta de Alejandro Montenegro, sus aliados y esa extraña familia, pues sí, mis horas están contadas».

«Alguien para que limpie tu mierda», eso era un hermoso eufemismo, dicho de otra manera: «Maldito imbécil, te dimos la oportunidad de tu vida y la cagaste en grande, ahora vas a terminar limpiando letrinas por los próximos diez años».

Conrado se juró a sí mismo que no iba a terminar su carrera militar limpiando letrinas, por eso mintió, dijo que la situación fue controlada. Que la famosa “familia” que llegó a la costa en el yate pues...«desapareció permanentemente». No hubo más preguntas, ni de la Unidad Central, ni desde la capital, bien sabía él que bastantes problemas tenían como para ocuparse de un simple municipio.

—Ay, Alejandrino... te juro que te voy a hervir a fuego lento cuando te atrape.

Conrado sonrió, se dio otro trago y comenzó a sentirse satisfecho y excitado. Pasaría esa noche con Lorena, como de costumbre. No todo eran malas noticias, después de todo, si no era esa noche, sería la siguiente, pero poco a poco el círculo alrededor de Alejandro se le iba cerrando.

Capítulo 77

Los hijos primero

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

En cuanto el guardia abrió la puerta principal que conducía a la galería de celdas, una corriente de aire fétido golpeó el rostro de Rosaura.

—¡Por Dios! ¿Desde cuándo no limpian aquí? —Rosaura empujó con la escoba el cubo lleno de agua con detergente.

—Señora, a usted le van a pagar para que limpie, no para que haga preguntas.

Rosaura entró en la galería de celdas escuchando los lamentos y lloriqueos de los prisioneros. Decidió enfocarse en su trabajo, el guardia tenía toda la razón, cuanto antes saliera de allí mucho mejor. Continuó avanzando, lo primero era limpiar el «baño turco» que había al final del pasillo y que funcionaba tanto para hombres como para mujeres.

El «baño turco» no era otra cosa que un agujero en el piso de cemento —con dos pequeñas plataformas para poner los pies—, allí era donde los prisioneros tenían que defecar, orinar y bañarse... lo de “bañarse” era un estímulo que les daban por buen comportamiento.

Al final del pasillo escuchó varios gritos y lo que parecía ser una pelea, el guardia, molesto por tanto ruido y alboroto, decidió intervenir, fue entonces cuando una mano salió de entre los barrotes y la agarró por el hombro; cuando Rosaura se giró quedó frente a Daisy.

—Rosaura... por favor... ¡tienes que ayudarme!

En ese momento el miedo la atenazó y no supo qué hacer o decir; el guardia podía regresar en cualquier momento y las reglas fueron claras: cero contacto con los prisioneros.

—¿Qué le pasa a Lorena? —para cuando se percató, sus instintos la traicionaron. Ver a Lorena, acurrucada en una esquina y con la mirada perdida en el espacio la obligó a preguntar.

Intentó dar un paso hacia atrás pero Daisy la sujetó con más fuerza.

—Conrado... el capitán Conrado..., ese hijo de puta se la lleva todas las noches para su casa.

Rosaura tardó unos segundos en comprender y asimilar lo que aquello significaba, cuando lo hizo, se llevó una mano a la boca para contener un grito de horror, «¡ese hombre era un monstruo! ».

Iba a decirle algo, pero los gritos del guardia le congelaron las palabras.

—Por favor, ayúdame... ¡ayúdanos! Tienes que decírselo a Alejandro.

Ella las hubiera querido ayudar, pero su mente, llena de carencias y necesidades lo primero que hizo fue poner en una balanza el pomo de aceite, las cuatro libras de carne de pollo y quizás algún trozo de cerdo (algo así le prometieron), ese sería su salario mensual. Eran productos prácticamente imposibles de conseguir y, como se estaba poniendo la cosa día a día, ya ni en el mercado negro.

No, ¡lo sentía mucho!, le dolió en el alma, pero aquello era un riesgo demasiado grande —sí, tenía un trabajo literalmente de mierda, pero con el cual podía garantizar la comida para sus hijos y su esposo—, al final todo se resumía en un día más, otra semana, otro mes que su familia sobreviviría; ¿iba a poner todo aquello en riesgo por ayudar a esas dos muchachas haciéndoles llegar un mensaje a Alejandro?

—Lo siento... lo siento, te lo juro, ¡discúlpame! —Rosaura se echó hacia atrás desprendiéndose del agarre de Daisy—. Yo también tengo una familia y me necesitan. ¡Discúlpame! Necesito este trabajo.

La expresión de desconsuelo le rompió el corazón, pero no podía hacer otra cosa, tomó una decisión y solo esperó nunca tener que arrepentirse. De repente Daisy estiró ambas manos, agarró a Rosaura por los brazos y la atrajo hacia ella, quedando separadas solo por los gruesos barrotes. Entre susurros y lágrimas la obligó a mirar hacia la esquina donde se encontraba Lorena. Era evidente que la joven permanecía en shock.

—Mírala... me la están matando... ¡por Dios, mírale la cara! Sabes lo que nos están haciendo; todas las noches, sí, ¡todas las noches Conrado, ese hijo de puta, se la lleva! Y lo peor de todo es que ella acepta... me entiendes, ¡acepta! Sale de la celda caminando, sin oponerse, ¿y sabes por qué?

Rosaura apoyó sus manos contra los barrotes e intentó desprenderse del agarrare, podía escuchar los pasos del guardia acercándose, pero Daisy no dejó que se separara. La empujó hacia ella con más fuerzas, hasta que Rosaura pudo sentir su mal aliento, la joven apestaba al igual que todo su cuerpo. Y no era para menos, solo sacaban a los prisioneros de sus celdas cada dos días para bañarse, o más bien tirarse un poco de agua fría por encima... y solo a los que tuvieran buena conducta.

Rosaura tuvo que reconocer que no le mintieron cuando le dijeron que

las condiciones higiénicas dentro de las celdas eran terribles, ahora, viéndolas por ella misma comprendió que eran peores.

—Por favor, te lo pido, ¡te lo suplico! Si Lorena no acepta, si no se va todas las noches con ese monstruo me llevan a mí, ¿lo entiendes? Se sacrifica cada noche por mí... por favor, ¡me la están matando! Ayúdanos.

—¿Pero qué cojones está pasando aquí? —gritó el guardia, quien para acompañar sus gritos pasó su tonfa por entre los barrotes de las celdas—. ¿Oye, en qué idioma yo hablo? Tú eres sorda o te haces la estúpida. A ti no te leyeron bien claras las reglas cuando entraste: cero contacto con los prisioneros.

—Lo siento, oficial... es qué, mmm, ella, tiene... ella me pidió agua.

—Muñeca, los pajaritos son más chiquitos y van al río —el guardia no pudo contener la risa, aunque ninguna de las dos mujeres supo cuál era el chiste—. Tú, si quieres seguir en este trabajo deja de comer tanta mierda; mujeres para limpiar pisos es lo que se sobran en este pueblo, así que no te quiero ver hablando con otro prisionero.

Rosaura empujó el cubo de agua, esparció espuma por todo el piso, apresurándose, totalmente enfocada en su trabajo; pudo sentir en cada paso el peso de la mirada de Daisy en su espalda. Era como si la chica le estuviera lanzando dardos capaces de atravesarle el alma.

¿Qué podía hacer?

Le prometieron un salario de millonarios comparado con la situación que se estaba viviendo en la calle. La hambruna en la ciudad ya no era cosa de palabras, eran hechos; el pueblo tenía hambre, su familia tenía hambre... ¡por todos los Santos! Es que ya era evidente que el hambre se estaba expandiendo día a día, como un virus, y a ella le iban a pagar solo por limpiar los pisos y las celdas de la Jefatura con ¡pomos de aceite y algunas libras de carne! Aquello era oro molido en el mercado negro.

¿Podía poner a su familia en riesgo solo por ayudar a aquellas dos chicas?

No, no podía hacerlo, la vida no era justa, la vida era cruel; una madre siempre debía poner a sus hijos por encima de todo lo demás.

Capítulo 78

Acción y reacción

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Conrado nunca podría atraparlo, eso lo comprendió Alejandro desde el momento en que el capitán cometió el error de no pedir refuerzos a Santa Clara por miedo —miedos muy justificados— de perder su posición como sheriff del municipio.

El problema para Conrado fue creer que se estaba enfrentando a un prófugo de la justicia, una persona sin recursos ni preparación para evadir sus emboscadas. Alejandro, por su parte, elaboró una serie de planes a una escala de comprensión que para una mente como la de Conrado simplemente le sería imposible ajustarse a esa nueva realidad.

—Todo despejado —anunció uno de los Correcaminos por el walkie talkie que Millaverde tenía sujeto al hombro. Su amigo y guardaespaldas asintió, le dio las instrucciones al chofer y la pequeña caravana se puso en movimiento, luego se aseguró de tomar varias notas en el mapa que tenía abierto entre sus piernas.

—En la finca de Flores podemos estar varios días —le aseguró Millaverde.

Alejandro no pudo hacer otra cosa que asentir, como siempre, su seguridad dependía totalmente del gigante.

—Perfecto, haz tu magia, mueve a los hombres. Déjame saber en cuanto los demás chicos lleguen para la reunión.

La reunión sería en dos horas, para lo cual chequearon varias veces que todos los caminos estuvieran despejados. El auto Madre —el encargado de trasladar a Alejandro—, seguido por dos más que servían de escoltas, entraron en la finca de Flores. Sin detenerse, fueron directamente hacia la casona central, ya que a los lados tenía dos graneros y un enorme establo. “La finca Flores”, era un terreno de cincuenta hectáreas, de las cuales la mayoría estaban sembradas de maíz.

Flores, un hombretón campechano y buena gente, se apresuró a salir de la casa; iba acompañado por cuatro chiquillos, mocosos y semidesnudos, aunque todos llevaban puestos sombreros de cowboys.

El bonachón de Flores debía su fortuna y sus tierras a la intervención de Alejandro, ya que su finca le fue confiscada por los comunistas, quienes

alegaron que el abuelo de Flores era un contrarrevolucionario que ayudó a miembros anticastristas. Flores le pidió ayuda y Alejandro movió sus contactos en las altas esferas y ¡bum!, unos cuantos pagos por debajo de la mesa, y las tierras fueron devueltas.

De eso ya hacía varios años, pero Flores nunca olvidó que cuando más falta le hizo, allí estaba Alejandro para tenderle la mano. Así que ahora, viéndolo en la entrada de su casa, se sintió orgulloso de poderle devolver alguno de sus favores.

—Mujer, mata unas gallinas para hacer una buena sopa que tenemos visita —gritó Flores a su esposa en cuanto vio los autos detenerse y a Alejandro bajarse de uno de ellos—, mata también un pato, que este hombre viene muerto de flaco, hay que alimentarlo.

Le habría asado un cerdo, pero los comunistas se los llevaron todos.

Flores abrazó a todos los amigos de Alejandro y a este último casi lo asfixia con su abrazo de oso. Desde ese instante las atenciones no faltaron, el anfitrión era perfecto y solo quería que la visita se sintiera a gusto y bien atendida. Alejandro le agradeció el almuerzo y la cena, las botellas de vino casero que abrió y, sobre todo, la hospitalidad constante; ya que en esta ocasión se estaba jugando mucho más que sus tierras.

Poco a poco, prácticamente persona por persona, fueron siendo seleccionados para revelarles toda la verdad. Alejandro comprendió que revelarlo todo —que el municipio descubriera lo ocurrido— crearía un efecto de pánico general con consecuencias impredecibles. De ahí que el gobierno intentó controlarlos a todos con sus diferentes tácticas de desinformación y desorganización masiva.

Alejandro prefirió llevar a cabo otro plan.

Iba a las casas de los hombres y mujeres más influyentes y con más recursos del municipio, de no poder llegar a ellos, los iban citando de manera clandestina; como la reunión en la finca de Flores. Una vez que los tenía reunidos, hablaban durante horas, les enseñó los videos, las imágenes satelitales y las fotografías tomadas a la cerca que rodeaba todo el municipio. Las pruebas iban acompañadas de una amplia explicación sobre lo que realmente sucedió fuera y dentro del país..., sobre todo, cuáles eran las intenciones del gobierno.

La incredulidad, una vez superada, se transformó en pánico y en ese momento, cuando los rostros se cubrían de arrugas creadas por la

preocupación de que no hubiera un mañana, cuando todos, traumatados y sin ver ningún tipo de salida miraban directamente a Alejandro, este les exponía su plan... y todos aceptaban.

Lo siguiente era esperar... esperar y seguir organizándose.

Capítulo 79

Anillos de seguridad

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Miró los alrededores de la finca y no pudo evitar sonreír de satisfacción, lo que vio lo hizo sentirse orgulloso del trabajo de Millaverde: había creado una serie de anillos de seguridad alrededor de Alejandro como si este fuera una especie de general.

Los anillos fueron compuestos por tres círculos; el tercero fue formado por más de diez “Halcones”, se trataba de un grupo de jóvenes que día y noche espiaban la Jefatura y las entradas al municipio. En cuanto veían movimientos sospechosos se comunicaban con Delfos; un puesto de control secreto que varios genios de las computadoras —todos amigos íntimos de Alejandro. El grupo Delfos fue durante muchos años (gracias a la ayuda de Alejandro), quienes controlaron el mercado pirata de DVD y venta de memorias flash con paquetes de programación exclusiva—. Estos chicos montaron en tiempo record varias antenas especiales, que originalmente las usaron para expandir las señales de Wifi desde ETECSA, ahora, con modificaciones y nuevos canales para que no fueran interceptados; convirtieron cada celular en un walkie talkie, de manera que triangulaban diferentes sectores reportando entradas y salidas.

También desde Delfos se montó una serie de operaciones de inteligencia y contrainteligencia, diariamente creaban falsos rumores sobre donde iba a estar, estaba, o había estado Alejandro. Los Halcones mantenían una estrecha vigilancia sobre los policías, el capitán Conrado y sus guardaespaldas —sobre todo los últimos cinco Avispas Negras—, quienes por lo general se dividían en dos grupos, tres de ellos eran la sombra de Conrado.

El segundo anillo fue el encargado de la logística y, como era de esperar, fueron los Correcaminos los seleccionados personalmente por Millaverde para llevar a cabo ese importante trabajo. Sin dudas eran los mejores expertos en el terreno. Millaverde les impartió varios cursos avanzados de logística militar, los seis hombres absorbieron la información como analistas profesionales.

La función de los Correcaminos se dividía en varias etapas: una de ellas era asegurar que los tres autos en los que Alejandro se desplazaba siempre estuvieran en perfectas condiciones —la “avanzada” o

“exploradores”—, era otro equipo que debía llegar con uno o dos días de antelación al lugar donde iba a dormir Alejandro. Asegurarse de que todo estuviera despejado y mantener abierta las vías de escape en caso de una posible emergencia.

El primer anillo, bautizado como: Esparta, eran las fuerzas especiales de Alejandro. De momento solo lo formaban seis hombres —incluyendo a Miller y Millaverde—, todos iban armados con las AK-47 que le quitaron a los guardacostas. Rolando, Sergio y Amir eran ex campeones del equipo nacional de Judo, y Julio, el mayor de todos, fue dos veces campeón Panamericano de lucha libre—, entre todos mantenían un perímetro de seguridad constante alrededor de Alejandro, y no es que Millaverde no tuviera confianza en ellos, pero prefería siempre estar a su lado.

De todo el comando Esparta, la última línea de defensa era Miller, quien escondido en algún lugar cercano, tenía la función de servir como francotirador de apoyo. Por eso, la poderosa mira telescópica de su Remington MSR nunca dejó ni por un segundo de buscar objetivos. Miller se obsesionó con su nuevo trabajo, ya que no solo estaba asegurando la vida de Alejandro, también la de su familia, quienes siempre viajaban en la caravana.

Alejandro se había reunido con dos de los genios que controlaban Delfos —iban a planificar una nueva campaña de desinformación a gran escala—, fueron a debatir en ese momento los pros y contras cuando una de las puertas se abrió y entró uno de los espartanos.

—Permiso, Alejandro... llegó un mensaje de Rosaura.

—¿Qué le sucede?

—A ella nada, el mensaje tiene que ver con Lorena. —Amir, de todos sus guardaespaldas era el más joven y más musculoso (Millaverde no entró en esa comparación), el muchacho le extendió una carta y desapareció tan rápido como entró.

Alejandro quedó sorprendido por sus gestos y eficiencia, solo esperó no tener nunca que verlo en acción; «Millaverde sí que hizo un trabajo excelente reclutándolos y entrenándolos».

En cuanto la abrió la carta, reconoció la letra de Rosaura. Tres minutos después que terminó de leerla, comprendió que había llegado el momento de actuar. Asintió y miró fijamente a Millaverde.

—Muy bien, llama a Miller —antes de que su guardaespaldas saliera, agregó—; una cosa más, dile a Max que traiga todo su equipo.

Cinco minutos después sus dos mejores hombres estaban frente a él.

—Les tengo una misión para esta noche. —Ambos asintieron con una extraña sonrisa algo esquizofrénica; Alejandro los miró como si fueran pacientes de un hospital psiquiátrico que esperaban el día del pase después de haber engañado a los médicos haciéndoles creer que no estaban locos—. Ha llegado el momento de contraatacar.

—Perfecto, ya era hora de tener algo de acción —murmuró Miller.

Aunque Alejandro no le entendió ni una sola palabra, por su risa comprendió que el Force Recon llevaba días esperando que algo ocurriera.

Por su parte Millaverde le sonrió, con el pulgar y el dedo índice hizo un círculo, Miller se apresuró a meter dentro del círculo su dedo del medio... varias veces. Ambos volvieron a sonreír, cerraron sus puños y chocaron sus nudillos en un saludo que le demostró a Alejandro la camaradería que estos dos súper soldados habían creado en menos de un mes. Verlos tan alegres, sin antes haberles explicado su misión, no le hizo descartar la posibilidad de que ambos sí necesitaran tratamiento psiquiátrico.

Capítulo 80

Claymore y Katana

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Claymore, era el nombre dado a una espada medieval usada por los caballeros y miembros de la aristocracia. De doble filo y una empuñadora que precisaba dos manos para poder ser blandida, aquella monstruosidad de acero medía más de un metro de largo y solía pesar hasta seis libras. Semejante arma solo podía ser usada por guerreros musculosos capaces de equilibrar peso y técnica.

Una katana era todo lo contrario. El mundialmente famoso sable de los samuráis, combinaba filo, peso y técnica. Mucho más pequeña y maniobrable, la katana era terriblemente peligrosa.

Ambas espadas, empuñadas por expertos, fueron las más letales de su época, por eso, cuando Alejandro vio marcharse a Millaverde y Miller, no pudo evitar compararlos con esas espadas.

Todo el barrio era una boca de lobo...

Diariamente, desde las cinco de la tarde se mantenía en penumbras debido a los cortes energéticos que recibía todas las noches el municipio, aunque la casa del capitán Conrado era la excepción, ya que este tenía su propio generador.

Aunque esa noche, desde el punto de vista de Miller, no le iba ayudar mucho.

Eran las tres de la madrugada (una hora a la que ni los perros ladraban), ocultos entre las sombras, vestidos completamente de negros y con un par de gafas de visión nocturna —un préstamo de Miller—, Claymore y Katana esperaron el momento adecuado. En cuanto Miller hizo la señal con la mano; «despejado», Millaverde asintió y avanzaron pegados a la pared como una enorme pantera y un pequeño gato montés. Sus movimientos eran coordinados, cada uno iba cubriendo los puntos ciegos del otro como si fuera algo natural, frente a la casas se detuvieron para asegurarse de que aún contaban con el factor sorpresa. Miller le apretó el hombro a Millaverde, la señal para que se detuviera por completo; miró hacia el frente, el techo y la parte de atrás del patio —despejado—, se corrió hacia un lado y dejó que su compañero pasara.

Millaverde rodeó la casa, llegó junto a la esquina desde donde Miller pudo ver las señales que le envió: habían localizado el primer objetivo. En la puerta del garaje —jugando con un celular— uno de los Avispas Negras montó guardia. Por la postura del hombre, sus hombros y brazos relajados, era evidente que se sentía completamente seguro, ajeno al peligro que lo iba acechando metro a metro. Dentro de la casa otros dos debían estar custodiando las otras entradas.

Millaverde levantó el puño; comenzó a contar con los dedos... tres... dos... uno...

Sup... sup...

Dos disparos en el centro de la cabeza.

El puntero láser hizo su trabajo, mientras que el silenciador de la inseparable Glock 19 que Miller siempre usaba absorbió el sonido. En la distancia un perro comenzó a ladrar. Con una agilidad increíble para un hombre de su tamaño y peso, Millaverde saltó por encima de la cerca que rodeaba la casa, cayó en el césped y rodó por encima de su cabeza. Se detuvo en la puerta del garaje —desde adentro se podía escuchar el ronroneo del generador—, unos segundos después, Miller llegó a su lado, Millaverde se agachó, le agarró el pie a su compañero y lo elevó en el aire con facilidad.

Miller entró al garaje por un agujero que había encima de la puerta —un cristal que hacía años se rompió y nadie se preocupó por reponerlo—, cayó dentro del garaje y fue directo al generador.

Pasos...

Los sonidos fueron claros, se detuvo al escuchar desde el interior de la casa los pasos de alguien acercándose a la puerta que daba por dentro al garaje.

Todo ocurrió en microsegundos.

Desde el interior de la casa un Avispa Negra abrió la puerta que daba al garaje, lo primero que vio fue a un comando: un hombre vestido de negro, con una pistola con silenciador y gafas de visión nocturna. En ese momento Miller apretó el botón y el generador se apagó. El soldado quedó sumido en una oscuridad total, lanzó una ráfaga que obligó a Miller a saltar sobre unos trastos para esquivar la lluvia de balas.

El soldado dio varios pasos, entró dentro del garaje y siguió disparando contra todos los rincones. Terminó un cargado, lo dejó caer, fue a introducir el siguiente pero una sombra gigantesca surgió a su lado y le atenazó el cuello y le introdujo un cuchillo con forma de espada por entre las costillas,

lo retorció quebrándole los huesos hasta llegarle al corazón.

Miller no perdió tiempo, siguió avanzando hacia el interior de la casa, faltaba otro guardia, Conrado debía estar en la habitación y en estado de alerta.

«¡Y así es como se pierde el factor sorpresa!», maldijo Miller, aunque ya era demasiado tarde para llorar sobre la leche derramada. Solo les quedó una opción, seguir avanzando.

Miller vio movimiento a su derecha, se agachó instintivamente esperando recibir un disparo —pero descubrió para su propia sorpresa que último guardia había decidido esconderse tras una pared, esperando a que él se acercara—, comprendió en ese momento que el Avispa no tenía idea de que ellos portaban gafas de visión nocturna.

Millaverde le tocó el hombro, intercambiaron varias señales, Miller afirmó y esperó a que el gigante diera la vuelta, rodeara la pared y sorprendiera al guardia. Tres segundos después se escuchó un ruido. Miller se levantó, fue hasta el borde de la pared para llegar justo a tiempo y ver el espectáculo.

«¡Y eso cómo mierdas pasó!», Miller no pudo salir de su asombro.

De alguna manera el último Avispa logró girarse a tiempo, quitarle las NVG y agarrar a Millaverde por el cuello. Por unos instantes ambos hombres lucharon en la oscuridad absoluta sin lograr definirse el uno del otro, al final, como solía pasar, la descomunal fuerza de Millaverde se impuso de manera brutal... ¡a la mierda las técnicas!

Con una mano tocó la pared que tenía detrás, con la otra agarró al guardia por la nuca y girando con todas sus fuerzas le estrelló la cara contra el borde de la pared. Un crack se escuchó por toda la casa, el inconfundible sonido de huesos y cartílagos rotos. Millaverde recogió del piso las gafas de visión nocturna y fue directo hacia la habitación de Conrado.

Miller lo siguió, pero antes puso la punta de su silenciador en la cabeza del guardia y presionó el gatillo. Puede que fuera un gesto innecesario, ya que posiblemente Millaverde —consiente de la fuerza que aplicó— le había fragmentado el cráneo en cientos de trozos, pero nunca estaba de más ser precavido.

Conrado se escondió tras la puerta, no podía estar seguro de qué demonios había sucedido en la otra habitación, pero todo parecía indicar que se trataba de una pelea. Así que decidió esperar hasta... ¡bam!

La puerta se abrió con tanta fuerza que no tuvo tiempo de reaccionar para apuntar con su pistola. Una mano lo agarró por el cuello y le aplicó una llave de estrangulación desnuda. Él intentó luchar, maldecir, patalear, pero las fuerzas poco a poco le fueron fallando a medida que la sangre dejó de fluir a su cerebro, las tinieblas que lo rodeaban todo comenzaron a penetrarle en los ojos, antes de perder la conciencia, escuchó las palabras con acento americano de uno de sus captores.

—¿Lo matamos también?

—No, a este no, Alejandro lo quiere vivo.

Millaverde necesitó respirar profundo...

Contar hasta cien...

Volver a respirar profundo... contar...

Millaverde usó todo su autocontrol para no regresar y partirle el cuello a Conrado, sobre la cama, completamente desnuda estaba Lorena. La chica reconoció a través de la luz de la luna que se filtró por las ventanas la inconfundible y gigantesca figura. Lorena se echó a llorar y ocultó su rostro entre sus manos, sin dudas apenada de que la vieran así.

Miller comprendió lo que estaba pasando y, aunque Lorena no podía verlo en la oscuridad, decidió mirar hacia otro lado. El coloso se agachó sobre su amiga, tomó una de las sábanas y la tapó, luego la cargó entre sus brazos como si fuera un bebé.

—Ya todo pasó, te prometo que no volverá hacerte daño —le susurró al oído.

Lorena simplemente escondió su rostro entre los poderosos hombros de su amigo y continuó llorando. Miller se apresuró a tomar el walkie talkie y dar la orden:

—Despejado.

Tres minutos después dos autos se detuvieron frente a la casa de Conrado, los Correcaminos se apresuraron a bajar, recoger los cuerpos de los guardaespaldas —todo lo que tuviera valor dentro de la casa, incluyendo el generador eléctrico—, y desaparecer tan rápido como llegaron.

En el segundo auto se marcharon Miller, Millaverde y Lorena; Conrado, después de que la cabeza le chocara varias veces contra la carrocería del auto, fue lanzado hacia el interior del maletero.

Capítulo 81

Por fin solos

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Conrado abrió los ojos, miró a su alrededor, se percató de que solo tenía puesto su pantalón, le habían quitado los zapatos, su camisa, su reloj... y al igual que la habitación donde se encontraba —que solo tenía cuatro paredes y una puerta— se sintió semidesnudo.

«¿Dónde cojones estoy?», se giró en el suelo y quedó frente a una silla de ruedas, encima, con la mirada fija en él, se encontraba el hombre que tantos dolores de cabeza le causó en los últimos meses.

—Al fin tienes los cojones para dar la cara. —Conrado miró hacia la puerta—. Los cojones no, porque con ese mastodonte que tienes cualquiera se llena de valor.

Se levantó del piso, se pasó la mano por el cuello y se giró hacia Alejandro.

—Ahora sí que acabas de enterrarte en la mierda hasta el cuello —Conrado intentó parecer firme, un tipo duro y seguro de sí mismo, pero la mirada fija de aquel minusválido comenzó a molestarlo—. ¿Qué, no tienes a tu perro faldero?

Alejandro continuó mirándolo como si fuera un insecto, un ser primitivo incapaz de comprender su nivel intelectual y, esa prepotencia, fue la que hizo que Conrado comenzara a llenarse de odio sin medir las consecuencias. No le importó que la puerta pudiera abrirse y el maldito Millaverde entrara.

—¿Te crees mejor que yo? Dilo ¡imbécil!, crees que tienes los cojones para intimidarme, pues te equivocas, y sabes...

—Chispita quedó cojo de por vida, ¿lo recuerdas? Fue la primera vez que nos vimos.

Conrado recordó al viejo alcohólico que tuvo que darle una paliza frente al pueblo para ganarse el respeto de todos.

—Esas cosas pasan. A veces para...

Alejandro no lo dejó terminar.

—Lo que le hiciste a Lorena lo vas a pagar.

—¡No sé qué cojones te contó esa puta! —Conrado se acercó con la intención de cerrarle el paso, evitar que llegara a la puerta, pero se detuvo al

ver una extraña sonrisa cruzar por el rostro de Alejandro.

—Me lo contó todo... con lujos de detalles. —La voz le tembló por la ira contenida—. La justicia no existe para tipos como tú, a ti hay que enseñarte que no eres más que una plasta de mierda, que para lo único que sirves es para seguir órdenes, cumplirlas, obedecerlas, por eso te voy a dar un nuevo entrenamiento.

Conrado le sonrió.

—Te crees muy valiente porque tienes a unos cuantos cuidándote la espalda, pues te cuento otra cosa. Acabas de secuestrar a un capitán de la policía, ¿tienes la más remota idea de lo qué te va a pasar?

—No, ¿pero tienes tú idea de lo que va a pasar? Te explico, no querías que Lorena trabajara para ti, pues la misma oferta te la voy hacer yo, ahora vas a trabajar para mí.

No fue una simple amenaza, incluso a pesar de estar solos en la habitación, Conrado dio dos pasos hacia atrás y miró hacia los lados, como esperando que de alguna manera las paredes se abrieran y los guardias de Alejandro entraran; pero una vez más se equivocó, nadie entró, era su voz, su determinación lo que lo hizo vacilar. ¿Le tenía miedo aquel hombre, que hasta las piernas le faltaban?

—Oh, sí, ¿y qué vas hacer?

Alejandro se giró y le puso el seguro a la puerta, lo cual le hizo comprender a Conrado que ahora sí estaban solos.

—No era esto lo que querías, que estuviéramos solos, ven, muéstrame esos cojones que tienes, dame esa paliza que me prometiste.

Conrado no aguantó más y se abalanzó contra Alejandro, lo agarró por el cuello empujando con su impulso la silla de ruedas hasta chocarla contra la pared, le apretó con ambas manos la garganta hasta sentir como las venas de aquel imbécil comenzaron a pulsar entre sus dedos, siguió apretando y apretando..., sintiendo como la cara de Alejandro comenzó a hincharse, tomando un color purpura.

Alejandro continuó mirándolo, con una extraña sonrisa en los labios y la saliva corriéndole por la comisura de la boca, movió suavemente sus manos, con la derecha se desabrochó el cinturón de seguridad que tenía puesto alrededor de su cintura, con la izquierda movió la palanca de freno de la silla.

—¿Ya —le susurró—, ya terminaste?

—Te voy a estrangular, cabrón —le gritó, salpicándole el rostro con saliva, con odio, con instintos asesinos, lo iba a matar y nadie lo podría

detener—. ¡Te juro que te voy arrancar la cabeza!

Conrado apretó con más potencia, pero entonces las manos de Alejandro —con una fuerza inhumana— le separaron las suyas hacia los lados, haciéndole perder el equilibrio e inevitablemente, por el impulso, se fue hacia adelante. Con una rapidez y fuerza sobrehumana Alejandro le agarró el rostro con ambas manos e impulsó su cabeza hacia adelante, una, dos, tres veces... el ruido de los cartílagos machacados que salió de su nariz cuando el cráneo lo golpeó, lo hizo dar varios pasos hacia atrás al comprender que su rostro había sido pulverizado.

Por un instante la vista se le nubló, miró hacia todos lados, Alejandro había desaparecido... no, se había tirado al piso y se arrastraba hacia él como un fenómeno poseído por demonios. Conrado se llevó las manos al rostro, había sangre... ¡por Dios, cuánta sangre!

Alejandro rodó sobre su hombro, cerrándole el paso a Conrado, este intentó saltar por encima de él, pero en el aire le agarró una pierna y lo desequilibró. El hombre sabía pelea, tenía entrenamiento, le tiró varias patadas para mantenerlo a distancia, pero en cuanto Alejandro volvió a agarrarle el tobillo, rodó hacia un lado haciéndolo caer.

Ahora estaba en su terreno.

—Te voy a reventar la cabeza a patadas... ¡hijo de puta!

De nada le sirvieron las maldiciones y amenazas; el Kaju Ryu, el sistema de defensa personal en que Millaverde lo había instruido, contaba con una treintena de derribos desde el suelo, una vez llevado al oponente al terreno que uno quería —en este caso el suelo, donde Alejandro podía imponer su fortaleza física y técnica—, Conrado no tuvo ni una oportunidad.

Desesperado le lanzó varios puñetazos, dos impactaron de lleno en el rostro de Alejandro, pero este parecía poseído; inmune al dolor y a los golpes. Ambos rodaron por el piso, Conrado enfocado en golpear, Alejandro en lograr un agarre, tras varios segundos de intentar imponerse uno sobre el otro, Alejandro terminó agarrándole una mano; rápidamente, usando la cabeza y el hombro le hizo una técnica de inmovilización en donde el brazo de Conrado quedó apuntando hacia atrás con el pecho en el suelo.

Alejandro —un experto en anatomía humana, visualizó todo lo que iba ocurriendo en el cuerpo de Conrado—, con todas sus fuerzas empujó el brazo hacia adelante, sintiendo como el omóplato intentaba romper la piel, la cabeza humeral fue separada del acromion dislocando el hombro a la vez que

desgarró los tendones.

—¡Ah! ¡Para, cojones, para!

El dolor que Conrado sintió lo hizo patalear, gemir, llorar, suplicar y volver a gritar, creyó que se iba a desmayar, pero el dolor apenas comenzaba.

Alejandro metió los dedos por dentro del hueso de la clavícula y con el pulgar aseguró el agarre, luego lo haló hacia adentro y hacia afuera...

Adentro y afuera...

Adentro y afuera...

¡Clack!

Conrado se orinó encima cuando el hueso de la clavícula se partió en dos rompiéndole la piel del pecho.

Nunca en su vida creyó poder sentir tanto miedo, ahora comprendía que si alguna vez le pasó por la mente que él era un tipo malo, con instintos asesinos... pues no, se equivocó. Él no era más que un pobre y humilde personaje; algo esquizofrénico y con rasgos psicópatas de una película de cine B, de muy, muy bajo presupuesto... Alejandro era el mismísimo Hannibal Lecter.

—Mírame cuando te hablo, pedazo de mierda. ¿Te quedó claro? — Alejandro, con un tono sádico en su voz, le repitió las mismas palabras que una vez Conrado le dijo en su casa.

Había memorizado cada palabra dicha ese día, y con el terror reflejado en sus ojos, Conrado no supo hacer otra cosa que asentir.

—Escúchame, necesito que entiendas lo que te voy a decir. — Alejandro se sentó encima de él, le metió los dedos en el cuello, le agarró el hueso de la clavícula y se lo haló hacia arriba hasta sentir como se le desgarraba la piel, luego, aún con los dedos como pinzas metidos entre la piel y el hueso, se acercó a su rostro y le murmuró en el oído—. Si yo digo vaca; tú vas a decir: ¡muuu!

Conrado lo miró asustado, aquel hombre estaba desquiciado. Alejandro le agarró la mano dislocada, se la metió debajo de la axila, pasó su brazo por debajo del codo, aseguró la palanca y volvió a decirle:

—Me entiendes ahora; si yo digo pato tú dices... ¿cómo vas a decir? —Conrado apenas podía coordinar sus pensamientos, «¿qué es lo que quería aquel monstruo de él?»—. Vas a decir: ¡cuac, cuac!

Alejandro hizo presión sobre el codo.

—Y si digo pollito, ¿cómo vas a decir?

Conrado intentó moverse, pero Alejandro comenzó aplicar más presión con sus musculosos brazos en su codo.

—Pollito.

—¡Estás... loco...!

—Pollito.

—Vete a la...

Alejandro empujó con todas sus fuerzas hacia arriba, separando el hueso cúbito del húmero en un ángulo irreconocible en la anatomía humana, los gritos inhumanos de Conrado resonaron en las paredes. Alejandro le agarró el otro brazo y le aplicó la misma llave.

—¿Pollito?

—Pío, pío, pío...

Alejandro sonrió satisfecho, entonces Conrado comprendió lo que aquel monstruo había logrado en él, acababa de convertirlo en un ser sumiso, miedoso, temeroso su mirada, para confirmarlo, Alejandro volvió a preguntar:

—Pollito.

— Pío, pío, pío...— se apresuró a responder Conrado.

Alejandro lo empujó hacia un lado y regresó arrastrándose con los nudillos como si fuera un especie de primate, con extraña agilidad subió en su silla de ruedas, se puso el cinturón y tocó tres veces en la puerta. Antes de salir volvió a mirar a Conrado, quien se ocultó en una esquina llorando y sosteniéndose el brazo.

Capítulo 82

Siete minutos

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

Siete minutos exactos, ese fue el tiempo que les tomó hacerse con el control de la Jefatura. En la entrada solo habían dos guardias, otros tres descansaban en la sala de recreación viendo una película —ya que tenían que estar de guardia toda la noche—, el resto dormía en el albergue.

Millaverde entró apuntando con una AKMSB con silenciador —uno de los fusiles que le quitaron a los Avispas Negras en la costa—, los dos guardias de la recepción quedaron en shock al ver que tras el gigante le seguía Miller, quien también les apuntó con su Glock, y tras este, entraron los Correcaminos y tres más de sus colaboradores, en total eran once armas apuntándoles.

Los sorprendidos guardias se rindieron sin oponer resistencia, los otros que descansaban en la sala de recreación quedaron rodeados de igual manera y los del albergue, para cuando comprendieron algo de lo que estaba pasando, ya los habían metido dentro de las celdas.

—Todo despejado —anunció Millaverde por su radio.

El primer anillo de seguridad de Alejandro se puso en movimiento, treinta minutos después, cuando la Jefatura estuvo completamente asegurada, Alejandro entró acompañado de Sandra y su equipo: «Los Hackers», tres jóvenes y una chica, todos graduados de escuelas de informática —excepto por el Cíclope, el más joven de todos—, quien sin dudas era una especie de genio súper dotado para navegar en el complicado mundo del ciberespacio. El Cíclope no se graduó de ninguna escuela, sino de «la universidad de la calle, la más difícil de todas», esas fueron las palabras de Alejandro cuando lo reclutó.

Los Hackers fueron seleccionados por sus habilidades en todo lo referente al mundo de la electrónica, por eso los puso al frente de la sección de Delfos, hasta el momento habían hecho un excelente trabajo en las comunicaciones y creando campañas de desinformación.

—Cíclope, llévate a tus muchachos para la sala de radios — Alejandro comenzó a repartir órdenes a todo el que le pasaba por el lado, creando una frenética actividad de inmediato—; quiero que controlen los sistemas de comunicación de la Jefatura, escuchen las conversaciones de las

radios, pero ¡cuidado con responder! Quiero un reporte en una hora.

Alejandro se giró hacia Sandra, quien ya había regresado de las celdas.

—Los prisioneros fueron liberados y los vamos a trasladar para el hospital, algunos están medios deshidratados. —Alejandro asintió, eran terribles noticias, pero a la vez buenas, eran libres de nuevo. Sandra de solo mirarlo supo que quién realmente le preocupaba era Daisy—. ¿Y...?

—... Daisy está bien, en un auto, esperando por mí. Millaverde ya le dijo que Lorena se encuentra bien, que está en una de las casas seguras esperando por ella.

—Eso es..., genial, ya me contarás luego. Llévate a uno de los Correcaminos.

En cuanto Sandra se fue, Alejandro dio órdenes bien específicas; bajo ningún pretexto, Daisy o Lorena podían encontrarse con Conrado, ni tan siquiera de lejos. Por eso, cuando las dos mujeres se fueron escoltadas por uno de los Correcaminos, fue entonces cuando llegó el siguiente auto trayendo a Conrado, o lo que quedaba de él.

Lo primero que hizo en cuanto tomó el control de la Jefatura, fue modificar el puesto central desde donde daría las órdenes. No le interesó para nada la oficina de Conrado, quien por lo visto la había llenado de lujos como si fuera una especie de conde en la comarca de Tres Cruces.

—Tráiganlo.

Millaverde salió de la oficina, unos minutos después, desde el pasillo se escucharon los pasos y gimoteos de Conrado, cuando lo sentaron frente a Alejandro lo primero que hizo fue pedirle algo para el dolor.

—A las ocho de la mañana tienes que llamar a la Unidad Central en Santa Clara, para dar un reporte, ¿correcto? —Alejandro decidió ignorar las suplicas de Conrado—. Te hice una pregunta.

Conrado asintió, abrió el único ojo que tenía sano y miró a su alrededor. A su lado, como un titánico ángel de la muerte, estaba Millaverde; el Hulk de ébano no disimuló su expresión de satisfacción por el trabajo decorativo que Alejandro hizo en el cuerpo y cara del capitán. De haber sido por él, el resultado podría haber sido más exquisito, pero Alejandro se le adelantó.

—Sí... el reporte es a las ocho —gimoteó Conrado, su hombro, codo, y, posiblemente su muñeca, debían estar fracturados o dislocados, el hombre

se mantenía consciente de milagro. No necesitaba actuar, era evidente que el dolor debía de ser insoportable—. No aguanto más, ¡por favor! Me voy a...

—A las ocho quiero que des el reporte y les digas que todo sigue normal, no hay ningún nuevo acontecimiento. Si te portas bien, te doy mi palabra... mírame a los ojos cuando te hablo... así me gusta... ya te dije, te doy mi palabra de que un médico te atenderá, pero solo después que des el reporte.

—No sé si aguante.

—Sí, vas aguantar porque lo digo yo, o te juro que de lo contrario te voy a partir el otro brazo en seis trozos, ¿me entendiste?

Conrado se apresuró en zarandear la cabeza con un gesto de afirmación.

—Si yo digo pollito.

—Pió, pió, pió...

Millaverde en esta ocasión no sonrió, todo lo contrario, miró a Conrado y luego a Alejandro, comprendiendo entonces que en el poco tiempo que estuvieron encerrados, su amigo no solo torturó al capitán, sino que le destruyó su voluntad, convirtiéndolo en un ser sumiso y temeroso de sus deseos.

Por primera vez sintió un extraño miedo hacia Alejandro, miedo y respeto... miedo de no poder protegerlo, respeto por lo que había logrado. El mensaje que Alejandro envió a través de Conrado era que quien atacara a sus amigos la pasaría igual o peor que el capitán. Ahora toda su pandilla —que se había duplicado en hombres—, lo adoraba.

Cuando la hora llegó, Conrado dio su reporte, luego suplicó porque le dieran algo para el dolor. Alejandro cumplió su palabra, autorizó que lo trataran, pero un tratamiento leve, quería que Conrado continuara sufriendo, sobre todo que comprendiera lo que le iba a pasar de intentar no dar sus reportes diarios.

Cuatro días después

Capítulo 83

El precio de la libertad

(Municipio Tres Cruces, Cuba)

En cuanto colgaron un gigantesco mapa del municipio de Tres Cruces contra la pared, los apuntes, círculos, rayas que cortaban sectores enteros comenzaron a ponerse por todos lados. Alrededor de la mesa Alejandro reunió a todo el equipo. Los cigarros y las tazas de café iban pasando de mano en mano con gestos compulsivos. Todo a su alrededor era un hervidero humano en donde se daban órdenes, gritos, intercambiaban algunos insultos y las risas —que en ocasiones parecían extintas— aparecían para volver a calmar la temperatura humana en el ambiente.

Según Alejandro iba preguntando, cada grupo le iba dando sus informes.

—¿Y los puestos de control?

—Todas las rutas de entrada y salida fueron interceptadas —le comunicó el líder de los Correcaminos—, había algunos oficiales, pero el resto eran prácticamente chiquillos que están pasando el Servicio Militar Obligatorio.

—Bien, controladas las rutas de entradas y salidas tenemos el control de toda la zona.

—Sí, los puestos de control fueron reemplazados por nuestra gente —le aseguró el segundo al mando de los Correcaminos.

—Delfos, ¿cómo marcha todo?

Los Hackers, como era de esperar, traían sus apuntes en una laptop.

—Estamos monitoreando todos los canales de comunicación que están abiertos, y también unos cuantos encriptados —fue Cíclope quien habló por el resto—, por lo visto no somos los únicos. Hemos ido haciendo una lista de los municipios que al igual que nosotros fueron rodeados por una cerca y están incomunicados, ajenos a todo lo que está pasando.

—De ustedes quiero un informe cada dos horas, cualquier cambio, lo más insignificante que les parezca ¡me lo dejan saber! —Se giró en su silla de ruedas hacia los hermanos Ferrer—. El problema de la comida... ¿cómo marcha?

Arnaldo iba a tomar la palabra, pero su hermana Ángela se le adelantó. Alejandro se percató al instante del nuevo intercambio de papeles:

antes, era Arnaldo quien —al frente de los hermanos— tomaba las decisiones importantes, pero desde que descubrieron la cerca, y sobre todo, lo sucedido alrededor del mundo, Arnaldo no hacía otra cosa que poner “peros” a todo. Cuestionar sus decisiones y buscar la salida fácil se convirtió por lo visto en el sentido de su vida. A diferencia de sus hermanos, él no había acabado de aceptar la nueva realidad.

Con cada hora que pasaba Alejandro perdía más la paciencia con él.

—Como te lo imagines de mal... pues mucho peor. —Ángela abrió una carpeta y comenzó a darle números que iban literalmente de: mal, peor, a terrible—. Las bodegas están desabastecidas, para comenzar; la carne de cerdo, de pollo y los lácteos que guardaban en el frigorífico del almacén central, el gobierno se los llevó. Incluso; ni sacando todas las reservas que tenemos (las que se usábamos para los restaurantes) podrían alcanzar para todo el municipio. Quizás por unos días, dos semanas a lo mucho, pero no más.

Alejandro dejó escapar un largo suspiro, sacó cuentas mentales y tomó notas.

—Ok, ¿y el resumen es...?

—Si no recibimos suministros de la provincia, o de alguna otra manera; vamos a tener una hambruna en el municipio en las próximas semanas.

—Yo lo dije o no lo dije... ¡no, no me miren así! Hay que decir las cosas, pero desde el principio lo dije y lo dejé claro; ¡todo esto es una locura!

—Por fin Arnaldo decidió hablar, y escogió el momento menos adecuado. Millaverde observó como Alejandro se giró suavemente hacia él como si fuera un halcón que estuviera midiendo la distancia de vuelo que lo separaba de aquel conejo—. ¿No se dan cuenta? Sin el apoyo de la provincia no vamos a poder...

—¡Arnaldo! Te lo voy a decir una sola vez delante de todos. Por si no te habías dado cuenta —la voz de Alejandro se escuchó fría y determinada, hizo que todos a su alrededor dejaran de hacer lo que estaban haciendo y se concentraran en sus zapatos, el techo, las ventanas, lo que fuera menos mirarlo a la cara. Millaverde fue el único que no dejó de examinarlo, comprendiendo que su amigo se transformó de un magnate de los negocios en un general de campaña que daba órdenes e imponía respeto con su poderosa personalidad—. ¡¿Cómo cojones lo vas a entender?! Estamos independizándonos de la provincia, de la capital, ¡del resto del país! ¿Lo estás entendiendo? El mundo se fue a la mierda y este gobierno nos tuvo a meses de convertirnos en

esclavos, sí, porque ese era su plan, esclavos separados por sectores. Ahora estamos luchando por nuestras vidas y la de nuestras familias; ¿lo entiendes?

Arnaldo asintió sin atreverse a levantar la vista. Todos los presentes asintieron, el miedo se reflejó en sus rostros al comprender la magnitud de las palabras de Alejandro. Sí, no solo estaban cambiando la historia, era mucho más que eso. Ahora sobrevivir se había convertido en su primera prioridad, ya no se trataba de comunismo o capitalismo. A todos les quedó bien claro desde el primer momento, se estaban jugando la vida.

Para todo el grupo —algo que ya Millaverde se había dado cuenta—, Alejandro era mucho más que un simple líder. Era la mente prodigiosa que logró reunirlos, organizarlos y darles planes estratégicos a largo plazo con tácticas diarias para implementarlos.

—Finaliza la reunión. Ustedes, a las cuatro de la tarde los quiero de vuelta con otro informe —Alejandro se dirigió a Millaverde—, llama a Juan Carlos y dile que traiga a los nuevos reclutas para conocerlos.

Juan Carlos, a sus cincuenta y dos años era uno de esos hombres queridos y respetados en todo el municipio por su actitud y logros personales. Dos veces campeón nacional en boxeo, y profesor de educación física en escuelas primarias durante más de una década, fue seleccionado por Alejandro para que estuviera al frente de la Falange Mambisa: la nueva unidad de la policía, encargada de mantener la ley y el orden en el municipio.

Poco a poco todos fueron despejando la sala de reuniones; cuando estuvo completamente vacía, Sandra apareció como de la nada y cerró la puerta. Alejandro la miró con ojos cansados y una sonrisa en los labios; le pareció encontrarla más hermosa que nunca.

—Lorena y Daisy, ¿cómo están?

—Mucho mejor... dentro de lo que cabe. Ambas sufrieron mucho, sobre todo Lorena.

Alejandro afirmó sin saber que más decir. Sandra se le acercó, abrió sus piernas y se le sentó encima. La silla de ruedas —un modelo especial sin respaldo o reposabrazos— podía soportar con facilidad el peso de ambos, pero Alejandro solía buscarle las cosquillas a Sandra diciéndole que si las nalgas le seguían creciendo, el día menos pensado le iba a desinflar las gomas de la silla.

Sandra lo besó tiernamente, durante un largo rato, él le respondió con cariño el beso mientras la atrajo contra su pecho, se sentía cansado y no tenía ganas para bromear.

—¿Qué vamos hacer?

—De momento, vamos a ganarnos el precio de la libertad.

—¡Sí, no me jodas! ¿Cómo se gana ese precio?

—Luchando, si queremos ser libres tenemos que luchar; es la única opción que existe.

—¿Y yo qué papel juego en todo esto?

—Sandra, tú eres lo más importante que tengo, sin ti nada de esto tiene sentido. Así que esa es tú misión, permanecer a mi lado, darme fuerzas cuando las necesite y corregirme cuando vaya a cometer errores. ¿Cuento contigo?

Sandra no le respondió con palabras. Le agarró el rostro con ambas manos y lo besó con todas las fuerzas y deseos reprimidos que sentía hacía el hombre que amaba. Por fin Alejandro le pertenecía, con él estaba dispuesta a sobrevivir lo que fuera.

Nota del autor

LOS SUPERVIVIENTES es la primera parte de una saga de novelas que está en proceso.

Otros libros del Autor

EL SHADOWBOY es una saga compuesta por cinco novelas. De momento, hay tres publicadas en este orden:

A la captura del Shadowboy

Al rescate de Irina

Alianzas.

La saga cuenta también con una novela gráfica (comic), titulada El Shadowboy.

EL ÚLTIMO CONTRATO es una novela independiente, pero ambientada en el universo del Shadowboy.

Todos los libros del autor están disponibles en Amazon.

AGRADECIMIENTOS:

Este libro, como todos los anteriores, lo dedico a mi esposa Leanys (Lea). Una vez más por creer en mí, por obligarme a escribir. Gracias por enviarme para el cuarto, prepararme el termo de café y exigirme que supere las mil palabras...

Gracias, mi Chiquitica.

Una vez más esta novela no podría haber sido posible sin la ayuda de varias personas que no aparecen en la portada.

A Liena Beatriz Cabrera, con esta nueva portada y maquetación te superaste. Gracias, por ser y estar siempre ahí. Sabes que amo tu trabajo.

Sin dudas, la edición de la novela fue hecha en tiempo récord por dos grandes amigas; Bessy Brito y Liany Vento. Sin la ayuda de ellas, amigo lector, la novela que ahora sostienen en sus manos no habría sido posible.

A mi familia por todo ese apoyo constante.

La lista de amigos-lectores continúa creciendo con cada nueva entrega. Por eso quiero darle muchísimas gracias a todos los que me apoyan en las redes sociales, creando comentarios, compartiendo mis publicaciones o recomendando mis novelas a nuevos lectores.

A toda esta lista de amigos, ¡gracias de todo corazón!

Un agradecimiento especial a mi amigo y Sensei Kenny Bravo, quien con la paciencia que requiere ser profesor de una disciplina tan complicada y maravillosa como las artes marciales, me fue aclarando todas mis dudas — ¡que fueron muchas! —, mostrándome los nombres de técnicas y su modo de aplicarlas correctamente.

Kenny Bravo, cinturón negro 8vo Dan, es el fundador del sistema de defensa personal Kaju-Ryu (método de combate que combina técnicas avanzadas del Judo, Jiu-Jitsu, Muay Thai, Boxeo y Lucha).

Síntesis biográfica:

Adrián Henríquez (Villa Clara, Cuba, 1987). Graduado de la Escuela de Arte Manuel Ascunce Domenech, en la especialidad de Teatro. Dedicó sus primeros años de graduado a desempeñarse como actor, director y guionista de diferentes proyectos y obras teatrales. En 2009, ante la irresistible situación económica y política de su país, escapa de Cuba por México, pidiendo asilo político en los Estados Unidos. Como todo nuevo emigrante ha trabajado en múltiples oficios, desde cocinero en una Mcdonald's, cargador de maletas, vendedor de pasajes en una compañía de ómnibus, limpiador de cine o estibador de computadoras Dell. Nada de lo cual lo ha alejado de su pasión: los libros y escribir.

Aficionado a todo tipo de Artes Marciales (practica Jiu Jitsu Brasileño en la reconocida academia Gracie Barra), es adicto a las peleas de la UFC.

Reside con su esposa en Nashville, Tennessee. En 2015 finaliza su primera novela, *A la captura del Shadowboy*, un relato que sumerge a los lectores en una aventura de espías y acción con un trasfondo histórico que ha cautivado a todos sus lectores.

El 2018 es un año bien productivo. Lanza la segunda parte de su saga de espías basada en la vida del mítico Shadowboy, *Al rescate de Irina*. En esta nueva entrega traslada al lector hacia el intrincado mundo de las esclavas sexuales bajo el control de los cárteles mexicanos.

La tercera entrega llega unos meses después: *Alianzas*. En ella continúa la saga... En esta ocasión con nuevos personajes que se unen a la trama.

También publica ese mismo año la novela gráfica basada en su primera novela, *A la captura del Shadowboy*, con ilustraciones creadas por los artistas plásticos Dianely Reyes Oliva y Ruben Alejandro Vallejo.

El último contrato, su cuarta novela, fue terminada meses después.

Del Autor:

Hola, amigos y lectores... Si llegaron hasta aquí, espero les haya gustado la aventura y estén listos para la siguiente. Si quieren tomarse el tiempo de escribirme personalmente o regalarme una reseña en Amazon, aquí les dejo mi email o pueden buscarme en Facebook, Instagram o Twitter.

Atentamente, Adrián Henríquez.

E-mail: adrian.henriquezescritor@gmail.com

Página Shadowboy Facebook: [@adrian.henriquezescritor](#)

Facebook: [Adrian Henriquez](#)

Instagram [Adrian Henriquez](#)

Twitter: Adrián [@AdrianAragorn](#)